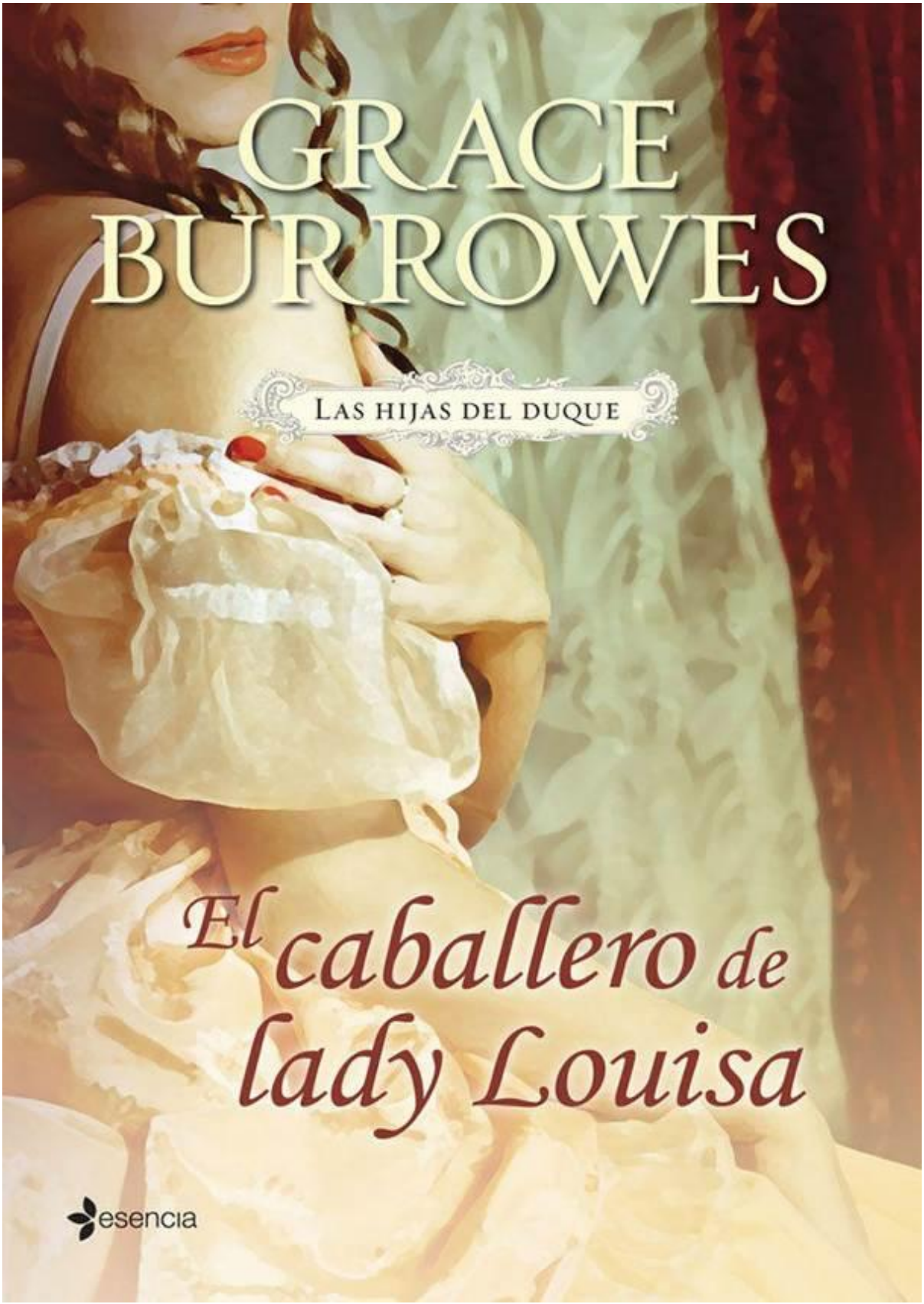

GRACE
BURROWES
LAS HIJAS DEL DUQUE
El caballero de lady Louisa
esencia

# El caballero de lady Louisa

Grace Burrowes

*Las hijas del duque 03*

# Índice

Biografía
Dedicatoria
Árbol genealógico
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
Nota de la autora

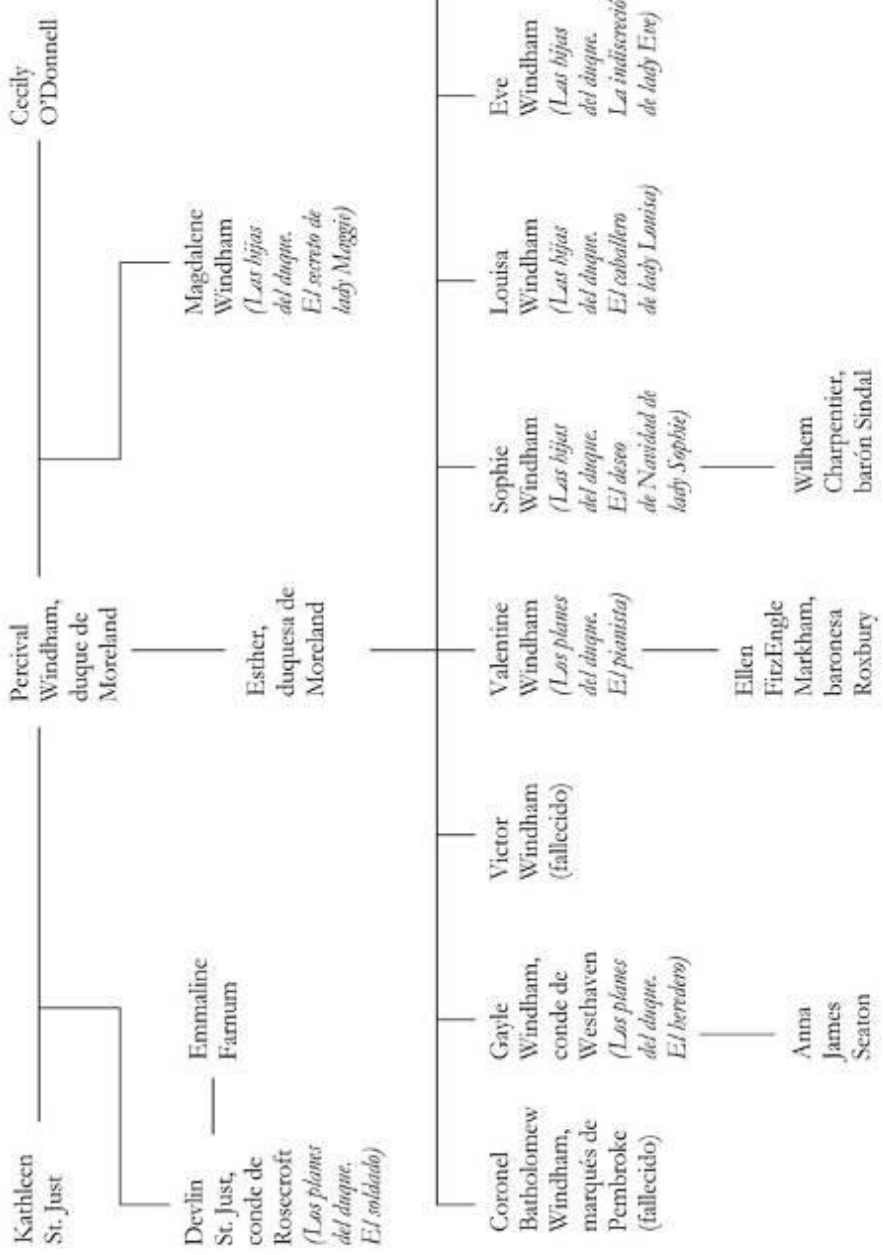
# Biografía

**Grace Burrowes** es el seudónimo de una prolífica autora de novelas románticas históricas, ganadora de un buen número de premios. Sus manuscritos han quedado finalistas o bien han obtenido menciones de honor en el concurso de novela romántica Put Your Heart in a Book, de Nueva Jersey; el Golden Opportunity, de Indiana; el Maggie, de Georgia; el Fool for Love, de Virginia, y el Launching a Star, de Spacecoast. En la categoría de novela histórica, ganó el Maggie y el Golden Opportunity.

Grace Burrowes es abogada matrimonialista en activo y vive en la zona rural de Maryland.

Puedes contactar con la autora a través de su página web: www.graceburrowes.com. O enviarle un e-mail a: graceburrowes@yahoo.com

*Este libro está dedicado a mi hermano Tom, una de esas personas excepcionales que pueden decir la palabra exacta, bondadosa y sincera que tanto necesitabas oír, sin siquiera ser consciente de cuánta falta te hacía. Sea cual sea el problema, Tom puede aportar a cualquier situación su humor y su sabiduría. Chicky, tenías razón: los pollitos dejan sus porquerías por todas partes.*


Kathleen St. Just
Percival Windham, duque de Moreland
Cecily O'Donnell
Devlin St. Just, conde de Rosecroft (Los planes del duque. El soldado)
Emmaline Farnum
Esther, duquesa de Moreland
Magdalene Windham (Las hijas del duque. El secreto de lady Maggie)
Coronel Bathlomew Windham, marqués de Pembroke (fallecido)
Gayle Windham, conde de Westhaven (Los planes del duque. El heredero)
Victor Windham (fallecido)
Valentine Windham (Los planes del duque. El pianista)
Sophie Windham (Las hijas del duque. El deseo de Navidad de lady Sophie)
Louisa Windham (Las hijas del duque. El caballero de lady Louisa)
Eve Windham (Las hijas del duque. La indiscreción de lady Eve)
Jenny Windham
Anna James Seaton
Ellen FitzEngle Markham, baronesa Roxbury
Wilhem Charpentier, barón Sindal

# 1

Después de vencer al Corso, sir Joseph Carrington adquirió dos fieles compañeros. Nadie lo tomaba por estúpido, por lo que él sabía perfectamente que el consuelo de la petaca, su primera afición, era una amistad bastante dudosa.

Su segunda compañera, un poco más animada, era *Lady Ophelia*, a quien Carrington había conocido poco después de darse de baja del ejército. Ella, con sus amables ojos y sus pacientes silencios, le había ofrecido muchos consejos sabios y consuelo, y le había dado sistemáticamente camadas de al menos diez cochinillos, tanto en primavera como en otoño, lo que sólo podía aumentar su gratitud.

—No deberías desanimarte. —Sir Joseph rascó a *Lady Opie* detrás de la oreja izquierda para tranquilizarla—. Te quedarás aquí en el campo, ayudando a Roland en el baile del apareamiento, mientras yo me marcho a Londres.

Allí, sir Joseph iba a tomar parte en un baile similar. Daba gracias a Dios por la caza. El hecho de perseguir a los perros rastreadores podía salvar a un hombre de la locura colectiva a la que sucumbía la buena sociedad cuando se acercaban las fiestas, al menos durante unas semanas.

—Regresaré para Navidad, y quizá este año Papá Noel me traiga una esposa para que también yo tenga mis propios retoños.

Bebió otro pequeño sorbo de la petaca, uno muy pequeño. A menos que pasara horas montado a caballo, caminando por los bosques con las presas de su cacería a cuestas, o que se aproximara una tormenta de nieve o una ola de frío, por lo general la pierna no le dolía horriblemente.

—Sinceramente, no sé cómo lo haces, querida. Diez cochinillos, dos veces al año, durante tantos años... o al menos desde que tengo el placer de conocerte.

Al parecer, esa temporada la cerda todavía no estaba preñada, y ya había llegado el invierno. Eso era preocupante a un nivel que un hombre que aún no estaba borracho no tenía intenciones de considerar. La fecundidad de *Ophelia* le daba seguridad respecto a un orden fundamental de la vida; una seguridad más sustancial que la que le ofrecía su petaca.

—Dame algunos cochinillos, su señoría. —Pasó a rascarle la otra oreja y su amiga inclinó la cabeza—. Dame el tipo de bebés que puedo vender en el mercado y que me harán rico. Más rico. Lo ideal sería una camada de doce para Navidad.

El récord era de once y todos habían sobrevivido. Eso había sido dos años antes, cuando sir Joseph necesitaba desesperadamente un buen augurio.

Un mozo de cuadra silbó el aria *Él alimentará a su rebaño*, con una melodía navideña para avisarle de que su caballo estaba preparado. El muchacho no osaría interrumpir una conversación privada entre sir Joseph y *Lady Ophelia*, sobre todo cuando podía dedicarse a hacer estragos con las notas del pobre Händel.

—Me voy. Eleva una plegaria por Reynard.

Con una palmada y una caricia final, dejó que su amiga porcina se reuniera con sus vecinos.

A sir Joseph, las cacerías le recordaban al ejército en los desfiles: todos con impresionantes atuendos, buena cerveza y una bonhomía alimentada en parte por los nervios y el alcohol. El objetivo del día parecía ser virtuoso en ambos casos y, sin embargo, si todo salía tal como estaba planeado, alguien que no pertenecía a la concurrencia sucumbiría víctima de una muerte sangrienta.

Que ese alguien fuera un zorro —una mera alimaña— y estuviera en una desventaja numérica tan evidente respecto a los treinta perros sólo parecía molestar a sir Joseph. Incluso en medio de la gran alegría de una cacería de diciembre, sabía que no podía compartir su afecto por el animal con ningún otro ser humano.

—Las actividades sociales previas al comienzo de la temporada son un fastidio enorme.

Lady Genevieve Windham no se molestó en bajar la voz, cosa que sorprendió a su hermana Louisa. En realidad, una debería poder quejarse tranquila con su propia hermana (a Louisa tampoco le gustaban esas actividades previas),

pero dado que estaban en la parte de atrás del tercer grupo, alguien podía oírlas.

—Nos las hemos perdido casi todas, menos las de las últimas dos semanas —señaló Louisa—. Gracias a papá y a su locura por la caza.

—Es como cazar urogallos —dijo Jenny, dejando que su yegua se apartara un poco de los demás jinetes, encaminándose hacia la mesa del desayuno—. Termina la Cuaresma y comienza la cacería de marido, con las madres armadas y dispuestas a cobrarse una pieza. No sé cuántos años más podré soportarlo, Louisa.

—Una termina por acostumbrarse.

Eso no era del todo verdad, pero cuando Jenny pasaba por aquellos infrecuentes momentos de desánimo hacía falta una mentira piadosa.

—Tú llevas un poco más de tiempo que Evie y que yo y no debería quejarme contigo. Lo siento, Lou.

Había auténtico remordimiento en el tono de Jenny, porque ésta era buena y considerada, algo que Louisa hacía tiempo que había dejado de aspirar a ser. Su hermana era rubia y angelical, en contraste con el pelo oscuro de ella; además, Jenny tenía un carácter bastante alegre. En un momento de desesperación, la duquesa, su madre, había dicho que las facciones de Louisa eran «audaces».

Y vaya si lo eran.

En el prado que había algo más abajo, algunos jinetes llegaban poco a poco de la cacería. Un conjunto de ondulantes plumas llamaron la atención de Louisa: dos plumas de faisán, una de pavo real y otra de avestruz, que, esperaba que la bendita ave jamás lo supiera, habían teñido... ¡de rosa!

Y estaba claro que las cazadoras que llevaban esas plumas en los sombreros seguían el olor de una presa. Louisa echó un vistazo al prado y toda la diversión de la cacería matinal se evaporó cuando vio la presa a la que perseguían.

—Jenny, siento que voy a ceder a un impulso caritativo.

De todos los hombres que había por allí, sir Joseph Carrington era el que menos merecía el ataque de aquella jauría.

Su hermana dejó de jugar con el único mechón que se escapaba de la trenza de la crin de su yegua.

—No has cedido a un impulso semejante en los últimos cinco años como mínimo, Louisa. A ti lo único que te guía es la lógica... Oh, Dios mío.

—Las cazadoras están enardecidas —murmuró Louisa—. El pobre hombre

ni siquiera se las ve venir.

Un jinete solo, montado en un alazán, cruzó el prado con las riendas sueltas, mientras que, detrás de él, las cuatro damas lo perseguían en sus respectivos caballos.

Louisa había reprimido con éxito impulsos caritativos como aquél durante ocho años, y Jenny lo sabía. Esa vez no lo haría.

—Échale la culpa a la inquietud que me produce la temporada. Sir Joseph no tiene la menor posibilidad contra las cuatro juntas.

A Louisa le resultaba insoportable ver a un veterano condecorado, nada menos que un par del reino —además de viudo y padre de familia—, acosado por Isobel y su banda de doncellas ávidas de marido.

Louisa puso su yegua a un trote ligero, atravesó un arroyo, dos troncos y un desnivel, con Jenny pisándole los talones. Sir Joseph Carrington había servido en el ejército y había luchado junto a sus hermanos, Bart y Devlin, en la Península, lo que le aseguraba más aún su lugar entre los hombres a quienes Louisa respetaba sin reserva.

Además, no tenía hermanas, primas ni tías que pudieran rescatarlo del destino que trotaba tras él. Naturalmente, ninguno de los demás jinetes se atrevería a socorrerlo, porque corrían el riesgo de ser arrastrados en la refriega y terminar bailando con todas las solteras del condado en el baile de aquella noche.

Louisa sabía lo que era enfrentarse a solas al propio destino, conocía la soledad y lo agotadora que podía ser. Sospechaba que lo mismo le sucedía a sir Joseph, y si podía ahorrarle aquella pequeña emboscada, lo haría.

—¡Sir Joseph! —exclamó, mientras su yegua se adelantaba veinte metros por delante de las cuadro damas—. ¡Buenos días! El tramo final ha sido excelente, ¿verdad?

El hombre se volvió y la miró y ella pudo ver con precisión el momento en que advertía el peligro que lo acechaba.

—Lady Louisa, lady Genevieve. Buenos días.

No se acobardó ante el grupo que lo rodeaba. Se llevó la mano al sombrero en un saludo informal y miró otra vez hacia delante. Devlin había dicho que sir Joseph era un demonio en el campo de batalla: valiente e imperturbable. Al parecer, sus instintos guerreros todavía funcionaban a la perfección.

Louisa vio con el rabillo del ojo a Isobel Horton, con su pluma rosada, mirándola amenazadoramente, con una actitud nada acorde con el espíritu navideño.

«Feliz Navidad para ti también, Isobel.»

—Jenny, ¿no buscabas ayuda para preparar el desayuno de después de la cacería?

La sonrisa que se dibujaba en los labios Jenny al acercarse a sir Joseph era digna de una santa.

—Sí, así es. Sir Joseph, si nos disculpa. —Hizo dar media vuelta a su yegua—. ¡Oh, queridas! Isobel, Elspeth, me alegro mucho de veros. Isobel, qué sombrero más original...

Sir Joseph observó la maniobra y esbozó una sonrisa que iluminó sus oscuras facciones.

—Bien hecho, lady Louisa, y le ruego que se lo agradezca a lady Genevieve más tarde.

Ella ladeó la cabeza para que él no viera su propia sonrisa.

La primera impresión que producía la voz de Carrington era chocante. Una especie gruñido de barítono bajo, sin las vocales engoladas y la musicalidad aristocrática que se aprendían en la escuela o en la universidad. A Louisa le gustaba eso, igual que el hecho de que no tuviera modales afectados ni un vocabulario exquisito. Le gustaba todavía más que no simulara ignorar lo que acababa de suceder.

—¿Quiere un trago? —Sir Joseph le ofreció una petaca de plata con una rosa grabada en ella. El objeto parecía excesivamente pequeño y elegante comparado con su enguantada mano negra—. Y, en caso de que se lo pregunte, contiene una combinación de ron y licor de avellanas. Calienta los huesos.

Ella aceptó, apreciando el gesto, aunque pensó que era probable que hubiera hecho lo mismo con Isobel o con Jenny. Durante la cacería había frecuentes descansos para «revisar los arreos» o para dejar descansar a los caballos mientras soltaban los perros. Cuando hacía frío, esas pausas invariablemente incluían un trago de lo que hubiese en las petacas. Incluso a las damas se les permitían unos discretos sorbos; Louisa había vaciado la suya antes de la segunda etapa de la cacería.

—Es... muy bueno. —Hasta fortalecedor. La bebida estaba tibia por el

contacto con el cuerpo de sir Joseph, lo que acentuaba su sabor dulce y ardiente. Louisa bebió un segundo sorbo y se la devolvió.

Sir Joseph bebió otro trago y guardó la petaca en un bolsillo interior de su abrigo de caza.

—Debo admitir que siento cierta perplejidad, milady: es usted una temeraria amazona, capaz de seguirle el ritmo a los perros y de encabezar el primer grupo, y sin embargo se demora con los más rezagados, con los ebrios y los tímidos. Ha despertado mi curiosidad.

Despertar la curiosidad de un hombre no era algo bueno, según la experiencia de Louisa, aunque la parte acerca de que era una amazona temeraria le resultó de lo más halagadora, sobre todo viniendo de un oficial de caballería retirado.

—Le hago compañía a mi hermana.

—Oh.

Los hombres tenían la capacidad de burlarse de una mujer con una sola sílaba. Ciertos hombres. Los cinco hermanos de Louisa habían nacido con esa habilidad, pero no le pareció que sir Joseph estuviera burlándose de ella.

—Lady Genevieve monta bastante bien —admitió Louisa. Una buena mentira se basa en la mayor cantidad de verdad posible. También les debía esa lección a sus hermanos—. Pero es demasiado sensible y no le gusta arriesgarse a participar en la matanza.

—Ya veo. —Sir Joseph volvió a sonreír levemente.

Louisa quería mirarlo a la cara para ver si aquel tímido gesto se transformaba en una verdadera sonrisa.

Sin embargo, no podía hacerlo.

Pensaba en otro tema de conversación para seguir charlando, cuando el caballo de sir Joseph comenzó a moverse.

El animal no era nada delicado, pero cuando se apaciguaba bajaba los cuartos traseros y su trote era fluido y cadencioso, con lo que hombre y bestia se veían elegantes y... atractivos.

—Basta de tonterías. Quieto.

Cuando Carrington le habló a su caballo, su voz sonó diferente; ronroneante y afectuosa, nada gruñona. El animal se relajó conforme el jinete le acariciaba la

crin.

—Su caballo es todo un atleta, sir Joseph, aunque he notado que también usted evita el primer grupo.

—*Soneto* está ansioso por regresar a casa. En ese aspecto nos parecemos: estamos más cómodos en un entorno familiar. Para responder a su observación, lady Louisa, puedo decirle que la guerra ha cambiado lo que pienso sobre los deportes sanguinarios, hasta el punto de que la expresión me parece un oxímoron. ¿Regresará a la ciudad antes de la Navidad?

Por supuesto, Louisa sabía qué significaba la palabra «oxímoron», al igual que «onomatopeya», «sinécdoque» y «antropomorfismo». «Un perfecto caballero» era un oxímoron. Y pensó que también lo era «una perfecta dama».

—Durante las próximas dos semanas, mi hermana y yo nos trasladaremos a Mayfair con nuestros padres.

—¿Debo suponer que no es un motivo de alegría?

Louisa volvió la cabeza para mirarlo y descubrió una mirada seria... quizá demasiado seria.

—¿Está burlándose de mí, sir Joseph?

Sus hermanos, todos hombres valientes, solían bromear con ella, pero eso era antes de que su arrogancia de marisabidilla llevara esas bromas a una desastrosa conclusión. Sea como fuere, no echaba de menos esas tonterías.

Sir Joseph se acercó un poco a su montura y echó un vistazo alrededor, como si estuviese a punto de hacerle una confidencia.

—Creo que me compadezco de usted. —Luego se irguió, fijó la vista al frente y añadió—: Regreso a la ciudad cada primavera y otoño y siempre me pregunto si no me parezco cada vez más a mi tío abuelo Sixtus. En los últimos cuarenta años de su vida, no puso un pie en Londres, y cada década que pasaba afirmaba que era más feliz que en la anterior.

—¿Se trata del hombre del que heredó su propiedad?

—Mi finca.

Su «finca» tenía miles de hectáreas. Según su excelencia el duque, eran muy buenas hectáreas, y sir Joseph se ocupaba de ellas a la perfección. Era afortunado, porque podía pasar largas temporadas en el campo, donde veía las estrellas por la noche y salía a galopar por las mañanas.

Por delante de ellos, Jenny y sus acompañantes conversaban animadamente, sin duda acerca de bocadillos de berro o algún asunto igual de fascinante.

—Londres no está tan mal —dijo Louisa. Era una ciudad tediosa, agobiante y llena de gente con una sorprendente capacidad para hablar sin parar, no decir apenas nada y disfrutar mucho de todo aquello—. Dentro de poco nos marcharemos a Moreland para pasar allí la Navidad.

—Dos semanas pueden ser una eternidad.

Lo dijo con resignación. Louisa lo vio sujetar las riendas con una mano y buscar la petaca con la otra, aunque no la sacó ni bebió de ella. Una pena. A ella le habría encantado beber un poco más. Dos semanas eran un millón doscientos nueve mil seiscientos segundos.

Quizá él también podría haber bebido un poco más. Tenía un gesto desolado, pero era cierto que así solía ser la expresión de sir Joseph. No era un hombre apuesto en el sentido clásico del término: tenía rasgos melancólicos y cejas demasiado espesas, su nariz no era demasiado recta, sino grande y un poco torcida, pero aun así, Louisa lo encontraba atractivo porque lo había visto sonreír.

Un día había sonreído a sus pequeñas hijas en el patio de la iglesia, pero Louisa nunca olvidó la escena. Su sonrisa, llena de ternura, simpatía y cariño, lo hacían muy atractivo.

—¿Asistirá al baile de después de la cacería, sir Joseph?

—Es mi deber.

Sí, era su deber. Louisa sospechaba que era una prueba más de su imperturbable valentía.

—¿Le reservo una pieza?

En cuanto las palabras salieron de su boca, se arrepintió de haberlas pronunciado. Pero no por ella, bailar era una de las actividades sociales que disfrutaba, siempre y cuando su pareja fuera medianamente competente. Lo lamentó por él. Sir Joseph cojeaba y Louisa no estaba segura de que pudiera bailar.

Él le dio otra palmada al caballo, una suave caricia con su enguantada mano en el esbelto y musculoso cuello del animal.

—En la pista de baile me defiendo. Una zarabanda o una polonesa entran dentro de mis capacidades en las primeras horas de la velada. No he intentado bailar un vals en público en los últimos años y espero morir en ese estado de

gracia.

—Hasta el baile, pues.

Conforme se acercaban a las mesas del desayuno, Louisa trató de no pensar en sir Joseph envejeciendo sin el placer de guiar a una dama por la pista de baile al ritmo de los animados acordes de un vals.

Si persistía en esos pensamientos, correría el riesgo de sentir lástima por él. Y un hombre que poseía una imperturbable valentía, una propiedad excelente y una petaca medio llena no merecía de ningún modo su lástima.

Louisa Windham había evitado que Joseph tuviese que soportar la compañía de la señorita Fairchild y su pariente, la risueña señorita Horton, durante el desayuno de la cacería y probablemente también más tarde, en el baile de esa noche. Las damas lo habían buscado toda la mañana como un par de perros de caza tras el olor del zorro: con los ojos brillantes, medio gritando inanidades la una a la otra, con la vista clavada en los sucesivos grupos hasta dar con su presa, luego con la siguiente...

Mientras tanto, Joseph estaba acompañado de una bonita mujer que no tenía ningún interés especial en su persona, en su cartera ni en sus cerdos.

Ayudó a lady Louisa a bajar de su caballo, lo que le permitió notar que no era tan pesada como habría sugerido su altura. Cuando pisó el suelo, advirtió otro pequeño detalle sobre ella: a pesar de las actividades de la mañana, todavía olía a cítricos y a clavo.

Era un perfume caro y, en el frío aire de la luminosa mañana de invierno, le pareció... navideño. Y agradable.

Le gustaba Louisa, aunque nunca agobiaría a la pobre mujer con semejante confesión. En los dos últimos años, desde que había empezado a relacionarse con la aristocracia de Kent, Joseph había pasado bastante tiempo en los rincones de las salas y los salones de baile, acudiendo a la iglesia y ocupándose de mantener cordiales relaciones con sus vecinos.

Por lo que había podido observar, lady Louisa hacía lo que quería hasta donde le era posible siendo la hija soltera de un duque. Decía lo que pensaba, y a veces se trataba de cosas bastante audaces.

Su trasero también era audaz. Aquello era algo que le gustaba especialmente. Disfrutó de la imagen: su traje de montar era un poco más estrecho en las caderas de lo que estaba de moda y ella no se esforzaba en esconder la generosidad del Creador con esa parte de su cuerpo.

Era una mujer en la que un hombre encontraría dónde colocar las manos...

—¿Sir Joseph?

Se apartó un paso de ella para que los mozos de cuadra pudieran llevarse los caballos.

—¿Me permitirá que le sirva un plato, lady Louisa? ¿Desea algo de beber?

¿Cuánto tiempo había estado allí, contemplándole el trasero, en medio de la gente, los perros de caza, los caballos del molino y los ajetreados sirvientes?

—Sí, comería algo.

Que no se disculpara con él y saliera en busca de su hermana lo sorprendió y le gustó.

—Yo también. ¿Me acompaña? —Le ofreció el brazo, más deseoso de permanecer a su lado de lo que un caballero podía admitir.

Aunque si le agradecía una vez más a Louisa Windham que hubiese usado su posición social para rescatarlo de una captura segura, probablemente ella lo miraría desconcertada, cambiaría de tema y olvidaría que le había prometido el primer baile.

Esa pieza, por extraño que fuese, era algo que anhelaba.

Un poco por delante de ellos en la fila del bufé, Timothy Grattingly y otros jóvenes discutían acerca de cuál era la mejor raza para un caballo de ciudad.

—No apreciarían a *Soneto* —murmuró Joseph, mientras la dama colocaba rodajas de manzana en uno de los platos que llevaban—. Es hijo de un buen caballo de tiro por parte del padre y puro español por parte de madre. Un animal de buena sangre que me ha salvado la vida más de una vez.

Louisa Windham echó un impaciente vistazo a los jóvenes y su desagrado pareció intensificarse.

—*Soneto* tiene un buen par de cuartos traseros, buenos huesos y goza de buena salud. No veo qué importancia tiene lo demás. ¿Dónde nos sentamos?

Donde las cazadoras no lo encontrasen, donde pudiera disfrutar un poco

más del franco sentido común de Louisa Windham y de su dulce fragancia.

—Un poco de tranquilidad no estaría mal. Algún lugar al sol donde no sople mucho viento. —Hacía frío, incluso en los protegidos establos de sus anfitriones.

Ella lo miró con una sonrisa indulgente y él intuyó que había descubierto su estrategia.

—Allí —sugirió Louisa—. En ese banco.

Había escogido un banco de madera flanqueado por una fuente seca y un lecho de margaritas marchitas. Joseph permaneció de pie con sus platos, mientras ella colocaba sus bebidas en los extremos del banco, se quitaba las agujas del sombrero, se arreglaba la falda y, a su manera, causaba esa especie de revuelo y demora tan propios de las mujeres.

A él debería haberle molestado, por el hambre que tenía y porque empezaba a sentir dolor en la pierna. Pero, por el contrario, se quedó observando cómo, cuando Louisa se quitó el sombrero, un mechón de su oscuro pelo abandonaba el lugar que le correspondía y caía a lo largo de su cuello.

Al parecer, ella no lo advirtió o no le importó. Joseph no pudo evitar notar el detalle.

Quizá una estancia en la ciudad (ese antro de perdición, tal como él lo veía) no fuera tan mala idea. Un terrateniente que se había comportado durante todo el bendito año, bien podía tener un poco de diversión para Navidad, después de todo.

—Yo los cogeré —dijo entonces Louisa poniéndose en pie; cogió los dos platos de manos de Joseph y le indicó con la barbilla que se sentara.

Los pensamientos de él respecto de la perfecta y pálida piel de su cuello, posiblemente con perfume de clavo, o la suavidad del rizo oscuro entre sus dedos se desvanecieron al advertir que tendría que aposentarse en el banco junto a ella. Le esperaba un momento incómodo. Después de montar durante varias horas, no podía confiar en el correcto funcionamiento de las articulaciones de su pierna derecha.

Consiguió hacerlo. Era cuestión de moverse con rigidez, con mucha rigidez, y luego, a un par de centímetros del banco, dejarse caer como un anciano demasiado obstinado para dignarse usar un bastón.

—¿Montar agrava su herida? —le preguntó lady Louisa, justo antes de morder un trozo de manzana.

—Hay un equilibrio. Si le exijo demasiado, empeora; si le exijo demasiado poco, empeora.

—Y nadie le pregunta por eso, ¿verdad? ¿Desea un poco de manzana?

Le gustaban las manzanas. No estaba seguro de que le gustara tanto hablar de sus heridas, ahora que alguien le preguntaba por ellas.

—Las heridas de guerra no son ninguna novedad.

Aceptó un trozo de la fruta que ella le ofrecía. Se quitaron los guantes para comer, por supuesto, lo que lo obligó a advertir el contraste: las manos de él eran callosas y tenían una cicatriz, un tajo blanco que dibujaba una línea sin vello por encima de los cuatro dedos de su mano derecha. Las de ella eran propias de la virgen de un tapiz renacentista, capaces de acariciar el cuello de un unicornio.

Louisa frunció el cejo al verle la cicatriz, mientras un perro de tres patas pasaba corriendo junto a ellos, con los cascabeles de su collar emitiendo un alegre tintineo.

—¿Otra herida?

—Un intento de un soldado francés de quitarme las riendas. No lo consiguió.

Gracias a Dios. Joseph cerró de golpe una puerta mental para apartar el recuerdo (algo en lo que se había vuelto maestro) y aceptó otro bocado de manzana de la dama que tenía a su lado.

—¿Se aburre usted alguna vez, lady Louisa?

Ella hizo una pausa en lo que parecía un esfuerzo casi deliberado de dejar limpio su plato y alzó la vista hacia él con expresión de desconcierto.

—¿Por qué lo pregunta?

No ofreció una respuesta nerviosa, no exhibió afectación ni coquetería, y era evidente que tenía tanto un buen corazón como un aspecto adorable. Y lo que era aún mejor: Joseph bailaría con ella la primera pieza de la noche.

Agitó la mano de la cicatriz.

—Hablar de las heridas me aburre, quizá sea eso. La recuperación fue un desafío mayor que el daño inicial. Me preguntaba cómo se entretienen las hijas de un duque.

—Yo a menudo me he formulado la misma pregunta. Hacemos visitas,

tenemos nuestras obras benéficas, nos escribimos con nuestras hermanas, cuñadas y primas. Asistimos a reuniones sociales y, cuando estamos en la ciudad, montamos a caballo o en carruaje para pasear por el parque. Todo es bastante...

Se interrumpió, dejando a Joseph con la sensación de que acababa de entrever una herida que no cicatrizaba tan bien como las suyas. Le dio una palmada en los nudillos.

—Yo leo.

Ella lo miró con cautela.

—Usted parece una persona culta.

Les leía a sus cerdos con mucha frecuencia.

—No sólo leo los periódicos y los clásicos, lady Louisa. Paso mucho tiempo solo, y las noches de invierno son largas y frías.

Ella observó el contenido de su plato, lo que lo salvó de más miradas inquisitivas por parte de aquellos oscuros ojos verdes.

—Así es. Mi hermana Jenny las pasa cosiendo o pintando... tiene un impulso creativo. Sophie era nuestra maestra pastelera hasta que se casó con Sindal. Eve es la acompañante preferida de mamá en las visitas sociales y Maggie se entretiene con sus libros contables, cuando no está mirando arrobada a Hazelton.

—Mantengo correspondencia con su hermana, la condesa, sobre asuntos de negocios. —Notó que la breve enumeración de Louisa no incluía cuál era su propia actividad.

—¿Con Maggie? —Hizo otra pausa—. Es muy audaz escribirse con un caballero soltero. Ella lo llamaría «*droit du spinster*», derecho de solterona. Pensaba que Mags tenía un monedero en lugar de corazón. Qué equivocada estaba.

Tomó un bocado del bollo de Navidad, particularmente concentrada, dejando entrever que en los márgenes de la conversación flotaban asuntos familiares. Joseph bebió un sorbo de su ponche y dejó la copa a un lado.

—Beba con cuidado, milady. Hay un poco de una sidra avinagrada en la receta.

Ella observó su porción de bollo.

—Siempre es así, ¿no? En las reuniones, después de la cacería, nos relacionamos con nuestra exquisita educación, esbozamos nuestras mejores sonrisas, llenamos los platos y, sin embargo, siempre hay algo... un ponche

estropeado, un caballo que tendrá que ser sacrificado, un miembro de la partida que se oculta entre los arbustos para vomitar, mientras su hijo adolescente intenta esconder su vergüenza. —Hizo a un lado su plato casi vacío—. Lo siento. Quizá debería ir a buscar a mi hermana.

Joseph se consideraba sólo moderadamente inteligente, pero la inactividad ocasionada por su herida había agudizado su capacidad de observación. Bonita, amable, con título nobiliario y con una generosa dote, lady Louisa tenía pavor ante la perspectiva de su próximo viaje a la ciudad y quizá de todos sus viajes a la ciudad. Carecía de un pasatiempo que pudiese mencionar en público y sus dos hermanas mayores estaban ya casadas.

Y, sin embargo, la joven había acudido al rescate de un hombre a quien apenas conocía, quizá porque había oído los aullidos de sus perseguidoras, o tal vez porque conocía muy bien el aullido de ese tipo de jaurías.

Joseph sacó su petaca.

—Así es la vida a veces, raída en los bordes.

Con intención de distraerla, extendió una mano, le colocó el rebelde bucle detrás de una oreja y, al hacerlo, descubrió que su pelo era tan sedoso y agradable al tacto como había imaginado. Podría dedicarle un soneto a ese único bucle.

Quizá lo hiciera.

—También es cierto, milady, que los dos gozamos de buena salud, tenemos amigos y vecinos que nos aprecian, alimentos para comer y camas abrigadas donde dormir. Y además la Navidad llegará pronto. —No mencionó que compartirían un baile.

Louisa no intentó apartarse cuando él la tocó. Lo escrutó con sus serios ojos verdes.

—También aprendió todo esto durante la guerra, ¿verdad? Aprendió a ser agradecido.

—Tal vez. —Algo sí había aprendido: quizá a conformarse con la agricultura, la soledad y la buena literatura. O a casi conformarse.

—Su excelencia dice que usted también se marcha mañana a la ciudad, sir Joseph, aunque me pregunto por qué.

Su pregunta era demasiado perspicaz y lo obligó a reconsiderar a la dama con quien hablaba, con aquellos ojos bonitos además de graves, su adorable

perfume y su sedoso pelo.

—Por la misma razón por la que todos vamos a la ciudad. Cada tanto debo relacionarme con los demás si me propongo encontrar esposa. ¿Desearía otro trago?

—Sí. —Ella aceptó su petaca y se la llevó a los labios.

Mientras Joseph volvía a admirar su esbelto cuello, ella levantó el pequeño recipiente, como si se dispusiera a vaciarlo hasta la última gota.

—¿Por qué un hombre como sir Joseph Carrington necesitaría una esposa?

Mientras hablaba con sus hermanas, Louisa cogió una jarra de vino caliente y especiado de la bandeja de uno de los lacayos que circulaban alrededor de la pista de baile. En la superficie flotaban pequeños trozos de canela, una exhibición de derroche navideño por parte de la familia que ofrecía el baile de la cacería. En los dinteles colgaban ramos de muérdago y las puertas estaban decoradas con guirnaldas. La fragancia de los pinos y la cera de abeja se mezclaban con los olores de demasiados cuerpos que no se habían bañado después de la cabalgata de la mañana.

Eve despachó al lacayo sin servirse vino, pero Jenny era demasiado educada como para rechazarlo.

—Tal vez sir Joseph busque esposa porque tiene hijas —comentó Jenny—. Las niñas pequeñas necesitan una madre.

—Puede que se sienta solo —sugirió Eve—. Es un buen partido. No puede tener más de treinta años y Maggie dice que la cría de cerdos es bastante rentable. No parece inclinado a los típicos vicios masculinos. Así que, ¿por qué no iba a buscar esposa?

Louisa dio un sorbo a su vino, recordando a sir Joseph en las misas del domingo, acompañado de las dos criaturas que lo llamaban «papá».

—¿Crees que es un buen partido?

Eve Windham, la más joven de las hijas del duque, rara vez aventuraba una opinión sobre algún miembro del género masculino. Coleccionaba con jovial alegría aspirantes y admiradores, e incluso pretendientes, pero nunca dejaba entrever la menor señal de que alguno de ellos fuese dueño de su corazón.

La joven recorrió la pista de baile con la mirada, hasta llegar a sir Joseph, que conversaba con la pálida y regordeta lady Horton. Las dos hijas mayores de la mujer lo flanqueaban, arrinconándolo como un par de curiosas vaquillas ante un toro recién llegado.

—Me gusta que un hombre no sea tonto —dijo Eve—. Que sea capaz de mantenerme a mí y a los míos; está bien que ya sea padre, aunque querrá tener hijos varones para que hereden su fortuna, y por otra parte, esas anchas espaldas tampoco están de más.

Jenny alzó sus rubias cejas.

—Viniendo de ti, eso es una extraordinaria aprobación, Eve. Si no fuera un simple caballero, le transmitiría tu opinión a mamá.

—No importa que sólo sea un caballero —replicó su hermana, pero su refutación fue débil—. ¿Es buena la bebida?

Louisa frunció la nariz.

—Demasiado dulce. Algunas personas creen que, en las fiestas de Navidad, están obligadas a informar de su riqueza a todo el mundo.

—Estás de mal humor esta noche —señaló Jenny—. Sé de algo que te animará.

Eve sonrió e intercambió una mirada conspirativa y maliciosa con Jenny. Ambas hermanas compartían más que su rubia belleza, aunque Jenny era esbelta y Eve era más baja y curvilínea. Las dos jóvenes, aún solteras, tenían una suerte de dulzura, una calidez de espíritu hacia todo lo que las rodeaba de las que Louisa carecía.

Y, a decir verdad, las envidiaba por ello.

—Me vendría bien algo que me anime —convino Louisa, retomando el hilo de la conversación—. Mi noche comienza con una pieza con sir Joseph y el resto de mi carnet de baile está vacío. No hay duda de que Sindal se apiadará de mí, pero en cuanto me arrastre a la pista estará ya desesperado por regresar al lado de Sophie.

—Deene bailaría con nosotras si no estuviese de duelo —señaló Eve.

—Pero lo está.

Lo que era una lástima. El marqués de Deene era bastante alto, guapo y, ante todo, muy amigo de la familia, lo que lo convertía en la compañía perfecta para los

propósitos de Louisa.

—Lord Lionel Honiton no está de duelo —replicó Jenny—, y acaba de entrar en el salón.

Ése era pues el motivo de las pícaras miradas entre sus hermanas. Louisa no alzó la vista, sino que dejó sobre una mesita su copa de ponche tibio y demasiado dulce.

—Hoy ha preferido no asistir a la cacería. No estaba segura de que viniese.

No era que lo echase de menos, si bien no hacía falta aclararlo.

—Estaría demasiado ocupado escogiendo su atuendo para la velada —respondió Eve—. Apuesto a que hará sombra a las damas.

Lord Lionel era guapo, rubio y de ojos castaños, lo que a Louisa le recordaba al spaniel de su excelencia. Cuando la joven miró por encima del hombro de Eve para contemplar el descenso de su señoría por la escalera, advirtió que, como siempre, el joven se había esmerado bastante en el cuidado de su aspecto.

Un hombre guapo que sabía cómo llevar encaje era una hermosa criatura, al margen del resto de sus atributos. Lionel tenía detalles de encaje aquí y allá: en el cuello, en los puños... Unas puntillas doradas, que entonaban con el color de su pelo y combinaban de maravilla con el conjunto azul y oro de su atuendo. El alfiler de su pañuelo era el complemento perfecto (zafiro o topacio engarzado en oro, quizá), y los botones de los puños del mismo tono.

—Louisa está reservando el vals de la cena para lord Encajes —murmuró Eve—. Ese hombre lleva más oro encima en un baile de cacería que todo el que yo tengo en mi joyero.

—Tiene una reputación que mantener —bromeó Louisa. Una reputación digna de la ciudad, incluso digna de la mansión Carlton, siempre y cuando las joyas fuesen auténticas, cosa que dudaba—. Y baila bastante bien.

Sabía de qué hablaba, porque había probado ese placer más de una vez. Cuando lord Lionel bailaba con alguien, la sala entera se detenía a observarlos. Era evidente que él esperaba que así fuese.

Louisa estaba convencida de que la escogía como pareja de baile porque, ante todo, era del estatus apropiado a su posición —la hija de un duque podía bailar con el hijo de un marqués— y porque su pelo y sus ojos oscuros resaltaban la dorada belleza masculina de él. Además, ella no bailaba nada mal.

—Viene hacia aquí —dijo Jenny, clavando la mirada en su copa, todavía llena—. Apuesto a que va a invitarte al vals de la cena, Lou, y eso antes de hacer nada más que saludar a la anfitriona.

—Buenas noches, *miladies*.

Louisa reprimió un suspiro de alivio al oír ese saludo casi gutural.

—Sir Joseph, buenas noches. —Sus hermanas hicieron una reverencia y Jenny, bendita fuera, se ocupó de las formalidades.

—Ha hecho un tiempo maravilloso para salir de caza, ¿verdad?

Sir Joseph, severo y a la vez elegante con un atuendo oscuro, pareció dudar antes de responder a las palabras de Jenny.

—Me pregunto si el zorro comparte la misma opinión. Probablemente todos los años, antes de que llegue abril, debe de rezar para que el invierno sea largo y espantoso.

—Es probable que, durante la primavera, su compañera y él estén ocupados con sus asuntos familiares —replicó Louisa.

Sir Joseph reprimió una sonrisa, mientras Eve y Jenny se las arreglaban para adoptar una expresión dolida.

«Sus asuntos familiares»... ¿A qué se refería su hermana con eso?

Louisa miró los trozos de canela que flotaban en su horrible bebida.

—Tal vez sí —convino sir Joseph—. Quizá piensa ir temprano a la ciudad para poder reunirse con sus sastres antes de que comience la temporada. Pero en lugar de seguir discutiendo los hábitos indumentarios del zorro, lady Louisa, me permito recordarle que me ha prometido la primera pieza. La orquesta está afinando sus instrumentos, aunque, desde luego, lo comprenderé si el ejercicio de hoy la ha dejado lo bastante fatigada como para no concederme ese privilegio.

Era un modo de darle la oportunidad de declinar la invitación. Detrás de Jenny, mientras atravesaba el salón, lord Lionel se había detenido para hablar con Isobel Horton. La muchacha había hecho un arte de la falsa sonrisa y se aferraba al brazo del caballero como una lapa. Él le dedicaba toda su atención, con sus ojos castaños fijos en la mujer, como si ella fuese la luz de su existencia.

¿Qué haría falta para que sir Joseph mirase así a alguien?

—Louisa rara vez deja pasar una oportunidad de bailar —dijo Jenny.

Había una nota apremiante en su voz y Louisa se dio cuenta de que se había perdido una parte de la conversación.

—Jenny tiene razón. —Louisa desvió la vista desde el esplendor de aquel pavo real que era lord Lionel hacia el sobrio rostro de sir Joseph—. Cuanto más bailo, menos oportunidad tengo de conversar sobre trivialidades. Como sin duda ha podido advertir, ése no es uno de mis talentos.

—Ni de los míos.

Él le ofreció el brazo y eso fue todo. Si de entradas se trataba, aquélla había sido de una absoluta simplicidad.

Conforme lord Lionel garabateaba algo en la tarjeta de baile de Isobel Horton, Louisa se cogió del brazo de sir Joseph. Ocupó su lugar junto a él entre las otras parejas que se preparaban para la pieza inaugural de la velada y entonces la asaltó una idea perturbadora: ¿la había escogido sir Joseph porque pensaba que necesitaba rescate? ¿No era más que un acto de caridad por su parte?

La posibilidad no era tan humillante como sonaba. Louisa, por el contrario, la encontró... enigmática.

Ella no podía casarse, no mientras la amenaza de un escándalo pendiera sobre ella como un condenado ramo de muérdago, pero sí le estaba permitido recorrer el perímetro de una sala de baile del brazo de un hombre apuesto, ¿no era así?

# 2

—Puedo recitarle poesía —le dijo sir Joseph, mientras recorrían danzando el salón de baile—. La poesía puede preservarnos del silencio y, aun así, no requiere que tengamos que pensar.

«¿Poesía?» A Louisa le dio un vuelco el corazón.

—¿Se burla de mí?

—Oh, tal vez. Usted podría hacer una inclinación de cabeza o tocarme el brazo con su abanico de vez en cuando y nadie notaría que eludimos la obligación de conversar. Tengo un amigo que adora los sonetos de Shakespeare. —Hizo una pausa mientras ella echaba un vistazo a su alrededor en busca de algo que decir, cualquier cosa, pero él le ahorró el esfuerzo, lanzándose a un sereno y casi contemplativo recitado—: «En mí contemplas ese mes en que de oro las hojas, o ninguna, o pocas, pendulean de ramas que tiritan con el frío...»

Al otro lado del salón, Isobel Horton golpeó el brazo de lord Lionel con el abanico cerrado.

Louisa en realidad adoraba ese soneto, el que sir Joseph había comenzado a recitar con el tono exacto de tristeza y calidez.

—¿Por qué mejor no me cuenta por qué está a la caza de una esposa, sir Joseph?

Él hizo una mueca. La pregunta era descortés, pero no había modo de eludirla.

—¿A la caza? ¿Me imagina llevando polainas, con el trabuco cargado y listo para atrapar alguna pequeña paloma candorosa al vuelo? Creo que la imagen no es del todo inexacta. Necesito una esposa por dos razones.

Él «necesitaba» una esposa. Las mujeres anhelan un esposo, sueñan con niños a los que amar. No se les está permitido «necesitar» un marido. Por más valiente que fuera y por más maravilloso que le pareciera su gusto en poesía, Louisa deseó golpear a sir Joseph y no precisamente con el abanico.

—Dos razones. Por favor, explíquese.

Se vieron obligados a detenerse por una pareja que tenían delante y que parecía demasiado ocupada en coquetear como para moverse al ritmo de la música.

—Primero, soy responsable de dos niñas y es deseable para ellas la influencia de una mujer adulta que desempeñe el papel de madre.

En la parte de su cerebro donde residía la facultad del lenguaje, Louisa advirtió que sir Joseph había conseguido aludir a su condición de padre sin reconocer ninguna relación con una mujer. No dijo «Mis hijas necesitan una madre», ni tampoco: «Necesito una esposa para que eduque a mis hijas».

Había hecho más bien una descripción de un puesto de trabajo, aunque bastante adecuada, dadas las circunstancias.

—¿Y la segunda razón?

Echó un vistazo alrededor. Esperó hasta que los tortolitos se movieron, avanzando como un ser de tres piernas, con las cabezas lo bastante juntas como para provocar rumores.

Louisa quería golpearlos a ellos también, quizá con la culata del trabuco imaginario de sir Joseph.

—Hay un título.

Ella olvidó a los tortolitos y casi también a lord Lionel, al otro lado del salón, apretado contra los pechos de la señorita Horton.

—¿Cómo dice?

—Hay un título. —Al hablar sonaba cansado y su voz no era más que un susurro—. La baronía ha estado en suspenso durante más de doscientos años, y si Dios quiere, así permanecerá.

En suspenso. Se podía mantener un título en el aire, fuera del alcance de una familia, durante siglos. Solía ocurrir con las antiguas baronías cuando el poseedor del título sólo dejaba descendencia femenina, mujeres que se reproducían, se multiplicaban y eran fértiles, haciendo que resultase imposible escoger un

heredero varón para el título, porque varios tenían el mismo derecho a reclamarlo.

—No parece muy complacido por este asunto. —De hecho, sonaba horrorizado.

—Espero con fervor que un primo en cuarto grado, el descendiente de Sixtus, que lleva su mismo nombre y que es el otro aspirante al título, pronto envíe noticias sobre un heredero. Cada año, al recibir su felicitación de Navidad, abrigo la esperanza de que llegue al mundo un nuevo primo varón al año siguiente.

—¿No quiere usted el título?

Se detuvieron peligrosamente cerca de un ramo de muérdago que colgaba encima ellos y él... se estremeció. El hombre de anchos hombros y hablar franco, que había sido condecorado por su valentía, se echó a temblar.

—Piense, lady Louisa, que nuestro regente es propenso a conceder títulos. ¿Qué sucedería si se le ocurriese transformar éste en algo más que una baronía? ¿Qué sucedería si recordase que mi título de caballero fue ganado en combate? ¿Y si su enorme capacidad para los sentimientos afectara a su generoso corazón y...? Ser caballero ya es bastante malo. Una baronía sería casi insoportable y bastaría para enviar a cualquiera al manicomio.

Quizá el coraje de sir Joseph no fuese ilimitado. El de Louisa tampoco lo era.

—Entonces usted sería lord Alguien, sir Joseph. Se sentaría en la Cámara de los Lores y podría escoger entre las debutantes.

Consiguió detenerse antes de decir que incluso le perdonarían que se hubiese dedicado a la cría de cerdos. Criar animales no era una actividad comercial, era decididamente una ocupación agraria. Pero tocino, jamón, manteca y cuero eran artículos necesarios; era probable que todos los nobles que vivían en el campo criaran algunos de esos animales.

Louisa tampoco le preguntó qué pensaba de los duques, ni de sus hijas, si tan intolerables le resultaban las baronías.

—En parte, debe casarse por ese título, entonces.

Sir Joseph dejó escapar un suspiro y luego la alejó del muérdago que pendía sobre sus cabezas cual espada de Damocles.

—No he dicho que debiese casarme. Las niñas son el principal motivo por el que no me opongo al matrimonio, y además está esa cuestión del título, lejana pero no meramente teórica. Los títulos acarrean responsabilidades y mi primo ya no es

tan joven.

Como hija de un duque, Louisa lo comprendió de inmediato: necesitaba un heredero. Un título no puede languidecer durante doscientos años en estado de suspensión, para luego caer de inmediato en las codiciosas garras de la corona por ausencia de herederos.

—Tal vez este año la unión de su primo y su esposa dé frutos.

—Elevo plegarias para que así ocurra, aunque éste es su tercer matrimonio.

La pareja que tenían delante se susurraba cosas al oído, y sus cabezas estaban tan cerca que el joven podría robarle un beso a su pareja.

—Sir Joseph, tengo un poco de sed. ¿Le importa si abandonamos el baile y buscamos alguna bebida?

Él no respondió. Se limitó a sacarla de la línea de parejas en movimiento y se dirigió a la mesa donde los esperaba aquel vino con canela, que no estaba lo bastante tibio y que era tan empalagoso que daba náuseas. Louisa lo siguió y fingió beber de su copa; sintió que la velada se extendía ante ella como un ejercicio interminable de obligaciones sociales que cumplir y estrategias para evadir los ramos de muérdago.

Mientras tanto, al otro lado del salón, la señorita Horton empujaba a lord Lionel, éste se reía y la orquesta seguía tocando.

—El secreto para un cortejo breve y exitoso es escoger a una mujer desesperada.

Los amigos de lord Lionel Honiton se rieron, como era de esperar, ante aquella salida pronunciada por uno del grupo. Lionel bebió un sorbo de buen brandy: Petersham era el anfitrión y era demasiado nuevo en la ciudad para comprender que quienes bebían su brandy y manoseaban a sus criadas no eran necesariamente sus amigos.

—Te equivocas —dijo Lionel con voz cansina, sentado en un sofá acolchado junto a la chimenea, en respuesta al ingenioso que había dicho aquello—. Reconozco que una muchacha desesperada es el secreto de un breve cortejo que culmina en matrimonio, pero mejor aún si son sus padres los que están desesperados; en ese caso, se garantiza que el acuerdo sea realmente exitoso.

A continuación siguió una ronda de exclamaciones de aprobación y volvió a circular el decantador de brandy.

—Y luego —el ingenioso alzó su copa como si propusiera un brindis— llega la noche de bodas.

Más risas y golpes de los pies contra el suelo, porque era bastante tarde y el decantador ya había pasado varias veces de mano en mano. Esos mismos hombres que eran capaces de intercambiar alegremente comentarios sobre la deshonra de una mujer antes de la cena, cuatro horas más tarde se habrían degradado hasta convertirse en los muchachitos inmaduros que en realidad eran, aunque ya no tuvieran edad, ansiosos de revolcarse con cualquier cosa que llevase falda y de celebrar sus mutuas hazañas.

Mientras el grupo comenzaba a debatir cuántas temporadas hacían falta para que llegase a la desesperación una joven decente, así como sus padres, lord Lionel se rellenó la copa.

—Lo lamentarás por la mañana —dijo una voz a su derecha.

El joven sujetó la copa con ambas manos, para que su calor entibiara el líquido.

—No lo lamentaré en absoluto. Estás demasiado sobrio si crees que estaré despierto por la mañana, Harrison.

El apuesto Harrison estaba apoyado en la repisa de la chimenea y ofrecía un oscuro y esbelto contraste al aspecto nórdico de Lionel. También era excesivamente serio, lo que hacía que éste pareciera ingenioso por contraste. En suma, se trataba de una compañía útil... para Lionel.

—Estarás en pie a primera hora del día. —El tono de Harrison era burlón y un poco condescendiente.

—Quizá esté de camino a casa de madrugada, ya que el término se aplica técnicamente una vez ha pasado la medianoche, pero en cuanto a lo de primera hora del día... —Lionel hizo una pausa para beber otro sorbo—, que Dios no lo permita.

—Sí que lo estarás, porque mañana es el desayuno de Navidad en casa de lady Carstairs y es muy probable que asistan las tres hermanas Windham. Has adulado a ese trío durante todo el año.

—¿En serio? —preguntó su amigo, bostezando y rascándose... entre los muslos; luego miró su copa—. ¿Dices que irán las tres?

Harrison entrecerró sus oscuros ojos.

Elijah Harrison era un vividor. Pintaba retratos, lo que significaba que ni siquiera era un caballero, aunque era heredero de alguien desconocido, por lo que tenía un título y se lo toleraba. Además, al regente le gustaba imaginarse como un mecenas, y Harrison disfrutaba de cierto prestigio en Carlton House.

—Moreland tiene tres hijas solteras —respondió Harrison—. Todas son bonitas y tienen buena dote, sólo resta decidir cuál de ellas dará menos trabajo.

Si el tono de Harrison hubiese sido acusatorio, Lionel podría haberse alarmado; pero hablaba como si constatara hechos, y éstos eran, por cierto, bastante aburridos.

Aburridos pero exactos.

—Tú estás intentando decidir cuál de ellas es lo bastante vanidosa como para insistir en que pintes su retrato —replicó Lionel—. O quizá, mejor, esperas convencer a su excelencia de que las tres merecen ser retratadas.

Tras pronunciar esas palabras, dejó que sus insinuaciones flotaran en el aire.

—Nunca me ha gustado que un hombre que persigue públicamente a una mujer la calumnie luego en privado. Me huele a... desesperación. —Harrison miró la copa en la mano de Lionel—. Desesperación y deshonra. Que tengas una buena noche, «milord».

Dicho esto, se marchó con elegancia, dejando tras de sí la taimada insinuación de Lionel y a éste con el deseo de levantar un pie y patearle su advenedizo trasero. Se contuvo, no porque Harrison tuviese razón —era cierto que Lionel estaba empezando a desesperarse, y que rara vez consideraba el honor como algo más que un cómodo disfraz para ocultar oscuros motivos—, sino porque se proponía divertirse un rato con una de las regordetas y risueñas criadas de Petersham. Una discusión pública con un pintor que no era más que un don nadie habría estropeado por completo esa posibilidad.

Sir Joseph pasó dos días sin demasiada actividad: visitó con regularidad a *Lady Opie*, garabateó varias notas para el mayordomo de su casa de Londres, montó a caballo con su administrador, volvió a visitar a sus arrendatarios... y todo eso para posponer un viaje que no deseaba emprender.

Pero estaba obligado a hacerlo. Su singular conversación con Louisa Windham estaba clavada en su mente como la proverbial piedra en el zapato; hasta que no hubo pronunciado las palabras en voz alta ante ella, «necesito una esposa», esa necesidad no había sido exactamente apremiante. Pero en ese instante, como un dolor de muelas, le parecía que jamás podría sacarse el asunto de la cabeza.

—¿Cuándo volverás?

Amanda, jugueteando en su regazo, pronunció la última palabra como si fuera un quejido de al menos seis sílabas. Sonó como «vol-ve-ra-a-a-ás».

—Sí, papá... —Fleur se aferró a su chaqueta de montar con sus regordetas manitas y comenzó a trepar por su rodilla izquierda—. ¿Cuándo volverás? ¿Cuándo?

—No recuerdo haber invitado a ninguna de las dos a sentarse encima de mí. —Sin embargo, allí estaban, cada una ocupando el territorio de su elección y despidiendo olor a jabón, lavanda y algo más: quizá no fuera más que el olor a niñas traviesas.

—Tú siempre te marchas —opinó Amanda—. Pero cuando te quedas, tampoco vienes a vernos.

Fleur se sumó al coro.

—Antes venías a arroparnos.

—Y vosotras erais unos bebés. Niñas pequeñas que no se deslizaban por la barandilla de las escaleras ni rogaban que les regalasen un poni todo el rato.

Amanda lo miró con sus grandes ojos castaños.

—Podrías regalarnos ponis para Navidad. Nunca nos hemos portado mejor.

—Sí —convino Fleur—. ¡La niñera no ha necesitado sus sales desde el lunes!

—Permitidme que os recuerde que es martes por la mañana. —Joseph impidió con suavidad que Fleur se llevase un pulgar a la boca—. No os ilusionéis con que os vaya a regalar ponis para Navidad. Las dos sois demasiado pequeñas y el invierno no es la mejor estación para aprender a montar.

A Fleur le tembló la barbilla de un modo preocupante.

—Si fuésemos niños, ya tendríamos nuestros ponis.

Amanda asintió con energía y sus oscuros rizos se balancearon.

—Fleur tiene razón. Si fuésemos niños, nos darías lo que te pedimos.

—Si fuerais niños, podríais heredar un maldito título.

Las palabras salieron de su boca en un murmullo, pero eran lo bastante inapropiadas como para que aquellos tiernos oídos no se perdiesen una sola sílaba.

—¡Papá ha dicho «maldito»! —Fleur se cubrió la boca con la mano como si quisiera contener la risa—. «Maldito» es una palabra mala. Se supone que no debemos decir «maldito», «maldición», «maldita sea» ni...

—¡Basta! —Joseph la rodeó con un brazo para cubrirle la boca con la mano, que era mucho más grande que toda la cara de la niña. Pero lo superaban en número, y Amanda comenzó con su parte.

—Ni «condenado», ni «al demonio». Si fuéramos niños, tú mismo nos enseñarías a decir maldiciones e incluso a eructar, y sabríamos cómo tirarnos...

Las dos niñas resbalaron por su regazo, riéndose sin parar, y saltaron a medio metro de él.

—¡Ya basta las dos! —Se puso en pie, se irguió cuan alto era y las miró con el cejo fruncido—. Así no ganaréis más que un carbón para vuestro calcetín. Cuando regrese de la ciudad, espero que ambas os comportéis a la perfección, que tanto las criadas como la señorita Hodges tengan informes excelentes, y que no se produzca ningún otro escándalo como éste ni haya tanta rebeldía.

Ambas se quedaron en silencio al oír su tono, y sus sonrisas dejaron paso a miradas de incertidumbre; lo miraban a él y se miraban entre sí.

Joseph volvió a sentir ese vacío en la boca del estómago que notaba cada vez que pensaba que no era un buen padre para aquellas niñas (no lo era en absoluto), y mucho menos para la docena de niños a los que no veía más que de vez en cuando.

Apoyó una rodilla en el suelo, temiendo que aquellas miradas inseguras se transformaran en barbillas trémulas (se estremeció de sólo pensarlo) y en una doble catarata de lágrimas femeninas.

—Dadme un beso de despedida. Rezad vuestras plegarias en mi ausencia, no seáis muy malas la una con la otra y haced caso a la señorita Hodges.

—Sí, papá.

Extendió los brazos y las niñas avanzaron hacia él, primero Amanda, que era la que usualmente asumía los riesgos, luego Fleur, la fiel seguidora. Ambas lo besaron con obediencia en la mejilla y lo dejaron marchar.

—Y manteneos lejos de las barandillas.

Sin decir una palabra, abandonó la habitación infantil, montó en su caballo y dirigió el animal hacia Londres. Los caminos estaban secos, hacía buen tiempo y su montura, tras casi diez kilómetros, parecía estar de buen humor, lo que dejó a Joseph libertad para reflexionar.

A él no le hacía falta una esposa, pero aquellas niñas que dependían de él necesitaban una mujer que se ocupara de ellas y por ese motivo buscaría una. Ella sabría qué hacer con la señorita Hodges, a quien Joseph había oído lamentarse, sin que la mujer se diera cuenta, del color «plebeyo» de sus hijas.

El pelo y los ojos oscuros no habían sido considerados en absoluto plebeyos en el rey Carlos II ni en su esposa española. Pero en la actualidad las mujeres se regían por otro criterio, que sostenía que el pelo y la piel clara eran lo bonito, mientras que el pelo oscuro...

Louisa Windham tenía pelo y ojos oscuros y en ella la combinación resultaba... encantadora. No era una mujer apacible; había en ella un ligero aire de descontento, quizá de aburrimiento. Pero era a ella a quien Joseph le había comunicado su necesidad de una esposa y ante quien había admitido que el título ocupaba un lugar en sus preocupaciones.

El título.

Su primo Sixtus Hargrave Carrington le había escrito para comunicarle que no gozaba de buena salud. Recibir su carta anual tantos días antes de la Navidad sólo sirvió para poner de relieve el problema: era improbable que Sixtus llegara al año siguiente.

Cualquier persona que aspirara a un título declarado en suspenso, aunque sólo estuviese relacionada con el linaje de un modo remoto, podía solicitar que se lo adjudicaran. Hargrave y Joseph habían acordado tácitamente no solicitar que se escogiera a uno de los dos, aunque los dos tenían el mismo derecho para reclamarlo. Si alguno de ellos moría sin dejar herederos, el otro lo recibiría directamente.

Y eso...

Joseph recordó el alivio que sintió cuando lady Louisa le ahorró el trabajo de tener que bailar y recorrer juntos la pista, o quizá se lo había ahorrado a sí misma. Recordó que él le había ofrecido recitar poesía para tener un respiro y no tener que entablar una conversación superficial. Pensó en sus hijas, a merced de una empleada que no aprobaba su «color»... algo que un niño no puede evitar ni

controlar.

—Mi vida no es un cuento de hadas —le dijo a su caballo—, pero es bastante soportable. Puedo mantener económicamente a mis hijas. Gozo de cierta privacidad y puedo, en ocasiones, leer para un público entusiasta.

El caballo resopló.

—Vale, para un público tolerante.

Un caballero puede renquear, pero un lord debe bailar el vals. Un caballero puede leer a Shakespeare ante su cerda favorita, un lord probablemente tendría prohibido tener una cerda favorita. Un mero caballero podría admirar a la distancia a una encantadora dama de pelo oscuro, mientras que un lord...

Un lord tendría un título y una sucesión de la que ocuparse, así que debía, sin excepción, tener una esposa que le diera hijos.

Joseph puso su caballo al galope y apartó de su mente todas las ideas que involucraban damas y valses; lo mejor era rezar por su cuarto primo y su inmediata recuperación.

—Mi amor, pensaba que saldrías esta mañana. —Dicho esto, su excelencia, el duque de Moreland, hizo una instantánea evaluación del cejo ligeramente fruncido de la duquesa y se dirigió hacia el salón privado, para sentarse a su lado. Vio que el gesto desaparecía de su cara y cerró la puerta tras de sí.

Lo que sea que preocupara a su esposa, ella intentaría ocultarlo. Tontita. Si el duque hubiese oído las trompetas que anunciaban el comienzo de la cacería, no habría sentido más deseos de meterse en el tema e investigar.

—¿El té está recién hecho? —Tomó asiento junto a la duquesa.

Pero no iba a engañarla de ese modo. Ella sabía que, para su esposo, la finalidad del té era ayudar a la digestión de las tartas de crema. En el mejor de los casos, podía ser adecuado para mezclar con una generosa dosis de brandy en un día frío.

El duque consideraba que el té en sí mismo no era algo que valiese la pena y hacía mucho tiempo que ella lo sabía.

—He enviado a Westhaven y a Anna de compras con las niñas —explicó la duquesa—. Eve ha intentado excusarse, pero sus hermanas no se lo han permitido.

—Y te han abandonado así a mi dudosamente grata compañía. —Y a él al dudosamente apetecible contenido de la bandeja del té: bollos y mantequilla, mermelada y miel. Ni siquiera galletas ni tartas—. ¿Quién supones que preparará el bollo de Navidad este año, dado que Sophie se ha marchado con su barón?

—¿Y de dónde crees que Sophie había sacado su receta, Moreland?

Le encantaba cuando lo llamaba «Moreland» con aquel tono de maestra. La besó en la mejilla.

—De tu madre, porque tu interés por la cocina es casi igual a mi interés por una taza de té tibio. ¿Qué te preocupa tanto, mi amor? ¿Quieres salir a dar un paseo? ¿Que mande a comprar algo a Gunter's y hagamos un picnic?

—Louisa me ha preguntado si puede quedarse en Moreland la próxima primavera.

Su excelencia se reclinó en el asiento, intentando poner en marcha aquella parte de su cerebro que cada tanto le permitía superar las dificultades cuando la parte paternal recibía un golpe inesperado: la de político brillante y exitoso oficial de caballería retirado.

Cogió la mano de su esposa porque necesitaba no sólo la información que le daba, sino también la seguridad que transmitía el contacto físico.

—¿Cuál es el problema, Esther? Louisa no es de las que se dan por vencidas ni de las que se desaniman fácilmente.

Pero Louisa pertenecía a ese vasto e inexplorado territorio conocido como «sus hijas». El duque adoraba a sus cinco hijas adultas y moriría de buena gana por protegerlas, pero cuando se trataba de entenderlas... Más le valdría intentar comprender los procesos mentales de... alguna otra especie desconocida.

—He estado pensando en ello —respondió la duquesa— y tienes razón. Ella no es de las que se desaniman. En eso, ha salido a su padre; es más propensa a pasar a la acción que a la introspección.

—En tus momentos de máxima honestidad, me has comparado con un elefante en un bazar, Esther.

—Un elefante muy apuesto. —Se acercó a él de aquel sutil modo que tienen las mujeres de moverse sin que se note—. Un adorable y cariñoso elefante, que por lo general me mantiene muy contenta.

—Semejante adulación me obligará a cerrar la puerta, Esther Windham. —

Había pasado un cuarto de siglo desde la última vez que tuvieron que cerrar una puerta en mitad del día, pero la casa estaba llena de muérdago y él tenía que hacer un esfuerzo si quería que su esposa esbozara una sonrisa en particular.

Ella inclinó la cabeza, conforme esa sonrisa nacía desde la comisura de sus labios.

—Hablábamos de Louisa.

El duque comprendía las prioridades, porque ésa era la esencia de ostentar un título nobiliario. Pero tranquilizar a la duquesa requeriría algo más que coquetear con ella. Le deslizó un brazo alrededor de la cintura para que apoyase la cabeza en su hombro.

—Hablábamos de nuestra querida Louisa —repitió, besándole la frente—. Es la joven más bonita que alguna vez ha bebido ponche en Almack's. Te preocupa y, por lo tanto, también yo debo preocuparme por ella.

—Me parece que he entendido su razonamiento, pero quiero saber qué piensas al respecto. Creo que, como es la mayor de nuestras hijas solteras, desea permanecer en Moreland para no hacer sombra a sus hermanas menores.

Su marido le acarició el dorado cabello mientras sopesaba su teoría. Tuvo la precaución de no estropearle el peinado; un hombre casado con una duquesa sabía esas cosas.

—Tu razonamiento es lógico y me parece que Louisa piensa así. Todavía hay mucha gente que cree que las hijas deben casarse en el orden en que nacieron o no casarse en absoluto. Me permito repetir que Louisa debería haber sido oficial de caballería. Tiene la gallardía necesaria y monta de maravilla.

—Y también tiene opiniones audaces y una peligrosa tendencia a ocuparse de asuntos que están fuera de su alcance.

—No puedes culpar a la niña de parecerse a su madre en algunos aspectos.

Esther se irguió y lo fulminó con la mirada, hasta que él sonrió por esa reacción. Ella también sonrió y se dejó caer junto a él.

—Tú, con tu título de duque... Debería darte vergüenza.

—Y también soy padre. ¿Has hablado con Louisa acerca de esas extravagantes ideas? No podemos permitir que se rinda tan pronto, Esther. Los jóvenes son estúpidos. Todo el mundo lo sabe, con excepción de los mismos jóvenes, y nuestra hija no es de las que toleran la estupidez en ninguna de sus

formas.

—Percival, ¿y qué sucederá si Louisa tiene razón?

El sutil dejo de desaliento en la voz de su esposa lo alarmó.

—¿Si tiene razón? ¿Abandonar la carrera después de cuántas, sólo tres temporadas? Esther, son tonterías, puras tonterías, pensar que...

Ella le colocó un dedo en los labios y él pudo percibir el olor a rosas y su piel tan suave contra su boca.

—Seis temporadas, Percival. Eso significa que durante cinco ha tenido que permanecer allí de pie, con el carnet de baile vacío, convencida de que nadie pediría su mano, repitiéndose todo ese tiempo que sus hermanas no se casaban por su culpa.

La duquesa era sensata. Y resultaba más peligrosa que nunca cuando exhibía esa cualidad.

—Maggie tenía más de treinta años cuando se casó, mi amor. Los hombres son idiotas, ése es el problema. Necesitamos tiempo para madurar y superar las ensordecedoras demandas de nuestra naturaleza, para ser capaces de apreciar en una mujer...

Se interrumpió.

Él mismo se había comportado como un idiota, y lo único que había salvado su matrimonio del infierno era la gracia de Dios misericordioso y la inteligencia de su querida esposa.

—Yo tampoco quiero perder las esperanzas con ella, Percival, porque Louisa tiene un tierno corazón y será una maravillosa esposa y madre. Pero verla torturarse una temporada tras otra...

«Torturarse.» Ésa no era una palabra que a un padre le gustara oír relacionada con ninguno de sus hijos, pero menos aún con una hija bonita, orgullosa y (aceptar la verdad también formaba parte de las responsabilidades de ser duque) a veces demasiado directa.

—Baila bien. —Necesitaba defender a Louisa incluso ante su propia madre.

—Con los pocos que la invitan.

—Habla muchas lenguas a la perfección.

—Entonces, ¿por qué no ha despertado el interés de algún diplomático?

Suelen ser de buenas familias y hemos visto a bastantes por aquí en los últimos años.

—Es muy culta.

—Algunos dirían que demasiado.

—Entiende de matemáticas más que cualquier catedrático de Oxford.

—Percival, eso no puede considerarse un atributo que pueda asegurarle un futuro feliz.

El duque se puso en pie, porque tanta honestidad lo obligaba a pasearse por el salón.

—Louisa no es culpable de tener un cerebro. No es su culpa no ser remilgada, rubia ni afectada. Tú nunca has sido afectada, Esther, y ninguna mujer que tenga tu magnificente altura podría ser considerada «remilgada».

Refinada sí (su esposa lo era cuando quería), pero no remilgada.

—Tampoco le he pedido nunca a lord Hubert una calada de su cigarro.

—Hubert tiene como mínimo ochenta años. ¿De qué otro modo puede una joven halagar a un viejo cascarrabias y coquetear con él? —Excepto que el viejo Hubert, cuando bebía más de la cuenta, se volvía un poco pueril y una calada de su cigarro, con varios brandis encima, se trasformaba en una insinuación mucho más lasciva. El duque tembló a recordar la tensa conversación que había tenido con él a la sobria luz del día.

La duquesa se alisó la falda con un ademán altivo.

—Tampoco he asegurado nunca que podía llegar a Brighton en mi carruaje en un tiempo récord, con el argumento de que el peso ligero de una mujer me daría ventaja ante los rechonchos caballeros de Carlton House.

—No lo dijo con intención de insultar al regente. —Y gracias a Dios, el regente estaba lo bastante convencido de su elegante figura como para no considerarlo una ofensa.

—Percy, en seis años los jóvenes no han aprendido a apreciar a Louisa, pero también es cierto que ella tampoco ha moderado en modo alguno su conducta.

—No tendría por qué hacerlo. —Volvió a sentarse junto a su esposa—. Es valiente, inteligente, leal como ninguna; basta con ver el sacrificio que se propone hacer por sus hermanas. Debemos encontrarle un pretendiente, Esther.

La duquesa alzó las cejas, lo que indicaba que el duque había llegado a una conclusión diferente de aquella a la que ella quería llevarlo. La satisfacción de él fue equivalente a la que experimenta el zorro cuando cuarenta perros, ladrando con todas sus fuerzas, dejan de perseguirlo para ir detrás de algún ciervo o conejo.

La duquesa no le cogió la mano ni apoyó la cabeza en su hombro.

—Pensaba más bien en permitirle que se quedase con Sophie y Sindal durante un tiempo, o quizá excusarla por completo de asistir a la temporada de la próxima primavera.

—Eso podría ser, pero primero investiguemos las demás alternativas, ¿te parece?

Le sirvió a su esposa otra taza de té humeante, preparándola exactamente a su gusto, y se la acercó sin servirse una para sí mismo.

—Le encontraremos un candidato en la ciudad antes de que lleguen las fiestas. Simplemente, debemos poner toda nuestra dedicación. Hay hombres de sobra para escoger... ¿Acaso puede ser tan difícil encontrarle un pretendiente antes de Navidad?

# 3

—Ayer, en el parque, mamá me hizo una pregunta un tanto curiosa. —Al hablar, Eve se balanceaba ligeramente al ritmo de la orquesta—. Una pregunta sobre ti.

Louisa también quería balancearse; quería dar vueltas en la pista de baile, y así lo haría en unos minutos, siempre y cuando Lionel no olvidara su compromiso.

—¿Qué te preguntó?

—Si te interesaba Mannering o algún otro joven en particular.

Louisa resistió el impulso de fulminar a su hermana con la mirada. No sería adecuado gritarle en medio de un salón de baile abarrotado de gente.

—¿Qué le respondiste?

Eve adoptó una expresión compungida.

—Le dije que necesitaba tiempo para pensar mi respuesta. ¿Qué querías que le dijera?

A Louisa la invadió una oleada de alivio y gratitud. Las hermanas eran las mejores amigas que una podía tener.

—Dile que estoy considerando entrar en un convento, excepto que no puedo encontrar uno donde se permita bailar.

—Louisa, hablo en serio.

Y el asunto era serio. La pregunta delataba que su excelencia, siguiendo la tradición familiar de los Windham, iba a permitir que aflorara su inclinación de casamentero.

—Iré a visitar a St. Just en West Riding.

—En West Riding hay hombres solteros, hermana. Y los inviernos son largos y fríos.

Y St. Just, converso como el resto de sus hermanos, fervoroso creyente en la felicidad conyugal, le ofrecería un santuario de lo más cuestionable.

—Diles... Cielo santo, Eve, ¿crees que ya están haciendo una lista? —Louisa bajó la voz, porque la música llegaba a su fin. Vio cómo lord Lionel se apartaba de sus amigos junto a la puerta de la sala de juegos y cruzaba el salón.

—Quizá una lista no sea tan mala idea. O mejor, dos listas: una de posibles y una de imposibles.

—Todos son imposibles.

Lo eran debido a que todos tropezaban con un obstáculo: las locuras juveniles de Louisa. Apartó de su mente la imagen de una pequeña libreta encuadernada en cuero rojo y se concentró en la figura de Lionel acercándose a ella, vestido con un traje de etiqueta color lavanda y dorado.

Louisa conjeturó que esa noche lord Lionel llevaría amatistas.

—Mañana por la mañana nos reuniremos en la biblioteca para ver qué podemos hacer. Avisaré a Jenny —concluyó Eve en voz baja.

—Mientras tanto, por una vez, disfrutaré del vals en compañía de un apuesto pretendiente.

¿Acaso no merecía divertirse?

Su hermana se mantuvo en silencio mientras lord Lionel se abría paso, como un cisne nadando entre patos, en medio de las parejas que abandonaban la pista. Su altura, su deslumbrante atuendo y su aristocrático porte... Louisa se permitió mirar fijamente su masculina pulcritud al verlo aproximarse, disfrutando por un momento de que todas las demás muchachas fueran testigo de cómo él se inclinaba sobre su mano.

Lástima que su encanto, al igual que las joyas que llevaba, tuviesen más apariencia que sustancia.

—Lady Louisa. Lady Eve. Creo que ha llegado el momento de mi pieza.

—Con mucho gusto.

Louisa colocó una mano sobre la suya y advirtió que, en efecto, el joven

había escogido amatistas para adornar su traje. Un alfiler de oro con una de esas piedras para el pañuelo de encaje, en los puños botones del mismo material y, si no se equivocaba, su reloj de bolsillo lucía también una hilera a lo largo de su delicada cadena dorada.

Él se inclinó, ella hizo una reverencia, sonó la introducción al baile y de inmediato la cogió entre sus brazos.

—Los tonos rosados le sientan de maravilla, milady. —Los piropos de Lionel se limitaban a su guardarropa, porque, al igual que muchos hombres, bajaba los ojos como si mirara su vestido, cuando ella podía ver que, en realidad, eran furtivas miradas a su escote—. Y combinan a la perfección con mi atuendo de esta noche.

¿Estaba elogiándola a ella o a sí mismo?

—Hasta un cerdo vestido de fiesta se vería deslumbrante de su brazo, milord.

Él parpadeó, dejando entrever que la frase de Louisa no había sido exactamente cortés. Antes de que ella pudiese encontrar las palabras para reparar el daño, la música comenzó a sonar.

Lord Lionel era un excelente bailarín. Se movía con seguridad; para la mujer que bailaba con él, no cabía duda de quién estaba a cargo del asunto. Conforme se desplazaban por el salón, Louisa se dijo que aquello debería agradarle.

También era lo bastante alto como para bailar con ella y no temía usar amatistas, o falsas amatistas. Mientras ejecutaba los pasos del vals entre sus brazos, pensó que lord Lionel podría encabezar la lista de hombres con los que coquetear para tranquilizar a sus padres.

Pero no estaba muy segura de cómo hacerlo.

Y, al tenerlo tan cerca, podía notar que lord Lionel olía a humo de cigarro —no demasiado, gracias al cielo—, mezclado con el aroma del cuerpo masculino y perfume de pachulí.

A Louisa no le gustaba mucho ese perfume.

Intentó imaginar la intimidad matrimonial con un hombre con esa fragancia y llegó a la conclusión de que era afortunada por no tener marido. En la oscuridad, los olores tendían a concentrarse.

—He anhelado esta pieza toda la noche, milady, y disfrutar de su compañía

después.

—Yo también. Se ha demorado demasiado en la sala de juegos, lo que seguro que ha sido una decepción para todas las jóvenes presentes.

¿Qué clase de respuesta era ésa? Él le sonrió, mirándola a los ojos... o a su pecho.

—Hacía acopio de valor, en parte gracias al alcohol.

La hizo girar por debajo de un brazo (el olor de su cuerpo fue un poco más intenso al pasar cerca de él) y volvió a colocarla en la posición de vals.

—¿Permanecerá en la ciudad hasta Navidad, milady?

—No creo que tanto tiempo. ¿Y usted?

¿La había acercado un poco más que antes a su cuerpo o no?

—Eso depende.

Algo en sus ojos cambió, se volvió más frío o más ardiente, Louisa no pudo discernirlo. Quizá lord Lionel tuviese problemas de estómago.

—¿De qué depende?

—De la compañía que encuentre, por ejemplo.

Otra vuelta bajo su brazo y Louisa deseó que la pieza terminase.

—La buena compañía siempre es una bendición.

—Desde luego, así es. —Su respuesta fue insulsa, pero la pronunció como si sus palabras estuviesen llenas de sentido y resonancias, de presagios y promesas.

Cuando la pieza hubo terminado y se dirigieron a la interminable fila que había ante el bufet, Louisa advirtió que estar en compañía de lord Lionel requería un esfuerzo; el mismo que le demandaba la compañía de cualquiera de los demás caballeros que conocía. Era un esfuerzo aún mayor cuando descubría las miradas incrédulas de las muchachas cinco años más jóvenes que ella.

También era cierto que algunas de las miradas de las mujeres cinco años mayores eran... compasivas.

Tantas miradas no ayudaban en absoluto a la digestión de Louisa ni a sus intentos de entablar conversación.

Conforme lord Lionel daba cuenta de su cena —tenía una peculiar tendencia a mirarla mientras se lamía los dedos entre bocado y bocado—, ella también

consumía la suya. Cada tanto alzaba la vista y lo descubría examinándola. Para el momento de la despedida, Louisa había encontrado una palabra para describir esas miradas de él.

No era una palabra agradable, pero Louisa respetaba el lenguaje cuando éste reflejaba la verdad, y la que le vino a la mente no era «posesiva», «calculadora», ni siquiera «interesada».

La palabra que no podía apartar de su mente era «codiciosa». Lord Lionel la había mirado de manera codiciosa.

—Gracias a Dios que ha terminado. —Lionel se desplomó en una silla de un rincón de la sala de juegos—. Ha sido el trabajo más duro desde que bailé tres veces en una misma velada con lady Ponsonby.

Algunos de los hombres un poco mayores que jugaban en las mesas cercanas fruncieron el cejo ante semejante indiscreción, pero ellos mismos se debían de haber visto sometidos a los mismos trabajos forzados, ya que lady P tenía una naturaleza exigente e inconstante, aunque encantadoramente licenciosa.

—¡Sí, señor! —Grattingly alzó una copa, que Lionel le arrebató.

—Gracias. —Bebió un largo trago del brandy de Grattingly; bailar con Louisa Windham dejaba sediento a cualquiera—. Debería existir una medalla para condecorar a cualquier hombre con bastante energía como para bailar el vals y cenar con una mujer que carece de temas de conversación, de sentido del humor y de la capacidad de permitir que se la guíe por la pista de baile.

Se oyó el rechinar de una silla y Elijah Harrison emergió de un sombrío rincón. Saludó a Lionel con una gélida inclinación de cabeza y abandonó la sala.

—¡Maldito entrometido! —masculló Grattingly y luego miró a su alrededor, para ver el efecto de sus palabras en los demás. Al no oír respuesta, carraspeó—. Pero debo decir, Honiton, que formas una pareja impresionante con lady Louisa. La muchacha se mueve con gracia.

Su amigo sonrió.

—Si se mueve con tanta gracia, ¿por qué soy uno de los pocos que se atreve a bailar con ella, en especial cuando se trata del vals?

Bebió otro sorbo de brandy (después de todo, era gratis) y se preguntó si

podría tolerar toda una vida con las vacilantes sonrisas y la torpe conversación de Louisa Windham. Recordó la acusación que Harrison le había lanzado hacía poco: que él había calificado a las muchachas Windham como posibles candidatas al matrimonio.

En verdad, Lionel estaba buscando alguna candidata, cualquiera que pudiese pagar sus deudas, acallar a sus padres y quitarle de encima a sus hermanos mayores. Las hermanas Windham eran sin duda apropiadas para el hijo de un marqués, pero entre lo apropiado y lo deseado había un mundo de distancia.

—Las otras dos hermanas son más bonitas —señaló Lionel, bebiendo otro trago de brandy.

—Tampoco son tan marisabidillas —añadió Grattingly—. Son rubias, alegres y no se ponen a recitar a Shakespeare cuando un hombre intenta coquetear con ellas en un baile.

—Sí, pero lady Genevieve es insoportablemente dulce y cada palabra que pronuncia rezuma bondad humana. Huiría despavorido en menos de un año, si esperara que visitase orfanatos o basuras similares. Un hombre podría considerarse afortunado si consiguiera acostarse con ella una vez por semana, en la oscuridad, mientras la joven le recitase el padre nuestro al oído.

Grattingly se rió a carcajadas, aunque estaba de acuerdo.

—La pequeña parece bastante exuberante y es simpática.

Lady Eve Windham era bonita y vivaz y solía apiadarse de universitarios regordetes y un poco mayores, como Grattingly, o de los empobrecidos hijos menores que no heredaban de su padre.

—Hace algunos años, se decía que lady Eve era retrasada —dijo Lionel, terminándose su trago... o más bien el de Grattingly—. Aunque la naturaleza de su mal continúa siendo un misterio. Una esposa así es una maldición menor al lado de sus generosas curvas, sobre todo si su pequeño problema trae consigo alguna propiedad ducal en el condado.

—No estaba al tanto de eso —replicó Grattingly.

Lionel vio cómo su mirada se posaba en las tres hermanas Windham, de pie como tres diosas al otro lado de la puerta de la sala de juegos. Eran bastante bonitas, tenían una generosa dote y eran de buena cuna... y por todo eso alguien debería haberlas atrapado años atrás.

Si Lionel tenía que casarse con Louisa Windham, supuso que simplemente

podía cubrirle la boca a la hora de la intimidad matrimonial. Cubrirle la boca a ella y vendarse los ojos a sí mismo (cosas más raras se habían hecho para asegurar la sucesión), o resignarse a la cárcel de los deudores.

—Más brandy, Grattingly. —Le tendió la copa vacía a su amigo, que se dirigió al aparador de las bebidas. Cuando se alejó, Lionel pudo ver que en el oscuro rincón donde había estado Harrison se hallaba otro hombre.

Joseph Carrington estaba sentado con una pierna apoyada sobre un taburete, frotándose el muslo con ambas manos. A la escasa luz, los rasgos del pobre bastardo tenían un reflejo diabólico, hecho de oscuridad y sombras, casi como si el dolor de su herida de guerra lo enfureciera.

Quizá fuera así. Carrington andaba renqueando por la vida y era probable que jamás conociera el placer de embaucar a una mujer con una buena dote para llevarla al altar con sólo bailar un vals.

El duque de Moreland tenía una vena conspirativa que sus hijas explotaban con descaro. Adoraba las intrigas políticas, le encantaba organizar complots y maquinar en los pasillos de Westminster, mover los hilos para hacer bailar a los lores a su propio ritmo, sin que lo identificaran como el verdadero artífice.

Así pues, cuando el duque salió a pasear a caballo por el parque aquella mañana, estaba demasiado contento como para acompañar a Louisa y a Jenny, de modo que un mozo de cuadra se ocuparía de hacerlo.

Su excelencia se detuvo debajo de un roble, del que todavía caía alguna hoja marrón rojiza.

—Allí va el joven Mannering, todavía con el mismo atuendo que llevaba anoche. Eso no está bien. Señoras, ¿me perdonaréis si voy a su encuentro yo solo y os ahorro una presentación?

Louisa habló por ambas.

—Adelante, su excelencia. Jenny y yo nos turnaremos para recorrer Lady's Mile.

Su padre las saludó con la fusta y se marchó al galope, y las muchachas intercambiaron una sonrisa.

—Nos ha presentado a innumerables jóvenes que aún no se habían

recuperado de la juerga de la noche anterior —señaló Jenny—. ¿Qué crees que quiere susurrarle a lord Mannering al oído?

—Tal vez sólo quiera darnos la oportunidad de galopar con un mozo de cuadra como única compañía —sugirió Louisa—. Y me propongo aprovecharlo.

Espoleó enérgicamente su caballo con los talones y se dirigió al Serpentine. Jenny la siguió y, cuando llegaron a la orilla del agua, galoparon unos cientos de metros y regresaron al camino.

—Una buena carrera no es suficiente —dijo Louisa, palmeando con energía a su montura—, pero es mejor que nada.

—En especial cuando los días empiezan a acortarse —añadió Jenny—. Y las mañanas suelen ser tan frías. ¿Quién va en aquel caballo negro?

Un gran animal recorría un sendero que se veía a través de los árboles y su jinete era la viva imagen de la elegancia despreocupada.

—Creo que es sir Joseph. No estaba segura de si se molestaría en venir a la ciudad tan cerca de la Navidad.

Louisa observó unos instantes cómo el hombre refrenaba su caballo hasta lograr una difícil especie de trote.

—Forman una pareja espléndida.

—¡Dios santo! —exclamó Louisa al ver que el caballo se encabritaba, levantando su peso con lentitud sobre sus cuartos traseros y moviendo en el aire las patas de delante en una asombrosa exhibición de vigor y control.

—¿St. Just puede enseñarle a hacer eso a sus caballos? —preguntó Jenny en voz baja—. Ni siquiera sé cómo se llama esa figura.

—Eso es un «*pesade*» —contestó Louisa—, y no, los caballos de St. Just no pueden hacerlo porque son demasiado jóvenes para tener suficiente vigor. Además, es probable que nuestro hermano carezca de la paciencia necesaria para enseñarles algo así.

—¿Crees que cuesta mucho?

—Sospecho que debe de llevar años.

El caballo abandonó aquella imponente pose y Carrington le dio unas palmadas en el cuello con su mano enguantada. Jenny aplaudió, lo que hizo que el caballero alzara la cabeza y recorriera el entorno con la vista.

—Señoritas, no sabía que tuviese público. Buenos días.

Su voz siempre asustaba a Louisa, por su tono áspero y su falta de suavidad. Por mucho que lo intentase, era imposible de olvidar.

—Sir Joseph, buenos días —contestó ella—. Lo felicito por su caballo. Es el mismo que montaba en la reunión de Navidad, ¿no es así?

—El mismo. *Soneto*, saluda a las damas. —El animal dobló una pata hacia atrás e inclinó su lustrosa cabeza sin que mediara ninguna indicación evidente del jinete.

La sonrisa de Jenny no podría haber sido más radiante.

—¡Qué maravilla! Louisa, deberíamos incluir a *Soneto* en tu lista. Es alto, moreno y guapo, y además posee buenos modales y destreza para bailar.

—¿Qué lista? —Sir Joseph volvió a palmear a su caballo, pero en esta ocasión Louisa creyó ver que más que una palmada era una caricia—. ¿Está buscando una nueva montura, lady Louisa?

Jenny resopló de risa, la muy condenada, y acabó con un ataque de tos.

—No. Genevieve, querida, ya hemos galopado, ¿por qué no rescatas a su excelencia de lord Mannering? Te alcanzaré en un momento.

Su hermana se marchó con docilidad (era más probable que Mannering necesitase ser rescatado de una de las arengas del duque acerca de la dignidad del cuerpo de caballería) y, al ver un ademán de Louisa, también se llevó consigo al mozo de cuadra.

Sir Joseph la miró marcharse a medio galope, con una expresión indescifrable.

—Mannering anda buscando esposa. —No parecía contento con la idea.

—¿Cómo lo sabe?

—Los hombres cotillean —murmuró sir Joseph enigmáticamente—. Y nuestro cotilleo es peor que el de las mujeres porque no nos limitamos a lo que podría llamarse «los escándalos». Debemos intercambiar rumores mientras bebemos brandy, oporto o algo peor.

—¿Dirigimos nuestros caballos al lugar donde hemos visto a su excelencia por última vez?

—Sus deseos son órdenes, milady.

Louisa hizo dar media vuelta a su caballo para quedar junto al de sir Joseph, preguntándose por qué su padre acosaría a un joven que todos sabían que buscaba esposa.

—¿Por qué Mannering divulgaría sus intenciones matrimoniales en los clubes?

—Porque él, como la mayoría de los hombres de su edad y clase, se permite hablar de más por una noche. —Sir Joseph clavó la mirada en la crin de su caballo—. Se dice que su madre no le da bastante dinero para pagar el coste de sus habituales entretenimientos en la ciudad. Por eso está ansioso por casarse, ya que al hacerlo recibirá una paga mayor y además tendrá las atenciones de su esposa para entretenerse.

—Lo que insinúa —dijo Louisa con lentitud— es que no tiene bastante dinero para permitirse una amante.

Sir Joseph apretó los labios al tiempo que los caballos pisaban hojas secas con los cascos y Louisa fue presa de una triste y deprimente sensación. Las vacaciones eran una época sentimental; ése era el problema. Su melancolía no tenía nada que ver con su soltería ni con el pretendiente que sus padres estuvieran buscándole inútilmente.

—¿Puedo responderle con honestidad, lady Louisa?

—Si lo hace, quizá pueda llamarme simplemente Louisa y tutearme. Yo no debería haber sacado el tema de la vida personal de Mannering.

No le preguntó por qué le ofrecía tanta confianza, quizá porque entendía que ningún grado de formalidad podría neutralizar la flagrante curiosidad que revelaba su pregunta. Curiosidad y desesperación.

—Háble me de la lista que ha mencionado su hermana, lady Louisa.

—¿Hace falta?

—No. —Rodeó con su caballo un surco en el camino—. Creo que puedo adivinarlo. Está cansándose de todo ese asunto tan lleno de obstáculos y está dispuesta a rendirse.

Podía echarse a reír y descartar su conjetura, bromear con la situación en que él se encontraba o cambiar por completo de tema de conversación.

O podía replicar a la honestidad con honestidad.

—Son palabras francas, sir. No se equivoca. Estoy intentando convencer a mi

familia de que me permita retirarme de la escena, para que mis hermanas puedan escoger marido con libertad.

«Convencer» era una palabra suave para describir la manera en que ya comenzaba a rogarles a sus padres; pero Louisa era capaz incluso de implorar si eso mejoraba las posibilidades de que sus hermanas encontraran marido.

—Pero sus padres, que la adoran, están decididos a continuar con el asedio, ¿no es así?

En su tono no había ningún juicio. En todo caso, sonaba como si se compadeciera de ella, a pesar de que había apretado los labios hasta convertirlos en una línea recta.

—Creo que se están despidiendo.

—Por fin parecían decirse adiós, aunque el *tête-à-tête* de su excelencia con Mannering era un mal augurio.

Sir Joseph no dijo nada, lo que dio a Louisa la oportunidad de observarlo de reojo. Su expresión era seria, pero no fruncía el cejo. Mientras el caballo de ella daba un desganado respingo ante un pequeño charco, advirtió que la boca de sir Joseph era más voluptuosa de lo que había visto en un primer momento; sus labios eran una versión masculina de una boca clásica.

Qué encantador. Una boca atractiva en un hombre gruñón.

—¿Qué necesita para sentirse mejor, lady Louisa? ¿Qué le daría el impulso para no comprometerse, para que su hastío no la conduzca a una decisión que podría lamentar?

«Lady Louisa.» Él no iba a abusar de su espontánea invitación de que la tutease y, lo que era peor, tampoco iba a cambiar de tema ni a fingir que veía a un conocido con el que debía hablar en un sendero apartado. Su imperturbable valor era una cualidad incómoda.

—Es difícil saber qué podría hacerlo más soportable. ¿Es posible que usted comparta el mismo hastío, sir Joseph?

—Quizá, pero también tengo que pensar en las niñas y eso ayuda.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Eso quiere decir que se tapará la nariz y escogerá una esposa con una generosa dote?

¿Qué clase de esposa escogería?

Sus carnosos labios se arquearon en una sonrisa torcida.

—Al contrario. Significa que no puedo escoger despreocupadamente, por más que me desagrade todo el asunto.

—«Desagrade.» —Louisa saboreó la palabra y la encontró... tristemente precisa—. No todos los jóvenes son desagradables.

—Supongo que no, ni tampoco lo son todas las jóvenes, pero aun así, el proceso es poco atractivo.

Llegaron hasta donde su excelencia se había apartado de sus hijas, pero no había ni rastro de él.

—Papá se ha marchado. Si no lo encontramos, regresaré a casa sola.

—No sin una escolta, Louisa Windham.

Ahora había usado su nombre completo y su tono era firme e inflexible, como el del duque cuando hablaba de los excesos financieros del regente.

—No me proponía sugerir que fuera a ir a cualquier parte de la ciudad sin una compañía adecuada. ¿Qué sabe de lord Lionel Honiton?

Le hizo la pregunta en represalia por su tono autoritario y también porque él le daría una respuesta honesta.

—Sé que es vanidoso como un pavo real, pero más allá de eso, es probable que no tenga más vicios que la mayoría de sus *confrères*. —Pronunció esas palabras con una estudiada frialdad que despertó la curiosidad de Louisa.

—Muchos jóvenes son vanidosos. Lionel es un hombre atractivo.

—Quizá, pero usted también lo es, Louisa Windham, más atractiva porque no se cubre de joyas ni realza sus atributos con cosméticos. No veo tampoco que se vanaglorie de ello ante damas que son menos agraciadas que usted.

Simulaba que la reprendía y, sin embargo, Louisa no pudo evitar experimentar un ambiguo placer ante su halago implícito.

—La belleza se marchita —rebatió ella—. Todas las bellezas. Si lord Lionel es vanidoso, el tiempo se encargará de dejarlo sin su belleza bastante pronto.

Sin proponérselo, recordó a sir Joseph recitando el soneto de Shakespeare: «En mí contemplas ese mes en que de oro las hojas, o ninguna, o pocas, pendulean de ramas que tiritan con el frío...»

—Seguramente. —Apartó una rama para que ella pudiera pasar—. Pero la

suya no la abandonará nunca.

—¿Está intentando halagarme antes del desayuno, sir Joseph?

Él esbozó una sonrisa al oír su pregunta, con un fugaz y casi imperceptible sentido del humor.

—Soy intrínsecamente incapaz de halagar. Es usted honesta, Louisa Windham, leal a su familia y lo bastante valiente como para soportar muchas más temporadas sociales de las que yo he afrontado. Para un hombre que entiende qué es lo importante, esos atributos no pierden atractivo a lo largo del tiempo, sino que lo aumentan. ¿La veré paseando a caballo por aquí alguna otra mañana?

Ahora sí que cambiaba de tema, después de llamarla «honesta», «leal» y «valiente». Por otra parte, le había dicho la verdad: no tenía el menor talento para halagar. Ni el más mínimo.

—Imagino que usted prefiere montar por la mañana temprano.

—Por supuesto —dijo él—. La hora a la que todos salen no proporciona una verdadera oportunidad de hacer ejercicio y el desfile dominical a la iglesia es aún peor. Además, hay que reconocer que es la mejor hora para ver el viejo Londres, cuando «el fuerte corazón duerme apacible».

Louisa ladeó la cabeza.

—¿Es Coleridge?

—Wordsworth. «Escrito en el puente de Westminster, 3 de septiembre de 1802.» Consigue hacer un ejercicio pastoral incluso acerca de una fría, húmeda y abarrotada metrópoli. Tan grande es la habilidad del poeta.

Para Louisa, un verso era como un brillante señuelo para una urraca, incluso un verso recitado de pasada por sir Joseph Carrington. O quizá por eso mismo.

—Creo que no conozco ese poema, y apenas he leído a Wordsworth.

Sentado en su alazán, con las hojas moviéndose sobre la tierra helada y la luz del sol resplandeciendo sobre las aguas del lago, sir Joseph recitó un soneto para Louisa. El poema describía una fresca y radiante mañana en Londres como algo hermoso y preciado incluso para un hombre enamorado de la naturaleza y de la agreste campiña.

Cuando terminó, Louisa sintió como si el rumor de una gran ciudad los envolviera al amanecer y, en los siguientes segundos de silencio, advirtió tres cosas.

Primero, que la voz de Joseph Carrington estaba hecha para la poesía. Como un violonchelo que pasara de las escalas más simples y los ejercicios monótonos a ejecutar un virtuoso solo, cuando recitaba un poema hablaba de un modo lírico y hermoso.

La segunda cosa fue un incómodo y completamente estúpido deseo de llorar. No porque la belleza de las palabras pronunciadas la conmoviera hasta las lágrimas, aunque de vez en cuando le ocurría, y tampoco porque el poema en sí mismo fuera tan bello. Era un breve y bonito soneto acerca de la impresión causada por la ciudad vista en una clara mañana de otoño.

El inoportuno impulso de llorar era el resultado de la tercera revelación: ningún hombre le había recitado nunca un soneto entero y era probable que ninguno lo hiciese otra vez.

Sir Joseph despidió a los mozos de cuadra con un ademán, murmurando lo mismo de siempre ante los solícitos muchachos de los establos, lo primero que su superior le había enseñado en la Península.

—Un soldado de caballería cuida de su propio caballo.

Los chicos se marcharon para ocuparse de las múltiples tareas que sin duda se acumulaban en la pequeña y bonita propiedad que embellecía un rincón de la bucólica región de Surrey.

—Para Navidad, encontrarás un carbón en tu calcetín —le dijo sir Joseph a su caballo—. Me has dejado allí, hablando sin parar con una mujer, con una dama, sobre cúpulas, barcos y no sé cuántas cosas más. Cuando un hombre le recita poesía a una mujer hermosa e inteligente, al menos debería mencionar las rosas.

Levantó los estribos, aflojó la cincha y fulminó a su caballo con la mirada.

—Quédate quieto mientras busco una cabezada donde quepa esa cabeza hueca que tienes. Habría estado mejor que hablara de narcisos... de narcisos y solitarias nubes.

Se marchó y encontró el ronzal en su lugar de siempre, mientras *Soneto* permanecía quieto, dócil como un cordero, en un pasillo del establo.

—También podría haber recitado algo sobre corderos, aunque nadie lee a Blake, salvo algunos excéntricos.

El animal agachó la cabeza y comenzó a frotársela contra la chaqueta. Joseph dio un paso atrás.

—Bestia asquerosa. Oleré a caballo el resto del día.

Y ése había sido parte del problema. Sentado allí, a la orilla del Serpentine, con la primera luz de la mañana iluminando de cobrizos reflejos del oscuro pelo de Louisa Windham, Joseph había percibido un perfume a limón y clavo. Incluso un breve poema le había permitido deleitarse con aquella inusual y navideña fragancia.

—Ella ha tolerado mi recitado —continuó, quitándole la brida al animal—. Al menos era un poema corto sobre torres y teatros.

*Soneto* intentó restregarse de nuevo, pero esta vez contra su cadera.

—Maldito animal, ¿intentas hacerme caer sentado? —Le rascó detrás de la oreja y eso le recordó a *Lady Opie*—. A ella no le habría importado qué poema le recitase.

Siempre y cuando recibiese su ración de desperdicios.

Louisa Windham era una mujer que, al parecer, también sabía disfrutar de los alimentos. Era... curvilínea. Unas curvas muy bonitas. Sir Joseph posó su frente en el cuello de su montura.

—Soy un caso perdido, caballo: estoy comparando a una dama, la hija de un duque, una mujer fuera del alcance de un soldado como yo, con mi cerda favorita.

*Soneto* sacudió con pereza su larga cola negra.

—Tú estás castrado. —Sir Joseph se irguió y le acarició el lomo—. Por eso te salvas de caer inoportunamente en la poesía. Yo, en cambio, no estoy listo para rendirme... No todavía.

Al ver a Louisa Windham montada en su caballo, tan bonita y encantadora como en aquel día de invierno, sir Joseph había experimentado una mezcla de placer y dolor tan aguda como nunca antes. Era tan adorable, tan inconscientemente elegante y espontánea, que si mirarla era un placer, decirle adiós (y saber que siempre sería así) era todo lo contrario.

—Tristeza, quizá. —Miró a su soñoliento caballo—. Es un poco dramático, pero no inexacto.

El animal no lo contradijo, no como mínimo mientras sir Joseph le quitaba el resto de los arreos ni mientras lo cepillaba, y menos aún cuando lo condujo a un

cubículo lleno de cómoda paja.

—Creo que me quedaré por aquí casi todo el día —añadió sir Joseph, quitándole el ronzal a *Soneto*—. Tú atibórrate de heno y duerme una buena siesta. Mi pierna anuncia que tendremos nieve, así que reza para que este recitador de poesía pueda regresar a la ciudad antes de que el tiempo empeore.

Rascó por última vez a *Soneto*, cerró la puerta del cubículo y se marchó renqueando para colgar el ronzal. No era una buena señal que un hombre se quejase con su caballo de que echaba de menos a una cerda.

Nada buena.

Sir Joseph todavía le daba vueltas a esta desafortunada situación cuando entró en la cocina por la parte trasera de la gran casa de campo de tres pisos, en la campiña de Surrey.

Se había demorado demasiado en el establo y ya era la hora del almuerzo. Una docena de sillas se apartaron de la mesa; una docena de pares de pies resonaron en el suelo de madera. Las notas de una docena de agudas y felices voces alcanzaron las vigas del techo.

—¡Es papá! ¡Al fin ha llegado papá!

Sir Joseph fue recibido con enérgicos abrazos, con pequeños dedos que se aferraban a él, a su ropa, a sus manos. También percibió los agradables y hogareños olores de los niños bien cuidados: jabón, almidón, lavanda y un tibio olor a chocolate que percibió cuando la pequeña Ariadne se colgó de su cuello.

Se liberó con cuidado de todos menos de la pequeña —como era la menor, era también la más osada— e intentó no comparar el placer del limón y el clavo con la satisfacción que le producía volver a comprobar que sus hijos estaban sanos, felices y bien atendidos.

# 4

—Tenemos algunos nombres más —susurró Eve, mientras Louisa fingía examinar unos pañuelos de seda con delicados bordados—. Te los diremos esta noche después de la cena y, por una vez, Lou, sacarás la nariz de tus libros y nos prestarás atención.

Prestar atención a la bendita lista de Eve y Jenny le resultaba difícil, porque en lugar de oír los nombres, Louisa seguía recordando el poema de Wordsworth que sir Joseph Carrington le había recitado con su voz de barítono. Cuando recitaba poesía no tenía la voz ronca, sino grave e indiscutiblemente masculina. ¿Cómo leería un poema de Blake?

*Y como soy feliz y bailo y canto,*
*ellos piensan que no me han hecho daño.*

—Louisa —dijo Jenny con un dejo de firmeza—. Al menos, en los próximos once días podrías fingir que te interesas por tu propio futuro.

—Once días o doscientas sesenta y cuatro horas, lo que sería aproximadamente dieciséis mil minutos —replicó su hermana con aire ausente, acariciando una pieza de seda rojo brillante con blancos copos de nieve bordados.

«Quince mil ochocientos cuarenta minutos, para ser exactos.»

—Dicho así —dijo Jenny frunciendo la nariz—, suena como una eternidad.

«Novecientos cincuenta mil cuatrocientos segundos» sonaba aún más largo. La mirada de Louisa se posó en otra de las cosas que había en la tienda de regalos

y por un momento se le aceleró el corazón. El volumen tenía el tamaño apropiado y el cuero era del tono de rojo perfecto, con un delgado borde dorado. Cuando Louisa inspeccionó las páginas, las encontró en blanco.

—Un diario —dijo una voz de barítono que le sonó familiar—. Pero si compro uno para Fleur, deberé comprar otro para Amanda, y Dios no permita que le dé a Amanda uno del color favorito de Fleur, ni viceversa.

Sir Joseph, con las mejillas enrojecidas y frunciendo el cejo, observó el libro que Louisa sostenía entre sus manos. Al verlo, a ella la embargó una sensación de alivio, a pesar de lo incongruente que era su presencia en una atestada tienda de Picadilly.

—Buenos días, sir Joseph. Supongo que está buscando regalos de Navidad para sus hijas, ¿o me equivoco?

Él se pasó una mano por el pelo y echó un cansino vistazo a su alrededor.

—Lo he dejado para el último momento. Ambas se han portado bien, dentro de lo esperable. Su institutriz cree que las malcrío, pero sólo son niñas, y hacen grandes esfuerzos, como soldados recién llegados al ejército en su primera misión. Para animarlas, nada mejor que un regalo de Navidad... o varios. Además, así me harán dibujos y me escribirán versos, y no quiero... Louisa Windham, ¿se ríe usted de mí?

Ella dejó el diario y entrelazó un brazo con el suyo, para controlar el absurdo impulso de abrazarlo al ver su paternal exasperación.

—Me recuerda a su excelencia. Cuando era niña, él convertía un picnic en una expedición de caballería. Nos daba una señal y nosotras montábamos y trotábamos hasta que nos mandaba atacar. Yo me divertía mucho intentando alcanzar a mis hermanos. Háble me de sus hijas.

—Son... —Echó otro vistazo alrededor—. Sus hermanas la llaman desde la puerta.

—No importa.

Louisa permitió que la escoltara hasta la entrada, donde, para su sorpresa, Jenny y Eve tenían una repentina prisa para cruzar Berkeley Square y entrar en Gunter's. Nada impedía que sir Joseph las acompañase.

Él aceptó, agradecido de encontrar una excusa para abandonar sus compras. Además, quiso la suerte (o un par de entrometidas hermanas) que Eve y Jenny se tomaran del brazo y caminaran delante, dejando que Louisa y sir Joseph se

quedasen atrás, con el lacayo y la criada a varios pasos de distancia.

Su cojera no lo detenía, ni siquiera parecía ser consciente de ella. Guió a Louisa a través de la muchedumbre que iba de compras y que se abría para dejarlos pasar, como si fuesen Moisés cruzando el mar Rojo.

—Se nota olor a nieve —murmuró ella. Hacía frío, como si el viento trajese aires de cambio.

Sir Joseph la miró cuando se acercaron a la parte menos atestada de Berkeley Square.

—Es el olor del carbón, Louisa Windham. No conviene respirar muy hondo.

Se inclinó para abrirle la puerta y su proximidad permitió que ella percibiese algo que olía muy distinto del carbón. Cedro y especias, que le recordaban a la Navidad y a... sir Joseph. La fragancia era agradable y también tranquilizadora. Sus hijas lo debían de reconocer por ese aroma, tal como Louisa conocía la colonia de su padre.

Y, una vez más gracias a la suerte (o a las mismas dos hermanas), Gunter's estaba tan abarrotado que no había dos mesas contiguas disponibles para que los cuatro se sentaran juntos, de modo que Eve y Jenny escogieron un lugar cerca de la ventana, dejando que su hermana y sir Joseph ocuparan una mesa a unos metros de distancia, ubicada en un rincón.

Él apartó la silla para que Louisa se sentara, con tanto decoro como permitía un local lleno de gente, luego ocupó la silla frente a ella, dejándose caer suavemente hasta sentarse por completo.

—Le duele —señaló Louisa y de inmediato lamentó sus palabras al ver la mueca que habían suscitado.

—Lo que me duele es ser objeto de lástima, pero se refería a mi pierna, ¿verdad?

Al echar un vistazo a su alrededor buscando qué decir, ella no pudo evitar preguntarse por las razones de la conducta de sus hermanas. Allí estaba, a merced de un caballero un poco brusco pero que también podía ser un candidato, y de repente no supo cómo mantener una conversación con él.

—No quería mencionar... es decir... no intentaba... —Se interrumpió y sintió que el rubor le trepaba por el cuello hasta llegar a sus mejillas.

Sir Joseph sonrió con una expresión de abrumadora benevolencia que no

sólo lo volvía apuesto, sino... adorable.

—Ahórrese las disculpas, Louisa Windham. Renqueo y me siento feliz por ello. De no haber sido por la intervención de sus hermanos, el médico de campaña me habría arrebatado una pierna que no necesitaba más que algunos puntos, que los huesos se acomodaran y descanso. Pero ¿podríamos dejar de lado este asunto tan poco agradable y ocuparnos del desafío de los regalos de Navidad para mis hijas?

—Sí, por favor. Háble me de Fleur y Amanda.

Mientras se tomaban un par de helados de lavanda y un plato de tarta tibia de ciruelas, Louisa se vio enfrascada en su primera conversación con un hombre que no pertenecía a su familia sobre su descendencia. Sus hermanos solían hablar de sus hijos. El tío Tony adoraba a sus hijas y su padre se jactaba sin pausa de su progenie, pero sir Joseph se preocupaba muchísimo por aquellas dos pequeñas.

—Ya son mujercitas —dijo, mientras el camarero retiraba los platos—. Casi desde que eran bebés, tenían una forma de pensar y una conducta muy femeninas. Para alguien que no tiene hermanas y que recuerda poco de su madre eso es un poco... intimidante.

Los hombres de la familia de Louisa no decían sentirse intimidados; al menos, no se lo confesaban a ella.

—¿Intimidado? ¿Cómo es eso?

Sir Joseph frunció el cejo.

—Sus pequeñas mentes son al mismo tiempo maliciosas e inocentes. Sus sentimientos pueden ser obvios, pero también incomprensibles. Son apasionadas y reservadas. —Dejó de recorrer las vetas de la madera con el dedo índice y la miró—. Ya son como usted, milady. Tienen esa fascinante y misteriosa cualidad.

¿«Fascinante»? ¿«Misteriosa»? Un calor que no tenía nada que ver con la vergüenza se encendió en el interior de Louisa.

—Su excelencia solía llamarme su «ábaco».

La confesión escapó de sus labios y advirtió que sir Joseph le sonreía de nuevo. La nostálgica ternura de su sonrisa hacía que le resultase difícil respirar.

—Usted no es un ábaco, Louisa Windham. Cualquier hombre que no sea ciego puede verlo.

Sonaba muy seguro de sus palabras.

—Pero sí lo soy. Puedo hacer cálculos mentales muy rápidamente. —Eso sonó demasiado arrogante, de modo que volvió a intentarlo—: A decir verdad, no puedo evitar hacer cálculos. Si piensa en un problema que tenga que ver con números, en mi mente se resuelve antes de que pueda escribirlo. Puedo escribirlo, pero me lleva más tiempo que pensar la solución.

Él ladeó la cabeza y se le borró la sonrisa.

—¿La han acusado de hacer trampas?

La pregunta era perspicaz, pero también dolorosa. Louisa asintió. A un par de metros, Jenny y Eve se estaban riendo.

—Cuando nuestra institutriz quería castigarme por ello, mis hermanos le explicaban a nuestros padres que yo siempre había sido buena para las matemáticas. Mi hermano Victor montó una demostración de mis habilidades y, a partir de entonces, papá comenzó a llamarme su ábaco. No creo que mi madre aprobase ese nombre.

No debería haber dicho eso último, aunque no sabía muy bien por qué lo había hecho.

—Lo decía como un elogio cariñoso —comentó Joseph con amabilidad.

—Lo sé. —Pero oír esa confirmación por parte de él la reconfortó—. Sin embargo, prométame que no llamará «ábaco» a Fleur ni a Amanda.

—De ninguna manera. —Le dedicó otra sonrisa y miró a su alrededor, viendo que Eve y Jenny tenían los platos vacíos—. ¿Las acompaño a casa? Me ha sido usted de lo más útil, y sus hermanas parecen haberse terminado la tarta.

«Útil.» La idea era interesante. No dijo «brillante», «sagaz y acertada», «escultural» ni ninguno de los ambiguos halagos a los que estaba acostumbrada, sino simplemente «útil».

—Podemos regresar por Regent Street —dijo Louisa—. Allí encontrará más ideas curioseando por los escaparates de las tiendas.

—Ésa es una táctica femenina. —Sir Joseph se puso en pie con torpeza y tardó un momento en recuperar el equilibrio—. Usted lo llama «curiosear» por los escaparates. Wellington lo llamaba «reconocimiento».

Ayudó a Louisa a ponerse en pie y le colocó la capa sobre los hombros, alisando la tela con un firme roce de sus manos. Un instante más tarde, le ataba los lazos bajo la barbilla, como si fuese...

Suya. Suya para cuidarla, del mismo modo en que cuidaba de sus hijas, su caballo y sus cerdos. Al ver a sir Joseph fruncir el cejo concentrado, como si el nudo debiera ser perfecto, Louisa envidió a sus cerdos.

Joseph dio un paso atrás para someterla a una inspección visual y ella alzó la barbilla un par de centímetros.

—¿Aprobado, sir Joseph?

—Póngase los guantes, milady. Su profecía se ha cumplido. —Señaló las ventanas con un gesto y se puso el abrigo.

—¿Qué profecía?

—Está nevando. Si estuviera en casa, Fleur y Amanda estarían pidiendo a gritos que enganchara el trineo.

Sonaba como si echase tanto de menos su casa que a Louisa le dio un vuelco el corazón. Por él, por las hijas a las que echaba de menos y por ella misma. Al margen de cuántos ejemplares del pequeño diario rojo comprase, compartir un dulce momento como aquél con un hombre que no la consideraba un ábaco era el mejor regalo de Navidad que Louisa podía desear.

Al acercarse con ellos hasta la puerta, lady Eve y lady Jenny se disculparon un momento para saludar a un conocido. A Fleur y Amanda siempre les gustaba demorarse así con sus amigos, en el jardín de la iglesia.

—Venga, sir Joseph. Si caminamos, mis hermanas nos alcanzarán. En cambio, si nos quedamos aquí con paciencia y buen ánimo, seguirán cotilleando para siempre.

Louisa entrelazó su brazo con el de él y le sonrió como si sugiriese que ambos eran conspiradores, como si estuviesen unidos contra la ridiculez general de la temporada.

—Así pues, ¿está dispuesta a ver cómo un hombre adulto vacila a la hora de comprar muñecas, peonzas y libros de cuentos?

—Es mejor que oír a mis hermanas hablar sobre el anillo de compromiso de Pamela Canterdink, créame.

Por supuesto. Él pensó que recorrer las calles, que ahora estaban atestadas de gente y cubiertas de tres centímetros de nieve, podría llevarles un buen rato,

pero no tenía la menor prisa por despedirse de su acompañante.

La hija de un duque estaba muy por encima de sus posibilidades, lo cual era una lástima. Fleur y Amanda adorarían a una madrastra como Louisa.

Tras compartir aquella caminata, el mismo Joseph la adoraba. Adoraba la seriedad con que aplicaba su imaginación para escoger los regalos que Fleur y Amanda más disfrutarían, adoraba la pizca de vulnerabilidad que había detectado cuando reveló el torpe apodo que Moreland le había puesto.

«Ábaco», nada menos. Era una prueba fehaciente de que un título eminente no significaba que quien lo ostentaba tuviese un mínimo de sentido común.

—¡Mire, Joseph, vuelve a nevar! —Louisa se detuvo al llegar a la acera, con una sonrisa de pura felicidad en los labios—. Una nevada como ésta hace que todo parezca limpio y nuevo. Alegra el corazón, en especial justo antes de Navidad.

Había omitido el título honorífico, llamándolo simplemente «Joseph». Eso también alegró el corazón de él, al igual que su imagen, mientras los copos de nieve caían sobre sus pestañas y cejas y una sonrisa le iluminaba los ojos. Al alzar la cara, Joseph vio una rama de muérdago que algún bromista había colgado sobre un anuncio. En la plaza, un coro navideño se embarcaba en una alegre versión del *Aleluya* de Händel.

Y eso alegró aún más su corazón.

Antes de que el sentido común o algún otra sobrevalorada cualidad lo detuviese, rozó con los labios la mejilla de Louisa y percibió olor a canela, clavo y femenina calidez.

—Feliz Navidad, Louisa Windham.

Le robó un beso de Navidad (había sido un buen muchacho todo el año anterior), aunque estaba preparado para recibir una reprimenda por su atrevimiento.

—Sinvergüenza. —Ella apartó la cara y lo guió hacia la calle sin la menor señal de incomodidad, bendita fuera—. He perdido la práctica. Cuando mis hermanos eran pequeños, nadie estaba a salvo de sus infernales besos en esta época del año. Nos visitarán pronto y le aseguro que, para cuando llegue Año Nuevo, tendrá que ser mucho más veloz para pescarme bajo el muérdago.

La reprimenda no había servido para aquietar la masculina imaginación de Joseph, impulsada por un momento de vanidad.

—Para Año Nuevo, milady, ya habrán recogido las bayas y el muérdago no será más que un recuerdo.

Esbozaron una sonrisa que era la culminación de un encantador paseo imprevisto y del inesperado y delicioso placer de pasar un rato con una mujer a la que Joseph, si no hubiese sido sólo un caballero, le habría ofrecido de buena gana algo más que un simple beso navideño.

Esther, duquesa de Moreland, le sirvió una humeante taza a su esposo.

—¿Chocolate a esta hora del día? —preguntó el duque—. No estoy quejándome, por supuesto.

—Sé que soportas heroicamente una taza de té de vez en cuando, Percival, pero hace un tiempo horrible ahí fuera y necesito tu opinión sobre algo.

—De ahí las tartas de chocolate. —No probó ninguna, aunque de joven se habría abalanzado sobre ellas sin importarle los modales.

—Y los bocadillos y las uvas —añadió Esther—. ¿Por qué me miras de ese modo?

Él la contemplaba con una amable e indulgente sonrisa que, después de treinta años de matrimonio, todavía lograba que Esther se estremeciera de pies a cabeza.

—Eres intrigante, querida, en ambos sentidos. Me intrigas y estás tramando alguna intriga. ¿A qué se debe toda esta dulzura y esta adulación? Debe de ser algo muy malvado si te tomas tantas molestias.

—De ningún modo. ¿Cómo es que hoy no estás susurrándole cosas al oído al príncipe?

—El príncipe tiene intereses diversos —replicó el duque, mientras cogía su taza de chocolate y bebía un sorbo—. Gasta su dinero como un muchachito que tiene su primera amante, con perdón de la analogía, se abandona a sus deplorables inclinaciones como un regimiento entero en un día de permiso y tiene mucha más astucia de la que muchos le suponen.

—Lo cual no responde a la pregunta. —Su esposa colocó varios bocadillos en un plato, junto con un racimo de uvas—. ¿Estás evitándolo?

—En absoluto. Lo veré mañana y en esta ocasión no le daré un sermón ni lo

reprenderé, ni siquiera lo criticaré por todo el dinero que gasta en sus pabellones infernales, en chefs ni en sus colecciones de arte. Ni siquiera aludiré a la vergüenza que el tesorero real... ¿qué?

—Ten compasión, Percy. Él no tiene un hijo como nuestro Westhaven que administre sus finanzas. No puede contar para nada con su hija ni con su nieto, su matrimonio es una desgracia nacional y la corona ni siquiera le pertenece. En lo que realmente importa, no tiene ninguna riqueza digna de mención.

La expresión del duque cambió y arqueó los labios con ironía.

—Has dado en el blanco con gran precisión. No soy mejor que el príncipe administrando el dinero. Estás apelando a lo mejor de mí y odio cuando lo haces.

—Come tus bocadillos, excelencia. Necesito algunos hombres para equilibrar los invitados de la cena de esta semana, y posiblemente también de la próxima.

Las fauces ducales se abrieron rápidamente y devoraron el primero de los tres bocadillos.

—¿Dos cenas? ¿Cuántos hombres necesitas?

—Creo que al menos media docena, todos solteros. Quiero que tengan algo que decir sobre política, para que nadie piense...

Su esposo le puso una uva en los labios. Ella le sostuvo la mirada y, con deliberada lentitud, permitió que él le diese el suculento bocado.

—Quieres que sea el anfitrión de la cena política de esta semana, mi amor, otra cena política más, mientras exhibimos algunos posibles candidatos ante nuestras hijas. No es una mala maniobra, Esther.

El duque veía a los candidatos exhibiéndose ante las muchachas, y no al revés. Esther lo adoró por ello y le dio a su vez una uva.

—Puedo pensar en muchos prometedores jóvenes parlamentarios a quienes podemos invitar, Esther, pero nuestras muchachas merecen que apuntemos más alto.

—Los parlamentarios suelen prosperar por su mérito y por sus padrinos políticos. —Sus hijas merecían amor, fidelidad, cariño, una compañía inteligente e... hijos—. Tu padrinazgo es suficiente para que un joven sea bien recibido por el resto de la buena sociedad.

—Más adulación. —El duque se puso en pie para servirse un trozo de budín,

pero vaciló y volvió a sentarse.

Esther colocó dos en un plato y se lo entregó.

—Honesta adulación.

Al tiempo que le pasaba el plato, él nombró a una docena de jóvenes de inclinaciones políticas aceptables y provenientes de buenas familias.

De ese modo, ambos cedían un poco para llegar a un acuerdo. Su esposa lo sabía, el duque lo sabía, pero ninguno de los dos lo mencionó. Hijos más jóvenes en lugar de herederos con títulos, de buena familia en lugar de pertenecientes a las mejores familias, cenas políticas en vez de un sofisticado baile con toda la pompa. La gente advertiría que los Moreland estaban ampliando sus criterios de búsqueda para sus hijas aún solteras.

Lo notarían, pero no hablarían de ello. No se atreverían.

El duque cogió el último trozo de tarta de chocolate.

—Si vamos a tomarnos semejante trabajo, añade a Joseph Carrington a nuestra lista de invitados —dijo.

—¿Sir Joseph? —Esther se disponía a servirse media taza más de chocolate cuando descubrió que la jarra estaba vacía. Era lo que sucedía cuando compartía la merienda con su esposo—. ¿Está en la ciudad?

—Está haciendo la ronda habitual de visitas. Todo un caballero de la Orden de Bath no puede comportarse como si fuese un mero terrateniente.

—Pero si casi no participa en política..., ¿por qué lo invitamos? Tengo entendido de que sir Joseph prefiere llevar una vida retirada y no entrar en la vorágine social.

—Lo invitaremos por dos razones. La primera es que podré conversar con él de perros y caballos, ya que es probable que sus aficiones no incluyan el cultivo de tulipanes, mientras los parlamentarios estén desfilando ante las muchachas.

Sonaba razonable, aunque también revelaba que los demás invitados no sabían apreciar la vida del campo, lo que no auguraba ninguna compatibilidad con las muchachas Windham.

—¿Cuál es la segunda razón?

El duque cogió el último racimo de uvas, arrancó una y se la ofreció a su mujer.

—De vez en cuando, Carrington hace generosas donaciones para los pequeños proyectos del príncipe. Cuanto más se ocupe la clase adinerada de financiar los caprichos de su alteza real, menos tendrá que hacerlo el gobierno. La generosidad de Carrington debería ser recompensada del modo habitual y, si demuestro mi favor hacia él, es más probable que el príncipe repare en su existencia.

Le dio otra uva a Esther. Dado que ésta había logrado su cometido (asegurarse el apoyo de su esposo para las maniobras sociales que tramaba en beneficio de sus hijas), evitó señalar que el taciturno y modesto Joseph Carrington era probablemente el último hombre que querría, o valoraría, la carga que suponía un título.

Comió las uvas que le daba el duque y empezó a pensar en la ubicación de los comensales para sus cenas.

—Tienes que responder esta carta.

Emmie St. Just, condesa de Rosecroft sólo cuando el título era inevitable, arrancó la misiva de manos de su esposo, recostado contra el cabezal de la cama, le quitó las gafas y se inclinó para besarlo. Cuando se apartó para tomar aire, St. Just supo que debía de parecer aturdido.

—¿Por qué no puedes escribirle a la querida Lou? —Utilizó el extremo de la rubia trenza de Emmie para rozarle la nariz, al tiempo que ella se sentaba a horcajadas sobre su regazo—. Vuestra correspondencia femenina hace que el sistema de inteligencia de Wellington parezca un juego de niños.

El propio Wellington había expresado el mismo temor.

—Tú les escribes a tus hermanos, escribes a algunos de tus compañeros de armas y a tus subordinados, escribes a... —Se le cortó la respiración cuando él la apretó contra su pecho para estar en mejores condiciones en la conversación que lo esperaba. Un hombre casado aprende pronto las tretas para saber encarar una discusión con su esposa—. Les escribes a tus padres. ¿Por qué no le escribes a tu hermana?

La besó en la sien, percibiendo su perfume a lavanda.

—Les escribo a mis hermanas.

¿Había algo más gratificante para un hombre que la breve pausa delatora que hacía una esposa antes de enumerar una lista de razones y argumentos?

—Despachas notas, que apenas son legi... legibles. St. Just, no puedo pensar si me das masajes en la espalda, y la situación de Louisa es importante.

—Procurar que mi esposa esté cómoda también es importante. ¿Por qué crees que la situación de mi hermana es grave? —Estaba de acuerdo con ella, pero no podía justificar por qué.

Emmie se acurrucó más cerca de él.

—Suena desesperada, cansada de luchar, muy sola. Imagino que no es fácil para ella recurrir a ti en busca de refugio.

No buscaba refugio en él, que era una dudosa fuente de seguridad, sino en su esposa y sus hijos, que eran una alternativa sólida como una roca. Acarició el redondo trasero de Emmie.

—¿Quiere refugiarse con nosotros, aunque Louisa sería la última persona en admitir que necesita ayuda? Jamás he conocido a una mujer tan autosuficiente y tan poco sentimental cuando se trata de cuestiones del corazón.

Pero en otros asuntos había solicitado muy en serio la ayuda de sus hermanos. St. Just pensó en ello un momento.

Emmie dejó escapar un suspiro que él percibió con placer en cada centímetro que sus cuerpos estaban en contacto, aunque al mismo tiempo era una señal de que no triunfaría en la discusión.

—Confundes el exceso de lógica con la falta de sentimiento, St. Just. Louisa tiene un corazón muy sensible y estoy preocupada por ella. No nos había pedido venir a visitarnos antes y ciertamente nunca lo hizo durante la temporada de primavera.

El momento en que llegaba la petición era sin duda sospechoso.

—En un sentido, me gusta que haya recurrido a nosotros, aunque sé que es egoísta de mi parte.

Emmie alzó la cabeza para mirarlo, con una expresión que para cualquier marido revelaría la seriedad del asunto.

—Tú no tienes ni una pizca de egoísmo en tu atractivo cuerpo, St. Just. Si quieres que Louisa pase la primavera con nosotros, si quieres que viva con nosotros, haremos que se sienta bienvenida.

Estaban de acuerdo en eso. Besó a su esposa, porque ese instinto de protección que ella despertaba en él se extendía con facilidad a sus seres queridos.

—No creo que sea momento de que Lou abandone el campo de batalla. Simplemente porque no ha encontrado aún al hombre adecuado.

—Por eso estás demorando tu respuesta. —Emmie volvió a tumbarse sobre el pecho de él y alzó la cabeza, mirándolo—. Debería haber advertido que tienes una estrategia. Voy a escribirle de todos modos y a invitarla para que nos visite después de las fiestas de Navidad.

Faltaban meses para la primavera. Una invitación le daría a Lou algo en lo que pensar y quizá la visita nunca se concretase.

—¿Y qué hay de una invitación para mí, Emmaline St. Just? —La besó primero en la mejilla y luego en la frente—. A mí me gustaría que me diesen la bienvenida de vez en cuando, ¿sabes? Me abandonas durante todo el día, te marchas de paseo con nuestras hijas y me dejas preguntándome si aún me recuerdas... —Hizo una pausa en su protesta, que Emmie aprovechó para acercarse más a él—. Qué invitación tan encantadora, esposa mía. Consideraré la posibilidad de aceptarla.

Ella se rió suavemente y St. Just se dijo que debía enviar algunas órdenes a Carrington, a quien ahora llamaban sir Joseph, para encomendarle una misión de reconocimiento sobre Louisa. Si alguien podía llevarla a cabo sin ser descubierto, ése era Carrington, y además el hombre necesitaba que le asignasen una misión de tanto en tanto para no caer presa de la melancolía.

Emmie suspiró junto al cuello de su esposo, una exhalación de placer que lo obligó a cerrar los ojos y agradecer las bendiciones que conllevaba la paz que compartían.

—Em, ¿hay alguna razón en especial por la que quieras tener la compañía de una mujer esta primavera? —Los dos llevaban una vida retirada, centrada en sus hijos, sus caballos y en ellos mismos—. ¿Te sientes sola?

Le rodeó el cuello con una mano y permaneció inmóvil, esperando su respuesta.

—No estoy embarazada que yo sepa, si es eso lo que preguntas. Pero si has terminado con toda esta palabrería, quizá muy pronto demuestres la falsedad de mis palabras.

—¿Te gustaría?

Cerró los ojos, imaginándola otra vez embarazada, con un rosado niño dentro de su vientre, complacida con él, con la vida y con todo lo que ésta le reservaba. Esa imagen le puso un nudo en la garganta y le retuvo el aire en el pecho.

—Me encantaría tener otro niño, Devlin. Casi tanto como me encantas tú. — Lo dijo con suavidad, acariciándole el pelo con la más delicada de las caricias.

—Si ése es tu deseo, Em, entonces quizá se habrá cumplido para cuando te despiertes por la mañana.

# 5

—Cámbiame el asiento —le pidió Louisa a Jenny, con una brillante y falsa sonrisa, que casi iluminaba más que los candelabros el abarrotado salón.

Jenny le devolvió la sonrisa e inclinó la cabeza como si quisiera susurrarle algún jugoso cotilleo.

—¿Quieres que me siente entre lord Lionel y el señor Samuels?

Eso era en parte lo que Louisa deseaba: ver a su bonita y rubia hermana coqueteando y bromeando toda la noche a seis asientos de distancia; de lo contrario, Louisa debería soportar más miradas soñolientas de Lionel.

—Por favor.

Jenny asintió con la cabeza y se apartó de ella. Al otro lado del salón, entre las radiantes sonrisas que le dedicó a un trío de deslumbrados y jóvenes parlamentarios con sus mejores galas, Eve arqueó una ceja.

«¿Qué estaréis murmurando vosotras dos y qué esperáis para contármelo?», parecía decir.

Ya habría tiempo para explicaciones... más tarde. Louisa vio a su presa en un rincón, el mismo en el que estaba diez minutos antes, con la mirada aún fija en su bebida, acompañado por el duque.

—Sir Joseph. —Louisa atenuó su sonrisa cuando él la miró parpadeando—. Es un placer volver a verle.

Él en cambio no parecía muy complacido. Parecía más bien intimidado e incómodo.

—Lady Louisa, es un placer, por supuesto.

Ella había oído esa voz en sus sueños, murmurándole poesías mientras la brisa invernal hacía bailar las hojas secas y el sol brillaba en el lago Serpentine.

—Su excelencia, ¿podría disculpar a sir Joseph? Va a acompañarme en la cena.

El duque miró a su invitado.

—¡Qué afortunado! Tenemos que retomar nuestra conversación acerca del otro asunto, Carrington. Louisa. —Saludó a su hija con una inclinación de cabeza, no antes de que la joven detectara un brillo ligeramente admonitorio en los ojos de su padre.

—¿De qué otro asunto se trata, sir Joseph?

Los labios de su acompañante se arquearon un poco cuando ella se cogió de su brazo. Louisa se descubrió observándole la boca, a la espera de una auténtica sonrisa.

—Cerdos, o ganado, si quiere una palabra un poco menos vulgar. Granjas de cerdos en Gloucestershire, para ser más preciso, y su viabilidad comercial. No es un asunto apropiado para entretener a una dama durante la cena.

Se pasó la mano libre por el pelo. Ese mismo gesto era característico de uno de los hermanos de Louisa, el conde de Westhaven, cuando estaba desorientado y exasperado. Ella se acercó un poco más a su acompañante.

—Me ha parecido que necesitaba salvación. Papá no entiende que la mayoría de nosotros, los que no somos duques ni duquesas, debemos conducirnos de acuerdo con ciertas reglas. A usted lo acosará a preguntas sobre su ganado. Le preguntará a Summerdale si ya ha presentado a sus hijas en sociedad. Gritará de una punta a la otra de la mesa que es una pena que la yegua de Trottenham haya perdido en la segunda carrera en Newmarket.

Algo de la tensión de la cara de sir Joseph desapareció.

—Entonces, yo podría ser un duque decente, porque no tengo ni idea de qué temas son aceptables, cuáles están fuera de lugar y cuáles son tolerables en compañía de hombres pero no de mujeres... Nadie escribe esas cosas para que uno pueda saberlas cuando le hace falta.

Louisa vio al mayordomo en un rincón de la sala, intentando llamar la atención de la duquesa.

—Me gusta que no lo sepa, sir Joseph.

—Le gusta que sea ignorante. ¿Planea hacer carrera como excéntrica, lady Louisa? Porque yo preferiría atravesar España a caballo, desarmado y llevando las órdenes de Wellington en la camisa, antes que soportar un baile u otra velada musical más.

—Lo sé. —Las palabras escaparon de su boca y deseó haber tenido una bebida en la mano. Un generoso trago de la petaca de sir Joseph le vendría de maravilla—. Quiero decir que sé cómo se siente. Como si las manecillas del reloj no se movieran, como si su espíritu hubiese abandonado su cuerpo y se hubiera ido a posar entre los cupidos pintados en el techo, sólo esperando, esperando y esperando que termine la velada. Y todo se repite la noche siguiente, como si la Navidad no fuera una fiesta, sino el comienzo de una breve condena.

—¿Será que todo Londres aborrece en secreto las reuniones sociales que nos dicen que no debemos perdernos?

Estaba tan cerca de ella que no hacía falta que bajaran la voz, lo bastante cerca como para que Louisa pudiese oler su perfume a cedro, y no se apartó.

—Yo me he preguntado lo mismo. ¿Vamos a la fila?

Sir Joseph colocó una mano sobre la suya, con un pequeño gesto de posesión que a ella le recordó a sus padres. Había sido un acierto rescatarlo de las garras de su excelencia. Tan acertado como someter a Jenny a una velada en compañía del radiante lord Lionel.

Dos parejas delante de ellos, su hermana sonreía radiante del brazo del caballero; su rubia belleza casaba a la perfección con la buena presencia de él.

La imagen debería haber despertado la envidia de Louisa, mucha más de la que sentía. En vez de eso, se sentía esperanzada. A Jenny le gustaban las cosas bonitas y Lionel sin duda lo era. Quizá su hermana y «lord Encajes» pudiesen encontrar puntos en común, y en ese caso, ¿quién sabía qué podría resultar de ello?

—Háble me de su caballo, sir Joseph. ¿Lo ha entrenado usted mismo?

Él dejó escapar un suspiro, preparándose mentalmente para el desafío que le suponía la conversación de la cena.

—*Soneto* es como un niño pequeño con mucha inteligencia. Hay que mantenerlo entrenado o, de lo contrario, se vuelve travieso. Las pruebas, las rutinas del entrenamiento y las salidas frecuentes son más para defensa propia del jinete que para otra cosa.

Sonaba como si el caballo fuese una debutante con una mentalidad

demasiado vivaz y eso fue lo que ella dijo. Consiguió hablar del asunto durante la sopa, pero luego la conversación se volvió más difícil. Al parecer, sus vecinos de mesa habían decidido que Louisa merecía el exclusivo placer de conversar con sir Joseph, y viceversa, aunque él no hiciese ningún esfuerzo por colaborar. Quizá su rechazo por aquella cena de parlamentarios superase el que ella misma sentía, lo que parecía casi imposible.

Para el tercer plato, Louisa comenzaba a desesperarse.

—¿Ha visto el Pabellón del Regente en Brighton, sir Joseph?

El asunto era potencialmente incómodo; el regente era un anfitrión generoso, pero en su mesa no cabían más de treinta personas y era improbable que un caballero del rango más bajo estuviese entre los invitados reales.

—Lo he visto, hace más o menos un año. Es... —Frunció el cejo y miró su copa de vino. Una charla con sir Joseph estaba llena de esas pausas, lo que llevó a Louisa a beber su vino más rápido de lo que debía—. Es imponente. No se parece a ninguna otra construcción arquitectónica que pueda describir; cada detalle ha sido planeado para deleitar y sorprender el ojo de los mortales.

—¿También encuentra imponente esa erupción de gigantescas cebollas?

En parte a causa del azaroso parón en la conversación de quienes los rodeaban, y en parte debido a la incredulidad que Louisa había deslizado en su tono, el comentario sobresalió por encima del barullo de la mesa.

La pausa se alargó hasta transformarse en un completo silencio.

—¿Mas vino, lady Louisa?

Sir Joseph hizo ademán de servirle y ella asintió con la cabeza. Llenó las copas de ambos, mientras, al otro de la mesa, Jenny le preguntaba a lord Lionel qué iba mejor con el color de su tez, si el topacio o el ámbar polaco y, en el extremo más apartado, la duquesa comentaba lo agradable que era que no hiciese mucho frío cuando el invierno parecía decidido a llegar tan rápido ese año.

Louisa no bebió su vino, ni tampoco pudo probar otro bocado de su *côte de boeuf aux oignons glacés*.

—Deduzco —comentó sir Joseph con suavidad— que no aprecia la influencia oriental en la arquitectura, lady Louisa.

Hablaba con naturalidad, como si Louisa no acabara de cometer una vez más el mismo error de siempre.

—Inglaterra tiene encantadores estilos arquitectónicos propios —consiguió responder—. ¿Qué necesidad hay de exotismos y a un coste tan alto?

Él hizo girar la copa, sosteniéndola por el pie; el cristal parecía frágil en su mano cubierta de cicatrices.

—Lo exótico, lo diferente, lo inusual puede tener su propia belleza.

En la cabecera de la mesa, el duque se aclaró la garganta.

—Entonces, ¿qué va a hacer con esa yegua que tiene, Trottenham? Si no gana y no termina de acostumbrarse a la brida, no tiene sentido dedicar más tiempo a su crianza, ¿no?

Era otro comentario desafortunado, que provocó que Louisa se sonrojara. Mientras Trottenham intentaba encontrar una respuesta, Eve bromeó acerca de que los potrillos se esforzaban por ganar cuando había una yegua bonita en la pista y los comensales festejaron su ocurrencia con amables risas.

Louisa pensó en aducir un dolor de cabeza, pero retirarse de la mesa sólo alimentaría los rumores y quizá perjudicara a sir Joseph, que no merecía en absoluto semejante censura. Pensó que podía guardar silencio y eso hizo.

Algo tibio le cubrió las manos, que mantenía sobre el regazo. Al bajar la vista, vio los ásperos dedos de sir Joseph acariciándole con lentitud los nudillos, una y otra vez. Lo hacía con discreción. La persona sentada frente a él e incluso la que se hallaba a su lado no advertirían que había hecho semejante avance.

Louisa colocó las palmas hacia arriba y, por un instante, sir Joseph entrelazó sus dedos con los suyos y se los apretó con delicadeza.

—*Fortran et haec olim meminisse*...

—*...iuvabit* —concluyó Louisa la cita medio susurrada. Era de Eneas intentando infundir valor a sus hombres, sugiriendo que algún día recordarían aquellos momentos con una sonrisa.

Sir Joseph volvió a presionarle los dedos, mientras ella se debatía entre la sorpresa y el placer. Nadie había intentado consolarla ni darle ánimos tras alguno de sus tropiezos en público. Su familia solía intervenir en su ayuda, pero lo hacían para ocultar sus errores, no para consolarla por haberlos cometido.

En cambio, Joseph Carrington, sin pronunciar una sola palabra, le ofrecía consuelo y compresión. El momento acabó antes de que Louisa pudiese agradecer su bondad; él retiró la mano y la encantadora tibieza que se esparcía por el interior

de Louisa fue la única prueba de que el contacto había tenido lugar.

La frase «imperturbable coraje» adquirió un nuevo y estimulante sentido en su mente. Apartó la copa de vino unos centímetros.

—Reserve un poco de espacio para los dulces, sir Joseph. El duque es muy aficionado a ellos, así que podemos contar con algunas delicias para terminar la comida. No me sorprendería que hubiese budín de ciruelas.

Si él hubiese sido cualquier otro hombre, habría pronunciado una halagadora respuesta: «Su compañía ya es una delicia, lady Louisa. ¿Qué podría ser más dulce que el rostro que contemplo en este momento?».

Tonterías, por supuesto. No pensaba que pudiese tolerar semejante estupidez por parte de sir Joseph, pero éste dijo:

—Me encantan los dulces. ¿No ha disfrutado del tiempo que ha hecho estos últimos días, milady? No la he visto en el parque, aunque las últimas mañanas han sido agradables. No ha caído más que un poco de nieve.

Sir Joseph no decía tonterías. La había buscado en el parque o, al menos, había notado su ausencia. Ella lo recordó bajo la nítida luz de la mañana, recitando hermosa poesía con la única intención de complacerla. Un hombre que le recitaba a una mujer un poema como aquél era sin duda valiente.

Y también intuitivo. Louisa recurrió a todo su valor para contenerse y no coger la mano de sir Joseph. Pero la idea de que podía hacerlo, y de que él lo entendería, ya era bastante reconfortante.

—El tiempo ha sido adorable estos días, pero no puede durar. He apostado con mis hermanas a que volveremos a ver nieve antes de regresar a casa.

Y entonces, gracias a Dios, tendrían vacaciones y la paz y el silencio que sólo el campo podía ofrecer.

—Yo me refugio aquí porque soy un melancólico artista incapaz de mantener una conversación amable. ¿Cuál es su excusa, sir Joseph?

Joseph escrutó la penumbra que envolvía la silla junto a las decorativas palmeras. Elijah Harrison, lord «No-uso-mi-título», estaba sentado con aspecto aburrido y una artística palidez, vestido con un traje bastante conservador.

—Yo tampoco puedo mantener una conversación amable —replicó—. Pero

en mi caso es a pesar de los esfuerzos por conseguirlo. ¿Por qué no está usted por los condados, pintando el retrato de las hijas de algún duque?

Harrison sonrió.

—Las hijas de los duques no están ahora en los condados. Si son lo bastante bonitas como para atraer un marido o tienen una buena dote, están abarrotando los salones de baile. ¿Se oculta de ellas aquí?

—Así es. —La bebida lo estaba volviendo honesto... o indiferente.

Joseph necesitaba una esposa (se lo repetía con frecuencia, como un mandamiento), de modo que cada noche escogía una de las invitaciones que recibía, con la intención de explorar el hostil territorio de Mayfair persiguiendo ese objetivo.

Y cada noche terminaba en la sala de juego, junto a la chimenea, bebiendo brandy en compañía de otros parias, ebrios, jugadores y cobardes... a menos que diera con una reunión que contase con la presencia de Louisa Windham; en ese caso, se dedicaba a rumiar en un rincón, desde donde se torturaba viéndola bailar por el salón.

—La orquesta toca bien —dijo Harrison sin venir a cuento.

Se podía apreciar la orquesta siempre y cuando no se estuviese hastiado ya de las piezas navideñas.

—¿Por qué no baila, entonces?

Harrison se removió en su silla.

—La mayor parte de las sesiones de pintura con mis modelos tienen lugar durante el día, porque para mi trabajo hace falta luz natural. Si me tuviese compasión, Carrington, me ignoraría mientras dormito aquí, cómodo y abrigado.

Había un dejo de auténtica irritación en las palabras del hombre, como si realmente estuviese interrumpiendo su anhelada siesta. Joseph se puso en pie, dejando su brandy junto al codo de Harrison.

—Dulces sueños. Si quisiera un retrato de un par de niñas pequeñas...

Se interrumpió. Aun en la sala donde los hombres jugaban a las cartas quizá no estuviese bien visto hablar de negocios.

El pintor se irguió un poco en su asiento.

—¿Niñas pequeñas? ¿De qué edades?

—Seis y siete. Son buenas niñas. Capaces de permanecer quietas si se les pide. —Durante unos dos minutos. Pero crecían con mucha rapidez y un retrato perpetuaría la imagen de algo precioso y vivo, para cuando la memoria de Joseph flaqueara.

—¿Están en la ciudad? —El hombre parecía evaluar el encargo, lo cual lo sorprendió.

—En Kent.

—¿De quién son esas niñas?

—Mías. —Se sentía bien al decirlo, era bueno recordarse a sí mismo ese hecho singular, aunque sólo fuera en el aspecto legal. Aquella semana, lo único que había hecho había sido echarlas de menos, a ellas y a sus hermanos.

Harrison alzó las cejas.

—Venga a mi estudio. Trataremos el asunto.

Joseph asintió con la cabeza y se dirigió a la puerta. Cuando llegó al pasillo, oyó que la orquesta tocaba una animada gavota, mientras doscientos pies se deslizaban y resonaban siguiendo el ritmo. Si se dirigía al salón de baile, quizá encontraría a lady Louisa Windham, girando, sonriendo y conversando tan elegante junto a algún caballero.

Permanecería con sus hermanas entre una pieza y otra, haciendo palidecer la belleza de las demás con la suya, tanto más terrenal. Los jóvenes se le acercarían (habría más variedad que en la cena ducal) y ella les concedería una pieza a los más afortunados.

Cada noche, Joseph observaba esa rutina el máximo tiempo posible, antes de escabullirse hacia la sala de juegos, donde se torturaba mentalmente pensando en la pésima salud del primo Hargrave y la necesidad de una madre para las niñas.

Confirmó que podía mover la pierna, que se había beneficiado de la serie de días de buen tiempo, y luego guió sus pasos no hacia la sala de baile, sino hacia la paz y la tranquilidad, y la discreta salida, que le ofrecía el jardín.

Louisa había reservado el vals para Lionel —él se lo había pedido cuando la saludó al comienzo de la velada— y, sin embargo, allí estaba él, sonriendo ante los parpadeantes ojos de Isobel Horton.

Maldito fuese.

Pero en realidad Louisa había bailado el vals con Lionel la noche anterior (ahora ella lo llamaba Lionel y él a ella Louisa) y la noche antes de ésa había sido una polonesa.

Louisa tenía la impresión de que el joven intentaba ayudarla a acallar la última oleada de rumores provocada por sus críticas al Pabellón del Regente. Eso era muy amable por su parte, pero aun así la idea resultaba un poco humillante.

Sus dos hermanas estaban en la pista de baile, y una dama no quería quedarse sin compañía para la cena.

De hecho, una dama no quería que la viesen paseándose por un costado del salón de baile sin hermanas, pretendientes ni un potencial acompañante para la cena.

Si Louisa permanecía allí mucho más tiempo, Westhaven debería ir a rescatarla.

Y eso no podía pasar. Su hermano bailaba bastante bien (para ser un hermano), pero su lástima era lo último que quería en ese momento.

Dejó su copa a un lado y se escabulló de la sala de baile, dirigiendo sus pasos hacia el aire fresco y la soledad que le ofrecía el jardín.

La orquesta acabó de tocar la gavota y los pasos y saltos de los bailarines sobre la pista cesaron.

Sir Joseph echó un vistazo por encima del hombro.

«Debería marcharme antes de que a alguien más se le ocurra escapar a la penumbra y las antorchas del jardín de invierno.»

Pero ya era demasiado tarde. Una figura solitaria apareció por las puertas de cristal y se detuvo un momento, alta, esbelta y encantadora bajo la luz parpadeante.

—No debería estar sola aquí fuera, milady.

—¿Sir Joseph?

—Aquí. —Él dio un paso hacia las antorchas que había junto a la puerta, ignorando deliberadamente la rama de muérdago que colgaba del enrejado que

había a unos dos metros de ellos—. ¿Me permite acompañarla dentro?

—No se lo permito. —Pasó a su lazo, rozándolo y dejando su aroma a limón y a clavo en la brisa nocturna—. Necesito un poco de aire.

—Allí hay un banco. —Le cogió una mano enguantada y la guió hasta el asiento de piedra cubierto por la sombra, junto a la pared. En aquella terraza cerrada, las llamas de una docena de antorchas templaban la noche—. Respire un poco de aire; la veré luego en el salón de baile.

Esperó hasta que ella se sentó. Lady Louisa no tomó asiento con gracia, ni hizo ademán de alisarse la falda, sino que se dejó caer resoplando y se arrancó los guantes.

—Puede acompañarme, sir Joseph. Pronto empezarán a tocar el vals.

Al cabo de un momento de desconcierto masculino, él comprendió cuál era el problema.

—A usted le gusta el vals y no querrá perderse éste.

Ella frunció el cejo y luego la nariz de una manera que a sir Joseph le recordó a la pequeña Fleur.

—¿Qué mujer querría perderse un vals? ¿Va a quedarse aquí sentada? —insistió.

Su tono fue gruñón, pero ella no sintió rencor ni enfado.

Como si estuviera viendo a una de sus hijas, Joseph supo instintivamente que Louisa Windham estaba un poco dolida, un poco crispada y un poco cansada de ambas cosas.

Le tendió una mano.

—No he bailado el vals en muchos años y los recuerdos que tengo al respecto son pocos y vagos. Quizá se apiade de un soldado cojo y descubra qué recuerda.

Él esperaba que ella se riese. En sus malos días malos, era cojo y la mayor parte del tiempo era como mínimo frágil, como podía serlo un viejo caballo. No había bailado el vals desde que lo hirieron y no había esperado volver a bailarlo otra vez, porque eso requería gracia, equilibrio y ciertas piruetas.

Y también una compañera bien dispuesta.

Louisa colocó su mano desnuda sobre la de él y se puso en pie.

—Será un placer. —Sonrió mientras permanecía allí de pie, pero no le soltó la mano—. No debe permitirme que le guíe.

Había observado a cientos de parejas bailar cientos de valses y él mismo había disfrutado del baile cuando se puso de moda en el Continente. Los pasos eran simples. Lo que no era simple en absoluto era sentir a Louisa Windham acercándose con tanta naturalidad a él, cogiéndole la mano.

—Me gustaría sólo escuchar un momento —dijo ella—, sentir la música dentro, la forma en que nos impulsa a movernos, a levantar los pies y llenarnos de ligereza.

Se acercó todavía más, hasta quedar tan cerca de él que su pelo le hizo cosquillas en la mandíbula. Le colocó la mano en el hombro y Joseph sintió que se balanceaba suavemente, conforme la orquesta comenzaba a tocar los primeros compases. Se movía al ritmo de la música, dejándose llevar hacia sus brazos.

Se sintió muy privilegiado de estrecharla contra su cuerpo, de sentir su tibia figura femenina entre sus brazos. Su olor, limpio y ligeramente especiado, era más dulce cuando estaba tan cerca, como en ese instante.

Ahora que la tenía entre sus brazos no le parecía tan alta como en su imaginación. Unida a su cuerpo, encajaba... a la perfección.

Y por debajo de ese sentimiento de privilegio y de asombro, había otra emoción. Louisa Windham era encantadora, inteligente y valerosa, pero también era una mujer a la que Joseph había deseado desde el primer momento en que la vio.

Esperó hasta encontrar el compás adecuado, le cogió una mano y se movió con su compañera. Ella se movió con él; era la encarnación de la gracia, tan etérea como la luz del sol, tan fluida como la risa.

—Sabe guiar a una dama —susurró Louisa con los ojos entrecerrados—. Es un bailarín nato.

Era un hombre torturado por una rodilla herida y una cadera poco fiable, pero con ella como pareja y la música de una orquesta de dieciocho instrumentos para animarlo, Joseph Carrington bailó.

Cuanto más se movían juntos, mejor bailaban. Louisa dejó que la guiara por todas partes, dejó que decidiera lo amplios que serían los giros y cuánto la estrechaba. Se entregó a la música y un poco también a él, sin dejar de abrazarlo.

Bailar con una mujer que disfrutaba tanto del vals le daba a un hombre

cierta confianza física. La estrechó aun más, maravillosamente cerca, y advirtió que lo que le daba tanta alegría no era simplemente el placer físico de abrazarla, sino la emoción que su confianza despertaba en su corazón.

La joven bailaba con un soldado cojo, con un criador de cerdos, y lo disfrutaba.

En lo que le pareció demasiado pronto, la música llegó a una suave cadencia final, pero Louisa no hizo la reverencia de cierre de la pieza, sino que permaneció en el círculo que formaban los brazos de él y apoyó la frente en su hombro.

—Gracias, sir Joseph.

¿Qué debía hacer? La excitación le corría silenciosamente por las venas, el perfume a limón y clavo de ella le invadía el cerebro. La voz del sentido común comenzó a machacarle los oídos.

«Inclínate, idiota. Inclínate sobre la mano de la dama, ¡ahora!»

Le acarició la espalda, demorándose en el contorno de sus músculos y huesos.

—La otra noche...

Ella no retrocedió, pero él notó la tensión en su columna.

—¿En la cena?

—Lo siento. He querido decírtelo antes, pero no he encontrado el momento. No soy buen conversador, Louisa, y mis modales no son... —¿Qué intentaba decirle? Sabía que discutir con una dama no era apropiado, pero se trataba de algo más que eso—. El Pabellón del Regente es una extravagancia, independientemente de si es bonito o diferente, y tú tienes todo el derecho del mundo a tener opiniones sensatas al respecto.

Joseph se permitió apoyar la mejilla contra su pelo, intentando memorizar cada uno de los placeres que ese instante le proporcionaba:

El placer de enmendar una conversación que no había sabido manejar.

El placer de su cuerpo cerca del suyo, acalorado por el baile y aun así apacible entre sus brazos.

El placer de su olor, limpio, dulce y único.

El placer de su disposición natural a permanecer cerca de él.

Pero Louisa borró todos esos placeres con un último gesto, uno que Joseph

no había previsto, que no había imaginado ni en sus sueños más audaces, cuando se puso de puntillas y lo besó.

«Una mujer debería practicar cómo besar; de lo contrario, corre el riesgo de errar la mejilla que quería besar y, por simple accidente, posar sus labios en la boca de un hombre.»

Louisa se maravilló de que su cerebro fuese capaz de pensar eso, mientras otra parte de su mente advertía que, desde tan cerca, por debajo del perfume a cedro, la ropa de sir Joseph olía a verdadera lavanda, a una dulce y suave versión de la flor que la duquesa guardaba en sobres de tela para perfumar las habitaciones de Moreland.

Aún más cerca, con sus labios en los suyos, el beso también era suave. Delicado, dulce y sensual. Deslizó las manos y las entrelazó detrás de su nuca para mantener el equilibrio.

Al parecer, incluso un delicado beso podía amenazar el equilibrio de una dama... y quizá también el de un hombre. Joseph separó las piernas para afirmarse cuando ella se apoyó en su cuerpo. Cuando él le deslizó una mano por el pelo hasta detenerse en la nuca, Louisa se preguntó por qué las impresiones que tenía de un hombre diferían cuando había bailado con él.

La boca de sir Joseph se abría voluptuosa contra la suya, como un sorprendente ramillete de sensaciones que invadían su interior. Su beso fue una lenta exploración de su boca, la hizo sentir lánguida y audaz, deseada y desafiada al mismo tiempo.

Y advirtió que faltaba algo en ese beso: sir Joseph no tenía prisa. No titubeaba. No exhalaba agrio aliento a vino en su cuello. No apretaba sus pechos como si fuesen la masa para el pan.

Tampoco era impasible. Allí había cierta... turgencia nada pequeña o... ¿aquellas dimensiones serían normales en él?

Sir Joseph se movió un poco para que sus cuerpos se apartasen y la prueba de su posible excitación no quedara en evidencia ante ella. Louisa apoyó la frente en el pañuelo de su cuello y le agradeció en silencio que conservase un poco del sentido común que a ella le faltaba.

Los hombres eran criaturas extrañas. Los que habían sido heridos en la

guerra, podían montar y bailar con más gracia de la que tenían al caminar; los que jamás habían puesto una indecorosa mano sobre su cuerpo eran capaces de darle un primer beso más dulce y cautivador de lo que nunca podría haber imaginado.

Los de él tenían el perfume del hogar y la felicidad, aunque careciesen de título nobiliario, estuviesen apartados de la sociedad y criasen cerdos en el campo.

Louisa tendría que mejorar su puntería si no quería besar una boca cuando esperaba dar con una mejilla recién afeitada. Esa conclusión era desconcertante, y era probable que sir Joseph pensase de ella cosas que habría preferido no insinuar. Peor aún, Louisa se preguntaba cosas sobre él que no debería preguntarse y sintió una pizca de resentimiento por ello.

Él suspiró, lo que hizo que ella advirtiera que estaba pegada a su pecho.

Su pecho tan ancho y musculoso.

—Milady, por muy encantador que haya sido este baile en todos los sentidos, me temo que la noche está cada vez más fría y que lo mejor será que la acompañe de regreso al salón.

Louisa lo olió una vez más, con la nariz junto a su garganta, donde el calor de su cuerpo liberaba las esencias más encantadoras —lavanda, cedro, pino—, puras e intensas. Retrocedió un paso. Lo que fuera que intentaba decirle era acertado, «en todos los sentidos». En el lapso de un vals y un beso, la noche se había enfriado abruptamente y era hora de que regresara junto a sus hermanas.

—Su excelencia. —Joseph hizo una respetuosa reverencia en el vestíbulo de la casa del conde de Westhaven, decorado con abundantes plantas, y el invitado, que estaba a punto de marcharse, le frunció el cejo.

—Por el amor de Dios, Carrington, preferiría el saludo militar.

—No, su excelencia, no debe ser así. Si lo saludase de ese modo, significaría que estamos otra vez en la guerra, y ninguno de los dos podría desear semejante cosa.

Wellington sonrió. Era un hombre guapo, maduro, de casi un metro ochenta de alto, popular entre las damas y capaz de desplegar bastante encanto cuando quería.

—¿Está llevándome la contraria, sir Joseph? Las viejas costumbres nunca

mueren.

—Soy honesto, su excelencia. Decirle cualquier otra cosa en la presente compañía no sólo sería irrespetuoso, sino también inútil.

El duque resopló por su ganchuda nariz; era un rasgo que le había ganado el apodo de «viejo garfio».

—Ahórreme sus lisonjas. ¿Cómo va su pequeño negocio de importaciones?

Ése era el problema de haber servido en la Península. Un hombre podía darse de baja del ejército, pero nunca estaría completamente eximido de informar a sus oficiales superiores. Wellington se refería con frecuencia a sus soldados como su familia y de vez en cuando seguía organizando reuniones sociales con ellos.

—Me va muy bien en mi pequeño negocio, su excelencia. Gracias por preguntar.

El duque recibió los guantes, el sombrero y el bastón de un silencioso lacayo.

—Me preguntaba si no habría perdido el interés. Algunos de los oficiales compañeros suyos lo habrían hecho. ¿Cómo está su pierna?

—Cumple con su función.

—Es lo mejor que puede decirse de la mayoría de nosotros. Ocúpese de que continúe así. Feliz Navidad. —Su excelencia lo miró una vez más con el cejo fruncido y se marchó.

—Lord Westhaven lo recibirá ahora en la biblioteca, sir Joseph.

Siguió al lacayo por los pasillos de la casa, preguntándose cómo era posible que se estuviera tan bien allí dentro en un día de invierno tan inhóspito y gélido. La casa tenía un resplandor, una cualidad tranquila de la que las varias residencias de Joseph carecían, y la decoración de esa época del año, las naranjas con clavo y las guirnaldas, sólo eran parte de la explicación.

Conforme lo hacían pasar a la biblioteca del conde de Westhaven, advirtió que el hermano mayor de Louisa Windham ostentaba una pizca de su misma naturaleza alegre y segura, aunque no fuera un hombre jovial en absoluto. Era endemoniadamente guapo: alto, de pelo castaño oscuro y ojos de un verde esmeralda más acentuado que los de su hermana. Su nariz también parecía digna de heredar el título de duque.

—Sir Joseph, es un placer. ¿Llamo para que nos traigan el té?

—No hace falta, milord. No le quitaré mucho tiempo.

—Tome asiento de todos modos. —Westhaven no se sentó en la silla de su escritorio, sino que se dirigió a la chimenea y avivó el fuego—. Y me dará el gusto de tomar el té conmigo. La visita de su excelencia me ha dejado con hambre.

Con el conde de espaldas, Joseph se aplicó a la dificultosa tarea de instalarse en un cómodo sofá de piel.

—Ordene el té si lo desea. No rechazaré una taza humeante.

Westhaven dejó el atizador y se dio media vuelta con los brazos en jarras.

—¿Té, café o chocolate?

El chocolate era una bebida para mujeres mimadas... o quizá para condes felizmente casados.

—El té estará bien.

Al acercarse a la puerta para hablar con el lacayo, Westhaven apartó la vista de Joseph. Éste aprovechó ese momento de privacidad para masajearse los músculos del muslo derecho, porque el clima abruptamente más frío le hacía sentir como si miles de nudos se le ataran por dentro.

—La visita de Wellington ha sido sorpresa —dijo el conde, sentándose en una cómoda silla junto al fuego—. Creo que los duques adoran desconcertar a la gente con su presencia. Su excelencia iba de camino a Carlton House, y sospecho que desconcierta hasta al mismo regente cuando aparece allí. —Parecía divertido con la idea.

—Dios sabe que Wellington podría desconcertar a quien quisiera con sólo proponérselo.

Quizá eso no fuera muy respetuoso, pero era cierto.

—St. Just señaló lo mismo. Gracias a Dios, desconcertó también al condenado Corso. —Con una especie de ladrido, Westhaven indicó a dos lacayos que entrasen, con sendas bandejas de té. Una vez que se hubieron marchado, se irguió en su silla, contemplando la recompensa que había ante él—. Ayúdeme a comer al menos la mitad de todo esto, sir Joseph, o mi esposa me interrogará largo y tendido por mi salud la próxima vez que la vea. Tiene espías en la cocina y no puedo tener secretos con ella.

—No intente tenerlos.

—No lo hago.

Joseph observó cómo las agradables facciones del conde se transformaban en

una sonrisa tan satisfecha, tan enamorada, que tardó un momento en recordar dónde había visto esa expresión antes.

—¿Le han dicho alguna vez que se parece mucho a su padre, Westhaven?

El conde hizo una pausa con la tetera a unos centímetros de la bandeja.

—¿Que me parezco a Moreland? No, no particularmente. ¿Cómo toma el té?

Aun con su negativa, Westhaven tenía una cualidad ducal que hizo que Joseph se encontrara más incómodo con el propósito de su visita. Le sirvió una taza de té, colocó algunos bollos tibios con mantequilla en un plato y habló sobre asuntos políticos y económicos hasta que hubo desaparecido una sorprendente cantidad de comida.

Joseph echó un vistazo al reloj y decidió que, si permanecía en aquel cómodo sofá junto al agradable fuego un minuto más, se quedaría dormido.

—Se preguntará por qué le he pedido esta cita, milord.

—Admito que tengo cierta curiosidad.

Nada más. Joseph lamentó el *savoir faire* del hombre, por mucho que lo admirase.

—He recibido una carta de su hermanastro, St. Just.

La expresión del conde no se modificó.

—¿Qué le ha escrito mi hermano que lo ha hecho venir aquí en un día tan frío y desapacible?

No dijo su «hermanastro», sino su «hermano». Era una evidente corrección.

—Ha expresado alguna preocupación por su hermana, lady Louisa, y me ha pedido que explore... —Se detuvo. Westhaven no era militar. Joseph deseaba ponerse en pie y caminar, pero eso no sólo hubiese sido un poco raro, sino además grosero. Y, en cuanto a sus palabras, decir «explorar» refiriéndose a una mujer no era exactamente refinado.

—¿Quiere que vigile a Louisa? ¿Por algún motivo en particular?

Los ojos verdes se clavaron en él; eran ojos muy parecidos a los de St. Just, pero ligeramente más reservados.

—En palabras de él, milord, su hermana está organizando una retirada del frente y St. Just no tiene intenciones de facilitarle la decisión.

Westhaven se cogió las manos con los índices extendidos y se los llevó a los

labios. Joseph miró la jarra de chocolate.

—Louisa no es ninguna cobarde —dijo el conde.

—St. Just no es de los que consienten los dramatismos.

Joseph había considerado seriamente la petición de su amigo, recordándose que no era una orden de un oficial superior. Aunque tendía a torturarse pasando tiempo con Louisa Windham, no tenía la menor intención de informar a nadie de la lista de hombres con los que la dama bailaba y conversaba; menos aún si su propio nombre estaba en ella.

Westhaven arrugó su patricia nariz.

—St. Just se preocupa por sus hermanos menores. Hay que hacer concesiones. ¿Por qué ha venido a hablar conmigo del asunto?

—Si los intereses de la dama deben ser protegidos, ¿no son sus hermanos los que serán más capaces de defenderlos que yo?

Westhaven movió los dedos sobre los labios, lo miró un poco más con sus ojos verdes, pero no dejó traslucir nada.

—No tiene hermanas, ¿verdad, sir Joseph?

—No tengo hermanas ni primas, ni siquiera tías. Sólo tengo hijas. —E hijos, pero no los mencionaba en los círculos sociales.

—Las hermanas son un fastidio extremo, aunque también sean adorables. —Se sirvió otra taza de chocolate mientras hablaba—. Requieren protección, incluso mimos, pero no le dan mucha oportunidad a un hermano para que se los dé. Mis hermanos y yo estamos de acuerdo acerca de esto. Las hermanas son demasiado tercas y, en el caso de las nuestras, también condenadamente listas.

—Lady Louisa es una mujer maravillosamente inteligente. —Joseph no iba a decir nada más, no al conde de Westhaven, pero éste no tenía derecho a quejarse de sus hermanas. Ningún derecho.

—En opinión de la mayoría de los hombres, las mujeres no pueden ser «maravillosamente» inteligentes, sir Joseph. Louisa lo ha comprendido hace mucho tiempo, pero ha decidido no usar sus artimañas para atrapar algún hombre inofensivo como esposo.

El corazón de Louisa Windham se rompería antes que conformarse con un hombre inofensivo. Que su propio hermano no fuera capaz de comprenderlo era... molesto y decepcionante. Joseph intentó no pensar cómo se sentiría Louisa al

respecto.

—Algún hombre que no sea inofensivo buscará atraparla a ella, su señoría. Circula el rumor de que sus hermanas tienen buena dote.

La expresión de Westhaven se ensombreció.

—Mi esposa ha sugerido también eso, pero Louisa, Eve y Jenny se cuidan mutuamente en las reuniones sociales. Me temo que St. Just busca reforzar las filas con su mirada vigilante, ¿no es así?

—Algo así, pero sólo porque yo baile poco y hable menos, no significa que sea el mejor espía.

Utilizó la desagradable palabra con la esperanza de que el conde hiciera algo y le ahorrara el deber de cumplir la petición de St. Just.

—Un espía. —Westhaven esbozó una sonrisa muy diferente. Satisfecha, calculadora... Eso también le recordó a Joseph a su ducal padre cuando se enardecía por alguna intriga parlamentaria—. Eso es. Necesitamos un espía. Seguro que puede entender por qué mis propios esfuerzos por controlar la situación serían inútiles, ¿verdad? Louisa huiría de mí antes del primer vals, y Jenny y Eve serían sus cómplices. Su excelencia sería aún más obvio, como un gato entre palomas, pero nadie sospecharía de sus motivos. —Su sonrisa desapareció al hacer ese último comentario y frunció el cejo, concentrándose—. Sir Joseph, debo unirme a mi hermano en su petición, por mucho que me pese pedirle esta ayuda.

Joseph se puso en pie con incomodidad, maldiciendo su pierna herida, a su condenado oficial superior y su propio interés inoportuno por una mujer que jamás debería haberse fijado en él.

—No espiaré a su hermana, Westhaven. Espiar a una mujer no es honorable y una dama merece algo mejor de parte de su propia familia. Buenos días.

El conde se puso en pie con envidiable facilidad.

—No tan rápido, por favor. Permítame que corrija mi petición.

—Usted no ha hecho ninguna petición, Westhaven. Y además debo marcharme.

Una digna retirada no era posible, porque su pierna derecha había escogido ese momento para agarrotarse dolorosamente. Consiguió avanzar un poco hacia la puerta pero el conde lo cogió por el brazo.

—Todo lo que le ruego es un momento, sir Joseph.

Un momento para disponer de un espía que vigilara a su propia hermana. Joseph conjeturó que Westhaven no se echaría atrás, por lo que quizá fuese mejor escuchar lo que estaba planeando.

—Le escucho.

—¿Le apetece un trago?

Joseph no pudo evitar echar un vistazo al aparador, donde había expuesta una media docena de decantadores y botellas en un generoso surtido de bebidas alcohólicas.

—Diga lo que tenga que decir, su señoría. Pensaba que alguien en situación de ayudar a lady Louisa debería estar al tanto de las preocupaciones de St. Just, no ser un virtual desconocido que en cualquier momento podría tener que regresar a Kent.

—Usted es un vecino, no un desconocido. Sirvió en el ejército con mi hermano y lord Bart y ha salido de caza con el duque. La duquesa lo aprecia.

Esa desconcertante noticia parecía representar alguna diferencia para Westhaven. También intrigó a Joseph, pero ni siquiera la aprobación de una duquesa tenía tanta importancia como para hacerlo cambiar de opinión.

—Aprecio mucho a su familia y a su hermana lady Louisa en particular. No me pida que viole su privacidad más de lo que ya lo he hecho al venir hoy aquí.

—Bien, entonces no lo haga. —Westhaven dejó caer la mano y dirigió a Joseph una mirada calibradora—. Pero no la abandone dejándola sin un defensor. Yo no puedo desempeñar ese papel, aunque sólo sea porque mi esposa y yo nos marcharemos al campo la semana que viene y no nos reuniremos con mis padres hasta la Navidad. No me atrevería a involucrar a mi padre en el asunto, porque él ya ha decidido intervenir en la búsqueda de un esposo. Si Louisa lo supiese, ya estaría en el primer transporte dirección norte, sin siquiera meter en las maletas más que uno o dos libros.

Aquella cena sobre asuntos políticos en casa de los Windham, con tantos invitados masculinos, cobró más sentido para Joseph. Una cena política, ya. No cabía duda de por qué Louisa se había sentido tan incómoda por un inocente intercambio de opiniones.

—¿Lady Louisa sabe que su padre está buscándole esposo?

—Dudo que le haya anunciado sus intenciones y, la mayoría de las veces, la duquesa es cómplice de sus planes.

Dios del cielo. Joseph sintió que el frío exterior se le metía en el cuerpo.

—Cada joven empobrecido que no esté de cacería en el campo intentará congraciarse con su excelencia desde ahora hasta la Navidad.

—Ya ve usted el problema.

Westhaven retrocedió un paso, dejando que la imaginación de Joseph se desbocara con escenas de lady Louisa abordada en los jardines, bajo las escaleras, en las antesalas y en salones privados... con ramos de muérdago y ponche navideño por todas partes, que podían ayudar a cualquier joven con ingenio suficiente para aprovecharlos.

Feliz Navidad, sí, claro.

—A ella le encanta bailar —dijo Joseph, entre dientes.

—¿A Louisa?

¿Cómo era posible que Westhaven no supiera eso de su propia hermana?

—Sí, a lady Louisa. No sospechará que su carnet de baile está lleno porque su papá está haciendo correr el rumor de que quiere casarse, no hasta que algún idiota le diga alguna estupidez.

—Louisa puede lidiar con los idiotas.

Ése no era el problema; de hecho, su propio hermano era un idiota. El problema era que sufriría cuando advirtiera que eran los planes del duque y no su atractivo personal los que la llevaban una y otra vez a la pista de baile.

—La vigilaré, pero no les informaré ni a usted ni a St. Just —se oyó decir Joseph—. Usted no le dirá nada a su padre ni a su madre y yo le diré a Louisa lo que estoy haciendo.

El conde arqueó las cejas.

—No se lo recomendaría. Pondrá en práctica maniobras evasivas y saboteará sus esfuerzos.

—No comprende a su propia hermana, Westhaven. Ahora debo marcharme y debería ir a Kent antes de las fiestas, pero le avisaré.

Tuvo la satisfacción de ver el desconcierto, aunque fugaz, en la expresión del hombre. Luego lo vio esbozar otra sonrisa, esta vez dulce y ligeramente cómplice.

—Gracias, entonces. Y que tenga la mejor de las suertes.

Joseph se despidió de él deseándole un buen día y cogió su sombrero, sus

guantes y el bastón de manos del lacayo, en la puerta de entrada. En lugar de quedarse en la biblioteca del conde, disfrutando de una copa de buen brandy en compañía masculina, Joseph se marchó cojeando solo en la oscura y gélida mañana de invierno.

# 6

—¿Qué es esto? —Ellen Windham cogió el pequeño volumen que su esposo acababa de dejar en la mesilla de noche.

—Poesía. —Lord Valentine se sentó en la cama y se quitó las botas—. Poesía bastante picaresca. Estoy pensando poner música a algunos poemas.

Ellen se sentó junto a él y pasó una página.

—«Venus te ha reservado sólo para ti su mejor espina amatoria...» —leyó—. «Cupido, sin remordimientos, arremolina amor y odio en una sola copa...» —Continuó un poco más, al tiempo que Valentine se ponía en pie y se quitaba los pantalones y los calcetines.

—¿Me prestarás atención, esposa, o te dedicarás a inquietar tu mente con esos lascivos versos?

—Algunos son hermosos. Muchos lo son. —Dejó el libro a un lado y miró a su marido a medio desvestir junto a la chimenea—. Tú también eres hermoso.

Él le sonrió y le tendió una mano.

—Tengo que enviarle el libro a Louisa, que colecciona cosas así, pero puedes escoger por mí los poemas que te parezcan hermosos y les pondré música.

Ellen avanzó hacia él, permitiendo que la rodeara con sus brazos.

—¿No hay en algún lugar de tu interior algún deseo de que estemos en la ciudad ahora, Valentine? Ya casi es Navidad y tu familia estará reunida allí.

—Sólo están a un día de distancia a caballo y las composiciones fluyen más fácilmente cuando puedo trabajar aquí, cerca de ti y del bebé. ¿Te preocupa eso?

Ella asintió contra su pecho.

—Adoro a tu familia. Ellos también forman parte de tu música.

Valentine apoyó la barbilla contra su sien, un gesto que tendía a hacer cuando se ponía pensativo.

—Sus excelencias disfrutarían de pasar un tiempo con el bebé —murmuró—. Podemos ir a Moreland unos días antes. St. Just ya está en camino y Westhaven se marchará a Surrey un día de éstos.

Ellen se relajó entre sus brazos, liberándose de una sutil tensión que ni siquiera sabía que tenía.

—Sí, me gustaría —concluyó—. Si comienzo a hacer todas las cosas que tengo pendientes mañana con la primera luz del día, podría arreglarlo todo para que nos marchemos temprano.

Ella nunca remoloneaba en la cama por la mañana. En el sutil y enrevesado lenguaje matrimonial, estaba advirtiéndole a Valentine que era él quien no se demoraría en el lecho a la mañana siguiente.

—Entonces, a dormir ahora mismo, esposa. —Se apartó de ella—. Permíteme que termine de lavarme y nos iremos a dormir temprano. —Le besó largamente la mejilla para subrayar lo que había dicho.

Con una placentera sensación de calidez en el vientre, Ellen comprendió el significado de lo que insinuaba. Siempre lo comprendía y, solícita, se quitó la bata y se metió debajo de las mantas a observar las abluciones de su esposo. Aun después de un año de matrimonio, mirar a Valentine desnudo tenía tanto interés para ella que se olvidó de preguntarle por qué Louisa coleccionaba poemas picarescos, más allá de lo bonitos que fuesen.

El intento de coordinar su guardarropa con el de lord Lionel convenció a Louisa de varias verdades:

La primera, que carecía de la cualidad que permitía a la mayoría de las jóvenes prestar interés a su ropa y sus accesorios, no sólo por unas horas o días, sino durante semanas e incluso toda la vida. Advertir eso fue más bien como aceptar una verdad que había dado por sentada largo tiempo atrás. El aburrimiento era lo único que la había impulsado a experimentar y adivinar las

elecciones de vestuario de Lionel.

La segunda, que su padre estaba «volcado en la tarea» de nuevo, lo que quería decir que el duque había conseguido que sus hijos se casasen y ahora la misma Louisa estaba en el punto de mira de sus intentos. Lo que era peor, la duquesa conspiraría con él, planeando alegremente otra cena antes del traslado a Moreland, al final de la semana.

Y el despliegue de muérdago en toda la casa era indescriptible.

La tercera cosa que advirtió fue algo por lo que Louisa intentó sentirse culpable: que, inconscientemente, estaba alimentando inútiles esperanzas en Lionel Honiton. Éste bailaba bien. Vestía bien. Repartía bonitos halagos como si fuera Papá Noel sacando regalos de Navidad de su bolsa. Y sonreía con tanta indulgencia que ella deseaba golpear su masculina barbilla con el puño cerrado.

La buena sociedad sostenía que las hermanas debían casarse siguiendo el orden de nacimiento, así que, como ejercicio teórico, Louisa había intentado considerar la idea de casarse con Lionel. Pero incluso teóricamente, la idea había fracasado por completo. Imaginar el pachulí en la oscuridad le resultaba espeluznante.

Algún día, en un futuro lejano, tal vez llegase un hombre que pudiese pasar por alto las indiscreciones y tropiezos de juventud de Louisa, aunque esos tropiezos fuesen serios y las indiscreciones atroces. Pero cuando esos errores quedasen a veinte años de distancia, podría verlos con una perspectiva menos catastrófica. Se volverían tan insignificantes que podría incluso contárselos a su futuro esposo sin que éste la rechazase de plano por sus confesiones.

Eso esperaba. No obstante, Lionel no era de ningún modo un candidato posible.

El desafío presente era desalentarlo con amabilidad, sin alentar a nadie más, así que Louisa se concentró en ello.

—Debes recurrir a los amigos de lord Lionel —dijo Jenny otra vez, demostrando que era tan persistente como la duquesa, aunque su objetivo fuera bastante distinto—. Deene es amigo tanto del duque como de la duquesa. Sir Joseph es un vecino en quien confían, que sirvió en el ejército con St. Just y Bartholomew, e incluso Hazelton tenía buenas relaciones con nuestra familia antes de que Maggie se casara con él.

—Hazelton escuchaba por el ojo de las cerraduras y era el terror de todas las reuniones sociales —replicó Louisa.

—Ahora te llevas a las mil maravillas con él —rebatió Eve—. Lionel tiene pocas cosas buenas, excepto que hace una reverencia con estilo y tiene algún sentido de la moda. Se dice que sus finanzas son espantosas.

Louisa permanecía con sus hermanas junto a los helechos, en los confines de otro salón de baile, y aunque gozaban de una relativa privacidad, Eve hablaba en voz baja.

—Bueno, no necesitas preocuparte tanto de que Lionel pueda ser tu cuñado. —Le debería haber sido más difícil, mucho más difícil, pronunciar esas palabras.

Jenny arrancó la punta de la hoja de un helecho.

—¿Por qué? ¿Te has enfadado con él?

—Aún no. —Louisa vio cómo los dedos de su hermana se ponían verdes, conforme rompía la hoja del helecho—. Espero que no lleguemos a tanto.

—Escoge otra persona para coquetear —sugirió Eve en tono práctico y frío, examinando el salón de baile—. A mí la táctica me funciona, aunque creo que es mejor escoger tres o cuatro cada temporada. Es menos probable que den nada por supuesto si no se distinguen entre varios.

Mientras Louisa buscaba una respuesta, Timothy Grattingly se les acercó.

—Señor Grattingly. —Louisa le tendió una mano. No podía estar más agradecida de verlo, porque su aparición había interrumpido lo que sin duda iba a ser un agotador interrogatorio—. ¿Ya ha llegado el vals?

—¿Lo pregunta en serio? —Grattingly sonrió, aunque a ella le pareció más una mirada lasciva que una auténtica sonrisa—. ¡He contado los minutos, hasta los segundos! Venga, milady, que nos quedaremos sin sitio en la pista de baile.

Louisa se puso en pie, pero así como supo que no se entretendría más con lord Lionel, tomó otra decisión: tampoco podía dar vueltas por el salón con aquel torpe idiota, ni siquiera los diez minutos (o seiscientos segundos) que por lo general duraba el vals.

—¿Es posible que vayamos a tomar el aire al jardín de invierno, señor Grattingly? Hace demasiado frío fuera, pero le confieso que tengo la intención de acercarme al bufé lo antes posible.

—¿No quiere bailar el vals? —Su expresión reflejaba consternación. En realidad, era la primera vez que Louisa recordaba haber rechazado una oferta para salir a la pista.

A su lado, Jenny había dejado de juguetear con el helecho y se había puesto otra vez los guantes.

—Si su propósito es bailar, señor Grattingly, yo puedo acompañarlo con gusto.

La oferta de Jenny fue algo mucho más que directa: fue rápida. También era coherente con la personalidad de la joven, al punto de ofrecerse a sacrificarse.

—Tonterías. —Louisa cogió el brazo del caballero—. Al señor Grattingly no le importará acompañarme.

Excepto que, al parecer, sí le importaba. Avanzaron por el salón en la dirección opuesta al jardín de invierno, deteniéndose a conversar con todo el mundo. Incluso se encontraron con Lionel, con el que Grattingly intercambió unas palabras de cortesía. Todo el tiempo Louisa intentaba sonreír y no parecer aburrida.

Esa noche, Lionel iba vestido de lavanda, dorado y blanco. En su imaginación, Louisa repitió su algoritmo con simbólicas variables para el chaleco, la chaqueta, el pantalón y los calcetines. A lo largo de la semana, el joven cambiaría el chaleco y los calcetines por un conjunto en rosa, dorado y blanco. Después de eso, sería marrón, dorado y blanco...

—¿Continuamos? —Grattingly hizo una reverencia al abrirle la puerta del jardín cubierto y Louisa sintió en el rostro el impacto del aire húmedo y el olor a tierra. El lugar tenía bastante luz para tratarse de un invernadero y había un bendito silencio, aunque no cabía duda de que otras parejas también lo utilizaban para darse un respiro del salón de baile.

—¿Tomamos asiento? —le preguntó Grattingly—. No me importaría dejar descansar los pies. —Dicho esto, le dedicó otra de sus poco atractivas sonrisas.

—Este banco servirá —dijo Louisa, señalando el primero que vio.

—¿Qué le parece si primero buscamos la famosa orquídea de Navidad? Me han dicho que está en flor y que los de la Sociedad Botánica vienen en tropel para dibujarla, olerla y deleitarse con su belleza.

Louisa había visto orquídeas antes, pero Grattingly estaba arrastrándola de la mano a las profundidades del invernadero.

—No sabía que nuestros anfitriones tuviesen orquídeas en su colección.

Grattingly se detuvo en un banco en sombras, junto al camino de gravilla.

—Sentémonos aquí.

Se colocó entre Louisa y el camino de regreso al salón de baile. El joven no era mucho más alto que ella, pero era lo bastante fornido como para que el hecho de que se interpusiese en su camino le provocara una incómoda sensación en el estómago.

—Señor Grattingly, aunque podamos estar en el invernadero, a la vista del salón y con la puerta abierta, la ubicación que ha escogido... ¡ay!

—La ubicación que he escogido es perfecta —dijo él, apretándose contra el cuerpo de Louisa.

Le empujó la espalda contra un árbol apartado del camino, en sombras.

—¡Señor Grattingly! ¿Cómo se atreve...?

Notó un par de húmedos labios en la mandíbula y le llegó el agrio aliento del vino.

—Por supuesto que me atrevo. Casi me ruegas que te arrastre hasta aquí. Con las tetas casi saliéndosete del vestido, ¿cómo esperas que reaccione un hombre?

Le metió una mano en el escote y cerró los dedos alrededor de un pecho. En ese instante, Louisa estaba demasiado aturdida como para pensar, pero luego advirtió que algo más poderoso que el miedo la arrollaba por dentro.

—¡Baboso sinvergüenza, presumido, borracho apestoso, imbécil!

Lo empujó con fuerza, pero él no cedía y aquellos labios, gruesos y húmedos, se le acercaban de un modo abominable. Oyó la voz de Devlin en su cabeza diciéndole que usase la rodilla, pero en ese instante, Grattingly se apartó abruptamente de ella y aterrizó con el trasero en el suelo.

—Discúlpenme. —Sir Joseph estaba a menos de medio metro de distancia, desabrochándose la chaqueta con aire despreocupado. Su expresión era tan serena como el tono de su voz, pero al tiempo que colocaba la prenda sobre los hombros de ella, mantenía la mirada fija en Grattingly—. Espero no estar interrumpiendo.

—No interrumpe. —Louisa se envolvió en la chaqueta que tenía sobre los hombros, refugiándose tanto en su olor de cedro como en su calor corporal—. El señor Grattingly ya se marchaba.

—¿Quién demonios eres tú para venir aquí y molestar a una dama que está disfrutando un poco? —le espetó el joven, tambaleándose y poniéndose en pie.

En un extremo del camino, una puerta se cerró. Louisa percibió el sonido a la distancia, como solía advertir el comienzo de la lluvia aunque estuviese leyendo un buen libro.

Pero aquello no era un buen libro. De forma instintiva sabía que, sin previo aviso y sin buscarlo, estaba en medio de algo que no era nada bueno.

—No estaba disfrutando, patán. —Quería que sus palabras sonaran como disparos cargados de feroz indignación, pero, para su propio horror, le tembló la voz. Se le aflojaron las rodillas y cayó sentada en el duro banco.

—¿Qué ocurre aquí? —Lionel Honiton estaba de pie en el camino, con tres o cuatro personas detrás.

—Nada —respondió sir Joseph—. La dama tiene una migraña y se marchará pronto.

—¡Una migraña! —Grattingly estaba en pie, pero a Louisa le pareció que oscilaba un poco—. Esta perra estaba a punto de tener algo mucho más grande que una...

Sir Joseph, al igual que el resto de invitados, llevaba guantes de gala, por lo que no debería haber sonado tan fuerte y claro cuando le golpeó la mandíbula a Grattingly.

Lionel dio un paso adelante.

—No nos precipitemos. Grattingly, discúlpate. Todos podemos ver que estás un poco ebrio. Nadie se ofende por lo que dice un hombre que ha bebido algunas copas, ¿verdad?

—No estoy borracho, imbécil. Tú...

—Eso no es una disculpa. —Sir Joseph se tiró de los guantes—. Mi padrino se pondrá en contacto con el suyo para fijar las condiciones del duelo. Si alguien de los aquí presentes pudiese dejar de mirar boquiabierto e ir a buscar a las hermanas de la dama, se lo agradecería.

No dijo nada más, sino que fulminó con la mirada a la pequeña multitud que los rodeaba, hasta que Lionel los obligó a marcharse. Nadie defendió a Grattingly, que se apartó con sonoras pisadas, con los pantalones manchados de tierra y mascullando algo que Louisa no alcanzó a oír.

Sin pedirle permiso, sir Joseph se sentó a su lado al tiempo que ella libraba una lucha interior para no abrazarlo y soltar también algunas maldiciones.

—Louisa... —La suavidad de su voz la desconcertó—. ¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza, pero era mentira. Si Joseph no hubiese aparecido, aquella multitud habría visto algo mucho peor que un vestido arrugado o la tierra que ensuciaba el trasero de Grattingly.

—Estás temblando. —Sir Joseph le entregó un pañuelo—. Luego vendrán los escalofríos. Alguna vez incluso he llegado a vomitar. En una ocasión, para mi horror infinito, lloré. Por suerte, sólo mi caballo presenció semejante indignidad.

—¿Grattingly intentó besarte a ti también?

—Eres valiente. —¿Cómo hacía un hombre para poner una nota de aprobación y calidez en sólo dos palabras?—. ¿Quieres un trago?

—¿Tu brebaje especial?

Le pasó la petaca.

—Nada es tan eficaz como esto. Tengo que preguntártelo de nuevo, Louisa, ¿te ha lastimado?

—Tengo algunos moratones. ¿Nos has seguido hasta aquí?

—No. He venido por la tranquilidad.

Mentía. Lo hacía de un modo galante, pero por primera vez desde que lo conocía, sir Joseph decía cosas que no eran ciertas. Aun así, con él sentado en silencio a su lado y gracias al calor abrasador que su brebaje especial le producía, Louisa comenzó a calmarse y a recuperar el equilibrio.

—No decías en serio lo de enfrentarte a ese hombre con pistolas, ¿verdad?

Sir Joseph bebió un trago de la petaca y luego se la devolvió.

—Puede que Grattingly prefiera espadas, aunque puedo defenderme con cualquiera de las dos armas. Wellington lo demandaba a sus soldados, al igual que la destreza en la pista de baile.

—Ya veo. —Le tendió la petaca.

—Quédatela. ¿Qué piensas?

—Mis hermanos estarían ocultándose por los rincones, susurrando sus planes como si las mujeres de la casa jamás hubiesen oído hablar de un duelo por el honor de una dama. Tú en cambio te sientas aquí y, con aire despreocupado, admites que te batirás con ese hombre por mí.

Louisa quería discutir, con él o con cualquiera. La urgencia de batallar

verbalmente era otra reacción al ataque que había recibido, pero el hecho de saberlo no la congraciaba con su salvador.

—En realidad, tus hermanos me han pedido que vigile un poco tu situación y todavía tengo que encontrar una forma de obtener tu permiso para hacerlo. Así es cómo lo veo, Louisa: primero, me ofenderías si esperases que no hiciera nada al respecto. Segundo, tu honor ha sido mancillado ante una audiencia que ya está divulgando por ahí los pocos detalles que ha visto. Podría aceptar una disculpa de Grattingly, suponiendo que tenga bastante inteligencia, pero eso no recompondrá tu reputación.

—¿Y un duelo sí?

—Quizá no, pero al menos servirá para mantener intacto mi honor, ¿no te parece?

Ella se volvió, apoyó la frente en su hombro y comprendió toda la trascendencia de la situación como si se tratase de un alud de lodo que le caía encima. Se le cortó la respiración y sintió un latido en la nuca.

—Estoy acabada, ¿verdad? Un estúpido paseo por el invernadero con ese cretino y todos los años de portarme bien no cuentan para nada. Al menos si hubiese cometido algún pecado, tendría el recuerdo para entretenerme en los años futuros. Pero no, nada de eso. No cabe duda de que yo lo he atraído aquí, del mismo modo como he atraído a muchos hombres a su perdición en jardines y salones. Por mi infinita perversión, he obtenido el fétido aliento de Grattingly, moratones y...

Sir Joseph la rodeó con los brazos. En el momento en que sus hermanas los encontraron, Louisa ya se había convencido de que nadie sabría que había llorado hasta quedarse sin lágrimas.

Nadie más que sir Joseph.

—Estoy tentado de desafiar yo mismo al maldito bastardo. —Su excelencia, el duque de Moreland, se dirigió al ventanal y volvió sobre sus talones con precisión militar—. St. Just ya está en camino desde el norte y sé que Valentine vendrá si lo mando llamar. Esto es malo, Carrington. Muy malo.

—Para el viernes a esta misma hora, ya habrá terminado, su excelencia.

—Para usted, quizá, pero ¿qué hay de mi Louisa? ¿Qué hay de sus hermanas? —El hombre buscó a tientas el brazo del sofá y se sentó en él de una incómoda manera, como Joseph podría haberlo hecho en una noche particularmente fría—. ¿Qué hay de mi esposa? Se ha quedado muda. No me ha regañado desde que esto ha ocurrido. Y cuando la duquesa de Moreland deja de regañar al duque, el orden natural de las cosas está en peligro.

Joseph se puso en pie y se acercó al aparador. Olió un par de decantadores, se decidió por el de Armagnac y le sirvió un trago al duque.

—Con propósitos medicinales, su excelencia.

Moreland cogió el vaso que le ofrecía, pero sólo lo sostuvo.

—Si no pensara que mi esposa moriría de furia, le juro por Dios que desafiaría al hombre yo mismo, Carrington.

Joseph regresó a su asiento.

—Excepto que un duelo tiene precisamente el propósito de detener una ofensa antes de que llegue a enemistad, su excelencia. La familia de Grattingly es lo bastante rica y ambiciosa como para traerle problemas a los Windham y, además, debo admitir que dos de sus hijos me confiaron el bienestar de lady Louisa.

El duque abrió sus azules ojos como platos y miró fijamente a Joseph.

—¿Se lo pidieron a usted? ¿Sin decirme nada a mí?

Joseph decidió que, después de todo, era un buen momento para servirse un trago y ganar algún tiempo para organizar sus pensamientos mientras saboreaba una copa de brandy.

—Qué tiempo tan horrible.

—Que le den al maldito tiempo, aunque al menos no nieva... de momento. —Su excelencia apuró la bebida de un trago y dejó el vaso—. ¿Qué es eso de que mis muchachos le hayan encargado a usted la tarea de cuidar de su hermana?

Aquello era uno de los motivos por los que Joseph no quería tener nada que ver con un título. Porque implicaba lidiar con otros títulos, con hombres mayores que tenían un alto concepto de sí mismos o jóvenes con más influencia que sentido común, además de un alto concepto de sí mismos.

—St. Just me pidió que me interesase por Louisa en los encuentros sociales durante su ausencia. Le expliqué el estado de cosas a Westhaven antes de que éste

se marchase a Surrey, antes de reunirse con el resto de la familia en Kent.

Su excelencia despachó su segundo trago tan rápido como el primero.

—Mi suposición, aunque no es más que eso, es que Lou amenazó con escapar hacia el norte y St. Just quería estar enterado antes de que eso ocurriese. El muchacho todavía sigue un poco asustadizo, por las muchas batallas en las que participó. La duquesa también se preocupa por él.

El duque parecía un poco más pensativo.

—¿Otro trago, su excelencia?

El hombre echó un vistazo a su vaso.

—Mejor no. La duquesa ve la bebida con malos ojos. La situación requiere que tenga la cabeza despejada.

—Eso tiene sentido, así que permítame que le explique mi razonamiento.

El duque lo escuchó, atento a la explicación de Joseph de principio a fin sin la menor interrupción. Una vez que le hubo expuesto sus argumentos, se hizo un silencio en el salón, sólo interrumpido por el crujido del fuego y los silbidos del viento contra los cristales de la ventana.

Su excelencia dejó de contemplar las llamas y se dio media vuelta para mirar a su invitado.

—Debo tratar esta situación con mi esposa, Carrington. He tenido la fortuna de casarme por amor, mucho antes de que eso fuera común en la buena sociedad. Ha resultado bastante bien y desearía que mis padres supieran eso en el rincón del cielo donde se encuentren. La de ellos era una unión dinástica.

Joseph comprendió la advertencia: asumiendo que sobreviviese para el fin de semana y suponiendo que la dama en cuestión aprobase uno de sus planes, la felicidad de ella sobre la tierra se transformaría en su responsabilidad. La idea no era tan abrumadora como debería haberlo sido, sino que se vislumbraba como lo contrario, como un regalo de Navidad desproporcionado en relación con lo que merecía el destinatario.

—Comprendo su preocupación, su excelencia. Si a lady Louisa no le agrada mi plan, retiraré la oferta de inmediato.

Otro silencio, durante el que Joseph soportó el escrutinio de los perspicaces ojos azules del duque.

—Muy bien, Carrington. Mandaré llamar a Louisa para que hable con usted,

pero deséeme suerte con mi esposa. Si creyese que la bronca resultante de haber bebido la devolvería a su estado habitual, bebería cada decantador del aparador.

Joseph miró las botellas mientras esperaba que Louisa llegase. Había doce y en la biblioteca de Westhaven seis. Desde cerca del alegre fuego, Joseph pensó en su pequeña petaca (la de repuesto, porque Louisa tenía la mejor de las dos), cuando la joven apareció en el umbral.

—Hola, Joseph. El duque me ha dicho que querías hablar conmigo.

—De hecho, le he preguntado si podría hablarte de matrimonio.

Dejó a un lado su petaca y lo envalentonó el hecho de que Louisa no escapase corriendo de la sala, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

# 7

—¿Qué quiere ahora?

Su alteza real emitió un sonido de fastidio, como si Hamburg, uno de los sirvientes de menor rango de Carlton House, fuese el más ofensivo. No lo era, pero el abuso real le producía al pequeño hombre un perverso placer. Al regente le resultó fácil complacerlo en aquel día helado, ventoso e inútil.

—Le ruego de la manera más humilde a su alteza real que me perdone por la molestia de interrumpirle, pero el año está cerca de su final y está pendiente el asunto de...

El príncipe agitó una mano sin anillos, retorcida de una manera desagradable a causa de un severo reumatismo agravado por el clima.

—La maldita lista de los honores y los títulos de nobleza. ¿No piensa en otra cosa, besugo?

—Me paga para pensar en poco más, su alteza real, y como símbolo de la grandeza del reino y de su perdurable nobleza, no hay nada que se pueda comparar con...

—Basta ya, hombre, o le pagaré menos de lo que ya le pago.

Al parecer, eso cruzaba la línea del anhelado abuso real y pasaba a ser una sincera amenaza, porque la calva rosada de Hamburg se puso roja y sus labios, secos como una ciruela pasa, se quedaron inmóviles.

El regente se reclinó en su bien acolchado sofá y miró la larga lista que tenía delante. Borrachos y ladrones en su mayoría, y el ocasional borracho o ladrón casado con una prostituta. Un par de ellos eran lo bastante astutos como para haber donado dinero a sus varios proyectos antes de tender sus manos para pedir

el favor real.

—Pensé que le había dicho que agregara a Joseph Carrington a la lista.

Después de recibir sugerencias nada menos que de Wellington y también de Moreland, le había indicado exactamente eso. Descubrir al hombre en un error, si es que se trataba de un error, le iluminó el espantoso día.

—Sir Joseph pronto heredará una baronía, su alteza real.

El regente hizo la lista a un lado y se dirigió a un lacayo para que le sirviera otra copa de ponche.

—¿Qué baronía? Conozco los títulos que sólo tienen un heredero que se interponga ante la perspectiva de la herencia vacante, y son pocos y muy preciosos.

—La situación de sir Joseph es un asunto de título en suspenso, su alteza real. El único otro pretendiente no tiene hijos, está enfermo y es bastante mayor.

—En suspenso. —Los títulos en suspenso eran algo tedioso y también raro—. ¿Por qué no lo ha pedido, si sólo hay una posibilidad más? ¿Por qué no lo han pedido ambos?

—Supongo que ninguna de las dos partes quiere despojar a la otra de su oportunidad.

Hamburg inspeccionó las habitaciones reales, estudiando los retratos y muebles que había visto en numerosas ocasiones. Tenía las manos a la espalda, pero el regente tuvo la clara sensación de que el hombre jugueteaba con los dedos.

El príncipe agitó otra vez una mano; los cuatro lacayos que había en la habitación se retiraron y el último de ellos cerró la puerta silenciosamente al salir.

—Hamburg, ¿qué es lo que no me dice? —El regente usó lo que en privado llamaba un tono de voz de «confesiones reales», en parte conspirativo, en parte confesional, en parte de sufrido padre de familia. Con él conseguía mucho más que en una sesión completa del Parlamento.

—La propiedad de la baronía, su alteza real... —Hamburg se balanceó entre un pie y otro, como un pingüino nervioso.

—Continúe y quizá pueda servirse un té. En la cocina se quejan cuando no hago los honores a la bandeja. También podría sentarse. No puedo soportar que la gente se pasee a mi alrededor.

Hamburg asintió con la cabeza, se sentó en el borde de un sofá de terciopelo

rojo y, cuando cogió la taza de porcelana, le tembló ligeramente la mano.

—La propiedad de la baronía, Hamburg...

—Sí, eso. —Miró su taza vacía—. Parece que hubo algún malentendido en tiempos de Carlos II, o tal vez se trate de un error.

—En esa época hubo una buena cantidad de errores, el regicidio entre ellos.

Hamburg alzó la vista de la taza, probablemente para asegurarse de si debía reírse o no de la réplica real. El resultado fue su versión de lo que era una sonrisa, un forzado y tímido gesto que casi interrumpió la digestión del regente.

—Bastantes, su alteza real. Este error fue mucho más pequeño, muy pequeño, de hecho. En el intervalo, la propiedad de la baronía ha servido como hogar de niños pobres y, como hay bastantes, el lugar ha estado muy concurrido todo este tiempo.

Encontrar un nuevo hogar para niños pobres sonaba como un asunto desagradable y costoso, en especial porque ese tipo de niños eran una clase de habitantes que había proliferado mucho en los últimos años.

—¿Les ofrecemos apoyo económico?

—El reino lo hace, pero también hay ciertos benefactores. Unos pocos.

Sin duda se trataría de un par de viudas cascarrabias que irían a husmear cada Navidad, llevando un cajón de naranjas enmohecidas.

—El hogar de niños huérfanos de aquí cayó en un estado lamentable por depender de la generosidad de benefactores particulares, Hamburg. Me entristece que a esos niños indefensos les espere el mismo destino.

El tono de «confesiones reales» fue desapareciendo y presagiando el del disgusto real. Entre los campesinos que se trasladaban a la ciudad para buscar trabajo y no lo encontraban, los soldados que se daban de baja del ejército tras la derrota del Corso, y la nobleza, que parecía alérgica a ganar dinero por medio del comercio, quedaban muy pocos benefactores en la zona.

El sirviente volvió a concentrarse en las numerosas pinturas que había en las paredes.

—Cabría esperar que sir Joseph se contentase con ser propietario pero sin habitar su propiedad. Muchos lo hacen.

—Usted no tiene hijos, ¿verdad, Hamburg?

El hombre se irguió, sentado en el sofá rojo.

—Por supuesto que no, dado que todavía no hay ninguna señora Hamburg.

Con todo el libertinaje que se atribuía a la corte real, a su alteza le gustó pensar que al menos quedaba un puritano entre sus empleados, aunque no se tratase de uno particularmente inteligente.

—¿Usted cree que sir Joseph no advertirá que su propiedad no da beneficios? ¿Piensa que no leerá con detenimiento los informes de su administrador y que no se dará cuenta de que están comiéndose todo lo que hay en la casa? ¿Que no advertirá lo rápido que crecen los niños?

—No había pensado en eso. En el momento en que pensé en esta dificultad, sir Joseph no era más que un hombre al servicio de Wellington. Cabía esperar que el Todopoderoso solucionase el problema.

—Macabro de su parte, Hamburg, pero práctico.

Mientras el sirviente contemplaba con fijeza a un engolado cortesano de la pared este, el regente consideró sus opciones. Su cerebro real era de naturaleza práctica cuando estaba sobrio y sentimental el resto del tiempo. En ese momento estaba medio sobrio y un poco más sentimental de lo acostumbrado debido a la temporada navideña.

—Wellington habla muy bien de sir Joseph. El otro día vino a contarme maravillas acerca de él. La semana anterior, fue Moreland quien tarareó la misma melodía.

—Wellington es conocido por tener en gran estima a sus antiguos soldados.

Que la gente estuviera de acuerdo con los comentarios más simples era uno de los aspectos más extenuantes de ser soberano. Si hubiese tenido a un lacayo a mano...

—Tráigame el decantador, Hamburg, no vaya a ser que este frío nos enferme.

El hombre se puso en pie de un salto, con la presteza de una marioneta.

—Wellington aprueba a sir Joseph, dice que su puntería no tiene igual, y yo también lo apruebo. Cría enormes y apetitosos cerdos y aprecia el arte mucho más que la mayoría de sus superiores con títulos nobiliarios. Si disponemos de un título de vizconde, sir Joseph probablemente tenga un rincón en su patriótico corazón para acoger a algunos pequeños y pequeñas que necesitan ropa y libros de

oraciones.

Hamburg se dio media vuelta con lentitud, con el decantador y una copa en una bandeja.

—¿Un vizcondado, su alteza real?

—Como mínimo. Aprecio bastante el cerdo. Ahora tráigame la maldita bebida, lárguese y haga pasar a los lacayos. Cuando tenga los borradores de los nombramientos reales, puede volver a molestarme.

La boca de Hamburg adquirió otra vez la misma expresión de ciruela pasa. Colocó la bandeja junto al codo del soberano, hizo una ridícula reverencia y se retiró de la habitación con la lista en la mano. Su alteza real añadió una pizca más de alcohol a su ponche (porque era la temporada navideña y todo eso), bebió un trago y se reclinó, mientras los lacayos le acomodaban los cojines bajo sus reales pies.

El plan que tramaba iba a beneficiar a un caballero que lo merecía, complacería a dos influyentes duques y tranquilizaría a su leal pingüino. Todo aquello estaba muy bien, pero lo que al regente le proporcionaba placer en un inútil día de invierno como aquél era la idea de darle alimento, ropa y un hogar seguro a un puñado de huérfanos ingleses.

Y todo ello sin gastar ni un penique del presupuesto público ni del tesoro real.

—¿Le has preguntado a mi padre si puedes proponerme matrimonio?

Louisa intentó mantener la voz calmada, pero le suponía un gran esfuerzo. Joseph parecía más serio de lo habitual y también más cansado.

—Espero que no tengamos que llegar a tanto. ¿Nos sentamos?

Señaló el sofá, pero cambió de idea al verlo cojear un poco.

—Te molesta la pierna.

—Así es.

No disimuló. Eso era algo que le gustaba de él, a pesar del absurdo tema que había sacado.

—¿Te ayuda el calor?

Él inclinó la cabeza y la miró.

—El calor sí. Pero este tiempo no. De todos modos, Grattingly ha escogido pistolas, así que si estabas preocupada por que llegase cojeando a un duelo con espadas...

Louisa echó un par de cojines junto a la chimenea y él se quedó en silencio.

—Podemos sentarnos junto al fuego, mientras tengo la amabilidad de escuchar lo que tienes que decirme.

Joseph le tendió una mano y ella se sentó en un cojín. El descenso de él fue incómodo y lo obligó a mantener la pierna derecha extendida al tiempo que bajaba hasta el cojín. Luego se volvió para mirarla, colocando su pierna coja más cerca de la pantalla de la chimenea.

—Si piensas llamar para pedir té o alguna otra maniobra evasiva, será mejor que lo hagas cuanto antes.

—Ninguna maniobra evasiva, dispara cuando estés listo.

Él era directo, otra cosa que a Louisa también le gustaba. No se le ocurría permitir que el personal del duque viera a su visita sentada en el suelo junto a la chimenea.

—Disparo, pues. ¿Estás enamorada de Lionel Honiton?

—¿Qué demonios...? —Había formulado la pregunta de una manera tan desapasionada y desinteresada que resultó alarmante.

—Es un joven decente, Louisa. Tengo motivos para preguntarlo porque es primo segundo de mi difunta esposa. Sus circunstancias familiares lo obligan tener que buscarse la vida. Vio bastante de lo que ocurrió en ese invernadero, pero no lo usará en tu contra.

Louisa se rodeó las rodillas con los brazos y apoyó la barbilla en ellas.

—Lo que explica por qué, al cuarto día del episodio, lord Encajes no me ha visitado ni ha bailado con mis hermanas, y mucho menos conmigo.

—Me ha visitado a mí.

Louisa volvió la cabeza para mirarlo.

—Pareces sorprendido.

—Grattingly es su amigo, o su compinche. Su compañero de copas, en todo caso. Lionel quería que supiese que había insistido para que el joven ofreciese una

disculpa y advertirme que no disparará al aire para concluir el duelo.

—Pero Lionel no será tu padrino, ¿verdad?

Joseph frunció el cejo y se frotó el muslo con la mano derecha.

—Tampoco el de Grattingly. Si se lo hubiese pedido, habría sido el mío, pero cuanto menos tenga que ver tu futuro esposo con este lío, mejor.

—Vaya, esto sí que es raro. —Louisa miraba la mano de él al hablar—. Tenía la impresión de que un hombre tenía que hacer una proposición antes de convertirse en esposo y, sin embargo, no veo a Lionel por aquí. ¿Quizá esté ocultándose detrás de los cortinajes?

Ella no iba a aceptar la proposición de Lionel Honiton en aquellas circunstancias... ni en ninguna otra. Dejando el pachulí de lado, era precisamente la clase de marido que no soportaría una esposa con un escándalo acechando en su pasado, y mucho menos con un escándalo que tenía consecuencias en el presente.

—Ciertamente espero que no esté por aquí. Si no te apetece un té, ¿quizá pueda servirte un trago del aparador?

—Es mi aparador, Joseph. Puedo servirme un trago si quiero. ¿Estás andándote con rodeos?

Sus labios se arquearon en una pequeña sonrisa.

—Sí. ¿Puedo ser franco?

—Claro.

Su sonrisa se hizo más radiante, lo que dio un aire travieso a aquel hombre alto y serio. Ahora, Louisa centró su atención en su boca en lugar de mirar la mano que usaba para masajearse la pierna.

Y luego la sonrisa desapareció, como una vela que se apaga con la brisa.

—Si yo interviniese en las finanzas de Lionel, estoy seguro de que se le podría persuadir de que te propusiera matrimonio.

—¿Intervenir...? —Louisa sintió frío a pesar del calor del fuego—. ¿Me comprarías un esposo?

¿Tan desesperada era la situación?

—Lionel era el favorito de mi esposa. Tómalo como un tardío sentido de lealtad familiar por mi parte.

Por mucho que lo intentase, Louisa no conseguía sentirse insultada.

Viniendo de cualquier otra persona, habría recibido ese plan con desdén, furia o, en un buen día, con humor condescendiente. Pero tratándose de Joseph, era el acto de un hombre honorable a quien podía, en confianza, considerar un amigo.

O quizá el problema era que, en la privacidad de su corazón, que sólo a regañadientes cedía al imperio de su cerebro, había empezado a considerarlo algo más que un amigo.

—¿Tengo que casarme con Lionel o simplemente debo permanecer comprometida con él hasta que mis hermanas hayan encontrado esposo?

Él detuvo el movimiento de su mano.

—¿No quieres casarte con él, Louisa? Es guapo, no es estúpido y no tiene ningún vicio. Posee una posición adecuada...

Ella le retiró las manos y usó su mano izquierda para masajearle el muslo. Hacer algo, cualquier cosa, le daba algo en qué pensar para distraerse del extraño sentimiento de decepción.

Tenía delante la oportunidad de casarse con un hombre guapo y apropiado, un hombre que bailaba bien y que se lucía maravillosamente en público; un hombre que cualquiera consideraría un trofeo para una mujer como ella... aunque fuese el hombre equivocado.

Lo sabía en lo más profundo de su ser, con su cerebro pensante y su corazón. No podía decir en qué momento lo supo, pero ni el cerebro ni el corazón de una persona como ella podían ignorar esa clase de conocimiento.

Lionel era el hombre equivocado. Joseph... no, aunque en ese preciso instante el matrimonio con él tampoco pareciese lo correcto. La imagen de un pequeño libro rojo apareció en la mente de Louisa como algo que siempre regresaba y de lo que no podía librarse, como una moneda falsa.

Cuando Joseph intentó rozarle el dorso de la mano, ella se acercó más.

—Puedo ver las cosas mejor que tú. No voy a casarme con Lionel y no pienso ganarme fama por dejar plantado a un hombre, además de la fama de mujerzuela que ya tengo.

—Pero tus hermanas.... Louisa, ¿no deberías...? Dios, esto me sienta muy bien.

—Mis hermanas no tienen ninguna intención de casarse. —Y ella no tenía ninguna intención de comportarse como una muchachita remilgada, así que

continuó dándole el masaje en la pierna. Había pasado años viendo cómo su hermano Victor moría poco a poco...—. Si les dices a sus excelencias que Jenny y Eve me han contado este secreto, te pondré veneno en la petaca, Joseph Carrington. Tienes un nudo aquí, encima de la rodilla. —Con el pulgar resiguió el cordón que notaba a lo largo de sus músculos—. Varios nudos.

—Si tus hermanas no tienen intenciones de casarse, podrías comprometerte con Lionel hasta que se acallen los rumores. Un compromiso te protegería del escándalo, tranquilizaría a tus padres y me permitiría atender a un pariente que me necesita.

Amasó un poco más el músculo por encima de la tela de su pantalón.

—Mis hermanas creen que no quieren casarse, pero terminarán haciéndolo.

—¿Puedes adivinar el futuro?

Su voz sonó apagada y un poco tensa. Louisa conjeturó que le hacía daño y alivió la presión.

—Las dos se mueren por los niños, echan de menos a nuestros hermanos felizmente casados y se imaginan vidas dedicadas a cuidar a nuestros padres en su vejez y a adorar a sus sobrinos. Pero merecen algo mejor.

—¿Y tú no? —La indignación que había en su voz al hablar en su defensa la maravilló.

—Tengo libros, Joseph. Y telescopios. Me escribo con conocidos con los que comparto intereses literarios. También me dedico a la escritura como pasatiempo y estudio cálculo cuando me aburro. Soy de naturaleza solitaria y simple... ¿Qué?

Él le cubrió la mano con la suya.

—No estás siendo totalmente honesta, Louisa. ¿Cuál es tu verdadera objeción a este plan?

Ella no retiró la mano ni la apartó de su pierna. Tampoco lo miró a los ojos, para que no viese su frustración. Sentía el calor de la chimenea en la espalda, pero la mano de Joseph sobre la suya irradiaba un calor absolutamente diferente... y el muy condenado estaba intentando colocarle a Lionel Honiton.

No lo iba a tolerar.

—Alguien le ha dicho a Lionel que me gusta la poesía. ¿Ese alguien podrías ser tú?

—Es posible. —Él se movió y sus manos quedaron entrelazadas. ¿Pensaba

que Louisa se pondría en pie y comenzaría a pasearse por el salón?—. A muchas personas les gusta la poesía.

—Lionel no es una de ellas. Me abordó la semana pasada en los establos de Hirtschorn, antes de toda esta tontería, y comenzó a declamar esa pieza obscena de Marvell.

—«A la púdica amada.» —Joseph sonaba desconcertado.

—Espero que no se la hayas sugerido tú.

—Por supuesto que no, no es un poema decente, aunque sea encantador, persuasivo y vaya al grano. «Si universo y tiempo nos sobrara, no sería crimen tu pudor, señora...» —Frunció el cejo y la miró a los ojos—. ¿Resultó persuasivo?

Louisa se permitió soltar un suspiro, porque era Joseph quien recitaba el poema en ese momento y sí resultaba muy persuasivo.

—Cuando se declama con cierta arrogancia, pierde su efecto. Es un poema escrito por un amante ardiente, no por un decidido cazafortunas.

—¿Así que rechazas a Lionel porque sus habilidades oratorias dejan mucho que desear? Eso no me parece muy justo. La oratoria está bien para los lores, Louisa, pero no evitará el escándalo ni pagará tu costosa ropa.

Le cogía la mano con firmeza mientras la regañaba. A pesar de su resentimiento, ella admitió para sí misma que le gustaba cómo le cogía la mano. No había nada vacilante ni débil en el gesto. Si alguna vez descubría su desafortunada aventura como autora publicada, era posible que estuviese dispuesto a cogerle la mano así a pesar de todo.

Sintió que se le detenía el corazón, luego se le aceleró cuando una idea cristalizó: que quizá eso fuese más que «posible». Imploró que así fuera.

—Joseph, mi propia dote pagará mi costosa ropa. Estoy segura de que la idea que había detrás de la declamación de Lionel era poder comprar su ropa y no la mía.

—Estás sacando una conclusión importante basándote en muy poca información, Louisa Windham. Un poema no debería destruir un futuro matrimonio.

Y una pregunta no debería crear un futuro matrimonio, pero dado que todo su futuro estaba en juego, ella la formuló de todos modos.

—¿Y qué hay de un beso?

—¿Sir Joseph le va a presentar la petición de Honiton a Louisa? —Su excelencia la duquesa de Moreland no frunció el cejo, aunque un observador atento habría advertido que arqueó muy ligeramente las cejas.

—Es lo que me ha dicho. ¿Más té, mi amor? —El duque lo dijo automáticamente, aunque sabía bien que a su esposa le encantaba la infusión fuerte y caliente.

—Media taza. No sabía que Louisa tuviese más interés en lord Lionel que el de un simple coqueteo. Su familia es ciertamente adecuada, pero al muchacho le falta un poco... —Su voz se apagó y cogió la taza de manos de su esposo—. Gracias, Percival.

Éste se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

—¿Cuál es tu verdadera objeción respecto a Honiton, Esther? Sir Joseph tiene un plan alternativo si éste no funciona.

Ella dejó la taza en el platillo y recostó la cabeza en el hombro de su esposo.

—Poco importan mis objeciones, ¿no es así? Si Louisa quiere a lord Lionel, yo no me interpondré en su camino y tú tampoco. Pero no es de este modo como quiero celebrar la Navidad, Percy.

—No crees que Louisa lo acepte. —Lo más probable era que la duquesa supiese la opinión de su hija al respecto, aunque cómo sabía semejantes cosas era algo que un esposo prudente no se atrevía a averiguar.

—No estoy segura, pero vi algo la semana pasada que me lleva a dudar de que acepte el generoso ofrecimiento de sir Joseph en nombre de Lionel.

El duque sólo había dejado dos bollos, y lo había hecho para no distraer a su esposa con su falta de control.

—¿Qué viste, mi amor?

—Pensarás que debería habértelo dicho antes, Percy, pero en ese momento me pareció insignificante.

—¿Estás segura de que no querrás estos últimos bollos, Esther?

—¿Cómo puedes pensar en...? Cómetelos, Percival. De lo contrario, los sirvientes se pelearán por ellos.

Él se metió los dos en la boca. Tenían un sabor delicioso, gracias en gran parte al hecho de que su dama le había ordenado que se los comiera.

—Vi a Louisa besar a sir Joseph.

—¿Que viste a...? ¡Dios santo! —Antes de que terminase de balbucear y de toser, la duquesa le había dado varias palmadas en la espalda—. ¿Viste a Louisa besar a sir Joseph? Quizá esté haciéndome viejo, querida, pero por lo que recuerdo de mi juventud, solía ser al revés. Era el pretendiente quien besaba a la damisela.

Ella lo miró, arqueando significativamente las cejas.

—No siempre.

«Bueno...» Varios recuerdos de su cortejo de hacía muchos años desplazaron la inmediata consternación de un padre imaginando a su hija cometer semejante indecencia.

—Esther, tú eras una duquesa muy traviesa. Me encanta eso de ti, pero ¿qué tiene que ver un beso de hace unos días con las actuales dificultades?

—Le vi la cara, Percy. Creo que su intención era besarle la mejilla, pero el beso se transformó en algo completamente distinto. Sir Joseph no se aprovechó de ella, eso hay que decirlo. Sin embargo, captó su atención y consiguió retenerla. Me parece que eso la sorprendió y que nuestra hija se ha quedado pensando en esa sorpresa desde entonces.

—Aunque críe cerdos, sir Joseph es un hombre decente. Louisa podría encontrar un candidato mucho peor. Le he mencionado su nombre al regente, ahora que se prepara otra lista de títulos honoríficos.

Su esposa permaneció en silencio. Como no quedaban más bollos, el duque se contentó con el placer de compartir el abrazo y otro desafío paternal con su adorada duquesa; en la competencia, las dos cosas triunfaban sobre los bollos con facilidad.

—Entonces, ¿ése es el plan alternativo de sir Joseph? ¿Le ofrecerá matrimonio a Louisa él mismo?

—No espera que ella lo acepte. Cree que en todo caso será un compromiso temporal, pero yo tengo mis dudas.

Se produjo otro silencio, mientras el duque se divertía obligando a su esposa a que ella también ejercitase la paciencia.

—Percival, ¿qué es lo que no me estás diciendo?

—Ese beso que viste, el de Louisa y Joseph...

—Acababan de bailar un vals encantador en una tranquila terraza. Vi el final de la pieza desde un balcón del segundo piso, adonde había ido para tener un momento de soledad.

—Y yo estaba al otro lado de la terraza, disfrutando de un momento privado junto a la puerta de la galería. No vi más que un par de compases, pero, Esther, ¿recuerdas el salón de baile en la casa de Heathgate?

—Había una pared toda cubierta de espejos. Ostentosa, pero sé de lo que hablas. Louisa y Joseph se parecen mucho a nosotros cuando bailábamos. No creo que ella sea consciente del potencial de la situación.

—Desde donde yo estaba, pude ver la expresión de Carrington, Esther. Estaba embobado, enamorado, enloquecido, llámalo como quieras. Quizá Louisa no comprenda del todo qué está ocurriendo, pero sir Joseph sí. Parecía un hombre que se despierta la mañana de Navidad y descubre que todos sus deseos se han cumplido.

—Entonces debemos confiar en que no sólo sepa lo que está en juego, sino que tenga el coraje y la habilidad para conseguirlo.

—Así es, mi amor.

El duque la besó en la sien y elevó una silenciosa plegaria al Todopoderoso para que si el coraje y la habilidad no servían para que los jóvenes solucionaran sus asuntos, la lujuria ciega, alguna rama de muérdago bien ubicada y una buena cantidad de ponche navideño lograran arreglar las cosas.

Joseph intentó recurrir a los instintos que le habían salvado la vida más de una vez en España: sus analíticas y objetivas funciones mentales, que no advertían la creciente excitación provocada por el simple contacto de la mano de Louisa en sus pantalones.

La misma parte de su mente que quería creer que le sostenía la mano sólo para evitar que le masajeara el muslo.

«El objetivo es proteger a Louisa de un escándalo que no merece. Lo ideal sería verla tranquilamente comprometida con Honiton, lo que serviría, como acabas de explicarle, para solucionar varios problemas a la vez.»

No era momento de añadir que a él le rompería el corazón entregar a la dama a un matrimonio sin amor.

—Has mencionado un beso, Louisa. Si la falta de habilidad en ese sentido es tu objeción al matrimonio con Honiton, puedo asegurarte que décadas de felicidad matrimonial te darán numerosas oportunidades de practicar.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿He de pasar décadas enseñándole cómo besar, a un hombre que, según tú, no es estúpido?

—Estás hablando en el indescifrable código de las mujeres que quieren confundir a los hombres, Louisa. ¿Estás diciéndome que quieres probar los besos de Honiton antes de aceptarlo como esposo?

Joseph no alzó la voz, pero supo que estaba peligrosamente cerca de discutir con una dama. Una vez más. Y aun entre los meros caballeros que criaban cerdos, eso era inadmisible. Sólo resistió el impulso de poner distancia entre él y la tonta mujer que tenía al lado, con su perfume a clavo y limón, por la idea del espectáculo que daría si intentaba ponerse en pie.

Con su «nudo» de encima de la rodilla.

—Por supuesto que querría probar antes los besos de cualquier hombre con quien considerase casarme, y no me digas que eso te parece una tontería. Tu beso no estuvo nada mal, en caso de que te lo preguntes.

Louisa soltó esa observación como una andanada, obligándolo a distraerse de qué era lo mejor para ella y obligándolo a recordar dulces curvas, suaves y curiosos labios y un vals privado.

—Te agradezco esa amable consideración. —Se inclinó hacia delante y tendió ambas manos hacia la chimenea—. Debería marcharme, así te dejo pensar en la orientación que le concederás a Honiton para que pueda merecer el mismo elogio.

Advirtió que ella lo cogía por el codo para ayudarlo a ponerse en pie.

—Te expresas tan bien como Westhaven y eres tan orgulloso como su excelencia, también tan terco como los dos juntos, y probablemente tan cabezota como todos los hombres Windham, vivos y muertos. ¿Por qué no usas un bastón?

Joseph recuperó el equilibrio al tiempo que soportaba su mirada fulminante.

—¿Un bastón? ¿Crees que un bastón preservaría mi dignidad? Tengo muy

poco más de treinta años, milady, y si no fuera por el maldito tiempo, si me disculpas la expresión, sería tan ágil como una pulga.

Estaba discutiendo con una dama y, como se trataba de esa dama en particular, tenía que disculparse con ella antes de marcharse.

—Te pido disculpas. Un bastón es una excelente idea.

—Casarse con Honiton no lo es.

El mal humor de ella había desaparecido y lo miraba fijamente con sus serios ojos verdes. Tenía el brazo entrelazado con el suyo y Joseph no pudo moverse para huir de aquella mirada.

—Querida, vivir el resto de la vida entre libros y sobrinos es una idea terrible, así como lo es condenar a tus hermanas al mismo destino. A la sociedad le encanta que los poderosos fracasen, y tu traspié servirá para arruinar el futuro matrimonial de ellas. Soy viudo, Louisa. Puedo decirte que tener un esposo con quien enfadarte, con quien cotillear, con quien reír, es mejor que la idea que tienes ahora. Tienes tanta pasión...

Ella le miraba la boca, la boca idiota que casi había susurrado aquellas ardientes y sinceras palabras.

—¿La gente ya está hablando, pues?

Estaban destrozando su reputación, las mujeres mucho más que los hombres. Joseph asintió y no dijo nada.

—Mi padre me ha dicho que tenías varias alternativas que ofrecerme. ¿Qué más hay, además de la lunática propuesta de que me case con un hombre que no tiene ningún vicio, ni la menor inclinación por robarles besos a las damas?

Ahora era él quien miraba la boca de ella.

—La única otra alternativa que veo, Louisa Windham, es que te cases conmigo. —Estaba preparado para que ella se diese media vuelta y se marchase, que se riese o que hiciera un mohín ante semejante atrevimiento—. Di algo, por favor. No era mi intención insultarte, espero que lo sepas.

—¿Crees que voy a sentirme insultada porque crías cerdos y yo soy la hija de un duque?

Permaneció sin moverse y a Joseph lo distrajo un dejo de su perfume a clavo y limón.

—Ésa es la realidad más patente, pero también está el asunto de los hijos. Yo

debo tenerlos, Louisa, por lo del maldito título. No podría ofrecerte la unión meramente afectuosa que quizá tú estés buscando.

—¿Por meramente afectuosa quieres decir que no implicase la consumación del matrimonio?

Él consiguió asentir una vez más con la cabeza. El solo hecho de estar de pie a su lado, con sus brazos entrelazados, sus dedos unidos (¿cuándo había ocurrido aquello?), estaba provocando estragos en su compostura.

Ella miró el fuego detrás de él con el cejo fruncido.

—Me gustan los niños. Son honestos. Quizá mientan sobre si han robado un pastel, pero no se engañan a sí mismos cuando quieren divertirse. Los niños adoran una buena historia, no fruncen la nariz ante un animado relato porque no sirve para «alimentar el alma». Eve y Jenny adoran a los niños.

¿Qué demonios estaba diciendo?

—Louisa, estoy ofreciéndote un matrimonio de verdad, aunque no sea el mejor de los negocios.

Así de cerca, Joseph podía ver los destellos dorados en sus ojos verdes, mientras la luz del fuego resaltaba los reflejos rojos de su pelo oscuro, y contuvo el deseo de acariciárselo, de percibir su calidez y suavidad con sus propias manos.

—Ya nos besamos una vez —dijo Louisa suavemente y bajó la vista—. Te aprecio mucho, Joseph Carrington, aunque me temo que todos los esfuerzos que deposité en ese beso fueron lo bastante indignos de recordar como para que lamentes el episodio.

Él estaba tan ocupado intentando hacer acopio de la disciplina necesaria para soltarle la mano y retirarse que su confusa mente no registró de inmediato sus palabras.

¿Ella lo apreciaba «mucho»?

—Louisa, tus esfuerzos no fueron... indignos de recordar.

Él advirtió en sus ojos que ocultaba su vulnerabilidad tras un manto de gélida cortesía, vio cómo erguía imperceptiblemente la columna... y supo que había dicho algo incorrecto. No podía soportar esas reacciones, por muy sutiles que fuesen.

—Louisa, desde que nos besamos, no he podido pensar en otra cosa y yo también te aprecio mucho. Realmente mucho.

Bajo su atenta mirada, por el hermoso cuello de Louisa Windham ascendió un hermoso y rosado rubor.

—Yo misma he tenido ocasión de pensar en ese beso una o dos veces —admitió.

Él creyó advertir un dejo ronco en su voz.

La esperanza, una esperanza inmensa, floreció en su pecho.

—¿Quizá quieras un pequeño recordatorio ahora?

Le encantaría dárselo. Un recordatorio que les llevase el resto de la tarde y que terminase con toda su ropa esparcida por la habitación. Doce días de recordatorios serían perfectos, en particular para una parte del cuerpo de Joseph que parecía acusarlo con fuerza.

No la presionaría, pero conseguiría un bastón para apoyarse mejor en caso de que una aleatoria debilidad amenazara sus rodillas en el futuro.

Louisa alzó la vista y pareció inventariar sus rasgos con la mirada. Tras sufrir su escrutinio durante lo que le pareció una eternidad, Joseph soltó un suspiro cuando ella entrelazó los brazos con lentitud alrededor de su cuello. No la acosaría. Sería un beso casto, un beso para tranquilizar...

Louisa Windham no necesitaba ningún recordatorio sobre cómo besar a un hombre. Con suavidad, se apoderó de la boca de él, haciéndole perder el sentido y aniquilando sus buenas intenciones. Joseph la rodeó con sus brazos, estrechándola con fuerza contra su cuerpo. Siguiendo el camino de las sinceras atenciones propias de un caballero, su lujuria galopaba como un gran caballo desbocado que arrasaba con su autodisciplina.

Cuando estaba a punto de apartarse un poco para evitar ofender a la dama, ella se estrechó contra él, desde sus pechos hasta las caderas, sin dejar nada a la imaginación.

—Louisa...

La muy osada usó su intento de recuperar la cordura para introducir la lengua entre sus labios. Dios del cielo, hasta en su sabor había un dejo a clavo y cítricos.

—Bésame, Joseph Carrington... —le ordenó junto a su boca y él obedeció. Por Dios, obedeció con todo el anhelo que tenía en su interior... pero sin forzarla.

Recurrió a la cautela, jugando con la lengua en las comisuras de su boca y

deslizando las manos por sus caderas. En el momento en que ella respondió, entrelazando los dedos con el pelo de su nuca, él se acercó aún más, deseando sentirla contra su cuerpo. Todo le encantaba: descubrir la forma de sus caderas con las manos, su femenina figura y la sensación de sus cuerpos presionados tan estrechamente.

Pero también se preocupaba por ella, así que interrumpió el beso y le apoyó la mejilla contra la sien. Louisa respiraba tan agitada como él y advertirlo le proporcionó un gran placer.

—¿Te casarás conmigo? Me veo obligado a señalar que no deberías hacerlo si existe una alternativa mejor.

# 8

La expresión de Louisa se enfrió, dándole un parecido con su madre que Joseph deseó que no precediera a un amable rechazo o, peor aún, a una petición de tiempo para «pensar».

—Tus advertencias son muy caballerosas, Joseph Carrington, pero inútiles. Eres guapo, inteligente y no tendré que pasar décadas enseñándote cómo besar. Me han dicho que estas cualidades son suficientes para casarse con un hombre.

¿Aceptaba su propuesta, lo apreciaba mucho y, además, pensaba que era guapo e inteligente?

Como si quisiera contrarrestar la entrega de semejante recompensa, Louisa lo miró con el orgullo propio de una duquesa; una estratagema para ocultar su tierno corazón, él lo sabía.

—No permitirás que Grattingly te lastime, Joseph. No obstante, tienes mi permiso para darle una lección.

Su corazón no sólo era tierno, también protector.

—Eres compasiva. Es bueno saberlo. —Mantuvo los brazos alrededor de su cuerpo, feliz de soportar cualquier cantidad de sermones y regañinas si era ella quien los pronunciaba.

—Soy práctica. —Se acurrucó contra su cuello, un gesto que no parecía muy propio de una mujer práctica—. Oh, mira, Joseph, está nevando de nuevo.

En su voz había sorpresa y placer y su comentario embelleció el momento. Él echó un vistazo por encima de su cabeza hacia el ventanal, donde unos grandes y perezosos copos de nieve caían en el húmedo jardín.

—Será mejor que me marche. —Se permitió saborear su boca una vez más y dejó que ella diese un paso atrás.

Él no podría haber retrocedido.

—¿Tendrás cuidado? —Louisa le quitó el pelo de la frente con un gesto propio de una esposa.

—Estoy acostumbrado a la nieve, Louisa, y mi caballo es muy de fiar.

Ella apretó los labios.

—Me refería a Grattingly. Por razones obvias, no confío en que ese hombre respete los dictados del honor.

—No correré ningún riesgo.

—No me gusta que salgas con este tiempo. ¿Podría convencerte de que te quedases a cenar?

¿Una interminable cena, sentado a su lado, intentando conversar con ella y al mismo tiempo luchando por no ponerle las manos encima?

—Quizá la semana que viene. Me ocuparé de colocar el anuncio del compromiso en el camino de regreso a mi hogar.

Ella no parecía exaltada sino tranquila.

—¿Vamos a escoger una fecha?

¿Qué era todo aquello?

—Ésa acostumbra a ser una decisión de la dama. En ese sentido, estoy a tu disposición.

Consideró por un instante la posibilidad de arrodillarse para rogarle que le permitiera obtener una licencia especial. Aunque ponerse otra vez en pie sería un problema, lo aceptaría encantado si pensase que ella le daría su consentimiento.

Louisa lo observó con una indescifrable luz femenina en los ojos.

—La mejor estrategia sería esperar hasta la próxima primavera, para inaugurar la temporada no con un baile, sino con una boda y un multitudinario desayuno.

Era probable que su brillante prometida (que lo apreciaba mucho) pudiese decirle la cantidad exacta de segundos que había entre ese instante y cualquier fecha posible para la boda.

—En un par de meses pueden pasar muchas cosas.

—Que sea en primavera les dará tiempo a tus hijas para acostumbrarse a la idea.

Joseph pensó que su prometida era aún más inteligente de lo que él había advertido.

—¿Estás acorralándome para que admita que me gustaría que nos casásemos de inmediato? —La idea de tener a Louisa bajo su techo para Navidad le aligeraba el corazón, un sentimiento que en nada se parecía al pesar de tener que enseñarles a sus hijas a montar en lo más crudo del invierno.

—Tengo miedo, Joseph.

Que aquella magnífica, valiente y adorable mujer admitiese eso ante él era más un halago que un insulto. Sonaba melancólica, pero al mismo tiempo desconcertada.

—El sentido común dictaría que debemos apresurarnos, Louisa. Podría terminar muerto y, como mi viuda, todo el mundo te trataría con cortesía.

Ella parpadeó y, ante sus ojos, Joseph la vio recuperar la dignidad.

—No terminarás muerto. No lo aceptaré. Nos casaremos al final de la semana si puedes conseguir una licencia especial y si puedes incluir una boda entre tus compromisos.

En su interior se mezclaron el alivio y la sensación de haber estropeado el momento.

—¿Y dónde será? Supongo que ambos pertenecemos a la parroquia de Kent.

—Preferiría San Jorge.

—Excelente idea. —Antes del éxodo de las fiestas, le mostrarían a la buena sociedad la vindicación de su honor delante de sus narices—. Dejaré que tú planees los detalles y confío en que sabrás que mis propios gustos tienden a la simplicidad.

Ella lo besó, con simplicidad, y él alcanzó a percibir un dejo de clavo al notar su pecho contra el suyo.

—Puedes marcharte, pues. Yo deberé soportar los buenos deseos de mis hermanas y para ello no necesito público.

Lo decía en serio. Su mirada no habría sido más estoica ni de haber sido una mártir aferrada a su libro de oraciones.

Joseph le dio un largo beso en la mejilla (él no era ningún mártir) y se despidió de ella. Al montar en su caballo unos minutos más tarde, y hacerlo con facilidad, advirtió con cierta curiosidad que en la última media hora la pierna había dejado de dolerle por completo.

—Por un matrimonio exitoso. —Westhaven chocó su copa con la de su invitado y bebió un poco de una excelente bebida—. Aunque debo decir que no me importan las circunstancias que están en el origen de su boda con mi hermana.

—No quiero un matrimonio exitoso —replicó sir Joseph, dando un paso atrás y examinando un estante de libros de la biblioteca—. Quiero un matrimonio feliz y creo que su hermana lo merece. Supongo que usted diría lo mismo acerca de la condesa.

Así era. Westhaven dejó su copa a un lado y contempló al hombre que con tanta inocencia miraba los libros de poesía.

—¿Duda de que Louisa se esfuerce para asegurar una unión feliz?

Sir Joseph frunció el cejo en dirección a un pequeño volumen de cubiertas de cuero rojo. En el momento en que él también dejó su bebida a un lado, Westhaven se apoyó en la librería opuesta.

—No albergo dudas acerca de mi prometida. Lady Louisa tiene un corazón generoso, aunque tenga la misma habilidad de su madre para mirar el mundo de modo desapasionado.

Dios del cielo. Pocas personas fuera de la familia inmediata conocían la naturaleza práctica de la duquesa de Moreland.

—Tiene usted un profundo conocimiento de las damas de mi familia.

—Si Louisa se casa conmigo, pronto serán también las mujeres de mi familia, ¿no es así?

La conversación no estaba saliendo en absoluto como Westhaven planeaba. Y lo que era peor, sir Joseph había escogido al azar justo aquel pequeño volumen de cubiertas rojas.

—Esto es hermoso.

También era el origen de un desastre, recubierto de un cuero rojo muy caro.

—No es más que un libro, sir Joseph.

—La poesía es hermosa: «Él se sienta junto a ella como una adorada diosa, mirándola y recibiendo esa risa que con suavidad me destroza...».

—Pase la página; se encontrará con un tono muy diferente. —Con cuidado, cogió el libro de manos de su invitado. De hecho, era una poesía hermosa, pero escandalosa como el demonio. Le había leído partes a Anna en la privacidad de su dormitorio.

Carrington observó cómo Westhaven devolvía el libro al estante.

—¿Le gustan estas traducciones?

—Algunas. Pero no creo que el objetivo de nuestra reunión sea recitar poesía. —Westhaven le infundió al comentario una dosis de ducal condescendencia, algo que le salía cada vez mejor, en su propia opinión.

Carrington apretó los labios.

—No, no lo es. Nos hemos encontrado para convenir los arreglos, y debo agradecerle que me haya ahorrado tener que hacerlo con su excelencia.

—¿Por qué? —Aunque, en realidad, el duque también estaba agradecido de no tener que lidiar con el asunto.

—Yo no tengo su posición social, Westhaven, lo entiendo. Su excelencia también lo comprende y dado que, entre su clase, el matrimonio es un negocio, los tratos deben ser complicados y delicados. No necesito ni quiero un cuarto de penique de su riqueza para tomar a Louisa como esposa.

Oh, Dios santo. Primero la poesía y ahora el insufrible orgullo de la clase de los comerciantes se interponía en la felicidad de Louisa.

—¿Tomamos asiento?

Sir Joseph echó un vistazo hacia el crepitante fuego y su expresión delató una nostalgia que a Westhaven le resultó difícil de contemplar.

—Su casa tiene una calefacción maravillosa, milord.

—Mi esposa no permite que sufra la menor incomodidad doméstica. Espero que Louisa se preocupe del mismo modo por su persona. Le aconsejo que se resigne a ello.

—Si ése fuese el caso, tendría que aceptarlo.

Esbozaron una sonrisa y, al tiempo que se sentaban en cómodos sofás,

Westhaven abrigó la esperanza de que Louisa hubiese escogido bien después de todo.

—No permitiré que mi hermana no tenga dote.

—Oh, por supuesto que no. —Sir Joseph se removió en su asiento—. Eso sería un insulto para la dama. Disponga lo que le parezca, pero sepa que, después de nuestro matrimonio, donaré una suma equivalente a la obra de beneficencia que Louisa escoja.

Las cosas se estaban poniendo delicadas, porque era probable que un hombre de los orígenes humildes de sir Joseph no comprendiese la magnitud de las cantidades en juego.

—Eso es muy generoso de su parte, Carrington, pero ¿no podría Louisa interpretar que usted no da valor a su dinero en esta unión y, por ende, a ella misma?

Sir Joseph miró su bebida.

—Quiero dejar claro justo lo contrario: su hermana tiene tal valor para mí que sin arreglos de ninguna clase estaría encantado de casarme con ella de todos modos.

Westhaven dirigió una mirada a la puerta y luego fingió observar por el ventanal los copos de nieve que caían fuera. Sin embargo, lo que realmente deseaba era consultar el asunto con su esposa, pero en ese momento ella estaba ocupada en la cocina, supervisando lo que se horneaba para la Navidad, a juzgar por lo que le decía su olfato. Anna sabría si las ideas de sir Joseph se ajustaban de verdad a los caprichos de la llamada «lógica femenina».

Aunque ése no era el momento, dado que se trataba de un terrateniente, incluso con su título de caballero, Westhaven no podía aceptar el plan que sir Joseph proponía.

Los años estudiando Derecho le daban a un hombre cierta facilidad para andarse con rodeos, y el conde sabía aprovecharse de ello sin miramientos.

—Haré un borrador y se lo enviaré a sus abogados, sir Joseph.

Con bastantes fondos fiduciarios, saldos y subterfugios legales, el orgullo del hombre debería salir indemne de semejante paliza.

Westhaven no se comprometió a ninguna fecha, ya que una vez que el matrimonio fuese un hecho consumado, las negociaciones quedarían reducidas a

una conversación familiar.

—Como usted diga, pero envíeme los documentos a mí. Un simple caballero no necesita hacer partícipes de sus asuntos personales a sus abogados. Lo que quiero que usted y el mundo entero entiendan es que habría tomado a Louisa como esposa sin un solo penique de su familia de por medio.

—Conozco su casa, sir Joseph.

Éste extendió la pierna derecha, una postura un tanto relajada para la naturaleza de la reunión.

—Como la mitad del condado, dada la costumbre que tienen los habitantes de la zona de inmiscuirse en los asuntos de los demás.

—Somos amistosos —lo corrigió Westhaven—. Cordiales.

—Un puñado de chismosos con título, diría yo. No pueden enterarse de la vida de los demás bajo la atenta mirada del vicario en el patio de la iglesia, de modo que tienen que visitar a todo el mundo. ¿Qué es lo que quiere decir exactamente?

De hecho, sí eran un puñado de chismosos con título, lo que en parte era el motivo de que Westhaven hubiese establecido su hogar en Surrey y no en Kent.

—Me refiero, sir Joseph, a que si no hubiese visto con mis propios ojos que su hogar es lo bastante cómodo para acoger a la hija de un duque, me habría preocupado por la suerte de esta unión.

Sir Joseph volvió la cabeza lentamente para mirar a su anfitrión.

—Cualquier hombre que no considere con preocupación el matrimonio en general y, sobre todo, el matrimonio de su hermana, es un idiota. ¿Me serviría un poco más?

Extendió su copa vacía.

—Por supuesto. Soy un anfitrión muy descuidado, espero que sepa perdonarme.

Al tiempo que volvía a llenar la copa de sir Joseph y la suya propia en el aparador, aprovechó para ordenar sus pensamientos. El duque tenía razón: aquel hombre sería una óptima adquisición para la familia. No se dejaba amedrentar por algo tan insustancial como el privilegio ducal. Y cualquiera que quisiese casarse con un o una Windham necesitaría semejantes agallas.

De hecho, sir Joseph compartía esa cualidad nada menos que con la propia

condesa de Westhaven.

—Permítame corregir mi brindis —dijo Westhaven, cruzando la sala con las copas en las manos—. Por un matrimonio largo, feliz y lleno de amor, como el que me propongo tener con mi propia querida esposa.

Sir Joseph cogió la copa, pero pareció vacilar. «Lleno de amor» empujaba los límites de la naciente bonhomía fraternal, pero «fructífero» probablemente habría hecho que se sonrojara. Bebió un sorbo de su bebida, y anfitrión y huésped guardaron silencio.

Westhaven, acostumbrado a tratar con hijos, padres, comerciantes y otros motivos de exasperación, había aprendido el valor del silencio. Quizá la cría de ganado le había enseñado al otro hombre la misma lección.

—Sir Joseph, ¿hay algún asunto más que debamos tratar?

—Sí. —Apretó los labios y frunció el cejo al ver que nevaba cada vez más—. Creo que será mejor que acerque ese decantador.

El heredero de un duque no «acercaba» nada, salvo quizá el chal de su esposa, su bordado, su libro favorito, su cepillo de pelo o sus zapatillas.

O su taza de chocolate por la mañana.

—Quizá sea conveniente que me diga primero de qué se trata.

La sonrisa que se insinuaba en los labios de sir Joseph era casi maliciosa y dejaba suponer a Westhaven que las transgresiones de su huésped al más estricto decoro habían sido adrede. Esa conducta era digna de... la propia Louisa. En el momento en que volvió a mirar a su invitado con un poco más de respeto, el hombre ya no sonreía.

—Quisiera tratar el asunto de mis hijos e hijas y el hecho de que necesito un tutor para ellos en caso de que yo muera.

Westhaven cruzó las piernas y se enderezó la raya del pantalón.

—Ignoraba que la bendición de la paternidad se extendiese en su caso más allá de sus dos hijas.

—Louisa tampoco lo sabe y preferiría que siguiese en ese estado por el momento.

Como principio para los negocios, la política y la tranquilidad doméstica, Westhaven sabía que cuando algo parecía demasiado bueno para ser cierto (por ejemplo, un esposo ideal para su brillante, lectora, sincera y bonita hermana)

invariablemente era, de hecho, demasiado bueno para ser cierto.

—¿Y cuántas veces le ha sido concedida la dicha de engendrar hijos varones?

—Ocho... y tienen cuatro hermanas. A ellos hay que sumar las dos niñas que viven conmigo en Kent.

Ocho. Era la cifra total de los hermanos Windham existentes, legítimos y de los otros. Carrington tenía doce hijos bastardos... Bueno, el rey Carlos II había engendrado también a doce. Tuvo que admitir, con reticente admiración, que hacía falta energía para conseguir semejante hazaña. Y, al igual que su majestad, el hombre parecía ocuparse del bienestar de sus hijos ilegítimos.

Westhaven acercó el decantador.

—Tienes correo. —Jenny dejó caer dos cartas en el regazo de Louisa.

Ésta no respondió hasta que el lacayo que había llevado el servicio del té se hubo marchado.

—¿Y te ha llevado todo el día entregármelas?

—Has tenido una jornada ocupada —dijo Eve desde su asiento junto al fuego—. Aunque debo decir que te has comportado maravillosamente bajo semejante presión.

—¿La de salir de compras? —Sus hermanas habían permanecido a su lado durante todo el día y mantenido bajo control a la duquesa y su tendencia al derroche.

Jenny colocó la bandeja en la mesilla baja, delante del sofá.

—La tensión de saber que tu prometido se bate a duelo mañana al amanecer.

Una inquietud que no tenía nada que ver con el inminente matrimonio produjo una incómoda sensación en su interior.

—Ah, sí, eso.

—Lee tus cartas, querida. —La expresión de Jenny era serena mientras servía el té para sus hermanas—. Sir Joseph saldrá con su honor intacto. Eso es lo único que importa.

Eve hizo una mueca muy poco delicada para una dama.

—Este asunto del honor parece crear más problemas de los que resuelve. Las mujeres nunca lo mencionamos y tampoco andamos por ahí volándonos la tapa de los sesos a una hora ridícula, para reparar alguna ofensa imaginaria.

—Eve. —La voz de Jenny estaba llena de reprobación.

Louisa examinó sus cartas, tan agradecida como irritada por la preocupación de sus hermanas.

—Tiene algo de razón... He recibido una carta de Valentine.

—¿Son palabras o ha vuelto a mandarte una composición musical? —Jenny sostuvo la taza en alto.

Louisa negó con la cabeza y miró la elegante y delicada caligrafía de su hermano.

—Palabras. Me felicita por mi elección de marido. Como si hubiese podido escoger...

Eve le dirigió una mirada perpleja.

—Pero así ha sido.

—Sí, en efecto. —Pero la idea de casarse con alguien que no fuese Joseph, por cualquier razón ajena a la preservación del honor familiar y el de él, le resultaba impensable—. Ellen goza de una maravillosa salud, al igual que el bebé, y Val os envía a ambas sus más cariñosos saludos... —Se oyó el tintineo de la porcelana, el fuego irradió una lluvia de chispas y, conforme Louisa leía las dos líneas siguientes, se le revolvió el estómago.

—¿Cariño?

Eve y Jenny intercambiaron una mirada de preocupación. Hasta el momento de la boda de su hermano, Valentine era siempre el acompañante de Louisa, el hermano en quien ella confiaba y el único que parecía comprender la sensibilidad femenina.

—Tengo que hacerle una visita a sir Joseph.

Louisa plegó la carta con cuidado y se puso en pie. Aunque fuese lo último que hiciera en su vida, iba a ir a ver a su prometido.

—¿Esta noche? Querida, ya ha oscurecido, y si no estás de regreso cuando nos sentemos a cenar...

—Le diremos a mamá que te duele la cabeza o que tienes una indisposición

femenina —la interrumpió Eve—. Ambas excusas son perfectamente plausibles. Será un placer acompañarte.

Jenny frunció los labios.

—Las dos no podéis tener dolor de cabeza.

—Iré sola —replicó Louisa—. A pie. No está muy lejos; llevaré un sombrero con velo y me llevaré a uno de los lacayos. La nieve mantiene a la gente alejada de las calles y sir Joseph me acompañará de regreso a casa.

Podía decirse que su plan era impropio de una dama y posiblemente también fuese peligroso.

Pero sus hermanas no la detuvieron. Ni siquiera lo intentaron.

*Suponiendo que sobrevivas al duelo de honor, ¿cuánto estarías dispuesto a pagar para que tu futura esposa no sepa de tus numerosos adulterios en España?*

Sir Joseph miró fijamente la nota, con las palabras escritas con letra descuidada y desconocida. Le habían entregado la pequeña esquela con la correspondencia del día, sin dirección ni franqueo, y su contenido lo había atormentado durante todo aquel frío y desgraciado día.

Alguien estaba decidido a envenenar su matrimonio aun antes de que se celebrara la ceremonia.

Y, sin embargo, no era exactamente una amenaza de extorsión; al menos, no todavía. La solución era simple, por supuesto. Lo único que Joseph tenía que hacer era decirle a Louisa que se casaba con un hombre que tenía más bastardos que la mayoría de los otros hombres que tenían hijos legítimos... y observar cómo una mujer a la que apreciaba mucho se precipitaba, por despecho, a una vida de soltería que no merecía.

—Lo busca una joven dama, señor.

Joseph alzó la vista de los libros contables que había estado mirando. Su mayordomo, con el aspecto y los ademanes de un viejo sabueso, mantenía una expresión deliberadamente neutra.

—¿Le ha dicho su nombre, Sylvester?

—No, señor. Pero el lacayo que la escolta lleva la librea de los Moreland.

—Hazla pasar y pide en la cocina que envíen cena para dos.

—Muy bien, señor.

Sylvester hizo una reverencia y se retiró, para regresar luego con Louisa Windham detrás de él.

Joseph tuvo un momento de turbación por el hecho de que lo viese en mangas de camisa, pero si se casaban, lo vería en momentos incluso más informales que ése.

Cuando se casaran, rectificó mentalmente.

—La joven dama, señor.

—Gracias, Sylvester. Eso es todo y cierra la puerta al salir.

Joseph se puso en pie detrás del escritorio, plegó las gafas y se las guardó en un bolsillo. Louisa permaneció de pie junto a la puerta, con su vestido de terciopelo rojo. Tenía las mejillas sonrojadas, o bien por el frío o por el pudor.

—Hola, Joseph. Deberíamos dejar la puerta abierta.

—En ese caso, perderíamos el calor que he conseguido acumular en las últimas dos horas avivando el fuego. —Cruzó la habitación y le cogió las manos entre las suyas, notando sus dedos helados en las tibias palmas—. Si lo que te preocupa es el decoro, me permito recordarte que estamos comprometidos. El borde húmedo de tu vestido indica que has venido a pie y tu paseo hasta aquí acompañada sólo por un lacayo podría señalarse como una falta.

—No hemos salido de las callejuelas más pequeñas.

—¿En serio? —Quería mandar a llamar al lacayo en cuestión, que debía de estar en la cocina, y leerle la parte de la Ley de Orden Público referente a la inconsciencia de permitir que una joven dama atravesara los callejones de Londres después de la caída de la noche. Pero Louisa estaba fría y silenciosa y alrededor de sus ojos podía verse una tensión que no le gustó nada—. Acércate al fuego. Nos traerán algo para comer.

Le sostuvo la mano en la suya y se sentó a su lado en el sofá, frente a la chimenea.

—Si querías cancelarlo, habría bastado con que me enviaras una nota.

Ella alzó las oscuras cejas.

—¿Piensas que, en vísperas de un duelo, podría enviar una nota para romper nuestro compromiso?

Joseph contempló en silencio a su prometida. Por debajo de los efectos del frío, pudo ver que estaba pálida y bajo los ojos tenía unas sombras que indicaban que no estaba durmiendo bien.

—No te habría culpado si hubieses enviado una nota, Louisa. ¿Quieres romper el compromiso?

Logró que la pregunta sonara despreocupada, pero no podía imaginar qué otra razón podría haberla llevado a salir con un tiempo tan espantoso, prácticamente sola, después de la caída de la noche. La idea de perderla...

Debería haber sido un alivio. Casarse con ella sería como poco un desafío y, sin embargo, Joseph no le soltó la mano.

—¿Quieres que lo cancele? —preguntó ella en un tono cuidadoso nada apropiado para la apasionada mujer que era.

—En absoluto y esto no es un tópico, Louisa. —Decirle la pura verdad era sorprendentemente fácil. Deseó que todas las verdades fuesen tan sencillas.

Ella relajó un poco los hombros.

—Bueno, no estoy rompiendo el compromiso. Es decir, no tengo intención de hacerlo.

La llegada de la bandeja con la cena lo salvó de tener que responder a esa enérgica réplica. Ella miró indecisa la comida.

—Come, por favor. No llegarás a cenar con tu familia y, si vas a lidiar con la tormenta de esta noche, debes recuperar energías.

—Como demasiado.

Louisa no se habría horrorizado más ante sus espontáneas palabras ni aunque hubiese eructado. Joseph fingió estar distraído sirviendo sendas copas de vino, para no ver que ella se sonrojaba.

—Si he de juzgar por tus atributos femeninos, consumes exactamente la cantidad correcta para mantener tu figura en su mejor forma. ¿Comemos?

Siguiendo sus preferencias, de la cocina les habían enviado una simple cena de carne asada, pan y mantequilla, puré de patatas con queso cheddar y peras en compota. Debería avergonzarse de ofrecerle alimentos tan sencillos, pero si se casaban (cuando, cuando se casaran) ella lo vería en más de una ocasión con una

bandeja de comida en la biblioteca.

—Esta carne está cocinada al punto —comentó Louisa minutos más tarde—. Tu cocinera te cuida bien.

—Últimamente dan lo mejor de sí. Corre el rumor de que la hija de un duque pronto se ocupará de mi humilde persona y del personal de mi casa.

Advirtió que el cumplido le había gustado, pero que intentaba ocultar su sonrisa bebiendo un sorbo de vino.

—Louisa, por mucho que disfrute de tu compañía y por halagado que me sienta con tu presencia, te ruego que me digas por qué has venido.

Ella usó su tenedor para mover las peras en el plato.

—He recibido una carta de Valentine.

Él le quitó el tenedor de la mano, pinchó un trozo de pera y se lo llevó a los labios.

—¿Y?

Louisa mordió el bocado que le ofrecía, mirándolo a los ojos.

—Éstas también están buenas. —Masticó lentamente, mientras Joseph hacía acopio de paciencia—. Valentine fue a la universidad con Lionel, Grattingly y los amigos con los que éstos andan.

—Porque es el declarado propósito de Oxford asegurarse de que los hijos de la buena sociedad forjen lazos de solidaridad entre las generaciones —dijo Joseph, dándole otro trozo de pera.

Al tiempo que él decía eso, Louisa le quitó el tenedor de la mano y pinchó un pedazo de pera.

—Precisamente porque se conocen desde hace tiempo, Valentine te ha enviado una advertencia —explicó, llevando el tenedor a la boca de Joseph.

Éste mordió el bocado y saboreó la pera, la canela y el brandy, que estallaron en una explosión de dulzura en su lengua.

—¿De qué advertencia se trata?

Él no le quitó el tenedor.

—Grattingly participó en varios duelos en la universidad y Valentine fue el padrino de dos de sus oponentes.

Al tiempo que Joseph tragaba otro trozo de aquel celestial postre, recorrió las manos de Louisa con la mirada. Eran bonitas y, a pesar de lo que el día siguiente le deparase, o quizá por eso mismo, deseó sentirlas sobre su cuerpo.

—Yo también he sido padrino en algún duelo. La vida en la Península parece engendrar despliegues de valentía como los colchones del ejército engendran pulgas.

Ella hizo una pausa y comió otro trozo de pera con el tenedor que habían compartido. También tenía una bonita boca.

—Alguna vez me hablarás de eso, ¿verdad?

—¿De las pulgas?

—De cuando serviste en el ejército bajo las órdenes de Wellington. Las cartas de Bart hacían que pareciese una divertida experiencia, pero de haber sido así, Devlin no habría regresado a casa en unas condiciones tan deplorables.

—Dicen que St. Just está mucho mejor ahora, pero sí, Louisa, te contaré lo que desees saber sobre mi vida en el ejército. ¿Acerca de qué quería advertirme lord Valentine?

Entre atracarse visualmente con su belleza, dejar que lo alimentase con un postre ligeramente decadente y la conciencia de lo que le esperaba por la mañana, tardó en comprender lo que ocurría hasta que se acabaron las peras: Louisa Windham, que pronto sería Louisa Carrington, tenía miedo.

Por él. El miedo la hacía palidecer, hacía nacer sombras bajo sus ojos y aquella tensión alrededor de su boca. Al ver eso, la irritación que la conducta de Grattingly había provocado en él se transformó en una furia arrolladora.

Por ella. Por la dama que cerraba los ojos un momento cada vez que él le ponía un trozo de pera en la boca.

—Valentine dice que en ambos duelos Grattingly proporcionó las pistolas y que ambos amigos de Valentine dijeron que no estaban bien calibradas. Los disparos salieron hacia la izquierda y los dos resultaron heridos, uno de ellos de gravedad, mientras que Grattingly no sufrió ni siquiera un rasguño.

—Interesante.

Como si ya estuviese casado con ella, le pasó un brazo por los hombros y la estrechó contra sí.

—De modo que si uso las pistolas de Grattingly, tendré que compensar mi

puntería moviendo el arma ligeramente a la derecha. Espero que disparemos al aire, mi querida. Intenta no preocuparte por eso.

—No puedo evitarlo. —Ella permaneció rígida, como si intentase mantener algún control sobre su persona, aunque consintiera que la abrazase.

—Me siento halagado, ¿sabes?

Su prometida se volvió para mirarlo.

—Mañana a esta hora podrías estar muerto y ¿tú te sientes halagado porque la mujer que ha aceptado casarse contigo esté preocupada? Joseph, no puedes permitir que ese hombre te haga daño.

La besó para evitar que ella se alterase por algo que ninguno de los dos podía controlar. En lugar de transformar el beso en una exhibición de indiferencia hacia la ansiedad de Louisa, la besó para consolarla, tranquilizarla e incluso agradecerle su preocupación.

—Joseph... —Le cogió la barbilla con la mano, que ya no estaba fría—. Esto no soluciona nada.

Le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Me calma los nervios y me distrae de la dura prueba que me espera.

—¿Es una prueba? —La preocupación hacía centellear sus grandes ojos verdes.

Él posó la palma de su mano en una de sus mejillas, para evitar que su caballerosa contención naufragase en la profundidad de aquellos ojos.

—Por supuesto que no. Es más bien un fastidio, pero estoy condescendiendo con la tierna naturaleza de tu corazón.

—¿No me mientes? ¿No estás intentando calmar mis nervios con una maniobra evasiva? No debes mentirme, Joseph. Nunca.

—Louisa, fui tirador en las filas de Wellington. —Le besó la mano—. Puedo manejar cualquier arma de fuego, ballesta, arco o saeta que me den y también podría defenderme con bastante dignidad usando cuchillos y espadas, así como con los puños.

Ella lo miró a los ojos.

—Eres muy duro. Nadie lo sospecharía, viéndote con tus hijas en el patio de la iglesia.

—Eso requiere una dureza completamente diferente.

La misma que le permitía soportar una punzada de nostalgia que alcanzaba hasta a *Lady Ophelia*.

—Me gustarán tus hijas, Joseph.

—Y ellas te adorarán.

Esas palabras le ganaron una breve pero genuina sonrisa.

—He tomado el té con la duquesa.

Él quería besarla de nuevo y ella se ponía a hablar de trivialidades domésticas.

—Quizá eso sí haya sido una dura prueba...

—Creo que su excelencia quería darme su consejo o su bendición.

Joseph la besó en la mejilla, percibiendo un dejo de clavo navideño que no contribuyó a aplacar su desbocada imaginación. Pero en lugar de tomar distancia, se acercó lo suficiente como para rozar con su nariz la barbilla de Louisa.

—¿Qué clase de consejo?

—Bésame, Joseph Carrington.

«Con mucho gusto.»

La besó con dulzura y suavidad hasta que a ella la embargó una tibia y tierna sensación y le devolvió el beso con la misma dulzura, pero con algo que no se parecía en absoluto a la suavidad.

En el momento en que Louisa se tumbó en el sofá, debajo de su cuerpo, Joseph no echó de menos a la cerda que tenía como mascota, ni estaba ya preocupado por ningún duelo. Sin embargo, en el último rincón de su mente crecía la preocupación por que ella le hubiese pedido que no le mintiera —nunca— y él hubiera sido incapaz de responderle con la promesa que sí deseaba hacerle.

# 9

—¿Dónde se puede haber metido?

Sólo los actos de Dios inspiraban una preocupación que Esther Windham manifestase en voz alta, y el duque siempre se ocupaba de averiguar cuándo estaban a punto de producirse esos cataclismos. Por fortuna, no había ninguno programado para esa noche.

—Bébete el té, querida. Es una mezcla agradable y te ayudará a calmar los nervios. —Alzó la taza de su esposa y se la tendió con la más complaciente de sus sonrisas, aunque no se explicaba cómo podía beber tal cantidad de aquella endemoniada infusión.

—Percival Windham —respondió ella con frialdad—, corres un gran peligro al tratarme con tanta condescendencia.

«Mejor así», pensó él, pero adoptó una expresión sumisa.

—¿Dices que Louisa se ha marchado en dirección norte, acompañada de un lacayo?

La duquesa cogió el tambor de su bordado y clavó la aguja en la tela.

—Las tiendas están cerradas a esta hora, Percy, y Louisa no es de las que hacen compras navideñas de último minuto. ¿Por qué se dirigiría hacia Oxford Street?

—Mi amor, ¿es posible que se dirigiese a la casa de sir Joseph? Le espera una mañana agitada.

—¡Dios santo! —La duquesa dejó el bordado a un lado—. ¿Crees que ha ido a anticipar sus votos? ¿A organizar un melodrama que podría arrojarla a un

escándalo mayor del que la espera si sir Joseph muere?

—No, no lo creo. Me parece que ha ido a pasar un rato con su prometido, un hombre por el que siente cada vez más cariño. Sir Joseph la quiere demasiado como para permitir que algo la perjudique. Vamos a reunirnos con Eve y con Jenny y disfrutemos de una agradable cena.

La duquesa se levantó de su asiento, con los ojos encendidos por la determinación.

—Sus hermanas sabrán dónde está y no nos ocultarán semejante información.

El duque le dio una palmadita en la mano y ella aceptó su escolta. Él sabía que su esposa se preocupaba por Louisa más que por el resto de sus hijos, porque alguna vez le había confiado que se trataba de la única a quien no entendía realmente.

Quizá las madres rara vez entendiesen a los hijos que más se les parecían.

El duque se detuvo ante el salón donde se hallaban sus otras dos hijas y llamó a la puerta.

—Vamos, preciosas. Debemos dirigirnos al banquete.

Jenny abrió la puerta.

—¿Ya es hora de cenar? —Esbozaba una sonrisa que podría engañar a cualquiera en la vieja y alegre Inglaterra, menos a sus padres.

—¡Estoy famélica! —exclamó Eve, apareciendo junto a su hermana y exhibiendo una expresión igualmente falsa y vivaz—. El frío siempre me da hambre.

—¿Dónde está Louisa? —preguntó la duquesa.

Para los oídos de su marido, había una nota en su voz que delataba su urgencia.

—Le duele la cabeza.

—Tiene un ligero dolor de estómago.

Las dos hermanas hablaron a la vez y luego miraron en cualquier dirección excepto a los ojos de la otra.

—Qué lástima... —murmuró el duque—. Ser víctima de las dos dolencias al mismo tiempo. Le guardaremos un pedazo de pastel con la esperanza de que se

recupere pronto. Vamos, pequeñas.

Ignoró la consternación que se encendió fugazmente en los ojos de su esposa, consciente de que ella nunca lo pondría en evidencia delante de sus hijos. Con las dos menores siguiendo sus pasos con docilidad, la duquesa llegó a la cena del brazo de su marido y, tal como él había anticipado, la comida resultó bastante agradable.

El duque sintió una punzada de orgullo en el momento en que su esposa incluso recordó enviar un trozo de pastel de chocolate a la habitación de Louisa cuando se sirvió el postre.

—Esto no es lo que tenía pensado como postre, Louisa Windham.

Sir Joseph murmuró esas palabras a su oído, pero ella estaba demasiado encantada con el peso de él sobre su cuerpo como para discutir.

—Nunca había luchado con un hombre adulto.

—El factor sorpresa te ha ayudado. Cuando seas mi esposa, no me rendiré tan fácilmente ni terminaré tumbado en la alfombra, frente a mi propia chimenea, sean cuales sean los sorprendentes placeres que pueda encontrar allí.

Louisa supo que lo había sometido por completo, porque él no se apartó cuando ella se tumbó en la alfombra a su lado.

—Joseph, ¿acabas de lamerme...?

—Estoy saboreándote, comprobando si tienes el gusto de tu perfume navideño, con el que has seducido mi olfato en tantas ocasiones.

Su voz se había vuelto un ronroneo; era un sonido que se arremolinaba en el interior de Louisa y llegaba a sus más tiernos y delicados rincones.

—Creo que voy a disfrutar del matrimonio contigo.

—Chis. —Le recorrió la curva de la oreja con la nariz, lo que la hizo estremecerse de un modo maravilloso—. Estoy luchando con mi conciencia, y tengo la intención de salir victorioso de al menos una de las batallas que libro esta noche, aunque te aseguro que sí, que en ciertas ocasiones disfrutarás mucho de haberte casado conmigo.

—Eso es lo que cabría esperar del... ¡oh, Joseph!

Él se movió y apretó su cuerpo con fuerza contra el suyo para hacerle notar su erección.

—«La dama guarda silencio —recitó Louisa—. Está claro que ha llegado el tiempo de los milagros.»

Cerró los ojos para apreciar mejor las maravillosas sensaciones que la mano de Joseph provocaba en su pecho. Él sabía lo que hacía, acariciándola con suavidad pero con seguridad, enviando oleadas de calor por todo su interior.

—Quiero quitarme la ropa —dijo ella, retorciéndose bajo su cuerpo—. Quiero que tú te la quites también.

De repente, la idea de casarse, de casarse con él adquirió un irresistible atractivo.

Joseph se levantó un poco, apoyándose en las manos y las rodillas y ella deseó gritar por esa distancia que los separaba.

—Me asustas, Louisa Windham. En nuestra noche de bodas, recuérdame que quite de nuestro dormitorio todas las sogas, cuchillos, fustas, mordazas y vendas para los ojos.

Ella advirtió la nota burlona de su voz al tiempo que abría los ojos para mirarlo.

—¿Te parece gracioso? Estoy enardecida por un hombre por primera vez en mi vida ¿y a ti te divierte?

Su sonrisa desapareció, pero la ternura de sus ojos no.

—¿Por primera vez, Louisa?

Ella ocultó la cara en su hombro.

—Ya me has oído.

Él le rodeó la nuca con su gran mano y se irguió sobre ella; aquella vigorosa, reconfortante y excitante masculinidad la hizo olvidarse de todo lo demás.

—Puedo darte placer, Louisa, pero mi conciencia no me permitirá anticipar nuestros votos.

Ella tuvo la firme sospecha de que Joseph intentaba ser galante. Por su parte, quería despachar esa conciencia a Escocia cuanto antes, a golpes si hiciese falta.

—¿Por qué no?

—Porque Grattingly usa pistolas con el cañón torcido y porque te aprecio

demasiado.

Dijo esas palabras con tanta suavidad que a Louisa le sonaron como los versos finales de un poema, por mucho que aborreciese la verdad que expresaban. Lo último que sus padres necesitaban en ese momento era un nieto ilegítimo, fruto de una noche de pasión.

De un único momento de pasión.

—¿A qué placer te refieres?

Él se rió.

—Suenas muy desconfiada, Louisa. Me refiero al íntimo placer que un hombre le proporciona a la mujer que ama, un placer que tú misma puedes darte si estás muy motivada, y uno que me ocuparé de darte a menudo cuando estemos casados.

A medida que hablaba, Louisa le acariciaba el pelo. Tuvo la extraña idea de que le gustaba que fuese moreno como ella, no un rubio dios perfecto y brillante; y aunque hasta su voz era áspera, su cabello era suave.

—Silencio, Joseph. Bésame.

Él se calló y Louisa cerró los ojos, anticipando el placer de sentir su boca. Sin embargo, Joseph posó sus labios en el punto donde su hombro se encontraba con su cuello, un lugar tierno y vulnerable que ardió con el contacto de su boca.

—No seas impaciente.

Ella había nacido impaciente, porque desde su nacimiento había tenido que esperar a aquellos cerebros rezagados que sólo avanzaban por la vida a trompicones, pero cuando Joseph le recorrió el cuello con la boca una vez más, fue el cerebro de Louisa el que se detuvo.

—Eso me gusta.

—Me alegro, porque yo estoy divirtiéndome bastante.

Su tono era arrogante, pero a ella no le importó. A medida que una lenta y dulce calidez la invadía por dentro, le sacó la camisa de la cintura del pantalón.

—¿Tienes prisa, Louisa?

¿Cuándo había formulado nadie una pregunta tan simple con tanto arrobamiento?

—Si no quieres que te desvista, hazlo tú mismo.

Él se irguió, se quitó la camisa y continuó besándole el cuello, sin darle tiempo más que para inspirar hondo una vez más.

—Mejor.

Mucho, mucho mejor. Sentir el calor de su piel, el exacto contorno de sus músculos bajo sus manos era maravilloso.

—Entonces, no te importará un cambio de planes. —Joseph se movió de nuevo, esta vez colocándose junto a ella—. ¿Apago las velas, Louisa?

Él se tumbó a su lado, con la cabeza apoyada en una mano, mirándola con una peculiar luz en los ojos. Ella quería verlo entero, pero se dio cuenta de que Joseph también esperaría lo mismo. Su audaz comentario sobre quitarse la ropa había sido dictado por un deseo que galopaba muy por delante de su coraje.

—Sí, por favor, apágalas.

Él recorrió la habitación sin más ropa que los pantalones y las botas, dándole una oportunidad de observarlo. Contempló sus tensos músculos, cierta gracia al caminar, a pesar de su leve cojera, y la prueba de su excitación bajo los pantalones.

O eso sospechó. Había algunas frases y palabras que no había conseguido traducir del latín y sus hermanos, inútiles, idiotas y charlatanes, se habían burlado ruidosamente de sus consultas.

—Aún estás a tiempo de arrepentirte —dijo Joseph, mientras se sentaba en la alfombra y se quitaba las botas—. Dentro de unos días estaremos casados y no habrá nada ilícito respecto a las intimidades.

Louisa observó el juego de sombras de la chimenea sobre sus facciones.

—Eso siempre me ha parecido ridículo. El mismo acto es un pecado por la mañana, pero es un sacramento por la noche, siempre que digas unas palabras mágicas y que lleves el vestido adecuado.

—Voy a casarme con una mujer de ideas radicales y blasfemas. —Joseph colocó en el suelo algunos cojines del sofá y se tumbó a su lado—. Veo que tendremos conversaciones muy animadas.

Comenzó a desabrocharle el vestido, que, por fortuna, tenía los botones delante. Sus manos eran grandes y tenía una mancha de tinta en la palma derecha.

—Me gusta que no te desanimes fácilmente, Joseph. Sí que tendremos conversaciones animadas.

—Quizá incluso lleguemos a discutir. —Él sonrió, luego se inclinó sobre su

esternón e inspiró hondo—. Tengo la intención de estar casado contigo bastante tiempo y no poseo tantas reservas de modales caballerosos como la mayoría de los hombres con los que estás acostumbrada a tratar.

—¿Levantaremos la voz?

Lentamente, él le pasó un dedo por la turgencia de sus pechos.

—Nunca te levantaré la voz cuando esté enfadado, Louisa Windham, que pronto serás Louisa Carrington.

Ella suspiró, cerró los ojos y se le hizo un nudo en la garganta. Mientras Joseph le quitaba la ropa con lentitud, casi con reverencia, Louisa los imaginó envejeciendo en una casa llena de niños, con animadas conversaciones en la mesa de la cena, presagiando la tierna manera en que harían el amor después, en la intimidad de su dormitorio.

Ella no había buscado aquello, ni pensaba que pudiera tenerlo, pero tumbada allí, con su prometido acariciándola con suavidad de aquella íntima manera, sintió que un sentimiento adorable y dulce se entremezclaba con el deseo.

Sintió esperanza. Esperanza por sí misma, esperanza por aquel increíble matrimonio.

—Louisa, querida, tu ropa interior es una revelación.

Le miraba fijamente la camisola: una prenda de seda roja con el escote bordado en hilo verde, dorado y blanco, con dibujos de muérdagos.

—Jenny la confecciona para todas nosotras y este corsé también es idea suya.

El corsé se ataba por delante, una forma anticuada que ya no se consideraba apropiada para la ropa de ciudad. Maniobrando un poco, podía ponerse y quitarse sin la ayuda de una doncella... O de un prometido.

Joseph comenzó a desatar las cintas, provocando unos tironeos que Louisa había sentido muchas veces antes, pero nunca en un contexto que la obligara a prestar atención a sus sensaciones.

—Me pregunto si el duque sabe que las mujeres de su familia son tan emprendedoras. Lady Jenny podría ganar una fortuna con esto.

Louisa le acarició el pelo.

—¿Hablas para tranquilizarme?

Él le quitó el corsé y comenzó con los lazos de la camisola.

—¿Está funcionando?

—No estoy nerviosa, Joseph, estoy... impaciente. Por dentro.

La besó en la boca.

—Las cosas que dices, Louisa. Las cosas que quiero hacer contigo...

Ella no mentía, porque realmente estaba impaciente, pero también vacilaba acerca de cómo continuar. Detestaba no saber qué hacer. Joseph terminó de desatarle los lazos de la camisola y, por primera vez en su vida, ella sintió el peso de la mirada de un hombre adulto sobre sus pechos desnudos.

—Estás mirándome fijamente. Eso no está muy bien de tu parte.

—Tú me mirabas fijamente cuando me he quitado la camisa.

—Es diferente. —Y, dicho eso, intentó cruzarse de brazos para cubrirse los pechos. Sin embargo, Joseph lo evitó con un gesto suave pero implacable.

—Lady Jenny debería hacerte un corsé nuevo, Louisa. Uno que no te ajuste tanto. Ésa será mi primera petición cuando sea tu esposo.

Seguía con la vista clavada en sus pechos y Louisa sintió esa manera de mirarla como una caricia.

—Los vestidos no me quedarán bien si uso un corsé más holgado.

—Pero querida futura esposa, podrás respirar. —Se sentó, cruzándose de piernas e inclinándose sobre ella—. El Creador se ha ocupado con mucha generosidad de distribuir tus femeninos atributos y podemos mandar hacer un nuevo guardarropa completo si lo deseas, pero preferiría que mi esposa pudiese respirar... especialmente si tiene que gritarme en algún momento.

Posó una mano, tibia y ligeramente callosa, sobre su esternón. La sensación que le despertó, la inmediatez del contacto en esa parte del cuerpo tan íntima, la obligó a cerrar los ojos. Durante varios silenciosos y largos minutos, se concentró en el contacto al tiempo que él descubría la forma y la textura de sus pechos y ella nuevas y extrañas sensaciones.

—¿Debería sentir placer?

Joseph no dejó de tocarla.

—Espero que sí. Yo sí lo siento, sin duda. —Su tono era ensimismado, casi indiferente. En medio de la niebla de su creciente excitación, algo dentro de Louisa le dijo que él no debería tener tanto control sobre sí mismo.

Sin previo aviso, ella extendió una mano y le acarició el pecho. Joseph dejó un momento de trazarle círculos alrededor del pezón izquierdo, pero al cabo de un instante continuó.

Louisa le acarició las tetillas. Si experimentaban la mitad de las sensaciones que se agitaban en el interior de Louisa al tocar él la parte análoga de su anatomía...

—Voy a casarme con una mujer audaz. —Joseph le cogió la mano, le besó los nudillos y le colocó la palma abierta directamente sobre su corazón—. Adoro a las mujeres audaces.

Louisa se incorporó y lo besó. Había aprendido algo de él: un poco de contención en el beso hacía que el placer se encendiera aún más.

Pero al cabo de un momento la contención resultó imposible. Era consciente de que Joseph estaba tumbándola en la alfombra, con las bocas todavía unidas, su mano descendiendo por su vientre y ella aferrándose a sus hombros, aunque tuviera la espalda apoyada con seguridad en el suelo sobre el que estaban tendidos.

—Separa las piernas, Louisa.

Esas palabras fueron un gruñido que sonó al tiempo que ella percibía el húmedo y ardiente placer de la boca de él sobre su pezón. Reforzó su orden colocando suavemente una mano en su rodilla y deslizó los dedos hasta los rizos de su monte de Venus.

¿Cuándo se le había subido la falda hasta la cintura?

Louisa lo peinó con los dedos, preguntándose si no sería aquel encuentro la verdadera razón por la que había corrido en medio de la noche para ir a ver a su prometido. En lugar de enviarle una nota, la había movido el ansia de compartir escandalosas intimidades con él, aunque al día siguiente ocurriera lo peor.

La idea de que Joseph pudiese no sobrevivir al duelo se entremezcló con la necesidad que crecía en su cuerpo y el resultado fue una vertiginosa urgencia.

—Joseph, deseo más. Deseo estar más cerca de ti.

Él no dijo nada, pero le pasó los dedos por una parte íntima de su anatomía de tal modo que le provocó oleadas de sensaciones que se propagaron desde su vientre. Su contacto le daba placer, pero también encendía una horrible inquietud.

—Otra vez, por favor.

La besó.

—Todas las que quieras.

El condenado estaba en todas partes, tenía el pecho contra el suyo, su boca devoraba la de ella, su mano... Le había pasado una pierna por encima del muslo, sujetándola mientras ella balanceaba las caderas siguiendo el ritmo de su caricia.

Aquella manera de tocarla le daba la sensación de que se ahogaba y le costaba respirar.

—No puedo... No sé...

—Yo sí sé. Ten paciencia. Estás cerca.

Aumentó un poco la presión, de una manera adorable, y todo en el cuerpo de Louisa se sacudió. Lo que la había impulsado a apartarse del hombre que tenía a su lado, ahora la obligaba a aferrarse a él, y en su interior, lo que se esforzaba por disolverse, se unió y se transformó en intensos espasmos de placer.

Se revolvió, clavó las uñas en la masculina piel y se oyó soltar desconocidos sonidos, que estaban entre los suspiros y los gemidos. Todo ese tiempo, Joseph la llenaba de un placer tan intenso que rozaba lo insoportable.

Cuando las sensaciones disminuyeron, Louisa se encontró tumbada de costado, envuelta en toda su ropa amontonada y arrugada, pegada al pecho de Joseph, con una pierna por encima de sus caderas y la cara aplastada contra su garganta. Algunas palabras y frases en latín finalmente tuvieron sentido para ella, aunque sus emociones y todo su cuerpo no lo tenían.

—¿Esto forma parte del matrimonio?

Joseph le acarició el pelo lentamente y Louisa pensó por un momento que no había oído su pregunta... o que quizá ella no había hablado en voz alta.

—Es una parte del matrimonio que tú contraerás conmigo.

Había en sus palabras un significado que Louisa estaba demasiado dispersa para poder analizar. En la bruma que nublaba sus pensamientos, distinguió algunas revelaciones... acerca de algunos pasajes de antiguos versos, de la devoción matrimonial de sus hermanos, de la de sus propios padres.

—¿Esto se puede hacer repetidas veces? ¿Veces sucesivas? ¿Nueve veces seguidas?

—Se puede si se es mujer y se dispone de tiempo. Los hombres nos encontramos ante otra clase de desafío para mantener este ritmo... aunque el

intento seguramente sería placentero en la compañía adecuada.

Su tono daba a entender que Louisa era la compañía adecuada para él, lo que no la ayudó en absoluto a recuperar su compostura.

—¿Por qué nadie advierte de estas cosas a una joven dama?

—Los hombres jóvenes de toda Inglaterra les susurran al oído cosas como éstas a sus enamoradas. Quizá los mayores también, si tienen suerte. —Movió la mano, cubriéndole el trasero y levantándola sobre su cuerpo para que quedara a horcajadas encima de él.

—Voy a casarme con un bruto. —Se acurrucó contra su pecho y notó que la rodeaba con los brazos.

—Pareces bastante satisfecha con la idea.

Aunque el pudor demandara más autodisciplina y ropa de los que Louisa tenía en ese momento, se posó cómodamente sobre su prometido. A través de la tela, su erección provocaba una intrigante presión contra su sexo, una que evocaba recuerdos de las sensaciones que acababa de disfrutar.

—En general no me gustan las sorpresas, Joseph Carrington.

—Me doy por advertido.

—Ésta me ha gustado. Me estoy quedando dormida.

Él le besó la cabeza.

—Te has ganado un merecido descanso. Cuando estés lo bastante recuperada, te acompañaré a tu casa.

Ella suspiró entrecortadamente, cerró los ojos e inspiró una gran bocanada del olor de la satisfacción y de su futuro esposo. Louisa había creído que el honor y una propiedad muy próspera eran lo más importante que sir Joseph aportaba al matrimonio, pero estaba equivocada.

Aportaba además amabilidad, inteligencia y una generosidad en los asuntos pasionales que la dejaba sin aliento. Incluso se atrevió a abrigar la esperanza de que, de todos los hombres del mundo, quizá Joseph Carrington tuviera algún día la capacidad de comprenderla.

Al tiempo que cedía al sueño, rogó que tuviera mucha suerte y una puntería firme y precisa. Si Joseph podía manejar eso, y si sus propias indiscreciones de juventud permanecían en el pasado, su matrimonio superaría hasta sus más fervientes sueños.

—Su excelencia, ¿hace falta que le recuerde que los duelos son ilegales?

Joseph habló en voz baja, aunque Grattingly aún no había llegado y el rincón de Hyde Park estaba muy oculto; el duque de Moreland había llegado a tiempo.

—¿Ilegales, dice? Qué pena. Entonces quizá no debería haber abandonado a mi esposa y mi confortable cama en mitad de la noche para venir aquí a congelarme las partes. Usted se ve bastante descansado, Carrington.

—Lo estoy. —Joseph desmontó, contento de no padecer ninguna rigidez en la pierna, aunque hiciese bastante frío en aquel amanecer invernal. Si sobrevivía a aquella mañana, se esforzaría por permanecer medio desnudo con su dama sobre la alfombra de la chimenea, ante el chisporroteante fuego, muy a menudo y durante mucho tiempo.

—Escuche, Carrington... —Con una agilidad y gracia dignas de un hombre de la mitad de su edad, Moreland se bajó de su reluciente bayo castrado—. No quisiera entrometerme y, si insiste, lo dejaré en paz, pero ayer recibí una nota de mi hijo menor.

—¿De lord Valentine?

Su excelencia asintió con la cabeza y acarició el cuello de su animal con una mano enguantada.

—Creo que ya viene su padrino.

Joseph siguió con la vista la mirada del duque y vio un elegante carruaje que avanzaba por el irregular camino.

—Harrison. Le dije que viniese en un maldito carruaje de alquiler.

—Por el amor de Dios, hombre, mi propio carruaje está al otro lado de aquellos árboles.

—¿Y qué pasará si derramo toda mi sangre en su elegante vehículo, su excelencia?

—No sea imbécil. Valentine le ha enviado una advertencia. Tanto con una paloma mensajera como por correo, así que téngalo en cuenta: las pistolas de Grattingly, al menos las que usaba hace diez años, apuntan a la izquierda. Son reliquias de familia, por lo que mi hijo supone que sigue usando las mismas.

—Recibí la advertencia de lord Valentine ayer, su excelencia. Aprecio el hecho de que usted se asegure también.

—Por el amor de Dios, es usted tan desesperante como Louisa.

Joseph desvió la vista del elegante carruaje de Harrison (¿qué demonios hacía un mero retratista con semejante atuendo?) para observar la expresión de Moreland.

—¿Cómo dice?

—Su prometida, Louisa. Es incorregible. La muchacha tiene a su familia a su disposición, debería decir a su entera disposición, y sin embargo debe hacer las cosas por sí misma. Siempre ha sido de las que quieren abrirse su propio camino y me temo que en usted ha encontrado la horma de su zapato, por así decirlo.

El duque intentaba comunicarle algo, al tiempo que Joseph intentaba distinguir el emblema del carruaje de Harrison.

—No es buena idea que esté usted aquí, su excelencia. Es probable que en este lugar se cometan delitos que se castigan con la horca.

Moreland dio un golpe con la fusta en sus brillantes botas.

—Escúcheme, jovencito, no tiene usted padre, hermanos, tíos, ni siquiera un condenado primo segundo para que lo acompañe en esto. Si un futuro suegro es lo único que tiene, entonces, por Dios, es lo que debe aceptar.

Había algo alentador y familiar en la manera en que Moreland lo regañaba. Joseph notó que una inesperada y agradable calidez le llenaba el pecho.

—Su excelencia, ante todo, quiero darle las gracias y, en segundo lugar, decirle que es usted tan obstinado como Louisa.

—¿A quién cree que ha salido? Me pregunto qué tendrá que decirle a Arthur si alguna vez se digna sacar sus huesos de su carruaje.

El elegante vehículo se detuvo y, por la mención de «Arthur», Joseph supo de quién era el escudo que había estado contemplando.

—¿Lo ha mandado llamar?

—¿Yo? —La mirada de inocencia del duque era una representación excelente—. La habilidad de Wellington para estar al tanto de todo sólo puede competir con la de mi esposa. Tenga la certeza de que jamás intentaría involucrar a un noble del reino en un asunto tan turbio como éste.

—Por supuesto que no.

Wellington se apeó de su carruaje, vio a Moreland y esbozó una gran sonrisa.

—¡Su excelencia! Bonito día para un paseo, aunque nuestro propósito aquí poco tenga que ver con la temporada navideña que se aproxima. Carrington, buenos días.

Moreland y Wellington intercambiaron un derroche de ducal bonhomía, al tiempo que Joseph veía con alivio que de un coche de alquiler se bajaba Elijah Harrison, sobriamente vestido. Un segundo hombre se apeó del carruaje también, con ropa un poco más elegante que el primero.

—Espléndido —dijo Moreland—. Lord Fairly nos acompañará para ocuparse de que se atienda cualquier necesidad médica.

Fairly era alto, rubio y llevaba un maletín negro que Joseph no se permitió mirar por mucho tiempo.

—Milord, Harrison. —Joseph hizo una reverencia al desconocido, aunque quizá ese movimiento incluyese también al ominoso maletín—. Gracias por acompañarnos. Su excelencia, tal vez debería hacerle saber que...

—No hace falta —lo interrumpió Moreland—. Fairly es como de la familia. Wellington, es un placer presentarle a David, vizconde de Fairly, y a Harrison creo todos lo conocemos de los oscuros rincones de varios clubes. Sir Joseph, si su oponente... ¡Oh, ahí llega! Veo que el muy canalla presentará batalla después de todo.

Había algo a favor de tener a un par de duques que se habían invitado a sí mismos al primer duelo que uno libraba en muchos años. Moreland no sólo se ocupó de las presentaciones, sino que determinó el terreno y cuántos minutos más debían esperar antes de que asomase el sol por el horizonte. Wellington les seguía los pasos a los padrinos de Grattingly todo el tiempo y Fairly conversaba con Joseph.

—¿Nervioso? —El médico formuló la pregunta en voz baja, aunque el viento soplase desde donde se hallaba Grattingly, lo que indicaba que el hombre no era ningún tonto.

—¿Por qué admitiría semejante cosa ante un desconocido?

—No hace falta que lo haga. Hay tensión en su boca y en sus ojos, su respiración es superficial y no deja de empujar la nieve con la punta de la bota.

Joseph se volvió para mirarlo.

—Si su agudeza como médico es equivalente a su poder de observación, quizá no tenga motivos para estar nervioso.

—También puedo decirle que el aliento de Grattingly apestaba a ginebra cuando ha llegado con sus refuerzos. Es muy probable que todavía le duren los efectos de los excesos de anoche.

—Lo cual lo hace impredecible.

Fairly asintió y no dijo nada más.

Moreland se acercó, removiendo la nieve que había en el suelo.

—Creo que todo está preparado, a menos que el padrino del bufón pueda convencerlo de que se disculpe en el último momento.

Wellington se colocó a su otro lado.

—He consultado con la familia, Joseph. Su oponente es una comadreja que es la vergüenza de las alimañas de todo el reino. Haga lo que obliga el honor, que ni siquiera otras comadrejas lamentarán la pérdida.

Él miró a su alrededor y vio al menos a tres hombres con título nobiliario (o posiblemente cuatro, si los dudosos antecedentes de Harrison contaban), todos allí en el frío amanecer, arriesgando sus respectivas reputaciones por él.

—Caballeros, nunca he disfrutado tanto de defender el honor de una dama. ¿Quién va a contar?

—Ese honor recae sobre mí —respondió Harrison—. El padrino de Grattingly tiene las pistolas.

Los hombres que rodeaban a Joseph intercambiaron una mirada.

Joseph formuló la pregunta delicada.

—¿Alguien las ha inspeccionado?

La expresión de Harrison era seria.

—Yo lo he hecho.

—Bueno —dijo Moreland—, yo no. Arthur, ven conmigo.

Ambos duques se dirigieron a la mesa donde el juego de pistolas de Grattingly se hallaba en una caja abierta, forrada de terciopelo.

—A simple vista, parecen bastante normales —murmuró Harrison—. No se

me ocurre ningún motivo para usar otro par, ningún motivo, quiero decir, que no nos lleve a provocar otro duelo.

—¿Otro par de pistolas o de duques?

Al tiempo que Joseph decía eso, Moreland resbaló y un duque cayó sobre el otro, viéndose lanzados ambos hacia delante. La mesa plegadiza se desplomó bajo su peso y las pistolas salieron disparadas de su bonita caja, cayendo en medio de la nieve.

—Oh, bien hecho —dijo Fairly suavemente. Cuando Joseph le echó un curioso vistazo, el hombre se encogió de hombros—. No soy partidario de que se usen armas antiguas para asuntos tan serios como éste. Quedan muy bonitas sobre la chimenea del salón, pero no estamos aquí por un asunto de salón.

Los padrinos se reunieron para hablar y, al tiempo que Grattingly soltaba maldiciones y le dirigía a Joseph fulminantes miradas, los duques regresaron a sus carruajes y trajeron consigo dos juegos de pistolas de duelo en sus respectivas cajas.

A partir de ahí, todo transcurrió con rapidez. Grattingly escogió el juego de pistolas de Moreland, Joseph ocupó su lugar de espaldas a su oponente y Harrison comenzó a contar.

Más tarde, Joseph llegó a la conclusión de que la nieve le había salvado la vida... si es que no lo habían hecho sus excelencias. La voz de Harrison empezó a contar los pasos, pero cuando sólo faltaba uno para darse la vuelta, Joseph oyó que la nieve debajo de los pies de Grattingly crujía a destiempo, con dos pasos en lugar de uno.

Un tiro por la espalda era un poco menos letal que uno disparado al pecho, así que Joseph no imitó a su contrincante y no se volvió antes de tiempo. Grattingly disparó su pistola antes de que terminara la cuenta y Joseph oyó el silbido de la bala junto a su oreja.

Cuando Joseph se dio media vuelta, Grattingly tenía una rodilla en el suelo, el brazo derecho todavía extendido y la pistola humeante en la mano.

—¡Deténganse! —exclamó Harrison desde los carruajes—. Falta del señor Grattingly por disparar antes de tiempo.

—¡Se ha resbalado! —replicó el padrino, pero sus palabras carecían de convicción.

La voz nítida de Wellington se abrió paso en el gélido silencio.

—Su turno de disparar, sir Joseph.

Éste apuntó, inspiró, exhaló parte del aire y, cuando debería haber disparado una limpia bala que le atravesara a Grattingly su negro corazón, se le apareció en la mente una imagen de Louisa Windham acurrucada sobre su pecho, abandonándose a él, medio dormida. Le había dado permiso para que le diera una lección al joven Timothy, pero sólo una lección. Joseph apuntó de nuevo y disparó.

La pistola salió volando de la mano de Grattingly y, a unos pocos metros de distancia, Moreland aceptó un billete de diez libras de Wellington.

—Le debo un nuevo juego de pistolas a su excelencia. —Joseph evitó mirar la mano de Grattingly, que el médico envolvía en vendajes. No se había derramado sangre, pero el dedo corazón de su oponente se había dislocado al arrancarle la pistola de la mano.

—Considérelo un presente —dijo Moreland—. Vendrá a nuestra casa a desayunar, ¿no es así?

Desayunar. Joseph se imaginó a sí mismo en el escritorio de su helada biblioteca, con el té enfriándose junto a su codo, con los huevos también fríos en un plato y una tostada con mantequilla igualmente fría completando la imagen.

—Un desayuno no me vendría mal. Después de un duelo, ¿uno invita a desayunar a los padrinos y a los duques que se encuentran por allí por casualidad?

Moreland alzó sus blancas cejas.

—Arthur llevará a Harrison y a Fairly a comer un bistec al club. Dejemos que los muchachos escuchen sus gloriosas hazañas de la India y de España. Estoy seguro de que usted ya las ha oído en tantas ocasiones como yo.

Wellington no era particularmente dado a los relatos, pero Joseph no quería discutir con su futuro suegro. Sin embargo, sí tenía intención de marcharse de aquel frío lugar antes de que su pierna pagase las consecuencias.

Moreland señaló a su cochero.

—Yo haré los honores. Será mejor que mientras tanto usted beba un trago. Parece un poco enfermo y no debemos preocupar a las damas con un drama innecesario.

Joseph se sacó la petaca de un bolsillo interior y siguió el excelente consejo

del duque. Éste se dirigió al médico para decirle algo, al tiempo que Wellington aparecía junto a Joseph como... siguiendo alguna imperceptible indicación.

—Así que va a casarse para Navidad, Carrington.

—No me cabe duda de que su excelencia lo ha invitado a la boda. Sin embargo, no me ofenderé si rechaza la invitación.

Wellington negó con la cabeza cuando le ofreció la petaca.

—¿Rechazar? ¿Y despertar la legendaria furia de mi querido Percival? Maldición, claro que no. Además, es probable que pueda poner mi nombre en el carnet de baile de Esther Windham, y uno no deja pasar una oportunidad como ésa así como así. ¿Su joven dama aprueba su negocio de importación?

Era una pregunta que le formulaba un hombre que podía ser brusco, directo y descarado hasta la grosería; todas ésas eran cualidades que a Joseph le gustaban del duque. También era la cuestión planteada por un duque militar que se tomaba muy en serio el bienestar de sus oficiales.

—No hemos hablado del asunto todavía, su excelencia.

—Ejem. —Wellington recorrió a Joseph con la vista—. A las damas no les gustan las sorpresas, Carrington. Mi propia esposa me ha informado cumplidamente de ello en varias ocasiones.

—No cabe duda de que eso es verdad para la mayoría, señor. —Pero no era verdad en el caso de ciertas damas y de ciertas sorpresas.

—Cuando mi esposa se molesta en dar su opinión, rara vez se equivoca. Ah, Percy ya ha terminado con Grattingly. Qué espectáculo tan indigno ha dado el pobre muchacho. Meándose encima como el más novato de los reclutas, me temo, porque me pregunto por qué tendría el abrigo cerrado de ese modo si no. ¡Lo veré en su boda, Carrington!

Wellington se marchó, Joseph bebió otro trago y esperó que Moreland abandonara su función de niñera ducal, atendiendo a su oponente como si se tratase de un crío.

—Vámonos de aquí —dijo finalmente el duque, montando en su bayo—. Mi esposa me aguarda con el desayuno y no tengo intenciones de hacerla esperar.

Cuando llegaron al establo de Moreland y los mozos de cuadra cogieron las riendas de *Soneto*, su excelencia señaló una puerta en un alto muro de ladrillos.

—Por allí, a menos que quiera que lo vean frente a la puerta principal a estas

horas. El resultado del duelo llegará a los clubes antes del mediodía si algún alma valiente se atreve a preguntárselo directamente a Arthur. Fairly se ocupará del asunto si Wellington de repente se vuelve inoportunamente discreto y me imagino que Harrison le seguirá los pasos si hace falta.

Así que ésa era la estrategia que se ocultaba en un bistec ducal... La idea era abrumadora.

Joseph siguió a Moreland por un jardín nevado, una puerta muy poco atractiva y un pasillo pobremente iluminado. El olor del pan recién horneado llegó a su nariz como una bendición.

—Moreland. —La duquesa se detuvo en el recodo del pasillo—. Y sir Joseph. Espero que hayan disfrutado de su cabalgata matinal.

«¿Su cabalgata matinal?»

Un lacayo le cogió a Joseph el abrigo de los hombros y la duquesa hizo lo mismo con el del duque. La dama le entregó luego la prenda a un sirviente y observó a su marido, claramente esperando una respuesta.

—Casi sin incidentes, querida.

Ante la mirada de Joseph y antes de que el lacayo se hubiese retirado, Moreland besó a su esposa en la mejilla.

—Nos encontramos con Arthur en el parque. Tendrás que reservarle un vals en el baile de la boda, o será el cuento de nunca acabar. Espero que la novia haga lo mismo o, si no, el novio padecerá el interminable acoso de su excelencia, con sus infinitos suspiros y públicas recriminaciones. Fairly manda saludos y sir Joseph está famélico.

La duquesa desvió la mirada al atuendo de montar del invitado.

—Una salida matinal puede despertarle a uno el apetito, especialmente con el frío que hace. Sir Joseph, si desea refrescarse, Hans le mostrará una habitación de invitados.

Hans era otro lacayo que apareció como por arte de magia. Él se dejó conducir por una escalera, tras haber presenciado entre los duques un fascinante ejercicio de lo que Joseph calificó como «código matrimonial». La duquesa sabía muy bien lo que había ocurrido aquella mañana y que Wellington estaba invitado...

Demonios, probablemente hubiese sido idea suya enviar refuerzos.

A la izquierda de Joseph se abrió una puerta, mientras el lacayo Hans continuaba con su parsimonioso paseo por la casa.

—Joseph.

Se volvió y vio la silueta de Louisa en el umbral de una puerta. Llevaba un vestido de día de terciopelo verde y el pelo recogido en un sencillo moño en la nuca. Su expresión pasó de la sorpresa a la alegría, con una brillante y magnífica sonrisa.

—Milady, buenos días. —No pudo evitar devolverle la sonrisa.

Estaba calculando cuánto podrían aguantar su cadera y su rodilla si se inclinaba en una reverencia, cuando ella se arrojó a sus brazos.

—Por favor, dime que estás bien. Por favor, dime que todo se ha resuelto y que no te han herido.

El lacayo podía irse al demonio. Joseph rodeó a su prometida con los brazos.

—Estoy bien. —Corría el riesgo de morir asfixiado y que ella lo hiciera caer al suelo, pero daba igual. No tenía la menor importancia.

Louisa le hizo más y más preguntas, pero él se extravió por un momento en la tibieza y femenina voluptuosidad que tenía entre los brazos; su perfume a clavo se le subía a la cabeza y su sonrisa lo volvía loco.

—Es todo...

—¿No tendrás que huir al Continente? ¿No tendremos que hacerlo?

—Grattingly ha salido con un dedo herido, según me han dicho, y se han cumplido las demandas del honor. No habrá ninguna precipitada marcha hacia Francia.

Ella pensó que, de haber habido necesidad de huir de la ley, habría ido con él... Era una idea desatinada, pero emocionante.

—¿Un dedo herido? —Louisa se apartó, cogiéndose de su brazo y avanzando con él—. ¿Cómo es posible?

Joseph ni siquiera pensó en andarse con rodeos.

—Ha disparado antes de tiempo y, cuando ha llegado mi turno, le he quitado el arma de la mano de un disparo. Tu padre me ha dado el juego de pistolas como regalo de bodas.

Louisa se detuvo en medio del pasillo y su sonrisa se volvió, si eso era

posible, más radiante.

—¿Le has quitado la pistola de la mano de un disparo? Eso es, eso es... ¡excelente! Es brillante. St. Just estará celoso. Todos los muchachos lo estarán. ¡Yo misma estoy celosa! ¡Le has quitado la pistola de la mano de un disparo! Estoy muy orgullosa de ti, Joseph. Bien hecho. Muy bien hecho.

Continuaron caminando hacia el agua, el jabón y las toallas (lo que en realidad Joseph se encontró fue agua caliente, jabón perfumado y tibias toallas), al tiempo que Louisa continuaba inundándolo con una avalancha de felicitaciones. También permaneció junto a él, casi tocándolo, durante el abundante desayuno e insistió en acompañarlo hasta el establo cuando terminaron de comer.

— Cuando te he visto esta mañana, sano y salvo, quería besarte —le confesó, mientras esperaban que le trajeran a *Soneto*—. ¿Tú querías besarme?

Bajo la luz del sol de la mañana, sus ojos verdes brillaron como el césped húmedo de rocío y a su alrededor resplandecía una especie de energía contenida.

Y aquella magnífica y hermosa mujer, que iba a ser su esposa, le confesaba una frustrada urgencia por besarlo, por besarlo a él. Los mozos de cuadra estaban ocupados en el establo y el callejón estaba lo bastante desierto como para que Joseph fuese honesto.

—Me temo, Louisa Windham, que pronto será Carrington, que siempre deseo besarte. Este estado de cosas me lleva otra vez a las Navidades de mi infancia, a la emoción y... alegría que había en las fiestas. Como si siempre me esperasen deliciosas novedades.

No sonó alegre a sus propios oídos, pero al ver la sonrisa de su prometida, al sentir su mano cogiendo la suya varias veces por debajo de la mesa del desayuno, había experimentado verdadera alegría. Alegría, alivio, calidez...

Y deseo, por supuesto.

Louisa le pasó una mano por la solapa.

—Si no estuviésemos a la vista de al menos media docena de vecinos, yo misma expresaría mucho más todo lo que siento. ¿Sabes que celebraremos un baile después del desayuno de nuestra boda?

Él tenía la esperanza de que lo besase. En cambio, le cogió los dedos y se los llevó a los labios.

—Si no quieres un baile, Louisa, probablemente pueda detenerlo. ¿Dónde

están tus guantes?

—¿Dónde están los tuyos? —La joven no intentó retirar su mano—. Creo que el baile es idea de la duquesa, un gran gesto para acallar a las viejas cotillas y frenar los rumores. Pero, en realidad, mamá y papá no han dado una fiesta desde hace bastante tiempo.

Joseph intentó descifrar lo que le estaba diciendo.

—Entonces, ¿quieres un baile de boda?

Su expresión se ensombreció un poco.

—¿Te molestaría?

—Ven conmigo. —La cogió de la mano, las tenía cálidas, incluso en el frío de la mañana, y la condujo hasta un banco fuera del establo. Se sentó a su lado, ignorando el extraño impulso de sentarla en su regazo—. La pregunta no es si a mí me molestaría dar un baile, Louisa, sino si tú quieres uno.

—Si mamá y papá lo quieren, ¿qué problema hay?

—Lo hay para mí. Si sólo vamos a dar un baile para acallar los rumores, un baile lujoso aunque organizado con prisas, después de un desayuno nupcial igualmente lujoso y una concurrida ceremonia en la iglesia de San Jorge, ya estaremos confirmando tácitamente todos los rumores, ¿no es así?

Preocupada, ella se mordió el labio inferior con un gesto que le daba un aire infantil y extrañamente vacilante.

—No es una buena idea, ¿verdad? Si lo hacemos con tanta pompa es porque estamos intentando enfrentarnos al escándalo. Si no lo hacemos, una boda medio secreta es prácticamente un preludio de un escándalo.

Al ver a Louisa preocupada, el modo en que los rumores alteraban su paz mental, Joseph advirtió que había algo que no podía decirle. No obstante, reservárselo para sí mismo no era exactamente mentir.

Ella se casaba con él para evitar el escándalo. Sin embargo, él era afortunado por contraer ese matrimonio, desde cualquier punto de vista honorable que pudiera encontrar. Por eso se sentía en vísperas de Navidad siempre que Louisa estaba cerca, porque sus sueños se habían hecho realidad, había cumplido deseos inalcanzables y había recuperado la esperanza.

Le besó la mejilla justo antes de oler una pizca de su perfume.

—Tendremos ese baile. Wellington ya ha pedido figurar en tu carnet de

baile.

Louisa dejó caer la frente en el hombro de él, con evidente alivio.

—Es un buen bailarín y bastante ingenioso.

Permanecieron allí, en el duro y frío banco, hasta que *Soneto* salió. Joseph montó en su caballo y se despidió de su prometida, pensando que cuando volviese a verla sería con motivo de su boda.

Mientras cabalgaba en el frío aire de la mañana, no pudo evitar sonreír al recordar la mención de uno de los mayores héroes de la tierra como un «buen bailarín» y alguien «bastante ingenioso».

Pero luego se le borró la sonrisa. Incluso la oferta de Wellington de bailar con Louisa era probablemente una táctica que perseguía el objetivo de acallar los rumores y evitar el escándalo. ¿Qué demonios pensaría la nueva lady Carrington si supiera que su caballero de reluciente armadura era padre de no menos de doce hijos bastardos?

# 10

—Esto es un desastre.

—No aprietes los dientes, querida. —Jenny detuvo el lápiz en medio de la página—. ¿Qué es un desastre?

Louisa entró en el salón de dibujo de su hermana (que era de hecho un salón de dibujo, y no un mero refugio donde ir a ocultarse) y se dejó caer junto a ella en un sofá.

—Voy a casarme mañana. ¿Qué es lo peor, lo menos delicado y más incómodo que puede sucederle a una mujer cuando se acerca su noche de bodas?

Maggie, que estaba en la ciudad con motivo de la boda, se quitó las gafas de encima de su elegante nariz.

—¿Alguien ha puesto ciruelas horneadas en el menú del desayuno?

Louisa no pudo contener una sonrisa ante la pregunta de su hermana mayor. Desde la infancia, ese alimento había tenido un predecible efecto sobre su digestión.

—Eve se ha asegurado de evitarlo.

—Tendremos chocolate —aclaró Eve—, mucho chocolate. También he puesto los platos favoritos de todos en el menú, y la duquesa no ha rechazado ninguno de ellos.

Estaba sentada en un cojín junto al ventanal, bordando algo en un trozo de seda blanca. Maggie, por su parte, ocupaba la mecedora junto a la chimenea, donde un alegre fuego irradiaba bastante calor como para mantener confortable el pequeño salón.

—Tienes la regla, ¿es eso? —Sophie se inclinó hacia delante, sentada en la alfombra junto a la chimenea, y cogió la tetera—. A mí me ocurrió lo mismo después del nacimiento del bebé. Sindal parecía al borde de las lágrimas cuando se lo dije. Yo ya me había recuperado después del parto y el pobrecillo tenía planes para esa noche.

Semejante confesión por parte de su remilgada y correcta hermana no podía pasar inadvertida.

—¿Tú se lo dijiste? —preguntó Louisa, al tiempo que aceptaba la taza de té y observaba la leve sonrisa de Sophie.

—Cómete el último bollo. —Maggie le acercó la bandeja a Louisa—. Si no se lo dices tú, será tu doncella la que deberá ir a decirle al ayuda de cámara del caballero que estás indispuesta. Después de eso, tu esposo te buscará, para fisgonear y asegurarse de que en realidad no estás enferma y entonces tendrás que decírselo de todos modos.

Louisa desvió la vista de Maggie a Sophie. Maggie era la más alta de las cinco hermanas y la mayor, tenía el pelo rojo como el fuego y una dignidad que le sentaba muy bien como condesa de Hazelton. Sophie era de cabello castaño oscuro, curvilínea y bastante reservada, como correspondía a la baronesa Sindal.

Estaban casadas y hablaban con sus esposos de ciertas... cosas.

—¿Por qué un marido no puede comprender que tener la regla es una cosa y estar enferma es otra? —A Louisa su propia pregunta le pareció perfectamente lógica.

Sophie y Maggie intercambiaron una mirada, pero no una de superioridad como queriendo decir «estamos casadas y comprendemos estas cosas», ni tampoco una mirada de hermanas mayores. Era más bien una mirada que podría traducirse por: «¿cómo explicar una cosa así?».

—Sindal y yo compartimos la cama —dijo Sophie—. Te sorprenderías de lo fácil que es hablar de ciertas cosas cuando se apagan las velas y tu esposo te estrecha entre sus brazos.

Compartían la cama y eso implicaba que la compartían... todas las noches. Jenny inclinó la cabeza un poco más sobre su dibujo; junto a la ventana, Eve tenía la nariz prácticamente metida dentro del tambor de su bordado.

—Hazelton y yo también compartimos la cama. Siempre lo hemos hecho —dijo Maggie—. El asunto de la regla no ha salido todavía, pero el embarazo tiene

algunas consecuencias poco delicadas propias del asunto.

—¿Y tú hablas de esas cosas con él?

—Nuestros padres comparten la cama —intervino Eve con suavidad y apretó la boca como si estuviera luchando con algún punto complicado—. Sé que tienen habitaciones contiguas, pero ¿habéis notado que las criadas casi nunca cambian las sábanas de la habitación de la duquesa?

—En Moreland ocurre lo mismo —añadió Jenny, alzando la vista desde su dibujo—. Es inevitable notar que en todos los demás dormitorios hay cambio de sábanas con frecuencia, pero en ése no.

Louisa no había advertido lo de las sábanas, pero sí que cuando sus padres se retiraban de alguna sala, utilizaban la puerta que conducía al salón del duque, nunca la de la duquesa. Había visto el cepillo de su madre junto a la cama de él una mañana y varias veces también sus gafas de lectura.

—Hemos nacido ocho hijos de ese matrimonio —señaló Louisa—. Mamá y papá no pueden haberlo conseguido sin pasar algún tiempo en la misma cama.

—Una cama... —Maggie soltó la palabra con desdén y se acarició la redonda barriga—. Nuestro primer hijo fue concebido en una manta de picnic. Benjamin tiene ideas arriesgadas con una frecuencia maravillosa.

—¿Y en carruajes? —preguntó Sophie, y su voz sonó como si hablara de algún pecado personal compartido con su esposo.

Maggie hizo un ademán con la mano.

—Carruajes, establos, glorietas... No me atrevo a cerrar la puerta de la sala de los billares ni a encontrarme a solas con el conde. Su creatividad, sin previo aviso, es verdaderamente asombrosa.

«¿La sala de los billares?»

—Nosotros tenemos un piano que tiene la altura perfecta —murmuró Sophie—. Valentine se escandalizaría si lo supiera. Y a Sindal le encantan las glorietas.

¿Valentine se escandalizaría? Louisa ya lo hacía, pero también estaba intrigada.

—Entonces, ¿vosotras no intentáis contradecir a vuestros esposos cuando se ponen... creativos?

Maggie comenzó a balancear la mecedora con lentitud.

—¿En el sentido amoroso, quieres decir? Oh, quizá en las primeras semanas después de la boda tuviese alguna tonta idea del decoro relacionada con esas cosas...

—Pero ya no es así —concluyó Sophie simple y llanamente—. Si sir Joseph no pone su parte de imaginación en el matrimonio, será tu responsabilidad inspirarlo. Sindal me mira con los ojos como platos cuando estoy de humor para avivar su creatividad. Y a mí me encanta hacer que me mire de ese modo.

En ese momento fue Louisa la que abrió los ojos como platos. Conocía a aquellas mujeres de toda la vida, las adoraba y habría dicho que eran sus mejores amigas en el mundo entero.

Pero en el transcurso de aquella conversación, se habían transformado en completas desconocidas.

—Si el decoro no tiene nada que ver con estos asuntos, entonces, ¿cómo sabéis cómo continuar?

Jenny hizo la pregunta que Louisa no se había atrevido a formular.

Maggie dejó de mecerse.

—Tú amas a tu esposo, él te ama. Lo averiguáis juntos y eso es la mitad de la diversión.

—La mitad del placer —añadió Sophie en voz baja.

Esbozaban secretas, soñadoras y femeninas sonrisas de mujeres casadas, lo cual hizo que Louisa se preguntase dos cosas.

¿Cómo avanzaba uno si el amor no era un factor ni para el esposo ni para la esposa? ¿Y cómo demonios iba a explicarle sus dificultades a sir Joseph?

—Tu hermano debería trabajar como maestro de ceremonias —dijo Joseph, apartando la falda del vestido de novia de Louisa para sentarse frente a ella—. Westhaven tiene un don para hablar y expresar la calidez de sus sentimientos.

Ella se puso en pie y se sentó a la derecha de él, por lo que tuvo que volver a arreglarse el vaporoso vestido color verde.

—Y además ha hecho gala del don de la brevedad, aunque estoy segura de que Valentine y St. Just también querían decir algo.

—Y Sindal y Hazelton y su excelencia, tu padre, y su excelencia, mi antiguo comandante en jefe, y el viejo Quimbey, su excelencia mayor.

Ella le sonrió, al tiempo que Joseph golpeaba el techo del carruaje.

—Hemos tenido suerte de poder escapar del desayuno nupcial antes de la primavera. Se supone que vendremos a visitar a mis padres antes de marcharnos a Kent mañana por la mañana.

—¿Tu madre quiere asegurarse de que sobrevives a la noche de bodas?

A Louisa se le borró la sonrisa, pero no se apartó de él.

—Quizá sea tu supervivencia lo que les preocupa, sir Joseph.

Ahora que estaban casados, había algo distinto en su voz cuando se dirigía a él como «sir Joseph». Como si él fuera «su» sir Joseph, como si hubiese sido su esposa la que lo había nombrado caballero, en lugar del príncipe regente. Ella se quitó los guantes con aire sereno y se volvió hacia él.

—Te duele la pierna.

Antes de que Joseph pudiese prepararse para el placer y la incomodidad de su tacto, ella le presionó el muslo en toda su extensión.

—Louisa, no tienes que... sólo porque tengas cuatro hermanas a las que les encanta bailar... Dios del cielo. —Se resignó y dejó escapar un suspiro—. Y también tu madre.

—Que es buena, pero no es ninguna santa. —Louisa lo masajeó con más fuerza y la mezcla de felicidad, molestia física y aquella dolorosa alegría, lo obligó a cerrar los ojos.

—Y no te olvides de mi tía Gladys. ¿Alguna vez has pensado en el láudano para el dolor, Joseph?

—No, no lo he hecho. Me dieron tanto láudano cuando me hirieron que conozco sus límites. Prefiero pensar en el matrimonio contigo como el mejor remedio.

Excepto que en el momento de la herida también estaba casado y el recuerdo dejó una sombra sobre el ánimo de Joseph.

—No necesitas halagarme, esposo. Estoy casada contigo con halagos o sin ellos.

Él abrazó a su rígida y flamante esposa.

—Y tú no necesitas dar un respingo ante cada sincera muestra de aprecio. Mi primera esposa no toleraba ver mi herida. —Ella dejó quietas las manos, pero no las retiró de su cuerpo—. Lo siento, Louisa. No debería haberla mencionado. No era mi intención hacerlo justo ahora.

Ella continuó con su bendito masaje en su pierna.

—Es la madre de tus hijas. Por supuesto que la mencionarás. Lionel ha dicho que habría sido un alivio para ella verte felizmente casado otra vez, pero he llegado a la conclusión de que sólo intentaba demostrar sus buenos modales.

Lo que en realidad había hecho ese hombre había sido acercarse demasiado a su esposa, pero no habría tenido sentido mostrar su disgusto frente a toda la buena sociedad. De todos modos, Valentine, el hermano de Louisa, había aparecido junto a ella mucho antes de que Joseph hubiese podido llegar a su lado.

—Lionel era uno de los favoritos de Cynthia. Probablemente era sincero.

Tan pronto como terminó de hacer ese comentario, Joseph deseó no haber dicho el nombre de su fallecida esposa; mucho menos junto con el de su querido Lionel.

—¿La echas de menos?

El agradable brillo del día de la boda se evaporó con esas cuatro breves palabras, trayendo en cambio todo el peso y la complejidad de un nuevo matrimonio, una unión a la que se habían comprometido, al menos la dama, por motivos nada sentimentales.

—¿Puedo ser honesto contigo, Louisa? Éste no es el tema más optimista del que pueden hablar dos recién casados.

—Siempre debes ser honesto conmigo y así yo también tendré el valor de serlo contigo.

Joseph no había encendido las lámparas del carruaje porque se trataba de un viaje corto, de sólo un par de calles. La oscuridad le permitía concentrarse no sólo en el relajante masaje que su esposa le daba en la pierna, sino también en la belleza de su voz en la oscuridad.

Al cantar, Louisa debía de ser contralto. Seguro que era una cantante extraordinaria en los registros más bajos y cálidos de la escala femenina y su voz debía de ser tan flexible como llena de gracia... al igual que su cuerpo moviéndose en la pista de baile.

Al leer poesía, esa voz sería divina, desplegando toda su belleza y encanto.

Y deseaba no oír nunca la decepción en ella, por lo que, en la medida de lo posible, aceptó el desafío que Louisa acababa de formular.

—Mi esp... Cynthia y yo nos casamos en lo que supongo que podría llamarse un ataque de lujuria patriótica. Yo era joven, pero tenía dinero, y ella era joven y, al menos en apariencia, estaba enamorada de un par de anchos hombros enfundados en un gallardo uniforme militar. Su familia estaba contenta de entregarla a mis deseosos brazos, algo que no comprendí hasta después de la ceremonia.

—¿No erais compatibles?

La prosaica naturaleza de la pregunta, su franqueza, lo conmovió.

—En el sentido en que pueden serlo los jóvenes, lo éramos lo bastante como para consumar la unión, pero luego yo me embarqué con rumbo a la Península.

Louisa era una mujer inteligente. La forma en que se inclinó hacia él y le besó la mejilla le dio la certeza de que lo comprendía: después de que él volviese a Inglaterra, su joven esposa y él no fueron compatibles en absoluto.

—Lo siento. Es probable que mi familia también se alegre de entregarme a tus deseosos brazos, pero yo no soy joven y no tengo ninguna intención de ser una molestia para ti.

—Ni yo para ti.

Vaya humilde intercambio de intenciones para ser un par de recién casados. Sin embargo, a Joseph le pareció atractivo. Reconfortante.

Alcanzable y honesto.

El carruaje giró en un callejón que daba al establo de su casa y él advirtió que podría haber pasado mucho más rato abrazando a su esposa en los oscuros y abrigados confines del vehículo.

—Yo también debo ser honesta contigo, esposo.

—Preferiría que así fuese.

—No estoy en condiciones de consumar nuestro matrimonio esta noche.

Él sintió sorpresa y decepción. Y, por un instante, consideró que, a pesar de todo su cariño y pragmatismo, más allá de toda la pasión que había demostrado en la alfombra, frente a su chimenea, varias noches atrás, Louisa prefería una unión sin relaciones sexuales.

Pero... su pasión había sido honesta. Su alegría al verlo regresar del duelo sin un rasguño había sido honesta. Las sonrisas que le había dirigido a través de masas de invitados a la boda en el salón de baile de Moreland habían sido radiantes y honestas.

—¿Por qué no puedes hacerlo?

En ese momento, su esposa retiró las manos de su pierna y él advirtió que ésta ya no le dolía. Los caballos aminoraron el paso.

—¿Louisa?

Ella ocultó el rostro contra su garganta, contra su piel y pudo notar que su mejilla estaba extraordinariamente caliente.

—Maldita... condenada... femenina... La próxima semana.

Joseph parpadeó en la oscuridad. Había estado casado antes. Durante una larga e infeliz temporada, de hecho, pero en ese extraño momento, con Louisa acurrucada junto a él en la oscuridad, todos esos años de matrimonio lo ayudaron a descifrar el significado de sus palabras y comprender su problema.

Se acercó a ella y le besó la mejilla, cuando lo que en realidad quería hacer era reírse... del destino, de las cosas horribles que había imaginado, incluso un poco de la murmurada indignación de su esposa respecto a la maldita biología.

—La semana que viene no está tan lejos, Louisa Carrington, y te prometo que podemos hacer que tu espera valga la pena.

Ella alzó la cabeza y sus verdes ojos brillaron con la idea del desafío.

—Y la tuya también, sir Joseph. Te lo prometo.

Y entonces sí se rieron... juntos.

Debería existir una poesía para la mañana después de la boda.

Louisa contempló a su esposo afeitarse. Era cuidadoso, metódico y eficiente al quitarse el oscuro vello de la cara. Tenía un tazón de té (no una taza) junto al codo, durante todo su masculino ritual, y se afeitó primero alrededor de la boca para poder beber.

—Te ha quedado vello en la mandíbula, esposo.

Esposo. Su propio esposo.

Él se volvió, con la cara salpicada de espuma, y le tendió la navaja. No era tanto un desafío sino que parecía más una invitación. El momento parecía reclamar un soneto sobre el ritual de afeitarse.

Louisa hizo a un lado su taza, un té que Joseph le había preparado, y se bajó de la cama. Cogió la navaja y le miró la mandíbula.

—¿Intentabas no herir mi susceptibilidad anoche?

—Tenías la regla.

Ambos permanecieron en silencio mientras ella le quitaba los últimos restos de espuma de la mejilla. Cogió la toalla que Joseph tenía sobre el hombro y le limpió la cara.

—Lo sé, pero apagaste todas las velas antes de desvestirte. He visto hombres desnudos antes. —Sin embargo, nunca había dormido con uno que la abrazara como él. Aquella manera era... agradable y facilitaba la conversación.

—¿Has visto hombres desnudos?

Había algo demasiado despreocupado en la pregunta de Joseph. Louisa dejó la navaja y dio un paso atrás.

—Mientras crecía, siempre teníamos uno o dos hermanos a los que espiar, y creo que a ellos no les importaba mucho que lo hiciéramos o habrían sido más discretos cuando iban a nadar. También asisto a todas las exposiciones de la Royal Society y la biblioteca de Moreland es bastante completa.

Él la besó y, al notar su boca sobre la suya, Louisa comprendió que su esposo sonreía por lo que acababa de decir. Sin embargo, el beso fue demasiado formal y no duró más que un instante.

Mientras estaba allí, entre sus brazos, oliendo el aroma a jabón de lavanda de su piel, se preguntó si los besos de casados serían distintos de los besos del cortejo.

—Me he casado con una mujer intrépida y traviesa —dijo Joseph, acariciándole la trenza—. Y pensar que yo estaba preocupado por si era una imposición de mi parte que compartiésemos mi cama anoche...

—No necesitas ser galante. Te hablé hasta el hartazgo.

Y él la había escuchado. No se había quedado dormido, no le había dado una palmada en el brazo ni se había dado media vuelta, no le había hecho saber de maneras poco sutiles que el día había sido bastante largo, ni le había dicho

«muchas gracias» para interrumpirla.

—Has tenido una educación interesante. No muchas mujeres estudian astronomía, historia antigua y economía.

—El cálculo hace que el estudio de las estrellas sea más fácil. Me enviarán mis telescopios de Moreland; a nuestras hijas les gustará mucho quedarse despiertas después de la hora de ir a dormir para poder aprender las constelaciones. No sé quién disfrutaba más de los picnics de medianoche, si el duque, mis hermanos o yo.

Joseph dejó quieta la mano con que le acariciaba el pelo, sosteniéndole la cabeza.

—¿Te has dado cuenta de que te has referido a ellas como «nuestras hijas»?

Y con una sola pregunta ya entraban en un terreno peligroso. Probablemente no fuese un asunto poético, sino parte de las discordias matrimoniales.

—No quería ser atrevida. Puedo referirme a ellas como Amanda y Fleur, si quieres. ¡Qué nombres tan bonitos, por cierto!

—Por la forma en que lo dices, ellas son realmente nuestras hijas. Esto es más que un regalo de bodas, porque no es algo que me des sólo a mí, sino a dos pequeñas que necesitan mucho una madre.

El beso que le dio en ese momento fue diferente, reverente, tierno, cariñoso... algo que estaba más allá de la poesía.

Louisa posó la frente en el pecho desnudo de su esposo y, por enésima vez, maldijo en silencio su ciclo femenino, tan poco oportuno.

—Nunca llegaremos a Kent si no nos marchamos pronto.

Joseph le dio una palmada en el trasero y dio un paso atrás.

—No permitiremos que tus padres nos ofrezcan desayuno, porque de lo contrario tus hermanas te obligarán a recluirte en vuestra guarida privada. Sin embargo, sospecho que los peores serán tus hermanos. Nunca he visto personas más sobreprotectoras.

Él se perfumó con su esencia de cedro y especias y luego comenzó a sacar su ropa, haciendo repetidos viajes del armario a la cama. Continuó paseándose por el dormitorio, sin nada más que los pantalones de montar, con toda naturalidad.

Y a Louisa le encantó. Su esposo estaba bien dotado de músculos y pulcritud masculina y pensaba que sus hermanos eran personas sobreprotectoras. La había

escuchado en la oscuridad, la había abrazado y le había masajeado la espalda cuando ella ni siquiera sabía que podía pedir semejantes consideraciones.

Quizá el amor no fuese un asunto de declaraciones grandilocuentes y rítmicos versos pareados. Quizá no fuesen rosas rojas y sentimientos teatrales. Quizá el amor fuese una palmada en el trasero y un beso tierno, una buena noche de sueño compartido y un hombre lo bastante considerado como para hacer una parada rápida en la mansión ducal antes del viaje de bodas.

—Usted la va a tener para el resto de su vida, Carrington. Al menos permítanos que le digamos adiós como corresponde.

El hermano músico, lord Valentine, hizo ese comentario con poca alegría, al tiempo que St. Just, Westhaven y cada una de sus hermanas abrazaban a Louisa. En una extraña exhibición de diplomacia, sus excelencias los duques se retiraron al interior de la mansión después de desearles un buen viaje a los recién casados.

—Han tenido a su hermana los primeros veinticinco años de su vida y empiezo a preguntarme si esperaban a que se marchase para apreciarla.

Lord Valentine alzó sus oscuras cejas en un gesto muy parecido al del duque.

—¿Qué se supone que significa esta grosería?

—Louisa ha estudiado prácticamente todas las lenguas europeas modernas, pero la única oportunidad que ha tenido de hablarlas ha sido cuando sus padres invitaban a diplomáticos a su casa. Puede hacer cuentas mentales tan rápidamente que yo no podría ni seguirlas en el papel y, sin embargo, tiene suerte si Westhaven le permite que lo acompañe a alguna que otra conferencia sobre economía. Resumió medio milenio de historia de estrategia militar romana para St. Just, porque se sabe las cartas del César de memoria en versión original y traducida y, no obstante, en las cartas que St. Just le mandaba en respuesta a las suyas desde la Península sólo le hablaba de sombreros de damas. Usted le compone bagatelas cuando lo que Louisa debería estar haciendo es trabajar en una traducción de *La Divina Comedia*.

El joven parpadeó y esbozó una triste sonrisa.

—Supongo que cuando se trata de Lou, no sabemos muy bien qué hacer con ella. Advertí hace mucho tiempo que tiene tanta pasión como yo por la música,

pero posee la capacidad para volcarse prácticamente en cualquier proyecto intelectual. Me habrían expulsado en mi primer semestre si no fuese por ella.

Guardó silencio mientras Louisa cogía un pequeño paquete que le entregó St. Just y se lo guardaba en su ridículo. Lord Valentine le había dado un regalo similar, como si esos pequeños obsequios pudiesen remediar un cuarto de siglo de negligencia fraterna.

—Deberían haberlo expulsado y haber permitido que ella se matriculase.

—Louisa siguió buena parte de los cursos a través de nuestra correspondencia. Me costaban casi todas las materias, porque pasaba demasiadas horas al piano. Latín era lo peor. Ella me hacía las traducciones y se las hacía también a algunos de mis compañeros, aunque fuese hacer trampa. Cuando comprendió lo que nos traíamos entre manos, dejó de hacerlo, pero para entonces...

Lord Valentine volvió a interrumpirse, y no quedaban en su cara rastros de su sonrisa.

—Para entonces ya habían aprendido bastante latín o griego de ella como para arreglárselas solos, mientras Louisa estaba obligada a permanecer en el campo en Kent, mirando las estrellas mientras nuestras hermanas bordaban sus corsés y dibujaban sus desnudos.

—¡Dios del cielo! ¿Desnudos?

—Miniaturas, me parece, porque los únicos modelos que tenían eran los hermanos a los que espiaban.

Tras ese golpe de gracia, Joseph dio un paso adelante, esperando que Louisa deslizara un tercer paquete, éste de Westhaven, dentro del ridículo. Lady Genevieve le dio un pequeño fajo de documentos atados con un cordel, que también fue a parar al ridículo. Finalmente, cuando terminó toda aquella ceremonia, Joseph consiguió llevar a su esposa al carruaje.

—Tengo la sensación de tener que escapar cada vez que nos despedimos de tu familia, Louisa.

Ella volvió a cambiarse de asiento para estar a su derecha.

—Lo que dices me resulta reconfortante. Cuando Sophie pidió un par de días de soledad en la última Navidad, finalmente advertí que no soy la única hermana Windham que desea paz y privacidad. Adoro a mi familia, pero son tan...

Volvió la cabeza para mirar por la ventana. Joseph le dio su pañuelo,

pensando que quería decirles adiós con él.

—Soy ridícula. —Agitó el pañuelo, pero luego se lo llevó a los ojos—. Volveré a verlos dentro de un par de días, cuando nos reunamos para Navidad, y a los niños también. Aunque supongo que se me puede perdonar un exceso de sentimentalismo. No había visto a St. Just desde hacía meses y Maggie está embarazada, pero en cambio visitaré a Sophie muchas veces...

Él la acercó hacia su costado y le apoyó con suavidad la cabeza en su hombro.

—Los visitaremos a todos todas las veces que quieras, por todo el reino, incluso nos moriremos de frío en West Riding si St. Just insiste en seguir viviendo allí. Sin embargo, quería llevarte a París en primavera, y también te gustaría Lisboa, aunque allí hace mucho calor. No me gusta mucho Roma, pero Sicilia tiene toda clase de ruinas que encontrarías de lo más interesantes.

Ella apartó la cabeza de su hombro.

—¿Podemos llevar a las niñas? Los niños necesitan ver el mundo, ¿sabes? No se puede aprender todo sentado en algún polvoriento salón de clase.

No, no se podía.

Mientras Louisa comenzaba a planear un itinerario para sus viajes de verano, Joseph buscaba la manera de explicarle que las ausencias demasiado largas serían difíciles para él. Había una docena de niños en Surrey de los que no quería estar lejos mucho tiempo. Eran *sus* hijos.

«Nuestros» todavía no. Probablemente nunca lo fuesen.

—¿Cómo puede un hombre disfrutar de su bebida con la mano vendada de este modo? —Grattingly agitó la mano derecha, envuelta en vendas.

Lionel apenas alzó la vista del exiguo fuego que luchaba por vencer el frío, en el pequeño salón de su amigo.

—¿Cómo se puede pensar cuando no dejas de lloriquear ni un instante por un dedo herido, por el amor de Dios? En todos los clubes se sabe que sir Joseph te salvó el pellejo al negarse a dispararte en el pecho, como debería haber hecho.

Como un sabueso tras oír un desconcertante sonido, Grattingly se acercó a Lionel.

—No me dijiste que ese simio cojo era el tirador personal de Wellington. Eso no está nada bien, Honiton. Un amigo arriesga su vida por ti, pone toda su existencia en peligro para salvarte y tú...

—Fuiste tú quien cambió el plan. En el ejército, Wellington no tenía un tirador personal, aunque te dije que sir Joseph tiene una puntería de muerte. Intenté evitar que cometieras la locura de batirte a duelo con él y fuiste tú quien insistió en hacerlo.

—¿Y así me lo agradeces? Cuando una muchacha ha sido motivo de un duelo es muy difícil que pueda conseguir un esposo decente. Te entrego a Louisa Windham en bandeja de plata, incluso cuando ni siquiera fuiste capaz de interrumpir tú mismo su escandaloso comportamiento, te pongo a mano una inmensa dote y ni siquiera te molestas en darme las gracias.

Lionel permaneció en silencio; ése era todo el agradecimiento que Grattingly recibiría de su parte. La idea original era muy simple: Lionel rescataría a Louisa de una situación comprometida y pediría su agradecida mano en matrimonio inmediatamente después. No habían contemplado ningún duelo... hasta que Grattingly lo echó todo a perder.

—Debería ser yo quien estuviese tirándose a la hermosa Louisa —murmuró Grattingly—. Me gusta una mujer que se defiende.

Lionel dio otro sorbo a su vino de mala calidad.

—Te gusta una mujer que simula defenderse. Louisa Windham te habría castrado antes de que lo advirtieses.

Grattingly hizo rechinar su silla.

—Dios santo, ¿qué problema tienes? Necesitabas dinero. Por una pequeña suma, hago posible que lo consigas y una esposa de buena cuna por añadidura. Pero como no eres capaz de hacer tu parte, me tratas mal.

—Lo siento. La inminente pobreza me agria el carácter y esta bebida no ayuda. Por otra parte, no considero que un porcentaje de la dote de lady Louisa sea una «pequeña suma». De todos modos, ¿cuándo dejaste de comprar vino decente para tus bodegas?

¿Y dónde estaba la otra media docena de jóvenes que habitualmente se instalaba cómodamente en la casa de Grattingly por las noches?

El anfitrión se dirigió al aparador.

—El vino de Madeira no es barato, permíteme que te lo diga.

No, no lo era, en especial cuando estaba mezclado con brandy, pero era más barato que los licores importados.

—Tampoco he visto a esa criada tan bonita que tenías últimamente. ¿Estás intentando ahorrar, Grattingly? Es una actitud plebeya esa de escatimar en las necesidades básicas.

Lionel apuró su vino y no se dirigió al aparador con él. Bebido, Grattingly podía ser tan malicioso como estúpido (como demostraba el desafío a Carrington), pero Lionel lo provocaba para distraerse por un instante de sus propias dificultades.

—Los proveedores me cortaron el crédito —le espetó su amigo—. La bonita criada desapareció la semana pasada y no veré la próxima paga trimestral hasta el día de Año Nuevo. Maldita feliz Navidad de parte de los abogados del viejo Pater.

—Uno suele pagar lo que les debe a los proveedores en diciembre —señaló Lionel con voz cansina—. Al menos eso es lo que hace la gente decente.

—Mi abuelo es de tan buena cuna como el tuyo, Honiton, y tú no tienes más dinero que yo.

Lionel no iba a caer en esa trampa; no debía hacerlo, pero lo hizo de todos modos.

—En eso te equivocas.

—¿Qué quieres decir?

—Tú pusiste todos los huevos en una cesta, por así decir, esperando meter tus sucias manos en la dote de Louisa Windham sin tomarte el trabajo de seducirla ni de casarte con ella, como iba a hacer yo. Pero por suerte yo no tengo tan poca visión de futuro como tú y he puesto en marcha otros planes.

Grattingly, que estaba a punto de beber directamente de un decantador, se detuvo. Lionel tuvo que desviar la vista para que esa imagen no le diera náuseas.

—Hablas con acertijos, Honiton, y con acertijos que ni siquiera son divertidos.

—Ah, pero los sastres todavía me aceptan como cliente, ¿no es así? Y como tengo más recursos que tú, continuarán haciéndolo, igual que el herrero, el carbonero y todos los pequeños proveedores cuyas contribuciones son imprescindibles para una existencia cómoda, por tediosas que parezcan.

Grattingly eructó con un lento y húmedo sonido de vulgaridad que sólo acentuó el suave crepitar del fuego. Si esa falta de delicadeza hubiese tenido lugar en compañía de un puñado de jóvenes igualmente ebrios, habría provocado una ronda de comentarios procaces... o ningún comentario en absoluto. Sin embargo, a Lionel, como único compañero presente, ser testigo de semejante grosería lo impresionó más como un reflejo de sí mismo que de su anfitrión.

—Grattingly, se hace tarde. Te agradezco la hospitalidad, pero debería marcharme.

Se puso en pie y, como no había sirvientes a mano, cogió sus guantes, su bufanda, su sombrero y su abrigo, todo el tiempo con la mirada de su anfitrión sobre él.

—¿La criada se llevó al lacayo cuando se marchó?

—Es bastante posible. Supongo que no quieres ir un rato a The Velvet Glove, ¿verdad?

Lo haría (a Lionel beber le gustaba tanto como a su amigo), pero le vio el pañuelo de cuello manchado, los gruesos dedos sosteniendo el decantador por el cuello y la forma en que babeaba por las comisuras de la boca ante la sola idea de visitar un burdel.

Esos dedos que se habían metido en el escote de Louisa Windham y aquellos labios húmedos que habían intentado besar su boca, cuando había dicho que sólo la abrazaría o que le humedecería groseramente la mano.

—Me temo que no puedo, quizá otra vez.

Grattingly lo saludó con el decantador.

—Como quieras. Y que tengas mejor suerte con esos otros planes.

Agitó los dedos para despedirse y Lionel se marchó. El aire de la noche no era frío, sino fresco, considerando todos los fuegos que ardían en la miríada de chimeneas londinenses. Desde una calle cercana, se oían los alegres gritos de un vendedor ambulante ofreciendo sus castañas asadas y repartiendo bendiciones navideñas, y en el extremo de la calle, un cristiano agitaba una campana e importunaba a los transeúntes para que recordasen a los menos afortunados.

De algún modo, el propio Lionel se había vuelto menos afortunado, aunque no tanto como para caer al nivel de su amigo... Debía deshacerse pronto de su relación con él.

A Grattingly, su deshonroso comportamiento (¿y qué podía ser más deshonroso que manchar el honor de una joven dama de buena cuna y luego dispararle a su defensor antes de tiempo en un duelo?) le había costado hasta la compañía de aquellos muchachos tan pobres que ni siquiera podían pagarse su propia bebida.

Lionel dirigió sus pasos hacia la mansión del conde de Arlington, a varias calles de distancia, en el mismo Mayfair. Las mujeres de The Velvet Glove eran deliciosas, creativas y generosas con su tiempo. Pero también eran profesionales que esperaban que se les pagara bien en el momento en que prestaban sus servicios.

Hasta que los otros planes de Lionel dieran sus frutos (o hasta que empeñar joyas falsas fuese rentable), la comida y bebida gratis del baile de Mayfair tendría preferencia sobre otras ofertas más agradables que pudiese tener en la misma noche. Al tiempo que la nieve comenzaba a caer en la oscuridad y en el momento en que tanto el vendedor ambulante como el cristiano se callaron, Lionel elevó una breve plegaria para implorar que sus otros planes dieran generosos frutos, y que lo hiciesen pronto.

# 11

Durante el largo día de viaje, Joseph le había hecho compañía a Louisa en el espacioso interior del carruaje. Cada vez que se detenían para cambiar los caballos, él insistía en que ella bebiera una taza de ponche caliente y en que se calentaran otra vez los ladrillos que había en el suelo del carruaje.

La distancia no era larga (Louisa la había recorrido en un día a lomos de su caballo más de una vez), pero se habían marchado tarde y el hielo y la nieve derretida habían hecho que los caminos estuviesen en horribles condiciones. Cuando cayó la noche, Joseph le había propuesto dormir en un hostal decente antes de continuar el viaje.

—¿Amanda y Fleur se preocuparán si no llegamos hasta mañana?

—Amanda y Fleur están profundamente dormidas a esta hora —replicó él, mientras una criada les servía la comida en una pequeña mesa del salón—. Su institutriz deberá dar explicaciones si me entero de lo contrario.

Ése era el oficial de caballería, un aspecto de su esposo que Louisa había tenido ocasión de observar a medida que avanzaban en el viaje.

Con ella Joseph era amable y respetuoso, nunca exigente. Con los demás también era amable y razonable, pero al igual que el padre y los hermanos de Louisa, esperaba que las personas que estaban en posición subordinada le obedeciesen.

Ante Dios, Louisa también había jurado obedecerle, pero tenía la esperanza de que, como nueva esposa, el Todopoderoso y también sir Joseph fuesen pacientes con ella durante el período de adaptación.

Joseph se recostó en la cama media hora más tarde, tras haber devorado una

copiosa cena y dos porciones de budín de ciruelas.

—¿Debería mandar que preparen un baño? —preguntó luego.

—Ayer bañé hasta el último centímetro de mi cuerpo, así que con un poco de agua caliente me bastará —respondió ella.

—Entonces quizá yo sí me bañe... ¿Te importa?

Louisa hizo una pausa con la taza a medio camino de los labios, buscando en la mirada de su esposo una pista acerca de la leve insinuación que había oído en sus palabras.

—Por supuesto que no. Yo me he mantenido bien abrigada dentro del carruaje todo el día, con los ladrillos calientes y mis libros favoritos, mientras tú te congelabas los atributos en los patios de las posadas.

Él arqueó una comisura de la boca.

—¿Mis atributos? Supongo que lo son, si es que van a endilgarme un título.

—¿Eso realmente te molesta?

Aunque habían estado juntos la mayor parte del día, habían hablado poco. Joseph había estado con la nariz metida en algún libro contable y Louisa con un volumen francés sobre filosofía social y disfrutando de la novedad de viajar sin una doncella pegada a ella.

Joseph se acuclilló para avivar el fuego.

—La idea de un título me desanima. Apenas sé cómo manejar mis propios asuntos, Louisa. ¿Qué tengo yo que ver con un escaño en la Cámara de los Lores?

—Si más hombres de la Cámara tuvieran este grado de humildad, tomarían mejores decisiones y sacarían más provecho de ellas.

Alguien llamó a la puerta y la conversación se interrumpió cuando los sirvientes entraron para recoger los restos de la cena. Luego subieron una gran bañera de cobre junto con unos biombos; después, los lacayos y las doncellas desfilaron con cubos de agua y finalmente Louisa pudo quedarse a solas con su esposo.

Se puso en pie y comenzó a desatarle el pañuelo de cuello.

—Quédate quieto. Cuanto antes te metas en el agua, más caliente estará.

Él entrecerró los ojos como para ocultar su diversión, pero no protestó mientras ella le desabrochaba las mangas y le quitaba el chaleco y la camisa.

Cuando estuvo desnudo de cintura para arriba, Louisa le señaló los pies.

—Ahora las botas.

Él se sentó y levantó la pierna izquierda.

—¿Crees que sus excelencias comparten escenas domésticas como ésta?

Louisa se inclinó para quitarle una bota.

—No creo. Doy por sentado que mis padres son una pareja casada, pero protegen mucho su privacidad. Es probable que sólo haya visto a la duquesa quitarle las botas a mi padre dos veces en toda mi vida. La otra.

Y, sin embargo, aquella escena doméstica con Joseph no era en absoluto incómoda. Tal vez un poco extraña por lo nueva, pero no era desagradable. Louisa dejó ambas botas fuera de la puerta para que el mozo las limpiase y luego regresó junto a su esposo, vestido sólo con los pantalones de montar.

Y de repente la situación fue realmente novedosa.

—Puedo apagar las velas, Louisa.

Ella se remangó el camisón y la bata.

—Nadie se baña en la oscuridad, esposo. Métete en la bañera.

Él sonrió al oír su tono autoritario, lo cual fue afortunado, porque Louisa no había tenido la intención de darle una orden.

—¿Quizá puedas ayudarme con el pantalón?

Y, por su pícara sonrisa, quedó claro que Joseph no quería formular una pregunta, sino más bien proponer un desafío.

—Por supuesto.

Louisa se le acercó y la sonrisa se borró de la cara de él. A la luz de la chimenea, sus ojos ya no parecían azules, solamente oscuros, y la miraban fijamente.

—¿El pantalón, esposa?

Él no la había llamado así antes: «querida futura esposa» no era lo mismo en absoluto. Esa palabra despertó una nueva sensación en Louisa; era algo tibio y otra cosa más que no supo reconocer. Quizá se tratara de posesión. Fuera lo que fuese, le gustaba. Pero en lugar de perder tiempo analizando sus sentimientos, comenzó a desabrocharle el pantalón de montar.

—Hay muchos más botones de los que demandaría el simple pudor.

—Quizá sean para asegurarse de que un hombre realmente quiere quitarse los pantalones, o una mujer a él.

—El agua se enfría mientras nosotros...

Louisa rozó con los dedos una dureza a través del pantalón, una dureza sólida y de gran tamaño. Cuando alzó la vista para mirar a su esposo a la cara, él entrecerró los ojos otra vez y agachó la barbilla, como si quisiera mirar cómo lo desabrochaba.

Cuando ella hubo acabado, él se quitó los pantalones y se volvió de un solo movimiento, metiéndose en la bañera de espaldas a ella. Una vez dentro, se lavó con rapidez, pero incluso cuando Louisa le hubo enjuagado el pelo echándole agua, parecía resistirse a salir.

—Si te quedas ahí más tiempo, el agua se enfriará y tú también. No es mi intención compartir la cama con un cubo de hielo.

Él permaneció apoyado contra el borde, con los ojos cerrados.

—Quizá el agua fría no sea tan mala idea, Louisa. La semana próxima no ha llegado todavía.

—¿La semana próxima? —Estaba plegando su ropa en una cuidadosa pila y se quedó inmóvil—. ¿Qué ocurre la próxima semana?... Oh.

Joseph se puso en pie en el agua, salió de la bañera y, goteando, se dirigió a los ladrillos que había ante la chimenea.

—La semana que viene te haré tanto el amor que ninguno de los dos podrá caminar.

Miró el fuego y Louisa tuvo la maravillosa oportunidad de admirar los húmedos músculos de su espalda, sus piernas y, sí, de su firme trasero masculino.

¿No sería capaz de caminar?

—Seguro que exageras.

¿O lo decía en serio?

Él la miró por encima del hombro, como si quisiese asegurarse de que captaba su atención, y entonces se dio media vuelta.

No exageraba. Con la luz de la chimenea dibujando el contorno de su húmeda piel dorada, Joseph se hallaba a dos metros de ella en un estado que

claramente conducía a la procreación. Louisa había leído acerca de eso, pero ninguna palabra, en ningún idioma, podría haberla preparado para la forma repentina en que le latía el corazón al ver a su esposo desnudo y excitado.

—Necesitas ver con quién te has casado, Louisa. Mi cuerpo está bien dispuesto, pero no es en absoluto perfecto.

Él hablaba con seriedad, quieto donde se hallaba, con su *membrum virile* enhiesto sobre su vientre. Ella observó su excitación y notó el deseo en la punta de sus dedos.

—Di algo, esposa.

—Quiero tocarte.

Durante un brevísimo instante, su expresión dejó de ser indescifrable para convertirse en insegura y después volvió al estado inicial.

—Acerca de las cicatrices, Louisa.

Ella lo recorrió con los ojos, paseándose por los musculosos muslos y el pecho, la curiosa y elegante arquitectura de sus grandes pies masculinos.

—No seas ridículo. —Se acercó a él—. He visto cicatrices antes. Yo misma tengo algunas, pero nunca había visto... ¿cómo llamáis a esto?

Ella le pasó los dedos por la longitud de su miembro, sorprendida por lo duro y caliente que estaba.

—Tiene que tener un nombre. —Se arrodilló en las piedras de la chimenea para inspeccionarlo mejor—. Conozco algunos términos latinos, por supuesto, pero en lo que se refiere a su propia anatomía, a los hombres no les falta cierta inventiva...

Louisa sintió la mano de él sobre su pelo, no con fuerza sino más bien como una bendición.

—Podemos hacer una lista si quieres. Más tarde.

—Antes de la semana que viene, por favor. —Le movió la piel hacia atrás con la palma abierta y le recorrió la punta con un dedo—. Es tan suave.

—Haremos la lista de inmediato... en cuanto recupere mi capacidad de pensar.

Su voz se había tornado grave y aterciopelada, como si estuviera recitándole poesía, pero no dijo nada más, lo que Louisa interpretó como una autorización

para continuar explorándolo.

—Este vello es diferente, no es como el del resto de tu cuerpo, ni tampoco como el pelo de tu cabeza. —Entrelazó sus dedos en él y luego acarició los suaves sacos que descubrió debajo—. Se supone que debo patear a un hombre aquí si alguna vez me amenaza. Ésa fue la palabra que Devlin usó: «amenaza».

Movida por un impulso, acercó la nariz. Joseph respiró hondo, pero no se apartó. El aroma a lavanda también estaba allí (gracias a Dios, su esposo no escatimaba en jabón), pero incluso húmedo y fresco, recién salido del baño, notó un olor diferente. Un olor masculino, quizá, o tal vez sólo fuese el olor a Joseph Carrington.

—Louisa, no te atrevas a...

Algún conocimiento que no provenía de los libros le indicó que él deseaba que ella se atreviese, que lo anhelaba, aunque jamás le pediría lo que por propia iniciativa estaba a punto de hacer. Antes de que el valor la abandonase, le pasó la húmeda lengua por el miembro, saboreando sus partes masculinas.

Él tembló y suspiró, lo que Louisa interpretó como una victoria. La idea era preciosa y... embriagadora. Físicamente embriagadora.

Lo hizo otra vez, lamiendo la redondeada y tersa punta de su erección como si fuese un gato, descubriéndolo con la lengua de un modo que todavía no había tocado con sus manos ni visto con los ojos.

—Debes detenerte... ya.

Viniendo de él, aquello era una parodia de una orden. Louisa rodeó con una mano la base de su miembro y se lo llevó en seguida a la boca, para que no la detuviera antes de que se tomara esa libertad. Las frases de Catulo y toda su picardía finalmente adquirieron sentido, incluso aunque para ella su propio cuerpo fuese un misterio.

Al acercarse un poco más a su esposo, se notó los pechos duros y sensibles. El impulso de reír y de llorar se confundían con un anhelo que invadía una parte de sus órganos sexuales para la que ni siquiera conocía un nombre en latín.

—Louisa...

Joseph tenía las dos manos hundidas en su pelo y movía las caderas, balanceándolas lenta, muy lentamente, dentro y fuera de su boca. Ella se acercó otra vez, con menos suavidad, y él se apartó.

La puso en pie, la rodeó con un brazo y fundió su boca con la suya. Con la mano libre, Louisa pudo advertir que se acariciaba a sí mismo y la intimidad de ese gesto le aflojó las rodillas.

—Joseph...

Con la lengua, él seguía el mismo lento ritmo con que movía su mano.

Ella lo besó, lo rodeó con los brazos y se aferró a él, hasta que Joseph se estremeció contra su cuerpo y dejó quieta la mano, aunque su pecho se agitaba con su lenta y profunda respiración.

—Dios santo, Louisa, Dios...

No la censuraba. Consiguió descifrar eso a pesar del tumulto que iba apagándose en su propio cuerpo. Joseph tampoco la soltaba. La timidez luchaba con un sentimiento de conquista, de haber compartido un hito con su flamante y desnudo esposo.

—Dios... —La besó otra vez, con suavidad—. Eso ha sido... ¿Cómo diablos...? Cielos. —Otro beso, aún más tierno—. Necesito abrazarte. Vamos a la cama, por favor.

Él «necesitaba» abrazarla y lo había dicho con mucha claridad. Admitió que la necesitaba como si... como si no pudiese contener su deseo y no le importase que ella lo supiera.

Louisa se volvió para obedecerlo y sintió que él le acariciaba el trasero y terminaba con una suave palmada. En esa caricia había cariño, pero también una actitud posesiva y un poco de masculina valoración.

—Te gusta mi trasero.

Él se estaba limpiando el estómago y se detuvo para dirigirle una dulce y masculina sonrisa.

—Adoro tu trasero. Y tengo mucho cariño por tus nalgas.

Ella se quitó la bata y se metió en la cama, observando cómo él apilaba el carbón en la chimenea, apagaba las velas y colocaba la pantalla delante del fuego.

—Esposo, a mí también me gusta tu trasero.

Joseph se acercó a la cama y se subió al colchón.

—Me alegra oírlo.

—No te ocultaría algo tan importante.

Ella esperaba que le diese otra seca réplica, pero en cambio rodeó su cuerpo con el suyo por detrás, entrelazó los dedos con los suyos y le besó un hombro.

Y ésa fue suficiente respuesta.

—¿Y eso cuántos deja? —Valentine pasó una mano por encima de la chimenea, en el despacho de la casa de campo de Westhaven, en Surrey. La madera era suave y brillaba por el lustre con cera de abeja y aceite de limón; era un reflejo simbólico del hombre felizmente casado que era el dueño de casa.

Westhaven, sentado a un escritorio digno de un heredero ducal, consultó el libro contable y luego se acomodó las gafas sobre la nariz.

—Faltan veintisiete. Nuestro progreso ha disminuido porque ahora quedan menos ejemplares.

St. Just soltó un suspiro, miró hacia arriba, como si se dirigiese al cielo, y sonrió.

—Tu esposa ha estado ocupada, Westhaven.

—Anna es el alma de la perfección —comenzó Westhaven, pero en lugar de abrumar a Val y a St. Just con un himno de esposo orgulloso, siguió con la mirada el dedo de su hermano, que señalaba la lámpara que colgaba sobre el escritorio.

—Eso es suficiente para mantener a un hombre concentrado en sus papeles durante toda la temporada navideña.

Westhaven esbozó una lenta y pícara sonrisa.

De la lámpara no colgaba un mero puñado de hojas ni una rama, sino un abundante ramo de muérdago con sus frutos blancos.

Valentine miró a su hermano, que parecía muy complacido y sereno en su gran escritorio.

—He visto la misma cantidad en el vestíbulo de la entrada, otro buen puñado en tu biblioteca, y no me cabe duda de que las vigas del techo de la cocina son lo bastante fuertes como para sostener las brazadas de muérdago que cuelgan de ellas.

—A Anna le gusta que el personal esté contento.

—A mí me gustaría tener una hermana contenta —intervino Val, volviendo

a concentrarse en el propósito de la reunión—. ¿Es posible que Victor destruyese algunos ejemplares antes de que nosotros nos involucrásemos?

A St. Just se le borró la sonrisa.

—Nos lo habría dicho, o al menos se lo habría dicho a Louisa. Si Westhaven dice que falta localizar veintisiete ejemplares, debemos encontrar veintisiete ejemplares.

—Valentine tiene razón. —Westhaven se puso en pie y se acercó a la puerta, a la que alguien acababa de llamar. Suponía que sería su esposa con una bandeja.

—Aquí tenéis un poco de ponche, caballeros. Al parecer, estáis lidiando con asuntos mucho más graves de lo que permite esta época del año.

Val y St. Just observaron cómo Westhaven, ejercitando su legendaria paciencia, esperaba a que Anna colocase la bandeja en el escritorio antes de abalanzarse sobre ella.

—Feliz Navidad, condesa.

El beso fue largo, profundo y tan carente de decoro que Val y St.Just intercambiaron una mirada y se quedaron boquiabiertos un momento. En los ojos de St. Just había humor y también algo más: aprobación o alivio. Val compartía esos sentimientos: Westhaven merecía su felicidad, incluso si eso significaba que sus hermanos tuviesen que soportar una indecorosa exhibición.

Pero la sonrisa de Anna sugería que el comportamiento de su esposo no le había parecido en absoluto indecoroso.

—Para la Navidad todavía faltan un par de días —señaló Val, sin dirigirse a nadie en particular—. Creo que tendréis que cortar más muérdago. —Extendió una mano, arrancó un fruto del ramo y lo lanzó al fuego.

—Tenemos mucho —respondió Anna, con un brillo de picardía en la mirada—. Bebed, muchachos. Con lo que sea que os traéis entre manos, los refuerzos no pueden veniros nada mal. Westhaven, ¿visitarás la sala de los niños?

Su marido cogió una de las jarras que ella les ofrecía.

—Caballeros, ¿alguien quiere jugar una partida de bolos?

—Yo aún puedo ganaros a vosotros dos —dijo Val—. Alguien tiene que demostrar cómo se hacen las cosas.

Anna le dio una jarra a St. Just y otra a Val, que murmuró un suave «gracias». Ella besó la mejilla del hermano menor.

Al marcharse, Westhaven permaneció con la vista desvergonzadamente fija en la espalda de su esposa y St. Just comentó:

—Anna siempre huele como un jardín en primavera, Westhaven. Hay algo cálido en su perfume.

—Madreselva —dijo él, con aspecto de enamorado.

—Es encantador —admitió Val—, pero ¿qué hacemos con los veintisiete libros que faltan? Y ahora que Louisa tiene un esposo, y además se trata de un hombre bastante capaz, ¿no debería ocuparse él de buscarlos?

La expresión de arrobamiento desapareció del rostro de Westhaven y ocupó su lugar la seriedad, algo mucho más habitual en él.

—Es nuestra hermana, Victor nos encargó esta tarea y algo me dice que Carrington y Louisa estarán ya muy ocupados sin necesidad de agregar este problema a los ajustes que deberán hacer como recién casados.

Val y St. Just intercambiaron otra mirada, confirmando así que ambos habían percibido el trasfondo que había en el tono de su hermano.

—Basta de evasivas, Westhaven. —St. Just se sentó en la silla del otro lado del escritorio y Val en el brazo del sofá—. ¿Qué sabes tú que no nos has contado y cómo podemos ayudar?

Westhaven se sentó al escritorio y los miró alternativamente a los dos y luego al muérdago que colgaba sobre su cabeza. Mientras hablaba, contemplaba los verdes ramos.

—Carrington tiene una propiedad no muy lejos de aquí. Un bonito lugar, muy bien cuidado, con bastantes hectáreas. He tenido ocasión de hacer una discreta visita cuando sir Joseph no estaba en casa. No creeréis lo que descubrí.

Un hombre que no se sorprendía por el conocimiento que su esposa tenía de algunos filósofos franceses, un esposo cuyos labios esbozaban la más dulce de las sonrisas cuando debería estar sorprendido, era, sin duda, un marido muy valioso.

Sin embargo, como padre de sus pequeñas hijas, Joseph Carrington parecía estar un poco perdido.

Louisa llegó a esa conclusión en el momento en que le presentaron a las niñas o, mejor dicho, en el momento en que no deberían habérselas presentado.

Por ser hijas de Joseph, Amanda y Fleur no deberían haber sido obligadas a permanecer fuera, con sus pequeñas caritas ateridas de frío, mientras esperaban entre los sirvientes para dar la bienvenida a su hogar a la nueva señora de la casa.

—¿Y a quiénes tenemos aquí, sir Joseph? —Louisa se acuclilló en la nieve—. ¿Al par de criadas más bonitas, tal vez?

—Fleur y Amanda, haced vuestras reverencias —dijo él como si se tratase de una orden—. No querréis que vuestra madrastra permanezca aquí fuera, con este frío, cuando el tiempo amenaza con empeorar.

Las niñas hicieron idénticas reverencias, e incluso esos gestos le parecieron fríos a Louisa.

—Saludad a vuestro padre.

Ese mandato fue pronunciado por una niñera de cara muy seria y vestida de negro, cuyo pecho la precedía como la proa de un barco.

—Buenos días, papá. —Dos reverencias más, dos pares de ojos que se posaron en Joseph con algo parecido a la inquietud.

—¡Qué modales tan adorables! —dijo Louisa, tendiéndole una mano a cada niña—. Yo soy Louisa y dependeré por completo de vosotras, como damas de la casa que sois, para que me enseñéis dónde está todo. ¡Vamos! Y estoy segura de que vuestro padre nos conseguirá un poco de chocolate caliente para que entremos en calor.

La niñera inspiró con fuerza por la nariz y fulminó a sir Joseph con la mirada. Pero él, por fortuna, contemplaba a sus hijas y no vio la silenciosa reprobación.

—¿Chocolate? Bien, supongo que no podía faltar.

Le ofreció su brazo a Louisa, pero ella no soltó las manos de las niñas.

—Chocolate y algunos bollos —replicó, dirigiéndole una sonrisa—. Me encantan los bollos.

—A mí también —dijo la niña más pequeña, al tiempo que su hermana le susurraba su nombre como advertencia.

—No te dirijas a los adultos a menos que ellos te hablen —la reprendió la niñera, con evidente desaprobación.

Louisa se volvió y esbozó una sonrisa que tenía la intención de ser otra clase de advertencia.

—Estoy segura de que lo dice con buena intención, señorita, pero nuestras hijas están conociendo a su madrastra. Ésta no es una ocasión para emplear la más estricta disciplina.

Como si quisiera confirmar lo que decía, Louisa alzó a Fleur en brazos y le cogió otra vez la mano a Amanda. Luego se marchó, esperando que Joseph la siguiese en lugar de aplacar a la maldita niñera.

Sin mirar atrás, se dirigió a la casa. El crujido irregular de las pisadas en la nieve le indicó que, de hecho, Joseph las seguía.

—¿Qué es una madrastra? —preguntó Fleur en el tono alto propio de una niña curiosa. En ese momento, se soltó de los brazos de Louisa y pasó a los de su padre.

—Una madrastra es la nueva esposa de tu padre —respondió Joseph—. Lady Louisa vivirá ahora con nosotros, a menos que vosotras dos la volváis loca con vuestro comportamiento salvaje.

Sonó tan serio como convincente acerca de esa posibilidad. Fleur frunció su pequeño cejo, al tiempo que Amanda permanecía en silencio, aferrada a la mano de Louisa.

—A veces me gusta un poco de comportamiento salvaje —les dijo ella a sus acompañantes—. Y nada ni nadie me volverá loca. Eso tenedlo claro.

Joseph no dijo nada, aunque arqueó los labios en un conato de sonrisa. Permaneció en silencio cuando llegaron a la biblioteca y, más allá de ladrarle a sus hijas que no derramaran el chocolate, toleró veinte minutos de su compañía mientras tomaban el té y comían unos bocadillos y rodajas de manzana.

—Ya he visto que habéis crecido más de lo que os corresponde y ya habéis conocido a vuestra madrastra. Ahora, por favor, subid a vuestras habitaciones.

Joseph era correcto con sus hijas, eso era cierto, pero no usaba con ellas la misma clase de cortesía con que trataba a Louisa.

—Yo las llevaré. —Louisa se puso en pie y dos manitas le cogieron los dedos antes de que terminase de hablar—. Y luego, esposo, quizá quieras mostrarme parte de la casa.

Él asintió y no dijo nada mientras ella se llevaba a las niñas.

—Me alegro de que papá haya regresado —dijo Amanda—. ¿Has hecho tú que regresara, madrastra?

—Nadie hace que tu padre haga algo que no quiere. Es uno de los privilegios de ser adulto.

«En teoría.»

—Nosotras hacemos que nos castigue —confesó Fleur—. Está muy mal de nuestra parte.

—Pero no muy a menudo —añadió Amanda. Tiró un poco de la mano de Louisa según se acercaban a la escalera—. Nada a menudo.

—Eso no es así —replicó Fleur—. Desde que papá se marchó, hemos estado castigadas. Pan y agua era el castigo, Manda. Así es. Y teníamos que estar de rodillas todo ese tiempo y sin fuego en la chimenea y... ¿por qué tengo que bajar la voz?

Amanda dejó de hacer frenéticos gestos con el dedo sobre los labios y miró a Louisa con ojos de lástima.

—No somos malas. De verdad que no lo somos.

«¿Qué demonios?»

El primer paso para resolver cualquier acertijo era reunir toda la información posible acerca del problema. Louisa se detuvo en el último peldaño, se volvió y se sentó.

—Venid aquí, las dos. Explicadme cómo son las cosas cuando vuestro padre no está aquí.

Rodeó a cada niña con un brazo y escuchó. Lo hizo durante largo rato y luego las llevó a la habitación de los niños. Allí, ordenó que se encendiese el fuego y que se mantuviese crepitante, que el menú de las niñas se le hiciese llegar en la próxima hora y que las lecciones que recibían estuviesen disponibles a las nueve de la mañana del día siguiente. También advirtió a la criada de la habitación de las niñas que tenía la intención de meter a sus hijas en la cama todas las noches y que era probable que pasara a visitarlas con frecuencia también durante el día.

Inspeccionaría su guardarropa, las llevaría a pasear para que respirasen aire libre con regularidad y las invitaría de vez en cuando a tomar el té abajo. El desayuno o el almuerzo tendrían lugar en la mesa familiar y —Louisa echó un vistazo a la habitación, que olía ligeramente a humo— sir Joseph se encontraría regularmente con sus hijas en el salón del té de la casa.

Al tiempo que la criada abría los ojos cada vez más, Louisa sintió una

punzada de nostalgia y echó de menos a sus padres y sus hermanos. Cada uno de ellos tendría una maldición adecuada para lanzarle a la niñera. Esa vieja bruja debería haber protegido la imagen de sir Joseph ante sus hijas, no erosionarla.

La reprimenda de la duquesa sería la más contundente. Algo digno, discreto y afilado como un cuchillo, con un desdén no exento de gracia.

Louisa tuvo ese ejemplo presente y fue en busca de su esposo.

El bolso de una mujer era algo misterioso, como la lámpara maravillosa de Aladino. La primera vez que Joseph advirtió este fenómeno era un niño pequeño que miraba con asombro cómo su madre sacaba cualquier cosa de su bolso, desde un pañuelo a una peonza o una manzana roja.

Las tías políticas que se ocuparon de su educación continuaron con esa costumbre, aunque sus tesoros eran más bien libros, chocolates o pequeños sacos de flores que le daban curiosos sabores al chocolate.

Y el de Louisa demostró ser no menos fascinante.

Joseph lo había abierto porque buscaba algo tan simple como un lápiz. Seguir ese impulso no le había parecido una violación de la privacidad de ella. Por el contrario, había sido simplemente para hacer una corrección en el libro contable abierto ante él en el escritorio.

Y no se había equivocado, porque su esposa tenía dos lápices en el fondo del bolso, pero para alcanzarlos había tenido que abrirse paso entre un cepillo de pelo y un peine (¿por qué llevar los dos?), tres libros de muy buena poesía erótica (¿por qué llevar tres ejemplares del mismo libro?), dos pañuelos, uno de ellos profusamente bordado y el otro con un simple monograma (¿uno para mostrar y el otro para utilizarlo?), un paquete de cartas atadas con un lazo rojo (¿sería el rojo una indicación de que se trataba de viejas cartas de amor?), una naranja y la que había sido su mejor petaca.

Joseph la abrió y su olfato le indicó que se trataba de su propia mezcla particular de licor de avellanas y ron, que combinaría de manera interesante con la naranja, si la dama tenía un poco de hambre.

O quizá, pensando en la mezcla, esas provisiones no fuesen para ella sino para su esposo.

Joseph devolvió el contenido al bolso, incluidos los dos lápices. La idea de que Louisa llevase cosas para él hizo que viese su acción de hurgar allí bajo una luz menos favorable, así que cuando ella regresó a la biblioteca, Joseph estaba cómodamente instalado en su escritorio, sacándole punta a un lápiz que había encontrado en un cajón.

—Las niñas han intentado cogerte prisionera, ¿verdad? —Se puso en pie, arrojó las virutas del lápiz a la chimenea y miró a su esposa—. Son como lapas, que quieren cuentos, historias y conversación sin cesar. Cuando sean un poco mayores, las llevaremos a un internado.

La idea no le gustaba en absoluto, pero tenía que decirlo y Louisa lo miró fijamente.

—Puede que un internado no sea una mala idea.

El corazón de Joseph dio un vuelco. Fue como si el órgano se retorciera en su pecho, apretándole los pulmones y alterando su aparato digestivo, así como su respiración.

—Cuando llegue el momento, lo trataremos con la señorita Hodges.

—No, no lo haremos.

Louisa había erguido la columna de un respingo, con actitud militar. El malestar en el pecho de Joseph se extendió por todo su cuerpo, con la sensación física de un soldado cuando se prepara para la batalla: terror, sobre todo, y un ápice de esperanza de poder defenderse honorablemente en la lucha que le espera.

—¿No crees que valga la pena consultar la opinión de la institutriz? Louisa, la señorita Hodges fue la niñera que escogió Cynthia y tanto Fleur como Amanda están recibiendo una excelente educación gracias a ella.

Su esposa se apartó de él, cosa que sólo aumentó su malestar. Estaban a punto de tener una diferencia de opinión y él quería ser capaz de mirarla a los ojos cuando eso ocurriese. Louisa no le mentiría, pero su mirada le diría verdades que no le ofrecerían sus labios.

—Tus hijas son muy pequeñas, Joseph.

—Son niñas. —Aunque alguna vez se había preguntado si no eran más pequeñas que otras niñas de su edad. Las trataba con cuidado por eso. Y, por ese mismo motivo, pasaba por su habitación para mirarlas dormir.

—Subsisten a pan y agua, ¿lo sabías?

—¿Pan y agua?

—Pan, agua y la bondad del personal de la cocina, que probablemente sepa muy bien que tus hijas se ven en la obligación de asaltar la despensa para mantener juntos cuerpo y alma.

—Mis hijas no pasan hambre, Louisa Carrington. —Habló más duramente de lo que habría deseado, pero la acusación de ella era absurda—. Tú las has visto. Son sanas y alegres. No dudo que su entusiasmo obliga a la disciplina de vez en cuando, y pan y agua es un medio tradicional para imponerla.

—¿Durante días? ¿Dos semanas seguidas? ¿Qué infracción pueden haber cometido dos niñas pequeñas que merezca un castigo tan severo?

«¿Semanas?»

—No han sido sometidas a dos semanas de pan y agua. Has permitido que te contaran un cuento ideado para ganarse tu compasión, nada más. Puedes disculpar su patraña porque son pequeñas, pero no deberías animarlas.

Louisa se volvió para mirarlo y, por un instante, Joseph pensó que se preparaba para alzarle la voz. Si el asunto que tenían entre manos no hubiese sido tan inquietante, casi habría disfrutado de verla tan furiosa.

Louisa se cruzó de brazos.

—Llama a la ayudante de cocina.

Él se le acercó lo bastante como para ver destellos dorados en sus ojos verdes.

—¿No suele ser la cocinera la reina de la cocina? Si vas a pedir un inventario de las alacenas, su palabra será la más fiable.

Su esposa se acercó un paso más a él y lo miró.

—La cocinera, el mayordomo y el ama de llaves son los que llevan adelante la casa, sir Joseph, en especial en ausencia de un administrador. La institutriz tiene un rango similar, pero no tiene personal a su cargo, así que su poder se limita a la habitación de los niños, porque las criadas de esa habitación técnicamente responden ante el ama de llaves. Algunas institutrices se sientan a la mesa familiar, se van de vacaciones con los amos y en otros sentidos son informalmente superiores al resto del personal de la casa.

—¿Qué tiene eso que ver con un par de muchachitas que de vez en cuando se portan mal?

Louisa cerró los ojos, como si recurriera a sus últimas reservas de paciencia.

—La cocinera no irá en contra de la institutriz, a menos que desee declarar una guerra. Si a la niñera no le gusta la cocinera, los platos serán enviados de regreso a la cocina una y otra vez, con la excusa de que hay algún problema o que están mal preparados. Cuando los niños se pongan enfermos, cosa que inevitablemente ocurre, le echará la culpa a la comida. Nada llegará a tiempo desde la cocina y, durante las comidas, la institutriz dará un gran espectáculo de cuán insoportable le resulta a su estómago lo que tiene en su plato.

Joseph no podía descartar por completo esas curiosas predicciones, porque un campamento militar funcionaba con la misma invisible jerarquía, que se aseguraba con sutiles e invisibles armas. Wellington no había tenido paciencia para eso, pero respetaba la realidad de la política dentro de los campos de todos modos.

—Continúa.

—Si interrogamos a la fregona, la cocinera puede volverse contra la muchacha o hacer de su vida un infierno por causarle problemas con la institutriz, pero la ayudante de cocina es otro asunto. Es la sustituta de la cocinera, para empezar, y sabe que no puede mentirnos a nosotros y mantener su puesto.

Louisa se apartó otra vez e hizo una pausa antes de añadir:

—Si no mandas a buscar a la ayudante de cocina, iré allí yo misma y haré preguntas muy incómodas a todo el personal. No puedes detenerme a menos que me ates a una silla o...

—Louisa Carrington, ven aquí. —Ella alzó la cabeza al notar su imperioso tono de voz—. Permíteme que lo exprese de otro modo: mi querida esposa, ¿me permitirías que te abrace?

Extendió sus brazos, deseoso de que ella los aceptara. Los primeros pasos de Louisa fueron vacilantes, pero mantuvo la mirada fija en él y avanzó hasta estar acurrucada contra su pecho.

—Quiero gritarte, Joseph. Soy muy parecida a mi padre en este sentido.

—Adelante, hazlo. Yo pienso mejor cuando te abrazo. Quizá tú pienses mejor cuando gritas.

Ella soltó un profundo suspiro y Joseph deseó que fuese de alivio. Estaba seguro de que a él si le aliviaba tenerla entre sus brazos.

Louisa prosiguió:

—Por favor, no te enfades conmigo. Cuando ocurre esto, cuando puedo ver problemas y soluciones que otros no ven, algunas personas se enfadan. Me doy cuenta de que no es suficiente con identificar las dificultades y sé lo que hay que hacer. Hay que transmitir el debido curso de acción a quienes tienen el problema, para que vean la salida como si la hubiesen descubierto por sí mismos. Jenny me explicó cómo, pero no puedo conseguir hacerlo como ella sugirió, por mucho que lo intente.

Joseph suavizó su abrazo, porque Louisa había adivinado correctamente: estaba enfadado, pero no con ella.

—¿Y qué pasa si no puedes iluminar a quienes saben menos, esposa? ¿Debes permanecer callada y no hacer nada?

Otro suspiro y luego silencio. Un silencio que al menos indicaba que Louisa consideraba su pregunta y significaba que podía abrazarla un poco más.

—A menudo he deseado despertarme un día y ser menos inteligente —respondió, en tono cansado—. Eso es, por supuesto, una blasfemia, pero no me gusta hacer que la gente se enfade y se sienta estúpida, y mucho menos que intenten imponerme esos mismos sentimientos en mí a modo de represalia.

La resignación que había en su voz le rompió el corazón. Él había pensado que Louisa Windham (Louisa Carrington, gracias a Dios) estaba aburrida, y quizá así fuese la mayor parte del tiempo. Pero también estaba desorientada y se sentía sola, y eso había que solucionarlo.

—Escúchame, no estoy enfadado ni me siento estúpido porque tú comprendas las políticas de una casa mejor que yo. Ver cómo funciona tu mente es como contemplar a un jugador de billar que sabe exactamente la fuerza, dirección y trayectoria de cada tiro posible. ¿Qué marido no estaría orgulloso de una esposa como tú?

Ella se quedó inmóvil, hasta su respiración se interrumpió, pero no dijo nada, así que Joseph lo intentó una vez más.

—Louisa Carrington, estoy orgulloso de ti. —Y aunque había sido un imbécil respecto a la situación de las niñas, podía estar un poco orgulloso también por haberse ganado la mano de semejante mujer en matrimonio.

Louisa tembló imperceptiblemente y él se preparó para sus lágrimas (porque de hecho estaba en todo su derecho de llorar), pero ella le apoyó una mano abierta en el pecho.

—Juego muy bien al billar —murmuró junto a su pañuelo de cuello—. No es más que física.

—Quizá debas enseñarme un poco de esa física. Podríamos jugar apostando besos.

Ella lo besó en la boca y luego se apoyó sobre su pecho, lo que Joseph tomó como una confirmación de que la había comprendido correctamente. Sin embargo, no quería dejarla ir.

—Yo a veces deseaba no ser tan buen tirador.

Se sorprendió de haber dicho esas palabras. Había olvidado ese deseo, porque lo tenía oculto en algún rincón de su mente, fuera de su alcance, junto con todo el resto de sufrimiento que había padecido en la Península.

Ella volvió a acariciarle el pecho.

—Porque cuando le dabas a tus objetivos, estabas dejando viudas y huérfanos —dijo Louisa.

Sus palabras aterrizaron en su corazón, junto a la culpa y la tristeza con las que todos los soldados lidiaban de una u otra manera, aunque su tono era más de pena que de crítica. Él apoyó la barbilla en su pelo, encontrando fuerzas para hablar en el consuelo de su perfume.

—Los demás oficiales solían organizar demostraciones y poner blancos para que yo pudiera impresionar a los nuevos reclutas. Los oficiales les decían entonces: «Ésta es la puntería que Wellington espera de nosotros».

—Era brutal de parte de ellos, pero, Joseph —Louisa inclinó la cabeza para que él pudiese ver sus ojos, su firme y seria mirada—, yo también estoy orgullosa de ti. Quien protegió al duque protegió a todo el reino, lo que incluye muchas viudas y muchos huérfanos. Ya sólo por tu reputación, tu habilidad como tirador protegía a Wellington.

Esas palabras también aterrizaron en su corazón, colocándose sobre la culpa y la tristeza como un ramo de flores en una tumba, dándole paz y belleza a lo que había sido tan difícil.

Cualquier palabra que hubiera usado para responderle, cualquier poesía, habría sido inadecuada. Le rodeó la cara con las manos y la besó con toda la ternura que tenía en su interior; era una plegaria de agradecimiento por el corazón y el coraje de Louisa, junto con su conocimiento de física.

«Así es como debe sentirse una persona casada.»

—No necesitas librar todas las batallas sola, Louisa. Si hay un problema con las niñas, lidiaremos con él juntos.

Con esas niñas al menos. Joseph intentó no pensar qué pensaría Louisa de la casa de Surrey. Con nada menos que cuatro grandes cuartos infantiles.

—Hay un problema en la educación de las niñas, Joseph. Confía en mí en esto. —Se acurrucó contra él—. Comienzo a darme cuenta ahora de lo difícil que debió de ser para mi madre educar a dos niños a los que no había dado a luz.

—Y sin embargo consiguió hacerlo y tú también lo harás, Louisa.

Era otra plegaria, tan ferviente como la anterior.

—Llamaré a la ayudante de cocina —dijo ella, dándole una palmada en el pecho y apartándose.

Joseph la dejó ir, aunque no necesitaba hablar con los empleados domésticos para confirmar las conclusiones a las que Louisa había llegado.

Mientras ella hablaba con el lacayo, Joseph la echó de menos entre sus brazos. Tenerla así, aunque hubiese sido un breve instante, había calmado la batalla interior que habían librado sus nervios, su malestar y sus pulmones cerrados. Rogó al cielo que le concediese el privilegio de abrazarla también cuando descubriera la otra docena de niños.

Si es que la descubría.

# 12

—¡Quitarle al muy bastardo el arma de un disparo, de su mano tramposa y deshonesta! —El regente le hizo señas a un lacayo, que se apresuró a servirle otro trago medicinal de coñac—. Es bastante como para hacer que nos olvidemos de este maldito tiempo, Hamburg. ¿Tienes las cartas con los nombramientos reales?

El hombre agitó una pila de pergaminos atada con un lazo.

—Un vizcondado para Carrington, su alteza real, y cada pequeña parcela de tierra que le corresponde en West Riding.

—Todo caballero necesita un páramo con urogallos, especialmente un hombre con semejante puntería.

El príncipe revisó el documento que le tendía, que afortunadamente estaba escrito en una letra lo bastante grande como para que no necesitara anteojos sobre su real nariz.

Un pequeño y elegante vizcondado, completado con un campo de urogallos. El premio era... adecuado pero insignificante; no era más que lo que un monarca medianamente generoso concedería.

No había clase en ese gesto.

No era como quitarle de un tiro el arma a un oponente cuando el muy condenado había disparado antes de tiempo.

—¿Cuántos niños ha mantenido sir Joseph en esa propiedad de barón durante todos estos años, Hamburg?

Manteniéndolos sin siquiera saberlo, lo que hizo sentir una punzada de vergüenza al regente.

El sirviente se mostró acongojado y dijo un número que superaba la docena que el príncipe habría esperado. Los niños pobres parecían una especie que se multiplicaba como conejos, cosa que no podrían hacer solos debido a su tierna edad.

—¿Su primo no está bien?

—No, nada bien. Los asuntos del hombre están en perfecto orden y le dejará bastante a sir Joseph, porque es su único heredero.

Bien. Así pues, Joseph iba a ser bastante rico, y un astuto regente no tenía gestos insignificantes para con un hombre que había servido con valentía en la Península, se había desenvuelto con maestría en el campo del honor, se había granjeado el aprecio de Wellington y había conseguido la mano de nada menos que la más atractiva y exótica de las hijas de Moreland.

Mucho menos alguien que había conseguido además criar unos cerdos muy sabrosos.

—Un marquesado quizá sea demasiado —reflexionó—. No le dejaría mucho margen de acción a Moreland dentro del territorio familiar y al viejo muchacho le encanta mantener su dominio en esa zona.

—No, su alteza real.

—Oh, por el amor de Dios, Hamburg. Parece que hubiese hablado de traer otra vez la maldita peste a Londres.

—Pero eso sólo deja un condado, su alteza real. Para un granjero que cría cerdos, a pesar de su puntería con la pistola, está claro que... —La voz del sirviente se apagó y bajó la vista. Tras un par de segundos de incómodo silencio, continuó—: Me ocuparé de ello.

—Un condado y un páramo de urogallos, y quizá un buen cerdo para el regente. Eso suena bastante bien. Me gusta esa última parte, la del cerdo. Así es, me gusta mucho. De hecho, me pone de un humor bastante navideño.

—Por supuesto, su alteza real.

Cuando Hamburg se hubo marchado de la habitación real, el príncipe se puso en pie y recorrió Carlton House, prestando especial atención a todos los lugares donde todavía había muérdago colgado.

—¿No sigues la tradición de tener todas las plantas decorativas fuera de la casa hasta el día de Navidad?

Joseph echó un vacilante vistazo a la rama de muérdago que había en el vestíbulo de entrada. Louisa le besó sonoramente la mejilla.

—Esto no es una planta decorativa. Es muérdago. La duquesa dice que es bueno para el ánimo del personal y el duque dice que las tradiciones deben mantenerse, siempre y cuando no impidan el progreso ni contradigan el sentido común.

Lo besó otra vez.

—¿Eso ha sido para el ánimo o por la tradición?

—Por las dos cosas. ¿Te quedarás en Surrey más de una noche? —Louisa intentaba sonar animada y poco sentimental y decirse a sí misma que el hecho de que Joseph la dejase sola a cargo de la casa tan pronto no era más que un signo de confianza por su parte.

—Eso depende del clima. ¿Podrás con todo?

—Estaremos bien, ¿verdad, niñas?

Amanda y Fleur se bajaron del peldaño donde estaban sentadas.

—Seremos buenas, papá. Nuestra madrastra dice que vamos a decorar un árbol y que haremos copos de nieve de papel dorado y hornearemos un bollo de Navidad si podemos robarle el secreto de la receta de la tía Sophie.

Joseph frunció el cejo.

—No creo que «robar un secreto» pueda considerarse tarea de una dama. Quizá permanezca en Surrey un poco más de tiempo después de todo.

—Estoy segura de que Westhaven estará encantado de recibirte. —Louisa le había enviado una nota a su hermano, sólo para asegurarse—. Decidle adiós a vuestro padre, señoritas, y luego lo acompañaremos hasta su caballo.

Joseph se arrodilló con dificultad y extendió los brazos abiertos hacia las niñas, que se abalanzaron sobre él como un par de pequeños torbellinos, colgándose de su cuello con feroz cariño.

—Adiós, papá. Nos portaremos bien y te guardaremos un poco de bollo.

Él besó las dos naricillas.

—Os comeréis todo el budín de ciruelas, soltaréis a *Lady Ophelia* y no cabe

duda de que lustraréis las barandillas en mi ausencia. Esposa, manda a buscarme si el *mobile vulgus* amenaza con invadir la casa.

Las niñas se marcharon corriendo en dirección a la cocina y Louisa entrelazó su brazo con el de Joseph y lo acompañó al establo. Junto a un banco de montar, el caballo estaba al cuidado de un mozo de cuadra, lo que la decepcionó un poquito.

Habría sido bonito tener tiempo para robarle un par de besos más.

—Te morirás de frío. —Joseph abrió su capa y la envolvió entre sus pliegues, lo que, por suerte para ella, lo obligó a abrazarla contra su pecho—. Regresaré lo más pronto posible.

—Tenemos muchas cosas que hacer en tu ausencia.

—Nunca he visto esta casa tan decorada para las fiestas. No puedo creer que haya algo más que hacer.

Louisa sintió que le apoyaba la barbilla en la cabeza.

—Tenemos mucho que hornear si queremos enviarles canastas a los arrendatarios y vecinos. También debo escribir a las agencias para que busquen otra institutriz y tú me has encargado que piense en una obra de beneficencia que merezca tu donación. Además, estoy atrasada con mi correspondencia y, si todo lo demás falla, tengo tu biblioteca para explorar. Me mantendré ocupada.

—Mientras yo me congelo el trasero, recorriendo el reino a toda velocidad sin ti. —No sonaba contento al pensar en su viaje, lo cual alegró inmensamente a su esposa.

—Podría ir contigo.

Él se apartó, llevándose con él el calor de su capa.

—Viajaré más rápido de este modo y creo que a las muchachas y a ti os vendrá bien un tiempo a solas. Y, Louisa...

Se puso los guantes y volvió la vista hacia el camino.

—¿Sí?

—Cuando regrese, será la «semana próxima».

—Dos o tres días no... —Louisa notó que se ruborizaba al comprender el significado de sus palabras. Se puso de puntillas y esta vez lo besó en la boca—. Que tengas un buen viaje, esposo, y que sea rápido también.

—Espero que sí.

Se puso el sombrero y la dejó allí, de pie ante los peldaños de la entrada, donde ella permaneció hasta que él montó en *Soneto*, hizo hacer al caballo una cuidadosa reverencia en su honor y se marchó al galope por el nevado camino.

Estar casada era difícil por varias cosas de las que ni siquiera tu madre y tus hermanas te advertían. Te preocupabas por tu esposo cuando éste no hacía más que ir a controlar una propiedad a una hora de distancia a caballo. Te preocupabas por sus hijas, ocupándote día a día de que recordaran cómo sonreír y reírse en presencia de su padre.

Te preocupabas también un poco por ti misma, en especial cuando todavía había que localizar dos docenas de pequeños libros rojos y, ahora que estabas bajo el atento ojo de tu marido, la recuperación de esos ejemplares se volvía mucho más difícil.

Louisa regresó a la casa, con la intención de ponerse al día con su correspondencia antes de llevar a las niñas a visitar a Sophie y su barón en Sidling. Con ese objetivo, se dirigió a la biblioteca, se sentó en la silla de su esposo, se puso las gafas y cogió el paquete de cartas que se había llevado de la ciudad.

La primera era de varios días atrás, porque había llegado la misma noche que la advertencia de Valentine acerca de las pistolas torcidas de Grattingly. Al no ver dirección de ningún remitente ni franqueo, Louisa abrió el sello.

> *¿Cuánto pagarías para mantener en la ignorancia a tu campeón acerca de tu facilidad con los versos obscenos, una vez que te hayas casado con él y seas su esposa?*

La invadió el terror, como una gélida losa de ansiedad que le pesase en el pecho y anulase la calidez que la despedida de Joseph le había dejado. Arrugó la carta, la convirtió en una pequeña y apretada bola y la lanzó al fuego con fuerza. Veintisiete libros no eran muchos, pero deseó que Joseph estuviese allí, en la biblioteca, con ella. Por terrorífica que fuese la carta, por mucho caos que amenazase con crear, no sólo para ella sino para su familia, deseó que su marido estuviese con ella.

No era que pudiese confesarle su estupidez, no todavía. «Por favor, Dios, permite que sea yo quien encuentre los libros primero y quizá entonces...» En ese momento, seguro que sí podría decírselo. Pero aún no.

—Las mujeres tienen muchos recursos.

*Soneto* agitó una de sus orejas hacia atrás, como si estuviera considerando el comentario del jinete. Joseph estaba manteniendo esa conversación unilateral con su caballo desde que se había marchado de su propiedad, hacía más de una hora.

—No me echarán de menos. Eso es tan evidente como la nariz que tienes en tu cara, muchacho. Harán muchas cosas. Ya viste cómo mis hijas se las ingeniaron para salir adelante bajo la tiranía de una rencorosa bruja.

*Soneto* agitó la oreja adelante y luego otra vez atrás, al tiempo que Joseph se deshacía en silencio de un ataque mental de furia. Y pensar que esa horrible mujer las había privado de comida y abrigo... y, lo que era peor, había socavado mutuamente la imagen del padre y de las hijas.

La culpa y la rabia lo destrozaban, así que puso el caballo al galope. En el frío aire invernal, *Soneto* parecía contento de obedecer.

—Le diré a Louisa que no tiene dos hijastras, sino catorce. Ella es pragmática y su propio padre no fue precisamente un santo antes de casarse.

Aunque Moreland en realidad sólo tenía dos hijos ilegítimos. Dos era bastante menos que doce. Con lo buena que era con los números, Louisa probablemente lo advertiría.

—Deja de irte a la derecha, eres peor que una pistola torcida.

Hizo que el caballo cambiara de pata en el aire y, sin embargo, la maldita bestia seguía inclinándose hacia la rienda derecha.

—Surrey es en esa dirección, tonto. Al menos tira hacia donde está tu próxima comida. Londres está toda sucia por el humo del carbón, y allí no hay compañía ni lugar donde quiera estar sin mi esposa... y mis hijas.

*Soneto* ni siquiera agitó una oreja ni titubeó en su ritmo.

En lugar de batallar con su caballo, Joseph volvió a sus cavilaciones.

—No le he dado un regalo por la mañana. Eso ha sido un descuido de mi parte.

Medio kilómetro más tarde:

—Muy descuidado. Tengo intención de consumar el matrimonio y lamento

sacar un tema como éste con un compañero que no podrá tener su propia compensación en ese sentido.

Aunque la bestia no parecía molesta por la falta.

—No podría haber pasado una noche más con esa mujer volviéndome loco y sin poder hacer nada al respecto. Me vengaré de ella, ya lo verás.

Las ideas de la erótica venganza no eran algo muy cómodo cuando un hombre cabalgaba.

—Y hay algo más que me ha estado molestando. *Lady Ophelia* no tenía nada que opinar acerca de este asunto, pero ¿por qué mi esposa tiene tres ejemplares del mismo librito de versos picarescos que encontré asimismo en posesión de Westhaven? Se trata de un volumen notable, si quieres saber mi opinión.

Un volumen muy notable. Un concienzudo examen le había indicado a Joseph que la palabra «picaresco» no le hacía ninguna justicia.

Podría comprarle un libro de poesía a su esposa en Londres.

La idea cristalizó en su ocupada mente como la afinada nota de un oboe, en torno a la cual una orquesta entera organizaba su actuación. Un desvío hacia la ciudad no necesariamente significaba un día más fuera de casa, pero sí tendría que apresurarse.

Londres se hallaba a la derecha. En el siguiente cruce de caminos, Joseph condujo su caballo en esa dirección, después de lo cual *Soneto* comenzó a inclinarse hacia la rienda izquierda.

—¿Qué haces, madrastra? —Fleur intentaba mezclar un mazo de naipes, con poco éxito.

—¿Quieres jugar a encontrar los pares con nosotras? —preguntó Amanda desde el suelo, sentada en la alfombra que había frente a la chimenea de la biblioteca, donde se hallaban.

Louisa miró la hoja de papel que tenía sobre el escritorio de Joseph.

—Estoy echando un vistazo a una lista que me ha enviado mi hermana Sophie.

Fleur le pasó el mazo a Amanda.

—Ahora es nuestra tía, ¿no es así?

—Ahora tenemos muchas tías —señaló Amanda—. ¿Es una lista de regalos?

En cierto modo lo era. Sophie, muy amablemente, le había hecho una lista con las obras de beneficencia que conocía y que cumplían con los requisitos de Louisa: que no se hallaran lejos geográficamente, que no contasen con un patrocinio importante y que estuviesen dedicadas a los niños.

—Estoy escogiendo una obra de beneficencia para vuestro padre. Cuando terminéis con las cartas, ¿queréis que intentemos la receta del bollo de Navidad de la tía Sophie?

Fleur se puso en pie de inmediato.

—¿Podemos, madrastra?

—¿Podemos? —repitió Amanda, ordenando los naipes en una cuidada pila.

Louisa echó un vistazo al reloj que había sobre la chimenea, preguntándose dónde estaría Joseph en ese momento. Lo echaba de menos. Lo echaba de menos y disfrutaba su añoranza.

Jamás había tenido un esposo al que echar de menos, uno que esperase que ella mantuviera la casa en su ausencia, y nunca le habían encargado la tarea de escoger una obra de beneficencia.

La organización que Sophie recomendaba con más entusiasmo estaba a una hora a caballo en dirección este, en Surrey. Los niños eran huérfanos de la campaña de la Península, cuyos «parientes ingleses» no tenían medios para ocuparse de ellos.

Un niño nacido en España, con parientes ingleses indiferentes, era probablemente el hijo bastardo de algún oficial. Louisa dibujó un círculo alrededor de la primera sugerencia de Sophie. Una excursión a Surrey sería una bonita salida navideña y Joseph aprobaría su elección... Sabía que lo haría.

Trazó una línea debajo del nombre ya marcado y se puso en pie.

—Venid conmigo, queridas. Vamos a hornear algo muy rico y especial para mimar a vuestro padre cuando regrese a casa.

—Busco un libro. —Ése era el tercer lugar donde Joseph comenzaba el

diálogo con la misma frase—. Un libro especial, preferiblemente de poesía, si puede ser en inglés, pero también podría ser en francés o italiano, así como en latín o griego clásico.

Con cada lengua que mencionaba, las pobladas cejas blancas del librero ascendían un poco más hacia la rosada curva de su calva. Se mesaba asimismo la barba del color de la nieve que le caía por el pecho.

—¿Buscamos algo contemporáneo o algo de la Antigüedad?

—No lo sé. El libro debe ser especial. Hermoso. —Joseph frunció el cejo al mirar el revuelo de volúmenes apilados en todas direcciones, del suelo al techo; había tantos que hacían que la librería oliese a cerrado, a papel y a cuero—. Las palabras tienen que ser hermosas, y no vendría mal si la encuadernación también está bien hecha.

El librero se apoyó en los talones y luego se echó hacia delante, llevándose un dedo a la nariz mientras pensaba. Era un hombre corpulento, vestido con un chaleco de terciopelo verde y una levita también verde, un poco desgastada en los codos.

—¿Es un regalo, entonces, buen señor?

—Para una mujer. —El librero dejó caer las cejas—. Para una dama, en realidad. Una dama inteligente y de gustos literarios muy sofisticados.

Y como su gusto literario era tan sofisticado, Joseph no visitaba las tiendas refinadas de las mejores calles de Mayfair. Por el contrario, se congelaba el trasero en los estrechos callejones de Bloomsbury.

—Su regalo es un desafío, mi amigo, pero Christopher K. North es su hombre si es un libro lo que está buscando.

El anciano se sacó un pañuelo verde del bolsillo, se limpió las gafas como si lustrase un escudo antes de una batalla y se subió a una de las muchas escaleras que se hallaban en la habitación.

—Tengo una bonita colección de obras francesas aquí arriba... —La escalera crujió de un modo ominoso, pero Joseph no dijo nada. El trasero de North estaba bastante acolchado. Si el hombre se caía de una escalera rota, era improbable que se lastimara más que el orgullo.

—O quizá italianas. —Con un ruidoso deslizamiento, la escalera se movió varios centímetros de lado, con lo que Joseph advirtió que estaba montada sobre unas ruedecillas—. O incluso flamencas. No muchos conocen a los flamencos por

aquí. —La escalera se trabó con un volumen que sobresalía de una de las estanterías más bajas, y el libro cayó al suelo, junto a los pies de Joseph.

—Ay, bendito sea. —North se deslizó otra vez, montado en su escalera—. Creía que ése había ido a la casa Moreland la semana pasada. Me temo que ese volumen no está a la venta.

Joseph y aquel librito rojo en particular ya eran viejos amigos y, por lo visto, también parecía tener buenas relaciones con la familia de Louisa.

—¿No está a la venta? —Joseph lo recogió del suelo—. Conozco a alguien que parece coleccionar estos versos.

North se bajó, en medio de los crujidos de la madera de la escalera y de sus propios gruñidos.

—Cuando doy con un ejemplar, tengo que apartarlo. Hay un duque que compra todos los que pueda encontrar. Se ha convertido en una especie de cacería. Mi competidor, el señor Heilig, dice que hay un conde que lo fastidia con lo mismo, y tengo un conocido en Knightsbridge que afirma que también tiene no sólo un conde sino también un barón preguntando con regularidad por esos poemas.

Joseph abrió el libro por una página al azar y encontró uno de sus poemas favoritos, en el que el viejo Catulo le hacía salvajes afirmaciones a su amante acerca de hacer el amor nueve veces seguidas.

Quizá no fuese tan viejo cuando escribió ese poema. Puede que fuese la primera vez que se enamoraba y yaciera ante un crepitante fuego, con una mujer cuya mirada contenía más maravilla y pasión...

Joseph dejó de ver lo que lo rodeaba. Las joviales prédicas de North acerca del placer de encontrar el libro correcto se desvanecieron y fueron reemplazadas por la voz de Louisa, llena de curiosidad y de entusiasmo sexual.

«¿Esto se puede hacer repetidas veces? ¿Veces sucesivas? ¿Nueve veces seguidas?»

Los tres volúmenes en su bolso.

El ejemplar de la biblioteca de Westhaven, que había sido ocultado sumariamente de la vista de Joseph.

La pura excelencia de la traducción y la extraña inocencia de los términos elegidos para los conceptos más vulgares.

La pasión que transmitían las palabras, a pesar de alguna que otra frase ingenua.

Joseph miró fijamente el librito.

—Oh, mi querida y brillante esposa.

—¿Estamos buscando inspiración, acaso? —North volvió a lustrar sus gafas—. Es la obra de un genio, me atrevería a decir. Otros no son tan liberales en su apreciación, sin intención de hacer ningún juego de palabras. Lo siento, pero no puedo permitir que se lo quede.

Joseph consideró decirle que Moreland era su suegro, pero North parecía ser la clase de hombre que hablaba de más y aquellos eran poemas bastante atrevidos.

—¿Cuánto le paga Moreland?

North entrecerró los ojos y dijo una cifra.

—Le pagaré diez veces esa suma y le aseguro que jamás permitiré que este libro deje de pertenecer a mi familia.

El librero lo observó detenidamente y todo rastro de su bonhomía desapareció.

—¿Para quién ha dicho que compraba este regalo?

—No lo he dicho.

North se cruzó de brazos, separó las piernas y alzó la barbilla.

—¿Para quién quiere comprar estos versos, buen señor?

En un instante, el librero había pasado de ser un anciano alegre, distraído y un poco torpe a convertirse en la personificación del viento norte, listo para llevarse al incauto con una repentina ráfaga de desaprobación.

—Quiero regalárselo a mi señora esposa. Sus gustos son educados e inusuales y se deleitará con este volumen por el resto de sus días. Y también se deleitará conmigo por haberlo encontrado.

El viento norte desapareció de las facciones del anciano y, en su lugar, le guiñó un ojo.

—Confieso que, alguna vez, hasta mi propia esposa ha tomado prestado de la tienda un ejemplar de este librito. Me niego a permitir que lo haga bajo mi responsabilidad. En su honor, le doy el libro como regalo... para su señora esposa.

Joseph garabateó su dirección de la propiedad de Surrey en el dorso de una

tarjeta de visita y obtuvo del librero la promesa de que lo avisaría de cualquier otro ejemplar del librito rojo que apareciese en el futuro.

—Estaré en Surrey hasta el día de Navidad —explicó Joseph—, pero cobrará usted antes del día de Año Nuevo si envía las facturas a esa dirección.

Al parecer, los libreros eran gente extraña. Mientras Joseph visitaba una oscura y pequeña tienda tras otra, un anciano jovial tras otro, todos vestidos de navideño terciopelo, le ponían los rojos volúmenes en las manos y, con un guiño o una sonrisa, les deseaban a él y a su señora esposa felices fiestas, antes de darle las mismas exactas indicaciones para llegar a la siguiente tienda.

Para cuando se marchó hacia Surrey a la mañana siguiente, Joseph tenía una docena de ejemplares guardados en sus alforjas. No obstante, para cuando llegó a su casa de Kent (gracias a una escapada clandestina a los establos del conde de Windham), se aseguró de que sus alforjas estuviesen otra vez vacías.

# 13

Tantas cosas descubrió Louisa en el curso de un par de días, que recurrió a una táctica a la que había renunciado hacía cinco años: volvió a escribir en su diario.

¿Cómo habían hecho sus padres para educar a diez hijos? Por supuesto, el duque gritaba de vez en cuando. Por supuesto, la duquesa había aprendido a sofocar las rebeliones adolescentes con sólo alzar una ceja, y a dar ánimo con una silenciosa sonrisa.

Por supuesto, sus padres habían sido firmes aliados, porque era la única alternativa posible cuando tantos niños necesitaban cuidado y amor.

Y eso le hizo recordar algo realmente fascinante: el primer anhelo de Louisa antes de desear dirigir el observatorio de Greenwich, antes de querer pertenecer a la Royal Society, antes de que sus suspiros se dirigieran a las conferencias de los eruditos de Cambridge —todas aspiraciones desafortunadas—, su primer sueño había sido tener una gran familia propia.

Los detalles siempre habían sido vagos, pero incluían cuentos de hadas en la habitación de los niños, pequeñas historias escritas por ella para sus hijos pequeños, cartas a su madre sobre las visitas a sus tías y tíos; siempre había libros, siempre estaba presente su escritura, pero, sobre todo, siempre se hallaba su familia.

¿Cuándo había dejado de lado ese simple y prosaico sueño por cosas a las que, siendo realista, ninguna mujer podía aspirar?

Louisa deseaba no sólo educar a las hijas de Joseph con él, no sólo ser una esposa sumisa y una buena compañera, sino también educar a más hijos.

A sus propios hijos.

—Fleur y Amanda son nuestras hijas —informó a un rechoncho gato que respondía al nombre de *Limerick*. El pelo de la bestia era casi toda negro, pero tenía manchas rojizas que le daban un efecto maravilloso.

—He añadido a su fallecida madre a la lista de personas por las que rezo todas las noches —continuó Louisa—. Querré a esas niñas durante el resto de mis días, pero he llegado tarde a sus vidas.

Se quedó en silencio y el gato se levantó desde su sitio en el rincón del escritorio de Joseph y se paseó airado por debajo de la barbilla de Louisa, meneando la cabeza para acariciarla.

—No las he tenido en brazos cuando eran bebés, no las he dormido meciendo su cuna. No tuve nada que ver en la elección de su nombre. No las ayudé a empezar a caminar ni las he visto sonreírme antes de que tuviesen dientes.

Louisa echó un vistazo a la breve misiva que un mensajero le había traído de parte de su esposo después del atardecer:

> *Terminé pasando el día en Londres. Me marcho a Surrey por la mañana. Echo de menos a las damas de mi casa. Mantente abrigada hasta que volvamos a vernos.*
>
> *Con amor,*
>
> *Joseph*

«Con amor.»

El amor podía querer decir muchas cosas diferentes, desde la sufrida paciencia que la duquesa exhibía con frecuencia hacia el duque, a la tímida sonrisa que Maggie esbozaba al admitir que dormía en la misma cama que su conde todas las noches. El amor podía ser la ardiente pasión que Westhaven sentía por su mujer y no podía ocultar, o las silenciosas miradas que la esposa de Valentine le dirigía a éste.

En Joseph era una simple palabra en una escueta nota, pero qué adecuado que hubiera escogido la pluma y el papel para decírselo por primera vez. Había audacia en el hecho de que empuñara su pluma para semejante propósito. Louisa sabía mejor que nadie cuánto tiempo permanecía como evidencia la palabra escrita.

Y se lo había escrito a ella, sólo a ella.

Dios santo, deseaba tener un bebé —diez bebés— con Joseph.

—Echo de menos a un hombre con el que sólo he estado casada un puñado de días, gato. ¿Qué crees que significa eso?

Levantó al animal, lo hizo a un lado, abrió su diario, se arregló el batín de Joseph sobre los hombros y hurgó en un cajón para buscar un cortaplumas.

Lo único que encontró fue un libro contable. Era el mismo que Joseph había estado mirando durante todo el trayecto a Kent. Un libro de contabilidad que había visto en su escritorio en la ciudad, un grueso volumen verde con lazos rojos cosidos al lomo para marcar las páginas. En la cubierta, en relieve, había una dirección en letras doradas.

El gato se aposentó en el escritorio y puso las patas delanteras sobre el diario abierto de Louisa.

—No debería.

Pero sabía que Joseph le mostraría sin duda el contenido del libro si ella se lo pedía. Él había sido franco al punto del descaro acerca de las finanzas en general, y el cajón del escritorio no era exactamente un lugar donde ocultar secretos.

Miró con más atención el libro sin sacarlo del cajón.

Aquella dirección le sonaba...

Su aletargado cerebro se despertó y Louisa recordó dónde la había visto antes, escrita con letra femenina...

—Es la misma dirección del orfanato que Sophie colocó en primer lugar de su lista, el que está en Surrey.

El gato comenzó a ronronear, con un suave ruido sordo que combinaba alegremente con el crepitar del fuego cercano. Louisa cogió el libro y lo abrió sobre su regazo para no molestar al animal.

Las entradas eran de hacía más de cinco años y registraban una infinidad de gastos del hogar contra un depósito mensual considerable. La casa tenía mucho personal, con lacayos y criadas. Los gastos de carbón eran prodigiosos, así como los que correspondían a comida, sábanas, ropa, zapatos, cuadernos, delantales...

«¿Delantales?»

—Ese hombre. —Louisa pasó una página y recorrió con un dedo las

entradas, al tiempo que la invadía un extraño calor—. Ese adorable y maldito...

Se interrumpió en las entradas de diciembre del año anterior. Cualquier hija Windham sabía lo que hacía falta para preparar un budín navideño, y vio que la cantidad de frutas confitadas y almendras que se compraban para la casa era asombrosa.

—Cuerdas de saltar, de las que les encantan a los muchachos, y muñecas, peonzas, naranjas y dos juegos completos de críquet, probablemente uno para los niños y otro para las niñas; colchas de franela y zapatos. Dios santo, el lugar bien podía mantener ocupado a un taller de zapateros entero.

Cerró el libro de contabilidad y, cuando fue a dejarlo donde lo había encontrado, una hoja de pergamino cayó de entre sus páginas. La letra no era la caligrafía nítida y segura de su esposo, sino que parecía más bien unos confusos garabatos:

*Suponiendo que sobrevives al duelo de honor, ¿cuánto estarías dispuesto a pagar para que tu flamante esposa no sepa de tus numerosos adulterios en España?*

—¿Qué diablos? —Cogió el papel entre el índice y el pulgar, como si estuviese impregnado de una sustancia venenosa. Volvió a leer el mensaje, pero nada cambió en el vil sentimiento que comunicaban aquellas palabras.

—Alguien está amenazando a Joseph.

El gato entrecerró los ojos por toda respuesta.

—Algún tonto, probablemente el mismo que me envió a mí aquella execrable nota la semana pasada, está intentando amenazarlo.

Devolvió el horrible papelito al interior del libro, dejó éste otra vez en el cajón y comenzó a andar arriba y abajo. Sus medias de lana se deslizaban sobre el suelo de madera en cada rincón de la habitación.

—No puedo creer el descaro... Joseph ya tiene bastante con lidiar con sus duelos, sus huérfanos y casándose conmigo... Qué atrevimiento... qué desfachatez... qué...

Cogió al gato y acunó su pesado y peludo cuerpo cerca del suyo.

—Debemos continuar con lo que teníamos planeado, gato. Estas amenazas y secretos simplemente no funcionarán. Para Navidad, le ofreceré mi esposo nada

menos que toda mi honestidad y saldremos adelante de las dificultades como la buena pareja que somos.

Eso sonó como una bonita intención, especialmente cuando su querido esposo estaba en el condado vecino y aún faltaban varios días para la Navidad.

Westhaven se consideraba un hombre razonablemente listo, pero las circunstancias que lo obligaban a sentarse a escribir lo desconcertaban por completo.

*Gayle, conde de Westhaven, a sus señorías el conde de Hazelton, el conde de Rosecroft, lord Valentine Windham y Wilhem, barón Sindal.*

*Caballeros:*

*He recibido un regalo anónimo de doce ejemplares de cierto librito que ha sido dejado con sigilo en mis establos. Hablaremos más del asunto en Moreland el martes próximo.*

*Westhaven*

—Esposo, no pareces contento.

Westhaven alzó la mirada y vio a su esposa mirándolo desde la puerta del estudio.

—Estoy contento, pero también un poco confuso.

—Entonces se trata de algo que tiene que ver con la familia, ¿verdad? —Anna cruzó la habitación para mirar por encima de su hombro, lo que significaba que su querida, dulce y confiada esposa iba a sentarse en su regazo. La puerta estaba cerrada y su hijo estaba cumpliendo con una de las más benditas instituciones familiares, la hora de la siesta.

—Mi desconcierto tiene que ver con los libros de Louisa —le informó a su esposa, hablándole a un tierno lugar por debajo de su tentadora oreja—. La cantidad de ejemplares en circulación acaba de reducirse a la mitad, pero no tengo ni idea de a quién debo agradecerle este avance. Quizá Papá Noel haya decidido

intervenir en los asuntos de mi hermana.

Anna le rodeó el cuello con los brazos y él pudo oler su atractivo y femenino perfume a madreselva.

—Yo tengo una idea —dijo su fragante, tibia y curvilínea condesa. Y le susurró algunas palabras al oído, palabras que lo hicieron fruncir el cejo.

—Por Dios, esposa, ahora sí que me asombras. Mandaré que lo busquen, algo formulado de manera un poco ambigua pero comprensible para averiguar si es nuestro benefactor. Tanta intriga no podía sino provenir de alguien como él.

Anna se inclinó y le susurró algo más y él volvió a sorprenderse... Tan sorprendido estaba que se puso en pie con ella en brazos, la tumbó en el sofá y cerró la puerta con llave.

*Soneto* cogió el ritmo al tiempo que Joseph lo dirigía hacia el camino, lo cual demostraba que el animal estaba en mejores condiciones que su dueño. En lugar de ser sensato y permanecer otra noche en Surrey, Joseph se había obligado a sí mismo y a su montura a emprender el regreso a casa, aprovechando la luz de una luna creciente sobre la nieve.

Había prometido a todos los de la casa de Surrey que regresaría para Navidad o al día siguiente, lo cual sería una tarea bastante delicada. Al día siguiente era más probable, pero la Navidad era una especie de tradición, una que echaría muchísimo de menos si se viese obligado a sacrificarla.

Los mozos de cuadra atendieron al caballo mientras Joseph se detenía un instante en la terraza trasera, pensando en lo que lo esperaba dentro.

Permaneció allí sólo un momento, pero finalmente entró porque hacía un frío espantoso. Todo estaba cubierto de blanco, inmóvil, como sólo una noche de invierno podía estarlo, y todo en completo silencio. En paz.

Dentro quizá no hubiese esa misma paz. Dentro, Joseph iba a tener que explicar a su flamante esposa que, aunque los asuntos en Surrey se desarrollaban con normalidad, se perfilaba una amenaza. Una amenaza para la paz mental de la familia y posiblemente para la seguridad y el bienestar de los niños.

—¿Joseph? —Louisa apareció en la puerta trasera, con una de las viejas batas de él—. Ven aquí ahora mismo. Te morirás de frío, mirando las estrellas en una

noche tan fría.

Cruzó la terraza y se puso de puntillas para besarlo.

En los labios helados Joseph sintió su tibieza, dulce y generosa. Ella suspiró, le rodeó el cuello con los brazos y posó la cabeza en su hombro.

—Espero que tu viaje haya transcurrido sin incidentes.

«Sin incidentes.»

Era la misma expresión que el duque había usado la mañana del duelo para decirle a la duquesa que todo había salido bien. Y, sin embargo, al tiempo que Joseph saludaba a su esposa, le pasaba un brazo por los hombros y la escoltaba hasta la casa, pensaba que sí había habido algunos «incidentes».

Una vez dentro, olió la canela del pan recién horneado, un aroma que llenaba su bendita y acogedora casa. Louisa caminó a su lado por el piso de abajo, y al olor que le llegaba se sumó el de la cera de abeja, una esencia producida por un par de altas velas que flanqueaban la entrada principal, adornadas con cintas rojas.

Toda la casa estaba decorada con ramos verdes, incluidas las barandillas de la escalera principal. En las ventanas había laureles, alternados con naranjas con clavo y, en algunos lugares estratégicos, ramos de muérdago.

—Aun corriendo el riesgo de aburrirte con mis sentimientos, has de saber que te he echado de menos —dijo Louisa mientras lo guiaba hacia la biblioteca, que era el lugar más caliente de la casa. No un calor agobiante, sino... acogedor.

En cuanto cerraron la puerta tras ellos, Louisa se estrechó contra él de nuevo.

—Ni siquiera he dejado que te quites la capa.

Joseph la rodeó con los brazos y el placer que experimentó con sólo tenerla contra él, sana, abrigada y contenta, era casi un acontecimiento en sí mismo. Sintió como si algo se le desatara en el pecho; como si algo se suavizara en su mente.

—Yo también te he echado de menos. ¿Estás bien?

Ella apretó la nariz contra su garganta.

—Estoy bien.

Demasiado tarde por culpa de su cansado cerebro, Joseph advirtió que el significado de su pregunta tenía un alcance mayor del que parecía a simple vista.

Resistió la urgencia de cerrar con llave la puerta de la biblioteca.

—¿Y las niñas?

—Espléndidas. Les he dicho que mañana pueden bajar a desayunar con nosotros si se portan bien.

—Por supuesto.

—Hay una bandeja para ti en el aparador.

No quería dejarla ir, ni siquiera para llenar el inmenso vacío que sentía en el estómago. Le besó la mejilla y permitió que lo llevara al otro lado de la estancia.

—Normalmente, asalto la despensa, Louisa. No pretendo que tú ni el personal me esperéis despierto cuando regreso a casa.

Ella se detuvo ante el aparador y comenzó a desabrocharle la capa.

—Puedo leer poesía durante horas, Joseph; y si no hubieses llegado antes de la medianoche, habría enviado un mensajero a Moreland para que le mandase un mensaje a Westhaven.

—¿Qué podría hacer tu hermano?

—Está en Surrey. Podría haber hecho el camino hasta tu propiedad y mandarte un mensaje para saber si estabas bien o si te habían asaltado unos bandidos. —Le quitó la capa y él sintió que, al mismo tiempo, también le quitaba un simbólico peso de los hombros—. Deduzco que no fuiste a visitarlo.

—No, no lo hice. —Aunque había entrado y salido de su propiedad sin ser visto, en un ejercicio que había reavivado en él los recuerdos de cuando se deslizaba tras las líneas enemigas en España—. Louisa...

Ella comenzó a desatarle el pañuelo de cuello, con manos rápidas y ágiles... y qué alivio la sensación de liberación que experimentó Joseph en ese momento.

—Ven, come. —Se dirigió a la chimenea, colocó la bandeja en una mesa baja y cogió un par de cojines, que dejó junto al fuego—. Estás cojeando, ¿sabes?

Joseph había intentado no hacerlo.

—El frío no ayuda. —Ella se volvió para acercarle también un servicio de té del aparador, pero Joseph la atrapó por la cintura—. En serio, no tenías que esperarme despierta.

Lo que realmente había querido decir, lo que se había desafiado a sí mismo a decir, era simplemente: «Te amo».

Ésa era su manera de amar, aquella pragmática demostración de afecto y compañía. No había nada romántico en eso, nada grandioso ni trascendental, pero respondía a una necesidad que Joseph no podría haber expresado con palabras.

Quizá Louisa, con su dominio de las frases y su capacidad para las lenguas, pudiese encontrar las palabras justas, pero lo único que él podía hacer era abrazarla y hacer declaraciones muy simples.

—Gracias, esposa. Aprecio mucho tu hospitalidad.

Dentro de poco, tendrían que mantener difíciles conversaciones sobre cartas amenazadoras y decisiones tomadas años antes de ir a España, pero faltaba tiempo para eso.

Louisa permaneció en silencio entre sus brazos, acariciándole el pecho con aire ausente.

—No he dormido en mi cama mientras no estabas.

Ni había usado su camisón ni sus medias, le dijo, sino los de él; todo eso le proporcionó a Joseph una satisfacción extraordinaria.

La soltó y le dio una palmada en su redondeado trasero. Ella sirvió el té y Joseph se acomodó junto al fuego.

—¿Quieres un poco de láudano para la pierna? —Dejó la bandeja y le quitó las botas, una bendición más allá de lo imaginable, y luego retiró el calentador que cubría la tetera.

—¿Es nuevo ese calentador?

Sí que le dolía la pierna, pero menos que antes, porque ahora se encontraba en una casa confortable.

—La bordé para mi ajuar. Eve y Jenny lo hacen mucho mejor, pero es lo primero que hice y me gusta lo bastante como para tenerlo en casa.

Ella pareció alegrarse de que él lo hubiese notado, pero era el único calentador que Joseph había visto con la imagen medieval del unicornio y la doncella.

—A mí también me gusta. Es original.

—Raro, quieres decir. —Louisa cogió la tetera para servirle un poco de té, con la oscura trenza sobre un hombro.

—Adorable, quiero decir. —Le llevó la trenza a la espalda—. Insólito,

inusual, el único que he visto de este tipo en mi vida.

—Come un bocadillo.

Él cogió uno y luego dos más, comiéndoselos en un tranquilo silencio, mientras Louisa le servía más té y le acariciaba la pierna con aire ausente.

Cuando terminó de comer, completando la cena con uvas (que sin duda provenían de Moreland y que su esposa le dio en la boca una a una), advirtió que ella estaba esperando que terminase.

—¿Nos esperan en Moreland durante las fiestas? —Pasó un brazo por encima de los hombros de Louisa mientras formulaba esa prosaica pregunta, al tiempo que notaba cómo una agradable relajación se apoderaba de él.

—Podemos ir si queremos. Aún tengo que llevar allí a las niñas, que por cierto se portaron muy bien en casa de Sophie. Sindal me dijo que te dijera que es tu aliado. Espero que Hazelton haga lo mismo.

—Yo quiero que tú seas mi aliada.

De hecho, era algo que deseaba con desesperación.

Algo indescifrable pasó un segundo por los hermosos ojos verdes de Louisa.

—Jamás dudes de eso. —Le apoyó la cabeza en un hombro y, si de él dependiese, se quedaría dormido allí mismo, junto a la chimenea—. Las muchachas te regalarán un bastón para Navidad.

Necesitaba un bastón. Lo ayudaría a ponerse en pie frente a las cálidas chimeneas con una postura mucho más elegante.

—No he encontrado ponis para ellas, aunque supongo que debería ser algo fácil de conseguir.

Guardaron silencio y detrás de ellos cayó un tronco lanzando una lluvia de chispas.

—¿Vendrás conmigo a la cama ahora? —preguntó Louisa.

Joseph parpadeó, preguntándose qué secretos se ocultarían detrás de esas palabras. Podía demorarse y quedarse un rato escribiendo en el libro de contabilidad de Surrey para ponerlo al día. Podía decirle también que estaba cansado; de hecho, lo estaba, y mucho, cuando se apeó del caballo. O podía esforzarse para ponerse en pie, llevar a su esposa a la cama y consumar su matrimonio.

—¿Que si voy contigo a la cama? —Hundió la nariz en su pelo, que olía a flores, a pan recién horneado y a clavo—. Encantado... si es que consigo ponerme en pie.

Ella lo ayudó a levantarse con bastante gracia y, antes de que él se diese cuenta, Joseph estaba en su habitación, con la puerta cerrada y su esposa desabrochándole la camisa.

—«Y todo esto que miras a tu amor lo hace más fuerte para amar lo que no mucho tardará en perderte.»

El duque alzó la vista de los melancólicos y tiernos sentimientos del Bardo y descubrió que la duquesa no estaba exactamente fascinada por el recitado de su soneto favorito. Por el contrario, fruncía el cejo con hostilidad ante una pequeña pila de pequeños libros rojos que había sobre la mesa, todos volúmenes idénticos.

—Parecen tan insignificantes e inofensivos. —El duque dejó el libro de Shakespeare a un lado mientras hacía ese comentario y se dirigía a la media docena de decantadores que había en el alféizar de la ventana, bajo una fragante rama de pino verde—. Sólo un libro de poesía más entre muchos libros de poesía.

Su esposa alzó una copa, pidiéndole que le sirviese un poco más.

—Algunos de estos poemas son brillantes. —Su tono era triste, lo que a su marido le rompió el corazón.

—Si la nota de Westhaven significa lo que creo que significa, los tenemos casi todos, Esther. Debería haber imaginado que Victor pondría a toda la familia a trabajar.

Ella bebió un sorbo de su copa; era una concesión que hacía en el campo, sólo en lo más crudo del invierno.

—Y entonces nadie podrá utilizar esta tontería de nuestra hija... o su genio.

De ahí venía su tristeza.

—Te culpas de ello, pero, milady, los comienzos de Louisa no pueden ser consecuencia de haber encontrado algunas viejas cartas de esa lady Mary Montagu. Las incitaciones de Victor tuvieron mucho que ver con eso y también las bromas de los demás.

—Louisa leyó sobre los viajes por Constantinopla, y también los malditos y

condenados poemas. No debería haberle prestado el libro, Percy.

La duquesa nunca usaba ese lenguaje. Que se desahogase de ese modo daba la medida de su desesperación como madre... y quizá fuese resultado de haber hecho varias visitas al decantador, aunque contase con la complicidad de su esposo.

—Algunos de los poemas de lady Mary son encantadores. —Pícaros y encantadores. El duque tomó un sorbo de una bebida bastante buena—. Los hermanos de Louisa tienen mucha responsabilidad en esto, esperando que les hiciera las traducciones para sus clases y para la mitad de sus compañeros en la universidad. Los muchachos jóvenes son una ruina para la civilización.

—Tú fuiste un muchacho joven una vez.

Su esposa le dirigió una mirada de aprobación tan pura que el duque pensó que debía abrir el coñac más a menudo y que el viejo y trágico Bardo bien podía irse al demonio.

—Y tú, querida, todavía pareces la ágil muchachita que tuvo la osadía de atrapar a un oficial joven y arrogante al que le hacía mucha falta una esposa.

Compartieron un momento de silencioso recuerdo y el reloj del rellano dio la hora.

—Debemos retirarnos a dormir, Percival. Ya casi es Navidad y todavía hay mucho por hacer. Los muchachos vendrán a visitarnos y después tendremos la celebración de puertas abiertas de la noche de Navidad, para la que hay que cocinar muchísimas cosas mañana mismo.

—La casa ya tiene un aspecto bastante festivo, cariño. No cabría esperar un hogar más acogedor. ¿Irás a visitar a Louisa mañana?

La duquesa contempló su copa.

—Estoy esperando que tome la iniciativa. Joseph y ella tienen algunos asuntos que arreglar.

Miró los malditos libros, que su esposo habría estado encantado de arrojar al fuego, aunque no hubiese servido de nada. Victor había sido muy claro acerca de que todos los volúmenes debían ser devueltos a su autor. Durante varios años, el duque no había sabido cómo hacer algo así sin avergonzar terriblemente a su hija.

Al parecer, Westhaven había resuelto el dilema. Si podían conseguir algunos libros más, la pequeña dificultad de Louisa sería finalmente superada... y sin

necesidad de proyectar una ominosa sombra sobre su reciente matrimonio.

Ahora que el momento había llegado, Louisa sintió una curiosa vacilación y Joseph, siempre atento, debió de notar que su resolución flaqueaba.

—¿Louisa?

Estaba en pie junto a la cama, mirándola, y en su expresión había rastros de fatiga y de alguna grave e íntima emoción que ella no podía mirar directamente.

Louisa se echó en la cama y se pasó una mano por la frente.

—¿Te duele la cabeza, esposa? —Permaneció donde estaba, de pie junto al lecho.

Ella negó con la cabeza cuando lo que deseaba hacer, lo que debería hacer, era desvestir a su esposo.

—«¿Por qué ocultas tu hermoso rostro?»

Alzó la cabeza.

—¿De quién es eso?

—Del viejo John Wilmot, conde de Richmond en los días de Carlos II. ¿Por qué no calientas las sábanas mientras yo voy a lavarme?

Después de recitar un verso, adoptaba un aire práctico. Sin embargo, Louisa aceptó la sugerencia, porque ella se había quedado sin ideas. En pocos minutos su matrimonio se transformaría en un hecho irreversible, y la asaltaban las dudas.

¿Qué pasaría si no era buena en esto, eso y... aquello? ¿Qué pasaría si la primera esposa de Joseph había sido la compañera ideal en cuando a las intimidades maritales y era un precedente con el que ella jamás podría competir? ¿Qué pasaría si Louisa no podía darle hijos a su esposo, lo cual, después de todo, era el objetivo de lo que estaban a punto de hacer?

Vio que Joseph había llenado el calentador de cobre con carbones y que se lo entregaba con su largo mango.

Louisa se puso en pie y lo cogió.

—Gracias.

—Había más nieve al oeste de aquí —señaló él mientras terminaba de

desabrocharse la camisa—. Aunque no hacía más frío.

Ella abrió las mantas y pasó el calentador por las sábanas.

—¿Y los caminos?

—Pasables. *Soneto* no es quisquilloso en nuestros paseos. —A continuación les tocó el turno a los gemelos de las mangas, que dejó en una bandeja en el guardarropa—. ¿Te parece que debería comprarles los ponis a las niñas?

—Yo esperaría hasta la primavera. Podemos llevarlas sentadas delante de nosotros hasta que llegue el buen tiempo. Un cachorro será suficiente por ahora.

Joseph se quitó la camisa y se detuvo antes de bajarse los pantalones.

—Un maldito perro. Hacen ruido, huelen mal y dejan rastros de suciedad por toda la casa. ¿De verdad estás sugiriendo que les regale un perro?

—Posiblemente dos, si las niñas no saben compartir.

—A mí me comparten bastante bien. —Sin una sola prenda puesta, Joseph se acercó a la chimenea y se lavó con el agua que Louisa había dejado calentándose junto al fuego. Para tranquilizarse un poco, ella se ocultó tras el biombo y usó el polvo dentífrico de nuevo.

Dios del cielo, su esposo era un hombre hermoso. Incluso la cojera le daba un aire viril.

Oyó que sumergía una esponja en el agua.

—Puedo preguntarle a tu padre si sabe de alguna camada de perros en la zona. ¿Mañana es demasiado pronto para visitar a los duques?

«Mañana.»

Al día siguiente, el matrimonio de Louisa estaría completa y verdaderamente consumado. ¿Cómo podía pensar en las visitas cuando esa realidad ocupaba todo su pensamiento?

—Mañana estará bien. Las niñas están deseosas de conocerlos.

Más sonido de agua. Louisa espió por el biombo y vio a Joseph con un pie sobre la chimenea, pasándose una toalla por el pecho. Su piel húmeda brillaba a la dorada luz del hogar y la línea de su espalda desnuda y su costado...

Ella no sabía que un hombre pudiese ser pura poesía. Oh, había visto las esculturas de los mármoles de Elgin, había visto a sus hermanos en la adolescencia, pero Joseph...

—Se enfriarán las sábanas, esposa. Métete en la cama.

Las sábanas iban a entrar en combustión espontánea si Louisa se posaba en ellas, pero no podría precisar si era por efecto del anhelo o del miedo.

A fuerza de puro autocontrol, se dirigió a la cama.

—Tienes un comportamiento muy prosaico cuando estás así expuesto, Joseph Carrington.

Él se encogió de hombros y sus musculosos hombros fueron... más poesía.

—No creo que una mujer casada deba ser remilgada... y alguien me ha robado el batín.

Ella intentó mantener la mirada fija en la barbilla de su esposo.

—Tienes otros.

—Ése es mi favorito... en este momento. Me gustaría incluso más si permites que te lo quite.

Al tiempo que se aproximaba a ella, Louisa no pudo ignorar que él se estaba excitando.

—No es necesario que lleguemos a la intimidad esta noche —añadió Joseph—, pero tampoco veo que tenga sentido seguir demorándolo.

—Por supuesto que llegaremos a la intimidad. —Las palabras no le salieron precisamente calmadas ni sugerentes. En realidad, sonaron un poco trémulas.

Él la observó, arqueando un poco una comisura de la boca.

—A la cama, pues —dijo, dándole una palmada en el trasero—. Voy a lavarme los dientes.

Estaba siendo prosaico, pero también, sospechó Louisa, considerado. Ella se quitó el lazo del batín, lo colgó en uno de los postes de la cama, se metió debajo de las mantas y escuchó cómo su esposo se lavaba los dientes.

Aquél era un sonido que se volvería familiar para ella, tal como había descubierto que sería la costumbre de observarlo afeitarse cada mañana. Igual que lo vería, una y otra vez, recorriendo la habitación desnudo, apagando las velas y atizando el fuego.

—Le has puesto perfume al agua, Louisa. ¿Sabes cuánto tiempo hace que nadie calienta ni perfuma el agua para mí? —Levantó las mantas y se metió en la cama—. Empiezo a sospechar que casarme contigo tendrá un efecto positivo en mi

bienestar físico.

Se movió desde su lado de la cama, agitando el colchón al tiempo que se desplazaba para llegar al lado de Louisa.

—Hola, esposo.

Ella estaba acostada de espaldas y Joseph se estrechó contra su costado, con lo que una parte determinada de su cuerpo le empujó la cadera.

—Bienvenida, esposa, y, por mucho que admire el bordado de tu camisón, desearía decirle adiós sin remordimientos... cuanto antes.

Ella se cubrió la cara con ambas manos.

—¿Hace falta que suenes tan feliz?

—Se aproxima una temporada feliz. —Le quitó las manos de la cara y le besó la nariz—. «Oh, ¿por qué con tu mano eclipsas los rayos vivificantes que emanan del sol que hay en tus ojos?»

—No puedes sacarte a ese Wilmot de la cabeza.

—No, no es así. Tengo algo, o debería decir a alguien, completamente distinto en mi cabeza. —Hablaba con suavidad, pero había alegría en sus palabras. Louisa lo notó en su voz.

—Joseph, hay cosas de las que debemos hablar.

Él le desató el primer lazo del camisón.

—Podemos hablarlas desnudos. —Desató un segundo lazo—. Podemos hablarlas mañana. —El tercero, el cuarto—. Podemos hablarlas desnudos mañana, pero, Louisa, eres mi esposa, estamos legalmente casados y ha llegado el momento de que te dé el máximo placer, cosa que deseo fervientemente.

Ésas no eran frases escritas por un conde muerto hacía mucho tiempo. Desató más lazos del camisón de ella, hasta que no quedó ninguno más. Joseph la cubrió con las mantas hasta los hombros y deslizó una mano por su vientre.

—No sentí el frío en Surrey, Louisa, porque sabía que me esperaban estos momentos contigo.

Dios del cielo.

—Joseph, ¿qué se supone que tengo que hacer?

Él se apartó para mirarla, frunciendo las cejas.

—Haz lo que quieras, con una excepción. —Le besó la clavícula, un dulce y breve gesto que involucró también la punta de su lengua—. No pienses, Louisa Carrington. Maldito sea si aún eres capaz de aferrarte a tu raciocinio en un momento como éste. Deja tu prodigiosa mente, con todos sus pensamientos, idiomas, números y blasfemias, de lado, y que la muy condenada pueda descansar mientras te hago el amor.

Esas palabras, «mientras te hago el amor», las pronunció junto a su cuello y a Louisa le gustó cómo sonaron, incluso si el significado en ese contexto era más biológico que romántico. Sin embargo, la idea de permitir que su intelecto permaneciese ocioso era una novedad y una idea vagamente inquietante.

—Todavía no me has dicho qué...

La besó y, así de simple, ella suspendió su pensamiento, excepto en la parte que percibía cómo él se movía por su cuerpo, se sentaba sobre ella a horcajadas y la rodeaba con todo su cuerpo desnudo y perfumado con lavanda.

—Eres una esposa tan adorable y tan suave...

Le deslizó una mano debajo de la cabeza y volvió a besarla, pero había algo travieso en la forma de hacerlo, porque lo hacía con lentitud, como si estuviera inventariando sus rasgos e intentando impedir que ella pudiese besarlo a él.

Louisa le pasó un pie por una de sus musculosas pantorrillas, disfrutando del contacto de su piel contra su planta. Joseph dejó de besarla y ella repitió la caricia con el pie, mientras arqueaba el cuerpo para acercar su boca a la suya. Joseph gruñó. Louisa sonrió y él se vengó acariciándole lentamente el labio inferior con la lengua.

Las sensaciones y las intenciones se acumularon, se estrellaron entre sí e hicieron añicos la conciencia de ella.

La erección de Joseph se interponía, rígida y ardiente, entre sus cuerpos.

El camisón de Louisa desapareció entre las mantas.

Un gruñido (de él), seguido de un suspiro (de ella).

Y el peso de Joseph, su adorable, bendito y completamente encantador peso la presionaba contra el colchón, sujetándola al tiempo que su propia excitación le encendía la sangre.

—Esposo, deseo... —Le cogió un puñado de pelo y se arqueó contra él.

—Bésame, Louisa. —Le cubrió los labios con los suyos y la lengua de ella se

abrió paso en su boca, determinada al ataque y la victoria.

La mano de él, grande y tibia, se posó sobre su pecho y la sensación que le provocó fue tan exquisita —comodidad, placer, sorpresa, anhelo— que Louisa interrumpió el beso por completo.

Joseph aplicó la más ligera y maravillosa presión sobre su pezón. A modo de réplica, ella se aferró a su trasero y se lo apretó.

—Esto es... esto es... otra vez, por favor. ¡Más, Joseph!

Su cuerpo recordaba eso, recordaba el placer y la maravilla de que él pudiera provocarla, serenarla, deleitarla, y también sorprenderla, como cuando le mordió el pezón y comenzó a rozarle el sexo con su miembro.

—Louisa... —Dijo su nombre mientras le pasaba la nariz por el esternón.

—Sí, Joseph. Por favor, sí. ¡Ahora!

Él extendió los brazos, y eso hizo que sus cuerpos sólo se tocaran allí donde se unirían.

—Quiero sentirte... —Louisa intentó atraerlo otra vez contra su cuerpo, pero él se mantenía firme.

—Dentro de un momento.

Las palabras sonaron tensas, casi serias, advirtiéndole que, para él, la frase había sido formulada con las últimas reservas de autocontrol.

Ella cerró los ojos y le llevó una mano al corazón. Con la otra le cogió la muñeca del brazo con que se sostenía.

—Respira, Louisa.

Sí, respirar era algo de lo que se había olvidado. Inspiró hondo y dejó escapar un suspiro. Joseph presionó la punta de su sexo contra su abertura. En la siguiente generosa exhalación, él empujó sus caderas hacia delante y, en la tercera, penetró en su calor, experimentando extrañas y placenteras sensaciones.

—Esposo...

Él se quedó inmóvil, con sus cuerpos apenas comenzando a unirse.

—¿Estás bien?

—Te deseo. Más, por favor...

Pero aquel maldito y adorado hombre no iba a apresurarse. Louisa tenía las

uñas clavadas en su trasero, respiraba entrecortadamente y su cuerpo rugía de deseo por completar aquella unión con su esposo.

—Joseph Carrington... estás atormentándome.

Él descendió hasta apoyarse en los antebrazos.

—Estoy haciéndote el amor. —Le pasó una mano por debajo de la cabeza otra vez y la acercó hacia sí—. Muévete conmigo, Louisa. Yo me contendré... Dios santo.

Ella movió las caderas de un modo sinuoso y fascinante, recibiéndolo y retrocediendo.

—¿Así?

—Que Jesús tenga misericordia... Exactamente así.

Su voz sonó áspera junto a su oído, áspera y... ¿temerosa? Louisa disminuyó la velocidad de sus movimientos; había un suave contrapunto de sus cuerpos en contraste con la respiración de ambos, cada vez más agitada. Durante unos adorables y largos minutos, ella se movió con él, descubriendo su ritmo, descubriendo cómo resistir una avalancha de sensaciones que le llegaba de varias direcciones al mismo tiempo.

—Louisa, no estoy seguro de poder...

Algo dentro de ella se apretó, como si muchas cosas se reunieran en un solo punto, y luego todo se tensó un poco más. Sobre la almohada, entrelazó los dedos de una mano con los de Joseph y, como una flecha disparada desde un arco, el placer la atravesó entera. Las sensaciones eran muchísimo más profundas de lo que había experimentado antes de la boda. Mucho más íntimas, más...

Su mente no conseguía formar pensamientos. Su cuerpo se apoderó del control, rogándole a su esposo que prolongase la felicidad uniéndose a ella y que se liberaran de todo excepto del placer de tener al otro entre sus brazos.

Louisa advirtió el momento en que Joseph dejó de luchar para demorar su propia satisfacción cuando sus empellones se volvieron un poco más salvajes, un poco más feroces y placenteros para ambos.

Hacer el amor con él, que él se lo hiciera así, era algo que estaba más allá de la descripción, más allá de... la poesía. Más allá de todo.

# 14

Cuando la pasión menguó y Joseph yacía en silencio entre sus brazos, surgió otra clase de placer. El de acariciarle la musculosa espalda, el de acompasar su respiración con la suya, el de recorrer con los dedos el sedoso desorden de su pelo.

—Debería moverme.

Pronunció esas palabras en un suave gruñido, acompañado de un mordisco en el lóbulo de la oreja de Louisa.

Ella le dio una palmada en el trasero y le besó la mejilla.

—Todavía no. —No cuando aún estaba tan sobrecogida por la intimidad que la idea de apartarse de él la llenaba de tristeza.

Minutos más tarde, Joseph le besó la sien.

—Louisa, vamos a causar un desastre si alguien no va a buscar una maldita toalla.

—Mis pensamientos ya son un desastre. —Cosa que no le importaba en absoluto, lo cual era otra novedad.

Lo soltó y él se levantó, retirando su miembro de su cuerpo con una suave y húmeda caricia.

—No estés tan desolada, milady. La noche acaba de empezar.

Ella observó cómo se dirigía al agua, escurría la toalla y se limpiaba rápidamente los genitales.

—No eres muy delicado contigo mismo.

—No hace falta que lo sea. Tú eres un asunto muy distinto. —Parecía

definitivamente un pirata cuando dirigió la vista hacia la cama—. ¿Una toalla, señora?

—¿Para qué?

—Para arreglar el desastre que ha armado tu esposo al derramar su simiente en tu interior.

No había poesía en sus palabras, pero Louisa aprobaba su franqueza. Así era como quería que él le hablara de asuntos íntimos: abiertamente y con una ceja arqueada a modo de desafío.

—Apreciaré una toalla. Y más apreciaré un esposo debajo de estas mantas para mantenerme abrigada.

—Tiene que haber alguno por aquí, en algún lado. —Con paso arrogante, regresó a la cama—. Probablemente yo te sirva por un rato, si prometes no robarme todas las mantas.

Louisa quería robarle el corazón.

—La toalla, por favor.

De hecho, comenzó a notar algo húmedo entre las piernas. Qué... curiosa y conyugal era aquella sensación.

Joseph le dio una suave toalla seca y se subió a la cama mientras ella se limpiaba.

—Tengo entendido que tienes intenciones de quedarte por aquí, ¿es así, esposa?

La miraba en la oscuridad.

Louisa dejó la toalla en la mesilla de noche y tuvo la impresión de que Joseph intentaba sonsacarla sin revelar mucho de sí mismo.

—Tengo planeado compartir esta cama contigo durante los próximos cuarenta años más o menos, Joseph Carrington. Si esa idea no te gusta...

Él terminó su frase por ella en un instante.

—Sesenta —gruñó—. Sesenta como mínimo, o setenta. Hay personas que llegan a vivir cien años, aunque si tenemos muchas más demostraciones de esta felicidad conyugal, deberíamos estar agradecidos por alcanzar los cuarenta y cinco. He sufrido heridas en la Península, ¿sabes?

Louisa lo cubrió con las mantas para silenciarlo.

—Me casé con un hombre que dice cosas absurdas.

Él suspiró y apoyó la frente en la suya.

—Un bruto que dice cosas absurdas. ¿Estás bien, Louisa? Nos hemos apasionado más de lo que quizá sería recomendable para un primer encuentro.

—No, no estoy bien.

Él se apartó y en su mirada había verdadera preocupación, incluso cierto temor.

—Estoy horriblemente arrepentido. Despertaremos a los criados y pediremos que te preparen un baño bien caliente. Del modo más humilde, te suplico...

Ella le cubrió la boca con una mano.

—Estás diciendo cosas ridículas otra vez, Joseph Carrington. No sólo estoy bien. Estoy decididamente complacida.

Y enamorada. También estaba decididamente enamorada de su esposo, pero eso no era conveniente ni digno y no valía la pena mencionarlo.

Joseph se tumbó junto a ella y dejó escapar un gran suspiro.

—Yo también estoy complacido.

Momentos más tarde, cuando Louisa dormitaba sobre el pecho de su esposo, se le ocurrió una idea.

—¿Sabes más versos de ese poema de Wilmot?

Al principio no estaba segura de que Joseph estuviese lo bastante despierto como para responder. Él le tocó el pelo en una lenta caricia y luego recorrió sus facciones, una por una. Recitó:

*Eres mi vida y si te marcharas de mi lado*
*mil muertes cabrían en mi vida. Eres mi guía,*
*sin ti, amor, todo viaje se vuelve extravío.*
*Eres mi luz y sin la gloria de tu mirada*
*sobre mis ojos cae una noche eterna.*
*Mi amor, eres mi guía, mi vida, mi luz.*

Joseph permaneció luego en silencio, acariciándole el pelo. Louisa se levantó y lo besó, para no decirle palabras del amor a un hombre que, en la oscuridad del dormitorio, le había dado tanto poesía como placer.

Y ante aquellos acompasados y sonoros versos llenos de sentimiento que le había ofrecido, ante la ternura de su mano acariciándole el pelo, Louisa abrigó la esperanza de que incluso su oscuro, cojo y a veces absurdo esposo quizá también estuviese un poco enamorado.

—Es demasiada pulcritud femenina la que honra mi mesa.

Joseph acompañó primero a su esposa, luego a Amanda y a Fleur, dándoles un beso a cada una en la mejilla. Desde su punto de vista, esperar que las niñas se comportasen bien en la mesa probablemente iba a arruinar la comida de ellas y la suya, pero esa mañana, si su esposa le hubiese pedido cenar con *Lady Ophelia* en la mesa, él mismo habría llevado a la cerda hasta el salón.

—¿Qué ha dicho papá? —Fleur se inclinó hacia Louisa para formular su pregunta, echándole un vistazo a su padre con incertidumbre.

—Ha dicho que hay demasiadas damas bonitas con él en el desayuno, lo cual lo hace desear ser más guapo —contestó Louisa.

Eso no era lo que había querido decir, ¿o sí?

—Papá es guapo. —Amanda parecía molesta ante la idea de que pudiese no serlo.

—Eres muy atenta, Amanda. Louisa, quizá puedas servirnos una taza a cada uno mientras yo preparo los platos para nuestras hijas.

Pero ¿qué comían los niños? Le molestó la pregunta y le molestó no saber la respuesta. Otro padre, un verdadero padre, la sabría.

Mientras observaba el aparador, se inspiró.

—¿Cómo les gustaría el desayuno a las señoritas? Tenemos tostadas con mantequilla, tortilla con nuestro propio queso blanco, arenque ahumado, carne, naranjas, jamón, tocino, el mejor tocino del reino, si he de decirlo, y también hay *crêpes*, ¿verdad, Louisa?

—Así es. Vamos a empezar con un poco de té, tostadas y huevos, y quizá una naranja.

No era mucho, pero le alegró saber que habían sido las mismas elecciones que él también había hecho para las niñas.

Joseph sirvió el desayuno para todos (el lacayo estaba misteriosamente ausente de su puesto) y se sentó en el extremo de la mesa, decidido a ignorar los torpes intentos de las niñas por ceñirse a los modales correctos.

—¿Puedo ponerle canela a mi tostada, por favor? —La infantil voz de Fleur interrumpió el esfuerzo de Joseph de cubrir de canela cada partícula cubierta de mantequilla de su tostada.

—Por supuesto. —Él le habría pasado la canela, pero la niña le tendió su plato.

Toda la comida transcurrió así, con intentos fallidos, traspiés y confusas señales de que todo parecía arreglarse de algún modo. Y, sin embargo, el desayuno no había sido exactamente terrible... no en el sentido que Joseph había temido.

—Después de montar a caballo todo el día de ayer, esposo, me pregunto si no te gustaría estirar un poco las piernas —inquirió Louisa, limpiándose los labios con la servilleta. Fleur y Amanda la imitaron con sobria precisión.

«Esposo.» Lo trataba así como si fuese la única forma de dirigirse a él a la que respondería.

—Por lo general, es así —respondió Joseph—. Hoy no tengo ningún deseo de montar, parece que nevará de nuevo, pero una breve visita al ganado es una buena manera de comenzar un día de descanso.

Un soldado de caballería cuidaba de su propio caballo. Por primera vez, lo sorprendió sospechar que un verdadero caballero inglés cuidaba de sus propios hijos sólo de manera indirecta.

Amanda clavó en su padre una ilusionada mirada.

—¿Podemos levantarnos?

—Por supuesto. Poneos las botas e id a buscar vuestras capas.

—¿Puedo...? —comenzó Fleur.

Joseph agitó una mano.

—Fuera de aquí las dos.

Eso fue un error, un paso en falso, porque Fleur agachó la cabeza y Louisa apretó los labios.

Era desesperante estar a merced de tantas mujeres.

—Aunque espero que ambas honréis la mesa del desayuno de nuevo mañana. No recuerdo cuándo he disfrutado más de una comida.

A su alrededor todas sonrieron, aunque esa vez había estado cerca. Cuando las niñas se dirigieron a la puerta y corrieron por el pasillo hacia la escalera, Joseph llenó la taza de té de su esposa y la suya... porque aún no tenía a mano la petaca.

—Me gustaría saber qué nota he sacado, por favor.

Louisa echó azúcar y crema en ambas tazas.

—Lo hemos hecho bastante bien, pero no era un examen, Joseph.

—¿Qué ha sido entonces?

Ella deslizó su taza junto a su mano y le palmeó los nudillos.

—Ha sido un desayuno. Cuando estén seguras con esta comida, agregaremos algún que otro almuerzo. Para cuando llegue el momento en que se recojan el pelo, una cena familiar no será ningún desafío.

Su esposa era una mujer guapa, incluso hermosa. A la luz de la mañana, su piel tenía un tono luminoso, sus ojos verdes brillaban y el sol arrancaba reflejos a su pelo oscuro.

Pero también era... adorable. Adorable a la manera de una mujer que se había tomado tiempo para ocuparse de las niñas y comprenderlas, adorable como una mujer que dormía abrazada a su esposo toda la noche. La sensación de protección...

Joseph bebió un sorbo de té y supo que andarse con rodeos era una cobardía.

Dejó su taza y miró por la ventana el frío y gris paisaje nevado.

—No son mías, Louisa. Ninguna de las dos.

—Son nuestras. —Ella le dio una palmada en la mano, pero él se la cogió, le dio vuelta y le apretó los dedos entre los suyos.

—No soy su padre. Amanda nació cuando no habían pasado ni ocho meses de la boda... Yo estaba en España y Cynthia no me notificó inmediatamente el nacimiento. Después, al volver, vi los registros de la parroquia. Hablé con la partera y me dijo que Amanda había nacido después de un tiempo de gestación normal. La misma partera me confirmó el día del nacimiento de la niña, que mi

esposa había retrasado en casi dos meses.

Louisa no retiró la mano. Él la amaba por eso. Por eso y por muchas cosas más.

—¿Y Fleur?

—No había visto a Cynthia durante un año cuando Fleur nació. No debería haber pasado tanto tiempo en España sin un permiso, se podía hablar con Wellington de estas cosas, pero era más fácil...

Louisa le apretó la mano. Ese gesto debería haber hecho que se sintiese atrapado, pero en cambio se sintió reconfortado.

—¿Te culpas por ello, Joseph?

—Por supuesto que sí. Cynthia estaba desesperada por casarse conmigo, con un hombre al que sólo había conocido brevemente y que estaba socialmente por debajo de ella. Debería haberme dado cuenta de cuál era su situación y ahorrarle el matrimonio.

Louisa entrecerró los ojos.

—Ella tenía una familia que proteger. ¿Son hijas de Lionel, Joseph?

Él negó con la cabeza.

—Honiton lo niega y él estaba en Escocia cuando Fleur fue concebida. No sé quién es su padre, y como jamás le pregunté a Cynthia por el asunto, no tuvo oportunidad de decírmelo.

—Está bien. —Louisa bebió un delicado sorbo de té, pero mantuvo su mano en la de Joseph.

—Lo siento. Debería haberte puesto al tanto de estas cosas antes de la boda.

Y por qué no lo había hecho era algo que no quería analizar muy en detalle.

Louisa dejó su taza en el platillo y miró sus manos unidas con el cejo fruncido.

—No veo qué diferencia hay, Joseph. Nacieron del vientre de tu esposa. Legalmente, eres el único padre que tendrán. Las quieres y ellas te quieren a ti. ¿Qué importa todo lo demás?

Él meditó esas palabras para asegurarse de que comprendía su sentido, porque sentido tenían, y en abundancia.

—Soy el único padre que tendrán. —Se llevó la mano de Louisa a los labios

y le besó la palma—. Y tú eres la única madre que necesitarán nunca.

—Exacto. ¿Más té?

Él no quería beber más té. Quería llevar a su esposa arriba y hacerle el amor otra vez. Quería agradecerle haber suavizado un peso que le había oprimido el corazón durante años; deseaba ponerse de rodillas, sobre su endeble y poco de fiar rodilla...

Se oyó un portazo en el piso de arriba.

—No más té, gracias. Será mejor que nos pongamos guantes y bufandas, para no demorar la salida que tenemos planeada.

Ella asintió, sonrió débilmente y permitió que Joseph la ayudase a ponerse en pie. Él se detuvo a su lado frente a la puerta, atento al jaleo de dos pares de pequeñas botas en la escalera principal.

—Louisa, gracias.

Ella lo miró.

—Sus modales no son ningún desafío, esposo. Lo único que he hecho ha sido formular una invitación y recordarles un par de cosas.

Él no pudo distinguir si Louisa no lo comprendía a propósito o si daba tan poca importancia al hecho de estar educando a las hijas de un desconocido. «Las quieres y ellas te quieren a ti. ¿Qué importa todo lo demás?» Decidió intentarlo otra vez.

—Gracias por eso, también.

Cuando le ofreció su brazo, ella se lo cogió y salió con él del salón del desayuno. Fuera amenazaba nieve y el cielo era de un gris plomizo, pero en el corazón de Joseph Carrington el sol intentaba abrirse paso entre las nubes.

Louisa alzó a Fleur por encima de una valla de madera, luego trepó tras ella y, cuando saltó al suelo, descubrió a su esposo mirándola con el cejo fruncido.

Era guapo hasta cuando fruncía el cejo y le pareció más guapo aún cuando le confesó, con sus ojos azules llenos de perplejidad y vacilación, que les había dado un hogar a dos niñas que no llevaban su sangre.

—No debes preocuparte.

Lo retuvo cuando él intentó salir corriendo detrás de las niñas.

—Quizá el estanque no esté del todo congelado, Louisa, y a su edad las advertencias son inútiles.

—Las mantendremos todo el rato al alcance de la vista y del oído, pero no es a eso a lo que me refería. —Entrelazó su brazo con el suyo para impedir que avanzara a zancadas por la nieve—. En la casa de un mero comerciante, jamás se incubaría el huevo de un cuco.

—Yo soy un comerciante, vendo un cerdo excelente, en caso de que no lo hayas notado.

—Pronto serás un barón y te has casado con la hija de un duque; en las familias nobles las cosas se toman de otro modo.

Él la miró consternado, como si el asunto de la conversación acabase de revelarse para él.

—Dios me salve de tener un título de barón; y en realidad serían dos «huevos de cuco». En su día me casé con una mujer que necesitaba un amigo, no un esposo. La abandoné para ir a jugar a los soldado por ahí, y tú sugieres que no debería preocuparme por las consecuencias.

«¿Jugar a los soldados?»

—Te has atormentado por esto desde la muerte de Cynthia, ¿no es así?

Él permaneció en silencio, con la vista fija en Fleur y Amanda, que chillaban con alegría mientras se arrojaban bolas de nieve.

—No debería haber dejado que ella soportase su carga sola, Louisa. Eso no es lo que significa el matrimonio. No puede serlo.

—Ciertamente, no debería serlo.

Y, sin embargo, a pesar de la carga que suponía para ella, Louisa no iba a hablarle del librito rojo. Aún no. Comparado con la vida de las niñas, unas niñas que no tenían ninguna responsabilidad ni control sobre sus circunstancias, un puñado de poemas subidos de tono tenían poca importancia.

Pensaría en eso más tarde, en privado.

—Yo le debo la vida a un niño.

Joseph tenía la vista fija en Fleur y Amanda, y Louisa tuvo la sensación de que esas palabras le habían costado un gran esfuerzo.

—Cuéntame.

Lo condujo a un banco que algún sirviente atento había limpiado de nieve y se sentó, mirando a las niñas en lugar de prestar atención a la extraña maniobra que Joseph tenía que hacer para tomar asiento a su lado.

—No hay mucho que contar. Yo solía llevar órdenes de un general a otro, o comunicados destinados a Portugal. España era... difícil. La corte de Napoleón tenía espías por todas partes, el territorio cambiaba de manos con cada campaña y los habitantes quedaban a disposición de cualquier autoridad armada que se encontrase en la zona. Intentábamos no involucrar a los civiles, pero un ejército debe comer. Debe beber. Debe dormir en algún lado.

Fleur lanzó una bola de nieve y, aunque apuntó a su hermana, se fue hacia las ramas de un pino, por encima de la cabeza de Amanda. La lluvia de nieve que resultó empujó a Amanda a perseguir a su hermana menor, ambas gritando amenazas mientras se abrían paso entre los arbustos y las plantas.

—Llevaba órdenes de la costa, se podría decir que era un asunto peligroso, cuando pasé por un pueblo que con frecuencia se hallaba en mi camino. Las monjas de allí tenían un orfanato junto a su convento y por todos lados se veía a niños haciendo labores de hombres. Trabajaban en los huertos, cavaban zanjas de irrigación y servían la comida en la cantina. Yo estaba famélico, la comida allí era barata y nutritiva y, como estaba en mi camino en ese viaje, me detuve en Vera Cruz.

Cada niña se había refugiado detrás de un arbusto y en el aire flotaban las amenazas de cuántas bolas de nieve tenía cada una para arrojarle a la otra.

—Montaba un buen caballo, aunque no era muy bonito. El maldito animal nunca me había fallado, nunca había pisado mal, pero el muchacho del establo, Sebastián, insistió en que tenía una herradura floja. Le pedí que buscase un herrero para que se la fijase mientras yo comía. Tenía que cruzar un territorio en el que ningún inglés en su sano juicio pondría un pie y quería reunirme con mi unidad antes de que cayese la noche.

Louisa apretó sus enguantados dedos alrededor de la mano de su esposo. ¿En qué momento sus dedos se habían encontrado?

—El herrero estaba durmiendo la siesta, según Sebastián. Cuando se despertó, tuvo que ir a buscar sus herramientas y luego tuvo que arreglar un problema entre su esposa y su abuela. Las abuelas son las que mantienen España unida, créeme, sé de lo que hablo. Perdí la mitad de la maldita tarde mientras

Sebastián me transmitía una excusa tras otra.

Fleur amenazó a su hermana con enterrarla en la nieve; Amanda le contestó que cavaría y saldría a tiempo para ver qué le había traído Papá Noel y para decirle que su hermana menor era un demonio.

—Para cuando llegué a mi unidad, los habían masacrado a todos.

Louisa le pasó una mano por la espalda y reclinó la cabeza en su hombro.

Tenía sentido que un hombre que le debía su vida a un niño quisiera devolver ese favor, muchas veces multiplicado, a muchos niños. Esperó que Joseph se lo explicara, que compartiera con ella la maravillosa obra de beneficencia de la que era capaz, pero él permaneció allí sentado en el frío banco, tan inmóvil como una escultura de hielo, mientras Fleur y Amanda se reían y jugaban en la nieve.

Ella se quedó sentada junto a su esposo hasta que el cielo cada vez más oscuro y el viento cada vez más frío la obligaron a llamar a las niñas y regresar a la casa.

—Vosotras, las damas, y vuestros silencios. —Joseph le rascó detrás de la oreja a *Lady Ophelia* y recibió un bendito gruñido porcino como respuesta—. Estuve a punto de decirle, de informarla de que no sólo tenemos dos niñas bastardas, sino un pequeño regimiento.

Cambió de oreja y *Lady Opie* movió amablemente su gran cabeza.

—Debería emprender un viaje, porque de lo contrario, cuanto más tiempo pase en presencia de mi esposa, más rápido me transformaré en un hombre sin dignidad, sin orgullo.

«Sin secretos.»

Él deseaba ser un hombre sin secretos, sin secretos para Louisa, en todo caso. Pero ¿qué clase de fiestas serían aquellas Navidades si ponía todas sus cartas sobre la mesa matrimonial y era demasiado para el corazón de ella, incluso con lo pragmática y generosa que era?

—Me he convertido en la más patética de las criaturas: un hombre enamorado.

La situación era bastante desesperada, porque no sólo sentía entusiasmo por la compañía de Louisa y deseo de sus íntimas atenciones, sino también... respeto,

cariño, deseo de protegerla y un anhelo de posesión que era ajeno a su naturaleza.

—Y después está el asunto de qué comprarle de regalo de Navidad, porque mi excursión de compras a la ciudad se desvió por completo hacia otras prioridades. —Miró a su amiga—. Una cerda como mascota sería una novedad. Si tu progenie crece hasta alcanzar tu tamaño, quizá me ahorre tener que comprar los ponis.

Al parecer, *Lady Ophelia* se ofendió por el comentario, pues se apartó de la mano de Joseph y se dejó caer en la paja de su pocilga.

—No estés triste. Tal vez vuelvas a encontrar el amor en primavera, milady. Todos nos perdemos algún baile de vez en cuando.

Ella lo ignoró. Joseph le puso un poco más de alimento en el comedero, le deseó un buen día y consideró la idea de regresar a la casa. Las damas estaban preparándose para la visita a Moreland. Y, por supuesto, Joseph no les permitiría enfrentarse a semejante desafío sin su escolta.

Todavía faltaban algunos días para la Navidad. No quería pasar las fiestas guardando secretos en su corazón, pero iba a tener que encontrar el momento correcto para revelar la situación de Surrey.

Sin embargo, lo animaba pensar que Louisa no había parpadeado al saber que sus hijas eran de otro padre. Uno o dos «huevos de cuco», como las había llamado, no habían amedrentado a su esposa en absoluto.

Catorce podían ser un asunto completamente distinto.

—Está visitando a *Lady Opie* —le confió Fleur mientras llevaba a Louisa hacia la casa—. Es la mejor amiga de papá. *Soneto* también es su amigo, pero él es un caballo y a veces se pone de mal humor. *Lady Opie* en cambio nunca lo hace.

—*Ophelia* es una dama formidable —replicó Louisa. La cerda era enorme, aunque bastante apacible para su tamaño—. ¿Deberíamos comprarle un regalo de Navidad y otro para *Soneto*?

—Oh, seguro que les encantaría —respondió Amanda, cogiéndole la otra mano—. Los dos comen zanahorias y tenemos toneladas y toneladas en las bodegas de verduras. A papá no le gustan las zanahorias.

—¿Cómo podéis saber algo así?

—No lo sabemos —dijo Fleur—. Pero a nosotras no nos gustan las zanahorias y, si tú crees que a papá tampoco, no las pondrás nunca en nuestros menús.

Amanda miró a Louisa con sus grandes ojos azules.

—Eso también querrá decir más para *Soneto.*

—Sois un par de pícaras. Sus excelencias os adorarán, pero nada os salvará de tener que comer alguna que otra zanahoria. Debéis aceptar vuestro destino con dignidad.

Cuando Louisa mencionó a sus padres, las niñas hicieron muchas preguntas y muchos «qué pasa si...»: «¿Qué pasa si el duque y la duquesa quieren que vayamos a vivir con ellos?».

Pero Louisa no iba a hacer su primera visita de casada a sus padres con el viejo y abrigado vestido que se había puesto para ir al establo, de modo que envió a las niñas a su habitación a preparar listas de regalos adecuados para *Soneto* y *Lady Ophelia*, recogió la correspondencia del día y se dirigió a la biblioteca.

Sólo para detenerse en seco ante la puerta.

Reconoció la naturaleza de la carta por la letra. La puso en el fondo de la pila, cerró la puerta de la biblioteca tras de sí y se dirigió al escritorio de su esposo.

Antes de abrir el sello, sacó la horrible nota que había encontrado en el libro contable de Surrey y comparó la letra.

—Alguien intenta hacernos sufrir a ambos. Alguien con una letra abominable.

Abrió la misiva y la leyó rápidamente, para que Joseph no descubriese la puerta cerrada con llave y se alarmase.

> *¿No se sorprendería tu esposo al descubrir que está casado con una dama que tiene la imaginación de una prostituta? ¿No se sorprendería toda la sociedad? Y pensar que un poco de dinero podría ahorrarte esta vergüenza... o quizá mucho dinero.*

Louisa no arrojó la nota al fuego por más ganas que tuviera de hacerlo, sino que se la guardó en el bolsillo, abrió la puerta y regresó para sentarse al escritorio.

Por primera vez en la vida le resultaba difícil pensar. Sólo faltaba encontrar

alrededor de una docena de libros, según el último cálculo de Westhaven, pero únicamente haría falta un maldito ejemplar y el futuro de Louisa, y probablemente el de su matrimonio, estaría arruinado.

Pronto, después de un par de notas más con la finalidad de perturbarla y empujarla a la desesperación, llegaría un reclamo de dinero. Louisa disponía de fondos —la asignación de Joseph para la casa era generosa y ella había ahorrado su paga mensual durante años—, pero eso no resolvería el problema, porque siempre habría una demanda más.

El problema sólo tenía dos soluciones. La primera era identificar al estafador y aniquilarlo. La segunda, no más fácil que la primera, era conseguir todos y cada uno de los ejemplares del libro y destruirlos.

Y, para que se produjera cualquiera de las dos soluciones, haría falta un milagro.

—Estoy buscando un libro.

Christopher North recorrió a su cliente de arriba abajo con la mirada, evaluándolo: decente, elegante, aunque tenía los puños raídos, la costura de uno de los codos del abrigo un poco rota, y las puntas de sus caras botas mostraban bastante uso y falta de cuidado.

Calidad original pero sin mantenimiento.

—Me jacto de conocer mi inventario muy bien, buen señor. ¿Qué libro busca?

—*Poemas para amantes*. Es un pequeño volumen de cubierta de cuero rojo y sé que lo tiene porque empeñé mi copia hace sólo dos semanas, junto con una caja de otros libros de similar naturaleza.

El joven aristócrata recordaba mal el título. Si un hombre poseía algo tan precioso como un raro volumen de poesía, y uno de muy buena poesía además, al menos debería recordar su título correcto.

—Me temo que insiste en algo que nace de un malentendido, amigo. —North le dedicó una brillante sonrisa a su cliente, aunque el hombre no parecía tener ni una pizca de alegría navideña—. Soy dueño de una librería. Vendo libros. No poseo una casa de empeños, y si la tuviese...

El joven hizo un gesto en el aire con la mano.

—Ahórreme los detalles comerciales. Necesito recuperar ese libro, si me hace el favor.

«Felices fiestas para usted también.»

—El ejemplar ha pasado a manos de otro cliente y dudo que lo traiga de vuelta.

Aunque North intentaba mantener un tono compasivo, en su corazón sabía que el pequeño volumen había terminado exactamente donde debía estar. Un vendedor de libros refinados tenía un instinto especial para esas cosas.

—Describa a ese otro cliente. ¿Era un hombre de la ciudad? Necesito ese libro.

—¿Es para hacer un regalo?

Los ojos del cliente se tornaron recelosos, delatando un intento de ocultar algo, a menos que North estuviese muy equivocado.

—Por así decirlo, debería ser un regalo. Lo he intentado en cada librería en diez calles a la redonda y nadie tiene ni un solo ejemplar a la venta. Sé que estaba en la caja que mi hombre le trajo. Dígame dónde puedo encontrar a ese otro comprador; un nombre sería de gran ayuda, o el emblema de su anillo o de su carruaje, y no lo molestaré más.

No estaba ofreciéndose a pagar por la información, ni había examinado la tienda para simular que iba a hacer alguna otra compra. La señora North tendría varias palabras para dedicarle a una persona así.

—Me temo que el caballero que busca no llevaba anillo de sello, ni llegó en un carruaje para que pudiese ver su escudo de armas.

Sir Joseph había dejado su tarjeta y su dirección exacta, por supuesto, pero North no iba a darle ninguna de las dos cosas a semejante espécimen.

—¿Qué hay de un nombre? Si compró un libro, debió de darle sus señas particulares o algo de dinero entonces.

—Pagó en efectivo y no tengo otra información del caballero más que el hecho de que se marchaba al campo para las fiestas. —North esbozó una sonrisa en dirección a las señoritas Channing, que estaban al otro lado de la tienda, clientes regulares. Las dos ancianas eran ávidas lectoras en varias lenguas.

—¿Qué más compró?

Por la forma en que el hombre fruncía el cejo y por cómo se golpeaba el muslo con los guantes, North concluyó que no sólo estaba decidido, sino desesperado. El libro no debía caer en manos de alguien como él. Hasta la señora North estaría de acuerdo en que había llegado el momento de las evasivas.

—Parecía un caballero muy educado, escogió tres libros de poesía en español del mismo estilo, tres ejemplares de *Los viajes de Gulliver* y un libro acerca de la historia de las carreras de caballos en Surrey.

El aristócrata se aferró al único destello de información veraz en todo el discurso.

—¿Surrey?

«Maldición.»

—Una compra de último minuto. Estaba claro que el caballero no era un experto jinete, si eso es lo que está pensando. —Aunque tenía aspecto de ser precisamente eso.

El hombre frunció el cejo aún más.

—¿De dónde saca esa conclusión?

La conclusión a la que North había llegado era que quería que aquel molesto truhán se fuera de su tienda. Exhibió una expresión de excesiva amabilidad.

—¿Para qué necesitaría un jinete tres ejemplares de *Los viajes de Gulliver*? —Sonaba como si estuviese pensando y era una improvisación bastante buena. North decidió intercalar un poco de verdad para variar—. Además, tenía una leve cojera. Dudo que se arriesgase a sufrir una nueva herida practicando un deporte ecuestre; además, está claro que le gustaba la poesía. ¿Qué jinete recitaría poesía en español?

El joven dejó de fruncir el cejo, pero le volvió la apariencia conspiradora al tiempo que murmuraba para sí mismo.

—Cojea, recita poesía, habla español, tiene una casa en Surrey y compró tres ejemplares de *Los viajes de Gulliver*. No tenía anillo de sello ni exhibía ningún escudo de armas.

—Y no dejó nombre ni dirección que pueda darle —añadió North con la incómoda sensación de que no había hecho lo bastante para despistar a aquel perro del rastro de sir Joseph—. ¿Podría mostrarle algún otro volumen de poesía, señor?

El muy arrogante ya estaba poniéndose los guantes y echándose la bufanda por encima de un hombro con esa clase de estilo que los jóvenes confundían con la

gracia masculina. En lugar de la mirada conspiradora, exhibía ahora una sonrisa, lo que le causó a North un principio de dispepsia.

—No necesito ninguno, pero si encuentra algún otro ejemplar de ese libro, guárdemelo.

La puerta se cerró de golpe con un alegre tintineo de los cascabeles que pendían de ella, y North abrigó la esperanza de que sir Joseph y su dama pasasen las fiestas sin tener que sufrir la visita del inútil sinvergüenza que acababa de salir de su tienda. El anciano había hecho lo posible por asegurarse de que así fuese; la señora North estaría de acuerdo.

Se volvió sonriendo hacia las señoritas Channing y les tendió la mano.

—Mis queridas damas, es un hermoso día cuando tienen la delicadeza de honrar mi tienda con su presencia. ¿Qué han encontrado de interesante en esta encantadora tarde navideña?

# 15

Un hombre había alcanzado un estado lamentable cuando se preocupaba por que su cerda favorita padecía migrañas. *Lady Opie* no era el animal sociable que solía ser y, sin embargo, estaba bien de peso (de hecho, su peso era espectacular) y no parecía que le faltase nada.

Joseph la dejó echada y decaída en la paja de su pocilga. *Soneto* le resopló desde el potrero adjunto. Joseph se acercó al cubículo y le rascó la peluda barbilla.

—Mendigo desvergonzado. ¿También quieres una zanahoria?

Visitar al caballo le daba la oportunidad de demorar otros cinco minutos la visita a los padres de Louisa, así que se dirigió a la reserva de zanahorias almacenadas en la sala de las monturas.

¿Qué dirían sus excelencias del puñado de niños desamparados de Joseph? Moreland no había sido un santo antes de casarse (pocos herederos ducales lo eran), pero sus hijos bastardos se limitaban a dos y los había educado a ambos bajo su propio techo.

Joseph escogió una zanahoria de aspecto decente y, sin darse cuenta, empezó a masticar el extremo cuando descubrió una pequeña misiva plegada en el sillín de la montura de *Soneto*.

—Maldito sea. —Reconoció la letra. La maldita cosa había estado allí, donde cualquier mozo de cuadra podía haberla visto y llevado a la casa.

No había dirección, sólo su nombre a secas.

*Carrington:*

*El último hombre que tuvo doce bastardos al menos lucía una corona y le otorgaba títulos a su progenie. ¿Qué puedes legarles tú a los tuyos que no sea escándalo y notoriedad? Y pensar que un poco de dinero podría ahorrarte esta vergüenza... o quizá mucho dinero.*

—Maldito, maldito... —Arrugó la nota con furia en el puño y luchó con el impulso de soltar una retahíla de blasfemias. Habría más notas, más amenazas, y cuando el despreciable cobarde que intentaba aprovecharse de unos niños inocentes para sacar beneficio se mostrara, habría otro duelo, como mínimo.

La idea hizo que Joseph se detuviese antes de salir del establo. Apuntó y lanzó la zanahoria para que aterrizara directamente ante los grandes cascos de *Soneto*.

Sólo había una persona que estuviera al tanto de su considerable riqueza personal y que tuviese alguna idea de la índole de su casa de Surrey. Esa persona necesitaba dinero y tenía algunos discutibles motivos para guardarle rencor.

Al día siguiente era Nochebuena, y Joseph no iba a pasar las fiestas buscando a Lionel Honiton y dándole una paliza al muy cabrón, tan remilgado y con tanto encaje, pero se prometió en secreto que el Año Nuevo de Honiton comenzaría de un modo verdaderamente memorable.

—Esa nota parece preocuparte.

Louisa alzó la vista y se encontró a su esposo mirándola desde la puerta de su salón privado.

—Es de Sophie. —Cruzó la habitación y le tendió el papel—. Dice que hoy nos reuniremos todos los hermanos en Sidling, para cocinar pasteles. La idea es doble: prepararnos para la fiesta de recepción en casa de sus excelencias mañana y sacar a mis hermanos de Moreland.

Louisa quería unirse a sus hermanos, pues tenía muchísimas ganas de verlos, aunque también quería permanecer entre los brazos de su esposo y desnudar su alma ante él.

Joseph leyó la nota.

—No puedo creer que tus hermanos sean de alguna ayuda en la cocina.

—Rothgreb mantendrá a los muchachos encerrados en su estudio, bebiendo ponche de huevo con especias y escuchando sus historias.

Algo en la expresión de Joseph se volvió difícil de descifrar mientras permanecía quieto en el umbral.

—Entonces, ¿no necesitarás que te acompañe?

Había sido una pregunta, pero no sonó así. Louisa lo arrastró dentro, cogiéndolo de la muñeca.

—Por supuesto que necesitaré que me acompañes. Si no, mis hermanas me mantendrían prisionera hasta la primavera, interrogándome sobre la vida de casada, sobre nuestras hijas y sobre cuál será el nombre de nuestro primer hijo.

—Son un grupo bastante intimidante.

Louisa entrelazó los dedos con los suyos y lo besó en la boca, sólo porque estaban casados y podía hacerlo.

—Un grupo animado y un poco... atrevido. Papá afirma que hemos salido a él, pero yo he visto la forma en que la duquesa lo mira cuando cree que están en privado.

—Louisa Carrington, escandalizarás mis oídos de hombre recién casado.

Joseph bromeaba, pero a Louisa la palabra «escandalizar» le molestó.

—Ven conmigo a casa de Vim y Sophie, Joseph. Las niñas se decepcionarán por no ir a Moreland, pero se mantendrán ocupadas recortando copos de nieve y estrellas de papel y pidiendo deseos.

—Gastando papel muy caro, quieres decir.

Ese comentario no era en absoluto propio de él.

—¿Hay algún problema, Joseph?

Él dudó y, por un instante, Louisa estuvo segura de que sabía lo de los libros, la poesía y todo el desastre.

—Tu familia en grupo me recuerda cómo era enfrentar un asalto de la caballería francesa. Sin embargo, supongo que tendré que someterme y que Rothgreb no les permitirá que me ataquen.

—Los maridos de mis hermanas tampoco, y, llegado el caso, anoche me pareció que te gustaba que te atacasen.

Ella ciertamente había disfrutado al hacerlo.

Él cerró la puerta y pasó el pestillo con un suave sonido; de golpe, su expresión se volvió muy concentrada.

—¿Tú llamas a eso un ataque, Louisa Carrington? ¿Tú llamas a esas dulces y tiernas caricias de una flamante esposa que se sonroja un ataque?

Comenzó a desabrocharse el chaleco y a ella se le aceleró el corazón.

—Tienes mucho que aprender. —Sus botas golpearon el suelo con dos ruidos sordos—. Siempre será un placer enseñarte.

—Joseph, no es media mañana todavía, estoy completamente vestida...

—Cosa que puede remediarse de inmediato si hace falta. —Se quitó la camisa por encima de la cabeza y Louisa vio que un botón salía disparado y volaba por el salón hasta aterrizar en el alféizar de la ventana.

—Sir Joseph Carrington, no puedes estar contemplando en serio que... ¡oh!

Él la cogió en brazos y la levantó contra su pecho.

—No estoy contemplando nada, mi amor. La contemplación es para los eruditos y para los colegiales en penitencia. —Se dirigió con ella en brazos a la habitación que compartían, la dejó caer sobre el colchón y luego la cubrió con su cuerpo semivestido.

No se marcharon hacia Sidling hasta que hubo transcurrido una hora más, el tiempo que sir Joseph y su esposa se dedicaron a atacarse completa, tierna y maravillosamente.

Louisa se estrechó contra el costado de Joseph con la esperanza de que el calor de su cuerpo fuese de algún consuelo para su pierna en los fríos confines del carruaje. Arrastrarla a sus habitaciones, arrastrarla y atacarla, no podía haber sido bueno para él.

—Deberíamos hacer que en la cocina mantengan ladrillos calientes todo el tiempo mientras la familia esté en casa. Es probable que haya muchas visitas en las próximas dos semanas.

—¿Debemos llamar a los refuerzos? —Le rodeó los hombros con un brazo, pero ella advirtió la incomodidad que había en su voz.

—No estás acostumbrado a la familia, ¿verdad?

Joseph dejó escapar un suspiro; probablemente era la reacción de un hombre que tampoco estaba acostumbrado a que le hicieran preguntas, mucho menos una esposa.

—Perdí a mis padres muy joven y luego me criaron dos tías solteras; Fleur y Amanda se llaman así por ellas. Para mí, familia es un puñado de parientes queridas, ancianas y cariñosas, y no puedo ver que los Windham tengan una sola de esas características.

—Dales algunas décadas.

Louisa sintió que él se apoyaba contra su sien, lo que la impulsó a suspirar a su vez. Joseph era sorprendentemente cariñoso cuando estaban en privado.

—¿Has comenzado a buscar alguna obra de beneficencia para hacer una donación? Westhaven me mirará reflexivo y con desprecio durante los próximos cinco años si falto a esa parte del acuerdo.

—Hace eso, ¿verdad? Mira reflexivamente y con desprecio. Cuando contempla a Anna, en cambio, se remueve en su asiento y esboza algo parecido a una sonrisa.

Y luego siguió un análisis del árbol genealógico: Anna y Westhaven, Emmie y St. Just, Sophie y Sindal, Valentine y Ellen, Maggie y Hazelton, y (aunque ellas todavía eran solteras) Eve y Jenny, con las que Joseph había bailado. Había bastante tiempo antes de que comenzara la fiesta para hablar del tío Tony, la tía Gladys y los primos.

—El batallón de ataque embiste primero —murmuró Joseph, ayudando a Louisa a apearse del carruaje.

—Ese batallón eran los primeros que atacaban después de un asedio —dijo Louisa, mirándolo con curiosidad—. Es una sombría comparación, Joseph.

—Supongo que sí. —Ella lo cogió del brazo—. Pero los que sobrevivían al ataque eran promovidos en el terreno y llegaban los primeros al botín de guerra.

—Creo que nosotros ya hemos disfrutado del botín de guerra —señaló Louisa mientras se acercaban a la mansión Sidling—. ¿A qué te promoverán?

—A cuñado.

No parecía contento con la idea, pero Louisa tenía que admitir que la multitud de los Windham en aquella vieja mansión resultaba bastante intimidante. Pensó que había abrazado y besado y besado y abrazado durante horas, antes de

que sus hermanas intentasen arrastrarla en dirección a la cocina.

Westhaven le cogió la mano antes de que el secuestro tuviese realmente lugar.

—Necesito hablar con la dama de sir Joseph, suponiendo que pueda dedicarle un momento a su querido y viejo hermano.

Westhaven era su querido hermano. Nunca sería viejo, no en el inofensivo sentido en el que él lo decía. Louisa se cogió de su brazo.

—Como han obligado a mi esposo a ir al estudio para cumplir sentencia con el resto de los hombres, puedo dedicarte un minuto.

Westhaven la escoltó hasta un pequeño salón sin fuego encendido. Era una estancia cómoda, llena de cojines bordados, invernales rayos de sol y pinturas de personas sonrientes... Probablemente fuese un salón familiar.

—Tienes buen aspecto, Louisa. Parece que el matrimonio te sienta bien, ¿verdad?

Parecía avecinarse un fraternal interrogatorio, pero ella también advirtió que Westhaven estaba realmente preocupado e intentaba no demostrarlo.

—Mi matrimonio con sir Joseph me sienta muy bien. Espero que podamos cumplir con el requisito de darles nietos a sus excelencias, algo de lo que están ansiosos, como prueba de lo bien que nos llevamos. —Se soltó del brazo de su hermano—. ¿Tienes que hacerme alguna pregunta más, o puedo ir a recibir la porción de masa que me corresponde, mientras mis hermanas me someten a su propio interrogatorio?

Él le dio un golpecito en la nariz, en un gesto que no era en absoluto propio de él.

—Todavía no. Tengo un regalo para ti. —Buscó algo detrás de una silla y levantó un saco de lino.

—Hay una moda, cada vez más extendida, que consiste en envolver los regalos en papel decorado o en tela —dijo Louisa.

El saco estaba atado con cinta roja; todo un gesto por parte de su hermano, no cabía duda.

—Ábrelo, Lou. Feliz Navidad de parte de todos nosotros, y de Victor también, me parece.

La mención del hermano que había perdido la batalla contra la tisis muchas

Navidades atrás hizo que Louisa observase con atención las facciones de Westhaven.

—No hacía falta que me compraseis nada, tú lo sabes. Si no fuese por mi familia, doscientos volúmenes de un potencial escándalo andarían sueltos por ahí. De este modo, sólo veintisiete...

Él negó con la cabeza.

La leve irritación que le había producido su dramatismo desapareció y se mezcló con la alegría navideña por ver a la familia, dejándole la sensación de que el momento se había vuelto significativo.

Dejó el lazo en una silla y miró el contenido del saco. Vio un montón de pequeños volúmenes rojos, unos más usados, otros intactos, y todos con el título de su potencial perdición.

Louisa Windham Carrington sabía muchos idiomas, incluidos algunos antiguos y modernos. Se escribía con las mentes más educadas del reino acerca de astronomía, matemáticas, ciencias naturales y economía. Había leído más latín que los eruditos más importantes de Cambridge y podía recitar más poesía que los prodigios literarios de Oxford.

Pero sólo encontró una palabra para decirle a su hermano.

—Gracias.

—Están todos ahí excepto uno —explicó Westhaven—. Podemos deducir casi con toda certeza que ese único ejemplar está en el fondo de algún río, enterrado con algún valiente soldado de caballería en el Continente o acumulando polvo en el desván de algún anciano cascarrabias. Tus problemas han terminado, Lou. Nos ha llevado años y el esfuerzo de todos los hermanos y de algún otro pariente, pero gracias a Dios y a sus ángeles los hemos encontrado todos.

Su sonrisa era tierna, triunfal y cariñosa y, al tiempo que Louisa permitía que la abrazase, fue consciente de que su hermano y ella estaban compartiendo un bonito momento lleno de gratitud, amor familiar y lealtad.

Todo ello habría sido un muy buen presagio si Louisa hubiese creído realmente que ese último volumen estaba pudriéndose en el fondo de algún oscuro río.

Sin embargo, sabía que eso no era verdad. El último y más importante ejemplar de aquel libro infernal estaba en las blancas manos de un hombre con el que Louisa había bailado un vals. Uno al que había tratado con toda cortesía y al

que alguien debía detener como fuera.

—Me gustan estas fiestas —declaró el regente, masticando un bocado de budín de ciruelas—. Hace un tiempo horrible, eso es verdad, pero la buena comida y los buenos amigos abundan. Déjame ver ese menú una vez más.

Tendió sus regordetes dedos en dirección a Hamburg, que le entregó el documento que pedía (tenía cinco hojas), sacado de un delicado escritorio a algunos metros del fuego.

Su alteza real desvió la mirada de su bandeja.

—Besugo, estás mirando mi budín como un niño mendigo. Eso queda feo, muchacho.

El sirviente dirigió la mirada a los querubines que adornaban alegremente el techo.

—¿Crees que ocho postres...? Oh, esto no funcionará. No hay nada de chocolate entre ellos. A mis amigos les gusta mucho el chocolate.

Los amigos de su alteza real eran principalmente mujeres, sobre todo una en particular. Hamburg intercambió una mirada con el lacayo, que confirmó que compartían la misma opinión acerca de alterar el menú cuando las cocinas habían comenzado hacía mucho tiempo a preparar la comida navideña.

—Quizá su alteza real pueda obsequiar a sus invitados con pastillas de chocolate o servirlas entre los platos de los postres...

Más budín de ciruelas desapareció en el buche real.

—Supongo que podemos hacer eso. Cuando te marches, dile a Mortenson que venga a verme. Se quejará y lloriqueará acerca de los gastos, pero es Navidad, ¿no? Los dueños de las tiendas estarán felices de tenernos como clientes.

—Durante décadas. —Dada la gran cantidad de dulces que compraban.

—Besugo, ¿estás intentando adularme para ganarte mi favor?

Bueno, sí, lo hacía, pero el sol estaba a punto de ponerse y Hamburg creía que iba a poder experimentar el espíritu de las fiestas esa noche, a menos que alguien se interpusiese para detener su entusiasmo navideño.

—Por supuesto que no, su alteza real.

—No es la mejor respuesta, pero asumiremos que eres honesto. Sin embargo, has sido demasiado escrupuloso, y por tanto debes ser castigado por tu virtud.

Sólo en la casa del regente un hombre bueno sería castigado por su virtud.

—Me gusta servir a su alteza real.

El príncipe esbozó una sardónica sonrisa.

—Vives para quejarte de tu servicio, así que te perdonaremos tus inclinaciones. El día de Navidad irás a ver a sir Joseph Carrington y le informarás de su título. Me gustaría dejar claro, en el día del sagrado nacimiento, que siento un especial afecto por ese leal sirviente, especialmente si nuestro querido amigo mantiene a todo un regimiento de niños pobres al margen de la caridad de las capillas.

Hamburg miró, a su pesar, cómo el trasero real se levantaba de una silla bien mullida.

—Las cartas de los nombramientos están... —El regente recorrió la habitación con la vista—. Allí, sobre la chimenea. —Chasqueó los dedos—. Por favor.

El lacayo fue a buscar los documentos atados con un lazo y se los dio al soberano.

—¿Entiendo que su alteza real quiere que esto sea entregado el mismo día de Navidad?

—Al día siguiente no causaría la misma impresión, ¿no es así? Se recompensa a los comerciantes y a las órdenes más bajas ese día.

—Por supuesto. Será en Navidad.

—Así es. ¿Lo ves? Tienes el honor de transmitirle la decisión real a un destacado y leal oficial. Sir Joseph probablemente habrá llevado a su esposa a la casa familiar de Kent. Si te marchas ahora, estarás a tiempo de causar sensación en la fiesta anual de Moreland. Cuidado con el ponche. La duquesa no permite que un invitado pase sed y, aunque la libación es deliciosa, también patea como una mula.

Como si el duque de Moreland fuera a beber ponche con un sirviente, por más de Carlton House que fuera... El lacayo meneó la cabeza ligeramente, con conmiseración, al tiempo que el regente se sentaba para dar buena cuenta de otro trozo de budín de ciruelas.

—Puedes llevarte uno de los carruajes. Uno de cuatro caballos irá bien. Uno de seis puede ser tedioso cuando los caminos están mojados. Dos postillones y la librea completa, ya sabes lo que hay que hacer.

—Por supuesto. Un carruaje de cuatro caballos, dos postillones. —Lo que convertía el viaje en un asunto completamente distinto. Los carruajes reales eran muy cómodos y Kent no estaba muy lejos. Además, cuando el carruaje del príncipe de Gales se acercaba por el camino, todo el mundo se paraba a mirar.

—Márchate. —La mano real se agitó lánguidamente—. Feliz Navidad, besugo, y Crenshaw tiene una pequeña cosa para ti, para que no pases frío mientras viajas.

Un joven fornido, con peluca y librea de lacayo se hallaba junto a la puerta, sosteniendo una caja de madera que parecía llena de... botellas.

—Su alteza real, sólo voy a Kent.

—Chis. Necesito paz y tranquilidad para examinar el menú.

—Feliz Navidad y gracias.

—Feliz Navidad, besugo, y procura que el cochero no se emborrache. Les tengo aprecio a nuestros animales.

Lo único que salvó a Joseph fue el tiempo que tardó el mensajero. Llegó cuando Louisa estaba arriba, terminando con los últimos detalles de su atuendo. Veinte minutos antes o después y ella también se habría enterado en el mismo momento que Joseph de la muerte de su primo, Hargrave.

—No sufrió en los últimos momentos, señor... quiero decir, milord.

—Señor está bien. Nada es oficial todavía.

Rogaría a Dios que arreglar los trámites legales llevase meses. Con frecuencia, los títulos tardaban mucho en llegar y, desde luego, Joseph no iba a acelerar el proceso.

El lacayo parecía estar a punto de discutir con Joseph por rechazar un tratamiento más formal, pero una mirada a su cara bastó para zanjar el asunto.

—Es usted bienvenido aquí, por supuesto, si quiere quedarse a pasar las fiestas —dijo Joseph. El hombre, de edad madura, tenía la figura de un jinete, no

medía más de un metro y medio y su aspecto era a un tiempo marchito y juvenil—. La cocinera lo alimentará hasta que no pueda más y estoy seguro de que hace días que han colocado la ponchera en el vestíbulo de los sirvientes.

—Un trago de bebida no vendría mal, mil... señor. El viejo, ejem, el señor Sixtus Hargrave Carrington me dio una carta para usted y un mensaje.

Joseph cogió la hoja de pergamino plegada y sellada, con su nombre garabateado en el exterior.

—Gracias. ¿Cuál era el mensaje?

El hombrecillo se tiró de una de las rojas orejas.

—Dijo que me asegurase de decirle «Feliz Navidad», porque la suya sería probablemente la mejor que había pasado en cincuenta años.

—¿Y su viuda? —Perder a un esposo en la época navideña no debía de ser nada fácil.

—Debería haber visto usted a los solteros revoloteando a su alrededor durante el funeral, mil... señor. Saldrá adelante y el señor Carrington no envidiará su diversión tampoco. Estuvo a su lado mientras vivió. Él no esperaba nada más.

Joseph asintió y frunció el cejo, mirando la carta.

—Vaya a la cocina y gracias por traer las noticias en persona.

El hombrecillo hizo una reverencia al marcharse, dejando a Joseph a solas con la última carta de Sixtus Hargrave Carrington. Reacio, abrió el sello, porque el hecho de tener algo suyo que leer significaba que los asuntos de Hargrave en la esfera de los mortales no habían concluido.

*Mi querido Joseph:*

*Mientras lees esto, yo retozo en el reino celestial con las náyades y las musas, con mi cuerpo devuelto otra vez al vigor juvenil del que tú todavía disfrutas. La Deidad me ha concedido mi más profundo deseo de Navidad y ha puesto fin a mi sufrimiento: no te atrevas a recriminarle Su gesto hasta que tú mismo estés destruido por la enfermedad y hayas perdido toda dignidad en tus últimos años.*

*Lamento que, al morir sin descendencia, eso signifique que tú recibas ahora la carga del maldito título, como lo has llamado siempre, pero creo que descubrirás que el título de barón viene con más bendiciones de las que habrías supuesto.*

*Sé amable con Penelope, por favor. A pesar de su juventud, ha sido una buena esposa para mí. Habrá recibido una buena herencia, de acuerdo con mis deseos y con lo que se merece. Confío en que no permitas que los cazafortunas se aprovechen de su generosa naturaleza mientras está de duelo por mi muerte.*

*La propiedad asociada al título de barón es un lugar adorable que tuve ocasión de visitar hace sólo algunos años. No esperes hasta la temporada de urogallos para verlo por ti mismo. Mi último deseo, Joseph, es que, con tu nueva esposa, hagáis un viaje al norte, donde está el que ahora es tu hogar familiar. Yorkshire en primavera es glorioso, un complemento perfecto para tu nuevo matrimonio.*

*Confía en mí, querido muchacho. Lleva el título con orgullo y honor. Siempre seré tu pariente que te quiere,*

*Sixtus Hargrave Carrington*

Maldita fuera, aquella carta le dolía como el demonio.

Le dolía pensar que nunca más oiría la chillona e irreverente risa, que no habría más cartas navideñas intercambiadas entre los dos supervivientes de una vieja y no muy ilustre familia. Le dolía pensar que Amanda y Fleur, de algún modo, habían perdido lo poco que les quedaba de familia con lazos de sangre.

Y le dolía saber que, después de generaciones y generaciones de Carrington, con los ancianos tramando qué rama de la familia recibiría el título y cuándo llegaría el feliz día, sólo quedaba uno de ellos: un criador de cerdos cojo, con más dinero de lo que era decente tener.

—¿Joseph? —Louisa entró en la biblioteca sin hacer ruido.

Joseph le tendió una mano, embriagándose con la visión de su esposa con un vestido de terciopelo rojo con bordes dorados, encaje blanco en las muñecas y una cruz en el pecho.

—Querida. —Al cogerle la mano, la acercó, envolviéndola en su abrazo y apoyando la mejilla en su pelo—. Eres como una aparición celestial.

Ella le rodeó la cintura con los brazos.

—Y tú estás muy guapo con esta ropa, lo cual es una suerte, porque mamá y papá nos inspeccionarán, así que debemos estar bien presentables y mostrarnos alegres.

—Alegres. —«Qué ocurrencia»—. Sixtus Hargrave Carrington ha muerto. —

¿Desde cuándo el matrimonio significaba que un hombre no tenía control sobre su estúpida boca?—. No era mi intención decírtelo hasta después de las fiestas.

Ella lo estrechó más contra sí.

—Lo siento mucho. Y sé que te aterroriza la idea de asumir el título, Joseph, pero no será necesariamente una carga.

—Aterrorizar. —Consideró la palabra—. Creo que esa palabra no le hace justicia a lo que siento. Deberé votar en el Parlamento, abrirme paso entre las muchas invitaciones de cortesía, dejar tarjetas por todas partes cuando vaya a la ciudad. Mis hijas deberán ser presentadas en sociedad...

Louisa lo besó para hacerlo callar. Mantuvo su boca sobre la suya y no desistió hasta que él también la besó.

Joseph notó que suspiraba contra sus labios.

—Estarás al tanto de lo que ocurra en la Cámara de los Lores, Joseph. Eres un hombre protector por naturaleza y es mejor que tengas tú esa responsabilidad antes que algún viejo marqués que padece de gota, al que sólo le preocupa proteger sus propios privilegios y oprimir a los católicos.

—Pero... ¡la ciudad, Louisa!

—Tendremos familia allí. El esposo de Maggie va allí con frecuencia. El de Sophie pronto recibirá también su título. La influencia del duque te pondrá en cualquier comité que escojas y ofrecerás las cenas políticas más deslumbrantes que se hayan visto en muchos años.

En el humor de Joseph pareció abrirse un rayo de luz.

—Esto no te amedrenta en absoluto, ¿verdad?

—No tengo talento natural para las conversaciones banales, Joseph, pero los políticos tampoco. Tú y yo tenemos un cerebro complementario y tu sentido común es superior al de cualquiera. Lo lograremos.

Estaba segura del complemento de sus cerebros y tenía motivos para estarlo. Aunque Joseph no creía tanto en sus propias dotes intelectuales, en ese asunto confiaba en su esposa.

La abrazó, inspirando su perfume a clavo y limón y agradeciendo al cielo en secreto que aquella mujer hubiese accedido a ser su esposa.

Y luego recordó a los que dependían de él en Surrey.

¿Un barón con título podía soportar el escándalo de tener múltiples bastardos mejor de lo que lo haría un mero criador de cerdos?

—¿Prefieres que nos quedemos en casa, Joseph? —Louisa estaba acurrucada contra él, lo bastante cerca como para advertir que, al tiempo que Joseph se lamentaba de un destino que la mayoría de los hombres hubiesen celebrado por todo lo alto, su cuerpo comenzaba a celebrar algo completamente distinto—. Podríamos decir que estamos de duelo, y sería verdad.

—Preferiría no arruinarle las fiestas a nadie más. —Sin embargo, no la soltaba—. Mi primo era mayor, recibió su propio final con alegría y tuvo una larga y feliz vida. Hemos recibido otra fortuna, por cierto. Será mejor que escojas pronto esa obra de beneficencia, Louisa.

Ella se quedó rígida contra él, con la mano inmóvil en su espalda, y luego volvió a acariciarlo.

—¿Podemos llegar un poco tarde?

Al principio él no comprendió su pregunta, pero ella continuó con un suave y cariñoso beso en la boca y un pequeño apretón en su trasero. Una imagen apareció en su mente: la de la espalda de Louisa presionada contra la pared, con la falda levantada y su propio miembro enterrado en su dulce calor.

Ella era lo bastante alta como para que fuera posible, dado que él podía...

No, su pierna no soportaría la salvaje unión que deseaba ofrecerle a su esposa.

—Quítate la ropa interior.

Deslizó una mano por su pecho al soltarla del abrazo y se dirigió a cerrar la puerta. La sonrisa de Louisa era toda una Navidad de alegría femenina en sí misma y brilló aún más al verlo sentado en una silla y comenzando a desabrocharse los pantalones.

—Llegaremos algo más que un poco tarde si me dejas aquí solo, con mis partes al aire para tu entretenimiento.

Sus «partes», como él las había llamado, no estaban completamente listas para recibir visitas, pero a medida que Louisa se quitaba la ropa interior y la dejaba sobre el escritorio, el miembro de Joseph definitivamente se irguió.

—Me he preguntado sobre esto. —Lo miró sentado en la silla—. ¿Cómo hace uno...?

—Primero pones una rodilla a cada lado de mi cuerpo, como si estuvieses sentándote a horcajadas sobre mí. Espero que después me beses y entonces muy probablemente compartamos algunas intimidades maritales.

Louisa se levantó la falda y se acercó a la silla, colocándose exactamente como Joseph le había sugerido.

—O tal vez —le susurró al oído— podríamos recitarnos poesía el uno al otro.

Ella le sonrió, nada desconcertada por la idea de una imprevista escena de sexo en una silla junto al fuego. En su mirada había picardía, ternura y también una pizca de determinación.

—Mi querida esposa, tú eres la más bella poesía.

Eso debería haber sonado como una absoluta tontería, pero al tiempo que Louisa y una nube de terciopelo se posaban sobre su regazo, Joseph supo que había dicho la verdad. Sus movimientos sobre él eran poesía, su respiración junto a él era poesía, y su presencia le daba un consuelo más íntimo del que le habían dado nunca las palabras.

Hicieron el amor sin prisa y de un modo reconfortante. Joseph contuvo su propia conclusión hasta que Louisa encontró la suya al menos dos veces y posiblemente una tercera —no estaba seguro acerca de esos últimos y felices temblores—, luego dejó que el placer lo inundara y derramó su semilla dentro de su esposa.

Cuando la oleada del placer disminuyó, apretó la cara contra el perfumado pecho de Louisa, que le acarició suavemente el pelo, y Joseph se sintió físicamente mejor de lo que se había sentido en... mejor de lo que se había sentido nunca.

—No te he disuadido de la idea de asistir a la fiesta de los duques, ¿verdad? —preguntó ella con los labios presionados contra su sien.

La postura hacía que Joseph se sintiera protegido en su abrazo, algo probablemente casual.

—Tus padres no te han visto desde la boda. Se preocuparán si no te llevo a verlos pronto.

Quería exhibirla. Deseaba que todo el reino se maravillase ante su esposa y, sin embargo, no la soltaba para que pudiese ir a buscar su ropa interior. Cuando Louisa consiguió ponerse en pie, Joseph le entregó un pañuelo y se tomó un momento para arreglarse la ropa.

Ella se volvió para mirarlo mientras se ponía trabajosamente en pie.

—¿Tengo el pelo hecho un desastre?

Qué pregunta tan típica de una esposa, aunque en su anterior matrimonio Joseph no podía recordar haberla oído ni una sola vez. Llevaban casados una semana y Louisa ya asumía que podía confiar en que sería honesto acerca de algo tan personal.

Le gustaba que ella pensara así. Pero le habría gustado más ser merecedor de esa confianza.

El viaje en carruaje a Moreland fue más lento de lo que debía haber sido, porque caía una ligera nieve, oscureciendo los surcos que identificaban los congelados caminos. Louisa se preguntó si todas las parejas que llegaban tarde se entretenían con el mismo deporte.

Pero no había sido un deporte. Joseph había sido tan... tierno con ella, sus caricias tan reverentes, sus besos una bendición sobre su piel.

«Mi querida esposa, tú eres la más bella poesía.» Esas palabras aterrizaron en su corazón como una flor que un caballero galante le lanzaba a su dama, pero era una rosa con espinas.

—¿En qué estás pensando, Louisa?

Ella deslizó una mano entre las suyas y él le apretó los dedos.

—Estoy pensando que un hombre con título pasa a ser objeto del escrutinio público más que su vecino sin título, pero al mismo tiempo está por encima de los juicios.

—No puedes estar filosofando sólo quince minutos después de que te haya hecho el amor desenfrenadamente, Louisa Carrington. Mi orgullo no lo permitirá.

—Quince minutos después de que yo te haya hecho el amor a ti desenfrenadamente, Joseph Carrington.

Él le besó los dedos.

—No existen trabas entre nosotros. Es un estado envidiable.

Aunque era pasajero.

Louisa recordó su intención de decirle la verdad en Navidad y ahora ya casi

había llegado la fecha. Antes de que el coraje la abandonase, formuló una pregunta.

—Joseph, ¿estás dispuesto a hacer un corto viaje mañana?

Él no había encendido las lámparas del carruaje, así que Louisa contó con la bendición de la oscuridad para plantear su pregunta.

—¿El día de Navidad? ¿Adónde vamos?

Él permaneció en silencio tanto rato que Louisa se planteó si iba a responder, pero luego le dio una palmada en la mano.

—Si el tiempo lo permite. Sin embargo, no estaré disponible al día siguiente, y espero que no hayas gastado tu dinero para darme esta sorpresa.

—No es así. —Aunque esperaba que el ofrecimiento de gastar su dote en su obra de beneficencia la ayudaría a sacar otro asunto, más difícil de tratar, relacionado con un librito de versos rojo.

—¿Hemos de llevar a las niñas a este viaje, querida esposa?

—Creo que no. Querrán llevarse a los cachorros y no puedo recordar ni una sola buena experiencia que incluya cachorros y carruajes, y mucho menos dos cachorros, dos niñas y un carruaje.

El vehículo aminoró la marcha al entrar en el camino de Moreland.

—Entonces disfrutaré de tenerte toda para mí, Louisa Carrington. Tengo un pequeño presente que darte en honor de las fiestas... uno muy pequeño.

—¿Puedo usarlo para ver las estrellas?

Oyó que él se reía en la oscuridad.

—¿No las has visto antes, no te has elevado hasta ellas entre mis brazos?

—Me he casado con un hombre muy ingenioso, con un barón muy ingenioso.

—Nada de eso, Louisa. Me has prometido que no dirías nada hasta que el regente lo haya hecho oficial.

La reprimenda fue poco seria y nada en ella delataba que Joseph sintiese un peso igual al que lo oprimía cuando lo había encontrado en la biblioteca. Que le hubiese confiado su secreto, confiado en ella para proteger su privacidad de ese modo era... un regalo. Indicaba que el lazo matrimonial había florecido en un breve tiempo, un vínculo que ningún otro hombre había construido nunca con ella.

Lo amaba por eso. Lo amaba por educar a las hijas ilegítimas de su esposa sin siquiera preguntarse por su paternidad. Lo amaba por defender el honor de una dama que deberían haber defendido tanto su padre como sus hermanos. Lo amaba por presentarle a *Lady Ophelia* y por darle a sus hijas los nombres de sus tías solteras.

Lo amaba por ser él mismo, por criar los cerdos más felices del reino, por entender un título como un gran honor y no como una excusa para vivir una vida egoísta dedicada al ocio.

—¿Por qué el suspiro, Louisa?

—Estoy haciendo un catálogo de tus virtudes. La lista es larga.

El carruaje se detuvo en la gran plaza circular, ante la mansión Moreland. Había antorchas flanqueando la entrada y los copos de nieve que caían parecían minúsculas estrellas ante la iluminación.

—Pon en primer lugar que tuve la enorme inteligencia de casarme contigo cuando tuve la oportunidad, ¿puede ser?

Lo decía en serio. Sólo por eso, Louisa de algún modo encontraría el valor de decirle que un estúpido episodio de colegiala podía hundir a un recién nombrado barón y a su familia en un horrible escándalo.

Al día siguiente; se atrevería al día siguiente.

# 16

—Louisa estaba espléndida. Por Dios, St. Just, deja un poco de tocino para los demás. —Maggie, condesa de Hazelton, miró con furia a su hermano, que levantó una tira crujiente y se la ofreció para que la mordisqueara.

—Mags, deberías haberle mordido los dedos —dijo Valentine desde su otro lado—. Y estoy de acuerdo contigo. Lou estaba espléndida, excepto cuando su mirada encontraba a su esposo, entonces se la veía radiante.

—El matrimonio les sienta bien a todos los Windham —comentó Anna, condesa de Westhaven, mientras su esposo volvía a llenar su taza de té.

Éste dejó la tetera en la mesa y le dio una palmadita en la mano allí mismo, delante de todos sus hambrientos y chismosos hermanos.

—Si alguien quiere saber mi opinión... —comenzó Westhaven.

—Pero no queremos —lo interrumpió Sophie.

—... habría dicho que era sir Joseph el que estaba en buena forma. No creo haber visto nunca a Louisa tan bien acompañada para bailar el vals.

Valentine estaba a punto de robar una tira de tocino del plato de St. Just, pero se detuvo para decir:

—Efectivamente, estaban espléndidos los dos. Él tiene a su favor que es alto, moreno y guapo, un aspecto que tantos otros han sabido aprovechar.

Ellen, su esposa, levantó su taza en gesto afirmativo desde el otro extremo de la mesa, un gesto al que Valentine respondió comiéndose un gajo de naranja.

—Es una lástima que llegasen tarde y tuvieran que marcharse temprano, en lugar de disfrutar de la hospitalidad de la casa por la noche, como los demás —

comentó Maggie—. Pero al fin y al cabo están recién casados.

—Eso no tiene nada que ver —replicó Valentine—. Westhaven, deja de comerte a Anna con los ojos el tiempo necesario para pasarnos la tetera. —Mientras la infusión comenzaba a circular por la mesa, continuó—: Hoy Lou iba a llevar a sir Joseph a ver la organización benéfica de su elección y por eso tenían que salir temprano.

—¿Hay alguna organización por aquí que aún no haya recibido generosas donaciones de la duquesa y de Sophie? —preguntó Westhaven.

—No, por aquí no —respondió Vim, barón Sindal, desde su silla junto a Sophie—. Louisa nos dijo que está en Surrey, no muy lejos de aquí, pero puede que la nieve dificulte un poco la excursión.

Westhaven no dejó de comerse a su condesa con los ojos, pero sí detuvo su taza de té antes de llevársela a los labios.

—¿Una institución benéfica en Surrey?

—Una casa para huérfanos de la Península, cuyos parientes ingleses no tienen los medios para adoptarlos. —En vez de aclarar más el asunto, Sophie miró dentro de la tetera—. Está vacía. Que todos encontréis carbón entre vuestros regalos hoy.

Sindal le pasó su taza.

—Nuestra hermana vive para castigarnos —se lamentó St. Just, mientras untaba una generosa porción de mantequilla en su tostada—. No la privemos de uno de los pocos placeres que tiene.

—¿Y qué sabrás tú de mis variados y vastos placeres? —preguntó Sophie, pero luego miró al conde con el cejo fruncido—. Westhaven, no puedes tener esa mirada tan desalentadora durante el desayuno. Anna, bésalo ya o búscate algún muérdago y, con espíritu festivo, ofrécele al hombre un poco de...

—Sólo conozco una institución benéfica en Surrey que atiende a los desafortunados niños de la aventura peninsular. —Westhaven retiró su silla de la mesa—. Sir Joseph tiene motivos para conocerla, pero me temo que Louisa aún no está al tanto del cercano y lamentable vínculo que él mantiene con el hogar. Si nos damos prisa, quizá podamos encontrarlos antes de que se marchen.

Entre leves maldiciones, algunos «¡vaya!», y un murmurado «que Dios nos proteja», el estado de ánimo en la mesa cambió de repente.

—Acompaña a tu hermano —dijo Emmie, condesa de Rosecroft, tocándole el brazo a St. Just—. Íbamos a visitar a Louisa hoy de todos modos.

—Señoras —dijo Westhaven y recorrió la mesa con la mirada—, quizá sea prudente que nos sigáis en el carruaje. Valentine, St. Just, os veo en los establos en diez minutos.

A continuación, varias sillas rechinaron y sólo quedaron dos personas en la mesa: el guapo y rubio barón Sindal, cuyo mayor honor era haberse casado con lady Sophie, y el atractivo y moreno conde de Hazelton, que se había unido en matrimonio a lady Maggie.

—No podemos dejar que Carrington se enfrente solo a la multitud —comentó Hazelton —. No sería justo.

—Y lo que es aún peor, después tendríamos que escuchar a nuestros cuñados contar la historia una y otra vez, en los años venideros, con su valentía aumentando con cada relato.

—No podemos permitirlo. —Hazelton alzó sus oscuras cejas—. Cabría preguntarse a quién van a rescatar, si a Joseph o a Louisa.

—Tal vez a los dos.

Ambos hombres se levantaron, se llenaron los bolsillos de bollos de canela y se dirigieron hacia los establos.

Joseph pasó un brazo sobre los hombros de Louisa mientras el carruaje avanzaba con dificultad.

—¿No vas a decirme adónde vamos?

—Es una sorpresa. —Exhibía una engreída sonrisa, muy satisfecha con la misteriosa sorpresa y consigo misma.

—Estoy aprendiendo a disfrutar de tus sorpresas.

Ella no dijo nada más y se acurrucó a su lado. Había comenzado su mañana de Navidad con una agradable sorpresa para Joseph: mientras él cubría su cuerpo con el suyo, ella le rodeó la creciente erección con una mano.

Y entonces él la sorprendió a su vez poseyéndola con suavidad y muy lentamente desde atrás...

—¿A qué se debe esa sonrisa, Joseph Carrington?

No se le escapaba nada. Estar acompañado de una mente tan vivaz era un continuo placer.

—Recuerdos felices de una mañana navideña.

—Esos cachorros eran preciosos, ¿no te parece? Me pregunto cómo los llamarán.

«¿Cachorros? Ah, sí, los cachorros.»

—Yo voto por *Westhaven* y *Rosecroft*. Podemos bautizar al nuevo asno con el nombre de *Valentine*.

Su esposa soltó una risa ahogada.

—¿Cómo podías ignorar que había un potrillo en camino? ¿Y qué harás con un asno, Joseph? No es la clase de digno animal que debería tener un par del reino y oficial de caballería retirado.

—Jesucristo montaba en un asno. ¿Qué mejor recomendación puede tener una criatura? Además, *Clarabelle* es amable y paciente con las niñas. Pueden aprender a montar en ella esta primavera y, para el verano, estarán listas para los ponis.

Dejó pasar su referencia a él como par del reino, pero sabía exactamente lo que su esposa tenía en mente. Poco a poco, lo estaba preparando para el día en que sería, ya no sir Joseph, sino Joseph, lord Wheldrake. En aquella bonita y helada mañana navideña, la idea no le inspiró el temor que le había provocado pocos días atrás.

Tras varios minutos de avanzar por el campo en silencio, Joseph se llevó los nudillos de ella a los labios.

—Me gusta bastante la idea de ser tu caballero, Louisa. Pero si tenemos que arrastrar el lastre de un título, una mera baronía no parece tener bastante dignidad para ti.

—Qué tonterías dices. Las baronías son de los títulos más antiguos del reino. Y dado que los de esposa y madre son los únicos que los superan, me contento con ellos.

Sir Joseph consideró la posibilidad de complacer a su esposa en un carruaje en marcha.

—¿Falta mucho para llegar, Louisa?

Habían salido temprano, en parte porque las niñas se habían levantado antes del amanecer, habían llamado a la puerta y no habían parado de reírse durante todo el desayuno.

—No mucho. Joseph, ¿es posible permitirse intimidades maritales en un carruaje en marcha?

Volvió la cabeza para contemplarla. La mirada que descubrió en sus ojos sugería que la pregunta no había sido sólo teórica.

—Me tientas, esposa. Me tientas terriblemente, pero prefiero terminar con este asunto cuanto antes para regresar a la tibieza y comodidad de nuestra cama, donde puedo satisfacer tus caprichos como deseo.

Se le notó la desilusión.

—No me has dado mi regalo de Navidad—. Le acarició la bragueta con una mano y Joseph respondió besándola con intensidad.

Al final resultó que, poco después, el cochero detuvo el carruaje por iniciativa propia, para dejar descansar a los caballos, pero pasó un buen rato antes de que los ocupantes del vehículo volvieran a darle la señal de seguir adelante.

—¿Quién eres?

—Soy tu tío Gayle, pero puedes llamarme Westhaven si estás en una disposición más formal.

Fleur miró a Amanda de reojo para ver si su hermana sabía qué quería decir con «disposición formal».

—Debe de ser pariente de nuestra madrastra, porque habla como ella —declaró Amanda—. Íbamos a ver a los cerditos recién nacidos de *Lady Ophelia*. Hay doce y, cuando hemos ido a desearles unas felices fiestas, papá ha dicho que no había ni un maldito enano en la camada y nuestra mamá no lo ha regañado ni nada porque es Navidad. Tú puedes jugar con nuestros cachorros si no quieres ir al establo. Éste se llama igual que tú.

—Lou lo pagará caro —dijo el otro hombre. Era tan alto como Westhaven, pero tenía el pelo más oscuro y sonreía un poco—. Felicitad de nuestra parte a *Lady Ophelia*, a la que conoceremos algún otro un día. Hemos venido a ver si sabéis adónde se han marchado vuestros padres. Los sirvientes dicen que no lo saben.

Fleur miró a su hermana de reojo para confirmar que no iban a revelar nada. Su madrastra les había dicho que era un secreto.

—Esto es una pérdida de tiempo —dijo el hombre que se llamaba Westhaven. Se parecía a papá antes de salir de viaje, muy impaciente y decidido.

Un tercer hombre alto entró a la habitación de las niñas; se parecía mucho a los dos primeros, aunque era un poco más musculoso, como papá.

—Hola, niñas, yo soy vuestro tío Devlin. ¿Ya os ha asustado Westhaven con su furia e irritación?

Ese hombre sí que parecía divertido, tenía una bonita sonrisa y amables ojos verdes.

—Mamá y papá no han dicho nada de regalarnos tíos para Navidad —observó Amanda, pero sólo le dirigía la sonrisa al tío más grande.

Al más grande de los tres, porque todos eran tan altos como su padre.

—Bueno, es porque somos una sorpresa —dijo el otro hombre moreno—. Yo soy vuestro tío Valentine y en el carruaje tenemos una manada entera de tías esperando para malcriaros. Westhaven está un poco malhumorado hoy porque Papá Noel le ha traído un dolor de cabeza por haberse portado mal ayer.

—No me porté mal.

A juzgar por su sonrisa, a los otros dos tíos eso les hizo bastante gracia.

—Ahí está tu problema —intervino el tío Devlin—. Se me ocurre que es un buen día para que un par de señoritas se reúnan con sus tías para dar un paseo en el carruaje.

El tío Gayle (no parecía justo llamarlo por el mismo nombre que al cachorro de Fleur) parecía contemplar la idea.

—¿Para qué?

—Para mantener la paz. Emmie y yo nunca sacamos la artillería pesada delante los niños —respondió el tío Devlin, a quien no entendían muy bien.

—¿Les gusta jugar a los soldados? —preguntó Fleur.

Amanda parecía intrigada por la idea. Siempre subía a las colinas al galope y se lanzaba por las barandillas para perseguir a los franceses.

El tío Devlin frunció el cejo; tenía unas hermosas cejas oscuras, bastante parecidas a las de su padre.

—De hecho, de vez en cuando, si he me he portado extremadamente bien, mi hija me permite jugar a los soldados con ella.

—Yo también conozco el juego —añadió el tío Valentine—. Soy muy bueno en el ataque relámpago y alguna vez he logrado tomar prisionera a alguna muñeca.

—A la señorita Wolverhampton no le gustaría que la tomaras prisionera —replicó Fleur, aunque el tío Valentine estaba bromeando..., ¿verdad?

—Caballeros, quizá podáis poneros de acuerdo para jugar a soldados con nuestras sobrinas algún otro día —intervino Westhaven.

Sonaba como si le doliesen los dientes, cosa que Fleur sabía que era consecuencia del peligro, propio de las fiestas, de comer demasiados dulces.

—Vosotros también podéis jugar —concedió Fleur, porque era Navidad y había que ser buenas con los tíos que las visitaban en su habitación.

—Tú podrás ser Wellington —añadió Amanda, sumándose al ánimo del día.

—Entonces a mí me queda el papel de los mercenarios de Blucher —dijo el tío Devlin—, sacando a los demás de apuros, como siempre.

—Oh, ¡qué bien! —El tío Valentine ya no sonreía—. Dejarás que tu hermanito haga el papel de los infernales franceses otra vez, ¿verdad? Vamos a ver si compongo un vals para la presentación en sociedad de tu hija, St. Just.

El tío Gayle ya no fruncía tanto el cejo. De hecho, parecía estar a punto de sonreír, pero era demasiado grande para permitírselo.

—Tal vez querréis coger algunos soldados y traer unas cuantas muñecas. Vamos a emprender un breve viaje para ir a buscar a vuestros padres, así podremos celebrar la Navidad con ellos.

Fleur advirtió su desliz y, sin duda, su hermana mayor también lo notó; era el mismo que se le había escapado a Amanda antes y uno que la pequeña permitiría muy contenta que todos cometieran. El tío Gayle se había referido a la nueva esposa de su papá no como su «madrastra», sino como su «madre».

Qué bonito sería si para Navidad recibiesen, de una vez y para siempre, una nueva mamá. Amanda recogió sus muñecas, Fleur su libro de cuentos favorito y los tíos las acompañaron a la salida, los tres discutiendo sobre a quién le tocaría ser los malditos franceses.

—Percival, ¿el príncipe de Gales nos viene a visitar en estas fiestas?

El duque se acercó al ventanal y, como todos sus hijos se habían lanzado en pos de Louisa, deslizó una mano por la delgada cintura de su esposa.

—¡Por Dios! Ése es su escudo de armas, ¿verdad? Será mejor que arreglemos las habitaciones de lujo, amor... —Su esposo se detuvo al tiempo que, en el camino de entrada, un lacayo extendía la escalerilla de un elegante vehículo y de él se apeaba un hombre diminuto, envuelto en pañuelos y bufandas.

—No es el regente, pues —murmuró la duquesa—. ¿Se trata de uno de tus excéntricos compatriotas de la Cámara de los Lores, Percy?

La mujer tenía una forma de referirse a los asuntos de Estado como si mereciesen la misma atención que una camarera un tanto alegre. De vez en cuando, su esposo compartía su perspectiva, como por ejemplo cuando esos asuntos de Estado interferían en la poca tranquilidad que un hombre podía conseguir a hurtadillas, con su propia esposa, el día de Navidad.

—No tengo idea de qué ocurre. El príncipe y yo no somos exactamente mejores amigos.

Un lacayo leyó una tarjeta del Honorable Señor Alguien Hamburg, Especial lo que Fuera para el Comité de Algo de la Comisión de Su Majestad Real por Quién Sabe Qué. El oído del duque ya no era lo que había sido antes... a veces.

—Hágalo pasar, Porter, y que nos traigan una bandeja navideña, si puede encontrar en la cocina a alguien lo bastante sobrio como para preparar una.

La duquesa reprimió una sonrisa.

—Si ha sobrado ponche de la reunión, no tendría sentido desperdiciarlo.

—Querida, te aseguro que no se desperdicia. Tenemos una buena cantidad de criadas en estado interesante todos los otoños, lo que demuestra el vigor con que celebramos las fiestas cada año en Moreland.

Desde abajo, en el pasillo principal, se oía el jaleo, y la duquesa entrecerró los ojos.

—Cuatro de nuestros hijos nacieron en otoño, Moreland. Yo tengo muy buenos recuerdos de las Navidades.

Oh, era un deleite, un verdadero deleite, estar casado con aquella mujer, y cada década, cada año el deleite crecía más. Pero claro, durante las pocas horas en

que la casa estaba libre de hijos, nietos, sobrinas y vecinos, el maldito regente tenía que enviar alguna maldita felicitación navideña.

El lacayo anunció a Hamburg, que se inclinó profundamente ante la duquesa y luego ante el duque.

—Sus exce... sus excel... sus excelencias —soltó con dificultad, después de varios intentos fallidos, delatando así su borrachera. El hombrecillo parpadeó como un búho y echó un vistazo al salón principal, una bonita sala en la parte delantera de la casa, con grandes ventanales que daban a la gran extensión nevada del parque de Moreland.

—Señor Hamburg, felicitaciones por las fiestas y por el día. —La duquesa le dirigió al sirviente del príncipe la misma sonrisa que había provocado la caída de más de un caballero, y Hamburg también se balanceó un poco sobre sus pies—. ¿Tomamos asiento?

La dama se sentó mientras él seguía parpadeando. Luego, varios momentos después, dijo:

—Sí, su excelencia.

Se dirigió a una pequeña silla dorada, tapizada con terciopelo rosado, se echó hacia atrás los faldones de la levita y casi se cayó sobre el asiento.

—Vengo con la esperanza de encontrar a su hija, lady Louisa, y su esbozo. —Las cejas de Hamburg se desplomaron en medio de su rubicunda frente—. Su esposo, quiero decir, porque traigo buenas noticias para sir Joseph de parte del mismo regente. Noticias... —el hombre agitó las cejas mirando a la duquesa y señaló el techo con un regordete dedo— ¡de gran alegría!

Porter apareció por la puerta con una bandeja con ruedas, lo cual, en opinión del duque, nunca era señal de malas noticias.

—No tiene que viajar muy lejos para encontrarlos, señor Hamburg —respondió la duquesa con amabilidad—. Pero seguramente puede quedarse un momento más con nosotros para tomar algún alimento, ¿verdad? El viaje desde la ciudad no debe de haber sido fácil.

—No lo ha sido, mi buena mujer.

«¿Mi buena mujer?» Al duque no le importaba de parte de qué comité ni de qué comisión proviniera el pequeño borrachín, pero nadie llamaba «mi buena mujer» a la duquesa de Moreland... Sin embargo, Esther parecía divertida.

—Los caminos... —continuó Hamburg, inclinándose para rascarse el trasero mientras hablaba— los caminos están deplorables. Si no fuera por las buenas posadas y las excepcionales libaciones que ofrecen, viajar por esta isla en forma de cetro sería imposible, aunque fuese para obedecer los más entusiastas caprichos de su alteza real.

La duquesa le entregó a su huésped una taza de té.

—¿Es un capricho lo que lo trae a Kent, señor Hamburg?

—Nada menos. Muchas gracias. Quiero decir, ¿le ha puesto dos terrones de azúcar a esta taza? No puedo soportar un té que no esté debidamente endulzado.

—Tres —respondió la duquesa con solemnidad—. Le doy mi palabra.

El duque empezó también a disfrutar al ver que su esposa se estaba divirtiendo. «Noticias de gran alegría.» El enviado probablemente también estuviese disfrutando y, a fin de cuentas, ¿no trataba de eso la Navidad?

Hamburg probó el té.

—Bueno, está bien, entonces. Sin embargo, a un hombre no le viene mal un poco de amargura. Andar por todos lados, en lo más crudo del invierno, dejando títulos de conde en los calcetines de los que deberían encontrar allí títulos de barones es una obra que despierta el apetito. Una baronía no sería suficiente, ¿entiende? Un vizcondado tampoco. Los bollos son deliciosos, señorita.

«¿Señorita?»

Los ojos de la duquesa comenzaron a brillar.

El duque se sentó a su lado.

—Hamburg, ¿debemos entender que sir Joseph Carrington será nombrado conde?

—«Debemos»... «Yo» esto y «yo» aquello —replicó el hombrecillo, dejando su taza en la mesa con fuerza—. Todo el maldito día está «yo», «yo», «yo»... Voy al baño. Tengo gases. Pero luego soy yo el que se queda despierto por la noche, solo y con frío... Bueno, en realidad, llevo unos cuantos ladrillos calientes conmigo... pero me paso la noche en vela, preguntándome si se va a rascar él solo el trasero o les dejará esa labor a los sirvientes...

—¿Más bollos, señor Hamburg? —La duquesa apenas se podía aguantar la risa, al tiempo que el hombre soltó un suspiro que parecía estar conteniendo desde hacía mucho tiempo.

—Sí, por favor, señora. Unos cuantos bollos no me vendrán mal. No saben el frío que hace en ese carruaje. Un hombre tiene que vivir de las migas de consideración que le lanzan.

La duquesa no le sirvió a su esposo otra taza de té, sino que le entregó un plato con dos bollos. El duque interpretó eso como la medida del cautivador desempeño de Hamburg: preferiría escuchar lo próximo que iba a decir el mensajero del príncipe antes que comerse los bollos.

—¿Está buscando a sir Joseph para informarle de su gran fortuna? —preguntó.

—Bueno, ¿qué otro motivo le parece que me tendría merodeando por todas partes el día de Navidad? Su majestad el rey no lo aceptaría de otro modo y yo vivo para servirle. Buenos bollos, señor. Aplaudo a su esposa por la calidad de su cocina.

—Muchas gracias —murmuró Esther, y esas palabras fueron lo único que evitó que el duque ordenase a Porter que llevara al señor «Noticias de gran alegría» a la salida.

—Le falta muy poco para llegar al hogar de sir Joseph, «Notici»... señor Hamburg —dijo en cambio—. Y va a llegar allí en un buen momento, ya que todos los hermanos Windham estarán también en la casa y podrán celebrar el reconocimiento con Louisa y su conde.

Por encima de la cabeza de su visita, le dirigió una mirada a Porter, que se hallaba junto a la puerta del salón, un poco inclinado hacia delante, con los ojos enrojecidos, los hombros hacia atrás y la peluca un tanto torcida. El mayordomo asintió con la cabeza y se marchó disimuladamente.

—¿Le sirvo más té, señor Hamburg?

El hombrecillo contempló su taza vacía.

—El regente me habló mucho sobre el ponche que se les ofrecía aquí a los invitados. Me perdí el día de la celebración. Mis disculpas, pero había una criada en la posada donde nosotros... el cochero, los postillones, los lacayos y yo... nos detuvimos para que los caballos descansasen...

Observar cómo un hombre tan, pero tan calvo se ruborizaba era un interesante fenómeno natural. El color le subió del cuello a las mejillas y a la frente y continuó ascendiendo, hasta que la cabeza entera de Hamburg estuvo cubierta por un bonito tono rosado que el duque había oído llamar alguna vez «rubor de

doncella».

—Tenemos atractivas muchachas en las tabernas de aquí, de Kent —señaló el duque.

—Pero ¡los caminos en un estado terrible! —exclamó Hamburg—. Habría que hacer algo para remediarlo, si me preguntan a mí... pero él nunca lo hace. Sólo quiere saber si el chaleco morado le queda mejor que el de color salmón, por Dios. Les aviso: el hombre es gordo. Tan gordo como un cerdo en el mercado y sus tirantes rechinan horriblemente. Hay que fingir que no se oye nada y eso requiere un gran esfuerzo.

Entre quejas, reclamos y más insultos a la figura real, Hamburg se terminó el té y los bollos y se metió un bollo más en el bolsillo al tiempo que sonreía angelicalmente ante su buena amiga, la «señorita».

Porter le explicó al cochero exactamente cómo ir a la propiedad de sir Joseph, y Hamburg se envolvió en sus bufandas y se metió en el carruaje.

—Percival —dijo la duquesa mientras se despedían de él—, ¿te parece que ha sido amable de tu parte meter esa botella de ponche en su bolsa?

El duque vio un generoso ramo de muérdago a menos de dos metros de distancia y le dio un beso en la mejilla.

—El hombre está sufriendo, «señorita»; seguramente no pretenderás privarlo de un sorbito medicinal, ¿verdad?

—Esta Navidad he conseguido mi primer compañero de borrachera. No podría negarle nada a un amigo tan bueno y tan raro. —La duquesa estaba a punto de sonreír cuando, de repente, frunció el cejo—. Percival, los niños ya están en casa de Louisa y Joseph. ¿Crees que sería entrometido de nuestra parte...?

—Están enganchando los caballos del trineo ahora mismo, querida, y como conocemos todos los caminos y atajos, estoy seguro de que le sacaremos mucha ventaja al vehículo de Hamburg.

—Qué espléndido eres, Percival. Simplemente espléndido.

Y entonces, sin siquiera una ramito de muérdago que justificase semejante muestra de cariño, la duquesa de Moreland dio un cuidadoso beso en la mejilla del duque. Cinco minutos más tarde, estaban bien abrigados a bordo del trineo, con ladrillos calientes en los pies, mantas sobre el regazo y unas cuantas petacas llenas de ponche en los bolsillos del duque.

—Al parecer el carruaje del príncipe ha pasado por aquí esta mañana. Todos los mozos de cuadra están demasiado ocupados con el chisme como para llenar un balde de agua. ¿Cuánto falta para llegar?

St. Just sostenía el balde para que su caballo bebiese, mientras Westhaven hizo lo que mejor le salía: frunció el cejo pensativo.

—No estamos muy lejos. La propiedad de sir Joseph está sólo a unos cuantos kilómetros de la mía en línea recta. Yo le puedo dar de beber a mi propio caballo.

St. Just avanzó en la fila.

—Los generales tienen que estar libres para ocuparse de cualquier aspecto de la marcha que requiera atención. ¿Cómo lo llevan las damas?

—Jamás en la vida has oído tantas risas saliendo de un solo carruaje. Creo que ya han abierto sus petacas.

Valentine cogió el balde de St. Just, tiró el agua restante en la nieve y lo sumergió en el abrevadero para darle de beber a su caballo.

—Hace bastante frío y eso justifica algún que otro trago. ¿Alguien ha pensado qué vamos a decirles a Louisa y a sir Joseph cuando esta procesión llegue a su puerta?

—Comenzaremos con «derramar sangre no resuelve nada» —respondió Westhaven—. De ahí pasaremos a «no discutáis delante de los niños», y terminaremos observando que «una taza de té no nos vendría mal».

St. Just intercambió una mirada con Valentine. Los caballos permanecieron sabiamente callados.

—Westhaven —comenzó St. Just—, sir Joseph defendió el honor de Louisa en un duelo, donde por lo general se derrama sangre. Si lo que dices es cierto, habrá una docena de niños por allí, y ya sabes que son expertos en ver y oír lo que no deberían ver ni oír. Lo del té es demasiado... estaríamos abusando groseramente de la hospitalidad de Louisa.

—Pero ella se alterará un poco cuando se entere de que su esposo tiene una colección de bastardos —replicó Westhaven y tendió una mano hacia su caballo para acariciarle el lomo—. Carrington estará molesto porque ella está molesta.

Somos su familia. No podemos abstenernos de ofrecerles nuestra ayuda.

Valentine dejó el balde a un lado.

—Nos sentimos culpables por todo lo que sir Joseph nos dijo antes de llevarse a Louisa a Kent, eso de que no la apreciamos.

Westhaven se acarició la barbilla.

—Tenía razón.

Antes de que nadie pudiera decir nada más sobre el asunto, St. Just montó en su caballo.

—El hombre tiene una esposa y esa esposa es nuestra hermana, una hermana a la que tal vez esté a punto de rompérsele el corazón justo en Navidad, así que vámonos.

De todos los condados del reino, Surrey era el de paisaje más verde. Había campos, fincas y pastos en abundancia, pero aunque otras partes del país se transformarían en páramos o ciénagas si no se las cultivaba, Louisa pensaba que, en Surrey, los árboles se apoderarían del terreno con mucho gusto y convertirían el lugar en la boscosa Inglaterra de antaño.

—De haber sabido que íbamos a viajar la mitad de la distancia que hay hasta Londres... —Sir Joseph interrumpió la frase en cuanto Louisa empezó a acariciarle el muslo.

—Esposo, ¿decías algo?

—De haber sabido que íbamos a viajar tanto, no te habría permitido abrocharme el pantalón tan rápido.

—Si no estuviésemos tan cerca de nuestro destino, ahora estaría desabrochándotelo de nuevo. —Lo decía en serio: una revelación más que debía agradecer al matrimonio—. Me pregunto cómo hacen mis hermanos para portarse bien en público.

—No suelen hacerlo. —Sir Joseph tenía los labios contra la sien de ella y su voz rezumaba un perezoso cariño—. Westhaven es el maestro del beso sutil, es raro encontrar las manos de St. Just lejos del cuerpo de su condesa y lord Valentine mira a su esposa como si la acariciase. Tus hermanas son más discretas, pero no menos cariñosas con sus maridos.

El carruaje avanzaba dando tumbos y Louisa supo que muy pronto tendrían una difícil conversación. Saldría bien. Estaba decidida a que así fuese y su optimismo le permitió formular la siguiente pregunta.

—Joseph, ¿te opondrías a la idea de tener una familia numerosa?

Con sutileza, él la acercó a su cuerpo.

—El parto conlleva sus riesgos, Louisa.

—Sin embargo, tengo una buena constitución y ni mi madre ni Sophie tuvieron dificultades. Quiero hijos, Joseph. Disponemos de dinero y podemos permitirnos darles todo lo que deseen. Pensando en eso escogí la institución a la que me gustaría hacer la donación.

Él se irguió. No era su intención sentarse en el asiento frente a su esposa, pero así como la había acercado a su cuerpo cuando había mencionado su deseo de tener hijos, ahora se apartó de ella.

—¿Es ése el plan para hoy? ¿Visitar la organización de beneficencia que has escogido? —No parecía contento con la idea.

—Sí, efectivamente. Y además hay algunos asuntos acerca de los que quiero hablar y te pido que me escuches.

Joseph comenzó a examinar su sombrero, que reposaba en el asiento de enfrente.

—¿A ti te gustaría una familia numerosa, Louisa? ¿Tú quieres que te dé muchos hijos? Crecerán, ¿sabes?, y se convertirán en pequeñas personas traviesas, que chillan, que se deslizan por los pasamanos, piden ponis y necesitan zapatos, libros y cachorros. Comerán como un regimiento y arruinarán su ropa, una ropa que se les quedará pequeña antes de que las sirvientas puedan bajar siquiera el dobladillo una sola vez. Se despellejarán las rodillas, se romperán las clavículas y perderán sus muñecas. ¿Te das cuenta del lío que se arma cuando una niña de seis años pierde su muñeca? Yo tengo una versión de repuesto de la señorita Hampton-Como-Sea-Su-Maldito-Nombre, pero Amanda la encontró y dijo que una versión de repuesto nunca sería adecuada, porque la maldita cosa no «olía» igual... ¿Te parece gracioso?

—Me pareces adorable.

Sus cejas se desplomaron.

—Jamás podré comprender la mente femenina.

—Sin embargo, yo estoy empezando a comprender algo de ti. —Le acarició la barbilla, deseando que tuviesen tiempo para desabrocharle el pantalón. Ésa fue una idea, sólo una de muchas, de esa índole—. A ti te criaron tu madre viuda y luego tus tías solteras. Estás muy poco habituado a la vida de una familia normal, con hermanos, primos, tíos, abuelos, porque nunca los has tenido.

Él volvió la cabeza y le dio un beso en la palma, porque ella aún no había vuelto a ponerse los guantes.

—Es cierto lo que dices, pero cuando mis tías por fin me permitieron marcharme a la universidad, ya era un muchacho cualquiera entre la multitud de futuros caballeros. Para entonces, los libros y los caballos eran mis compañeros predilectos.

—¿Y fue lo mismo con el ejército de Wellington?

Permaneció en silencio unos minutos, mientras el carruaje aminoraba la velocidad en una curva.

—Te daré todos los niños que quieras, Louisa, con alegría y entusiasmo. Pero así como tú tienes asuntos que hablar conmigo, yo también tengo asuntos que hablar contigo.

Estaba bien. Ella esperaba que los asuntos de él se arreglasen con bastante facilidad cuando advirtiese dónde estaban. El carruaje redujo la velocidad aún más y Louisa abrió una de las ventanas más cercanas.

—Esto es muy bonito, con todos los árboles cubiertos de nieve. Ya veo por qué a Westhaven le gusta tanto este paisaje.

Sir Joseph le entregó los guantes.

—¿Estamos cerca de la propiedad de tu hermano?

—Sí, no está lejos.

Algo ensombreció la mirada de Joseph, algo desalentador.

—Louisa, antes de que vayamos a este lugar...

El carruaje se detuvo, el lacayo bajó los peldaños y Louisa se puso los guantes.

—Ya hemos llegado, ésta es la institución benéfica que he escogido, Joseph. No hay nada que puedas hacer para obligarme a cambiar de idea, absolutamente nada.

Parecía que él iba a decir algo, pero calló y se apeó del carruaje para ayudarla. Cuando llegó el momento en que ella debía retirar la mano, Joseph se la sujetó con los dedos.

—Louisa, hay algunas cosas que no sabes de esta casa. Cosas que debería explicarte yo mismo.

Ella inspeccionó los alrededores, porque no había estado allí antes.

—Es bonita, ¿no? —Recorrió con la vista la enorme y antigua casa estilo Tudor que, al igual que la granja, todavía tenía techo de paja. Ventanas con parteluz adornaban las plantas inferiores y una frondosa hiedra ascendía por las paredes que daban al norte—. Puedo imaginar muchas macetas de geranios aquí durante la primavera —continuó Louisa, inquieta por el silencio de Joseph—. Y puedo imaginarnos a nosotros pasando mucho tiempo aquí. Di algo, Joseph. Por favor, di algo.

Parecía muy serio y era un día en que debía sentir una gran alegría.

—Louisa, lo siento. Quería asegurarme de que nunca lo supieses y luego quise darte una explicación. Quizá siempre fue mi intención darte una explicación, pero luego...

En la casa, una puerta se abrió de golpe, la corona navideña quedó agitándose por el golpe y los cascabeles tintinearon alegremente. Oyeron un estruendo de pisadas (algunas de pies pequeños y otros no tan pequeños), seguido por un coro de alegres gritos.

—¡Es papá! ¡Sabíamos que no te perderías tu visita navideña! ¡Papá ha venido a visitarnos!

Louisa estaba sorprendida, confusa y bastante desconcertada. A medida que media docena de niños avanzaba en manada alrededor de donde se hallaba Joseph, ella le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Papá? —consiguió preguntar por encima del alegre jaleo.

Él rodeó con los brazos a cuantos niños podía acercar, pero le sostuvo la mirada casi desafiante.

—¿Papá? —preguntó Louisa otra vez en voz más baja, al tiempo que algo se agitaba dentro de su pecho.

Joseph asintió enfáticamente una vez y se inclinó para saludar a los niños.

# 17

Al oír que llegaba jaleo desde el camino de entrada, Timothy Grattingly devolvió el libro al estante donde lo había encontrado.

Había decenas de volúmenes de poesía, pero ninguno que fuera pequeño, rojo y con algunos de los versos más vulgares y gloriosos de la historia. No había nada que hacer; el que buscaba había sido bastante popular entre los académicos de Oxford y, al parecer, sir Joseph tenía un ejemplar. La situación era irónica y tan deliciosa como un ponche navideño con una buena dosis de licor.

Grattingly echó un vistazo por el ventanal y vio que sir Joseph y su dama habían llegado y que al hombre lo rodeaban sus hijos bastardos. Por supuesto, ¿no era lo que correspondía? Louisa Windham parecía desconcertada y el mozo de cuadra que guiaba el caballo de Grattingly la miraba fijamente con una expresión que no auguraba nada bueno.

El personal de la casa había intentado dejarlo esperando en un diminuto salón, pero él había insistido en que un libro le ayudaría a pasar el tiempo mientras esperaba a que sir Joseph llegase para su previsible visita navideña.

Y Grattingly había esperado y esperado y... esperado. En ese momento, por fin, era hora de hacer una entrada; o tal vez una salida. Echó un último vistazo al estudio y salió sin necesidad de que nadie lo acompañase.

—Qué encuentro tan conmovedor. —No pudo reprimir el tono desdeñoso de sus palabras a medida que bajaba la escalera de la entrada.

La dama se recuperó primero.

—Señor Grattingly, no es bienvenido aquí. Y si cree que el sentimiento navideño evitará que mi esposo termine lo que usted comenzó antes de nuestra

boda, más le vale montar en su caballo y pensárselo mejor mientras va a todo galope camino a la salida.

—Louisa. —Carrington se libró de sus hijos bastardos con una incómoda mirada a la cara del hombre.

—¿No me va a presentar a sus hijos, sir Joseph? Me gustaría poder alardear de que he conocido a cada uno de sus pequeños bastardos antes de que volvamos al tema de la poesía obscena de su esposa.

Oh... Ese comentario hizo que Carrington alzase sus oscuras cejas y que lady Louisa levantase el mentón varios centímetros. Antes de que cualquiera de los dos pudiese comenzar a preguntar, recriminar o negar nada, un trío de jinetes apareció en el semicircular camino de entrada.

—Aún mejor. Así tendremos público para nuestra conversación, a menos que, desde luego, estén dispuestos, en el futuro inmediato, a despedirse de algunos enseres de valor y de algunas monedas. El anillo de lady Louisa podría ser un buen preludio. Con esa joya y sus pendientes en mi poder, junto con un poco de efectivo, claro, sería capaz de olvidarme de mucha poesía y de olvidarme, además, de que me he encontrado lo que parece ser una docena de hijos ilegítimos. Qué hombre tan vigoroso eres, Carrington. Puedes agradecerle a Honiton mencionar que tu servicio militar había proporcionado algunos añadidos interesantes a la población leal a la corona.

Honiton también había mencionado ese lugar de Surrey semanas atrás, aunque a Grattingly no le pareció necesario dar esa información.

Tanto Carrington como su esposa echaron un vistazo hacia el camino de entrada y los niños, obedeciendo discretamente al gesto de sir Joseph, formaron una fila a un costado. Detrás de los tres jinetes apareció un carruaje por el recodo que daba a la entrada de la propiedad.

«Cada vez mejor.»

Grattingly no pudo evitar sonreírles a los niños.

—Feliz Navidad... será para mí.

Louisa no se dejó llevar por el pánico. Joseph lo comprendió con una sola mirada a su esposa, pero no se tranquilizó.

Por su parte, ella pensaba, reflexionaba y planeaba, con el cejo ligeramente fruncido, lo que significaba que acababa de soltar las riendas de sus pensamientos y que estaba llegando a conclusiones a las que los meros mortales tardarían varios días en llegar.

Y aun así... se aproximaban los refuerzos. Seguro que ella sabía que aquellos jinetes eran sus hermanos y que escoltaban un enorme carruaje. Y detrás de ese vehículo apareció otro que Joseph no reconoció. Se movía atropelladamente, aunque los cuatro animales emparejados que tiraban de él eran bestias impresionantes.

—Grattingly. —Alzó la voz con la esperanza de que los jinetes lo oyeran—. Si no fuera porque me encuentro desarmado, te atravesaría las partes bajas de un disparo, aquí, delante de mi esposa y mis hijos.

—Nosotros te aplaudiríamos —opinó Louisa—. Con alegría y durante largo rato.

Joseph no se atrevía a quitarle los ojos de encima a Grattingly, pero esa muestra de apoyo lo reconfortó.

El joven aristócrata ladeó la cabeza y contempló a Louisa, y eso despertó en Joseph el deseo de tener a mano un arma, cualquier arma.

—Tu lealtad hacia un hombre que recorrió España copulando de un lado a otro es conmovedora. Debe de ser algo de la sangre de Moreland.

—Así es. —El comentario a media voz provino de Devlin St. Just, que se había apeado de su caballo y se hallaba detrás de su hermana.

Grattingly era lo bastante estúpido como para no advertir que acababa de insultar a uno de los hijos ilegítimos de Moreland... o quizá abrigase el secreto deseo de morir justo el día de Navidad.

—Sir Joseph. —Westhaven se colocó tranquilamente a su costado derecho—. ¿Este hombre está aquí sin autorización? ¿Y en un día festivo? Eso sería el colmo de la mala educación, ¿verdad?

Lord Valentine se colocó al lado izquierdo de Joseph.

—Casi tan maleducado como amenazar a uno de nuestros parientes delante de estos niños.

—¡Vaya pandilla de soldados de caballería que han resultado ser los hermanos! —dijo Grattlingly, dándose con los guantes contra el muslo—. Sir

Joseph está a punto de entregarme algunos objetos de valor y desearme una feliz Navidad, a menos que quiera que comience a propagar rumores no sólo sobre este puñado de críos, sino también acerca de la inclinación de su pareja por la poesía picaresca. Eso sería un ejemplo de aliteración, ¿verdad, lady Louisa?

—Si es lo bastante tonto como para dirigirse a mi esposa directamente, debe llamarla «lady Carrington» —lo corrigió Joseph.

Y como si no hubiese ya suficiente público para el pequeño drama que se había montado, detrás del carruaje tirado por los cuatro caballos apareció un trineo.

—Qué importa su nombre —replicó Grattingly despectivamente—, si se arrastrará por el lodo junto con el tuyo a menos que me entregues algún botín y lo hagas en seguida.

—Joseph. —Pudo ver un mundo de emoción contenida en la mirada de Louisa. Había cogido un puñado de nieve y le daba palmaditas para formar una dura y redondeada bola—. Quizá el señor Grattingly no haya visto el escudo de ese carruaje.

—No me importa si el mismo regente se entera de las travesuras en que andáis metidos los dos. A mí me expulsaron de la universidad por culpa de Louisa Carrington. Estaba bien que hiciese las traducciones de todos los demás compañeros, pero cuando yo necesité su ayuda, su maldito hermano me dijo que ya no lo haría más. Pero yo ya había visto algunas de sus versiones de Catulo y cuando ese lascivo librillo salió, supe exactamente quién había compuesto esos poemas.

—Bueno, el regente no está aquí —dijo un desdeñoso hombrecillo de cabeza rosada—. Pero yo sí, así que acabemos de una vez con estas tonterías para que yo pueda marcharme en cuanto haya repartido mis alegres noticias.

—¿Quién demonios...? —St. Just miró con el cejo fruncido los caballos y el carruaje que arrastraban.

—Y aquí llega Papá Noel —añadió Valentine, sonriendo, a medida que el trineo completaba el desfile por el camino de entrada—. Sus excelencias, mejor dicho.

—Éste es el señor Hamburg —anunció el duque de Moreland, al tiempo que ayudaba a la duquesa a apearse del vehículo—. Viene con un nombramiento que entregarle a cierto digno y leal habitante del reino. —Apretó los labios—. Y no me refiero a usted, Grattingly. Lárguese, que está molestando a mi familia y a mi

esposa no le gusta su presencia.

—Ciertamente, me repugna, Timothy Grattingly. Su pobre madre ni se atreve a mostrarse en sociedad por su culpa —añadió la duquesa, y a Joseph le pareció que su perfil era idéntico al de Louisa.

—Grattingly ya se marchaba —dijo él—, a toda prisa, además. Preferiblemente para llevar un paquete con destino al Continente.

—¿Por qué iba a hacer algo semejante? —preguntó el joven, contemplando el grupo que se había reunido en los últimos minutos—. Podemos guardar este secreto en familia, por así decirlo, sir Joseph, y yo abrigaré la esperanza de que nadie más se entere de la diligencia con que llevó a cabo sus labores militares durante su estancia en España, suponiendo que encontrara ocasión de ponerse el uniforme de vez en cuando.

—Señor Grattingly —lo interrumpió Louisa—, ya resulta tedioso. ¿Niños? —Se dio media vuelta hacia el silencioso grupo de ansiosos rostros que se acurrucaba junto a la escalera y se pasó la bola de nieve de una mano a otra. ¿Quién de vosotros es Sebastian?

El chico más alto dio un paso hacia delante.

—Yo soy Sebastian Carrington. —Su voz sonó con el ronco tono de la adolescencia, pero habló con seguridad.

—Es un honor conocer a quien salvó la vida de mi esposo —respondió Louisa—. ¿Cuándo naciste, Sebastian?

Bendito fuese el muchacho, que mencionó una fecha de quince años atrás.

Louisa fulminó a Grattingly con la mirada.

—¿Deberíamos llegar a la conclusión de que mi esposo se fugó a Andalucía de camino a la universidad, señor Grattingly? ¿Que veraneó en España por placer antes de ser mayor de edad?

—Casi todos los demás son menores —espetó él—, mucho menores. Sé con certeza que sir Joseph es su padre legítimo. ¿Y qué hay de toda esa poesía obscena, indecente y vulgar, milady? Seguramente su fiel caballero pagaría una generosa suma para mantener esa basura apartada de los oídos de la sociedad...

Joseph vio cómo la confianza de Louisa se desmoronaba. Para defender las decisiones que él había tomado en España, ella había reaccionado de maravilla, segura y resuelta. Pero ante la primera mención de su talento literario, se apagó

como se marchita una delicada planta en una helada.

Y eso sí que Joseph no iba a permitirlo.

—Un fiel caballero le ofrece a su dama el verso más bello que pueda hallar —replicó—. «¿Cómo saber cuántos besos colmarán el deseo que siento por ti?»

Louisa irguió la cabeza. En sus hermosos ojos verdes la sorpresa se hizo patente.

—Joseph, ¿lo sabes?

Él quería recitar el poema entero, todo el volumen de poesía, pero se conformó con un solo verso más:

—«Tantos besos que ningún ojo indiscreto puede contarlos, ni inquieta lengua calcular su total, y menos aún estimar el inmenso valor que tienen para mí.»

—Joseph, ¿lo sabes? ¿Lo sabías? —Una sonrisa se abrió paso en su incredulidad.

Uno de sus hermanos soltó una carcajada, otro comenzó a exclamar alegres maldiciones y el duque parecía haberse atragantado.

—No importa si ha memorizado la totalidad de esos versos —dijo Grattingly, pero Joseph percibió un temblor en su voz—. Yo también lo sé. Lo sé y, mientras ese libro exista, mientras sepa quién lo escribió, me pagarán el dinero que les exija siempre que se me ocurra hacerlo, sir Joseph.

Westhaven habló desde el lado derecho de su cuñado.

—Mi recuerdo de los términos legales está volviéndose un poco borroso, pero me parece que está intentando chantajear al caballero, Grattingly, aunque sin mucho éxito. Se imprimieron pocos ejemplares y, entre los esfuerzos de sir Joseph y los de la familia Windham, hemos recuperado todos y cada uno de los libros en los que podría poner esas mugrientas manos. Ahora bien, los comentarios que ha hecho el señor Hamburg hace un rato me tienen en un estado de curiosidad un tanto incómodo, y estos niños estarán helados.

—Estamos bien —respondió una niña.

—Ariadne, silencio —le dijo Joseph, pero le dirigió una sonrisa a su hija menor por el orgullo que le despertó el coraje de la pequeña.

Grattingly fulminó a Louisa con la mirada.

—¿Tienes hasta el último ejemplar de ese maldito libro?

La mirada de Louisa era tan dura que podría haber picado hielo y Joseph jamás se había sentido tan orgulloso. Sintió deseos de alzarla en sus brazos y subir por la escalera bailando con ella, quería soltar una carcajada, pero aun así...

—¿Cómo osa tutearla? Mi esposa no habla con canallas, Grattingly. Ni tampoco se relaciona con cobardes, ni con nadie tan pusilánime que sea capaz de aprovecharse de las desgraciadas circunstancias de un puñado de niños huérfanos de guerra. —Miró de reojo a St. Just, que intercambió una rápida mirada con lord Valentine.

—Habrá carbón en tu calcetín navideño hoy —señaló Valentine, mientras él y St. Just se acercaban a Grattingly—. O tal vez una larga cuerda de saltar, una vez que el magistrado termine contigo y con tus patéticos intentos de cometer graves delitos.

Mientras acorralaban al indeseable, Joseph le dio una mano a Louisa, obedeciendo a la urgente necesidad de interponerse entre ella y el miserable cretino, el responsable de haber intentado arruinarles las fiestas y sus vidas.

Pero no había contado con la desesperación de Grattingly, ni con la velocidad con que esa desesperación podría manifestarse. El muy canalla se dio media vuelta de prisa, cogió las riendas de su caballo de manos del sorprendido mozo, montó y se dirigió hacia el camino de entrada.

Mientras tanto, Joseph sólo podía mirar lo que ocurría. Sin arma de fuego, sin puñal, sin...

—¡Joseph! —Louisa le pasó la bola de nieve que tenía en las manos—. ¡Sobre los árboles, para alcanzarlo desde arriba!

Todo el tiempo Joseph había centrado su mirada en Grattingly, mientras que ella se había ocupado de calcular trayectorias, ángulos y alternativas. De repente, su cabeza se pobló de imágenes de Fleur atacando a su pobre hermana con un diluvio de nieve. Ni siquiera tuvo que apuntar; sólo dejó que su munición volara hacia las ramas para que una gran cantidad de nieve se precipitase sobre la cara del caballo del fugitivo. La bestia se detuvo en seco, relinchando de indignación, mientras Louisa armaba a su esposo con otra bola de nieve y Valentine y St. Just montaban en sus caballos.

El segundo diluvio de nieve hizo que la montura de Grattingly se encabritara y arrojara al jinete vergonzosamente a la nieve, y Joseph, con una silenciosa disculpa hacia el animal, lanzó una tercera bola con bastante fuerza

contra el muslo de la bestia.

—¿Puedo intentarlo yo?

La puntería de Westhaven era lo bastante buena como para hacer caer aún más nieve sobre Grattingly y, para cuando St. Just y lord Val escoltaban al hombre que salía de la propiedad a pie, hasta Louisa le había arrojado nieve al malhechor.

—Tal vez comience a gustarme esto de hacer puntería —le dijo a su esposo con una radiante sonrisa.

Joseph la estrechó entre sus brazos y la acercó a su cuerpo, apenas resistiendo la tentación de abrazarla con todas sus fuerzas.

—Tienes una mente maravillosa y un buen brazo, esposa.

—Lo que tengo es un buen caballero. No puedo creer que ya lo supieras.

—Y tú también. Permíteme presentarte a los niños.

—A nuestros niños.

Louisa lo corrigió con tanta ternura y felicidad que a Joseph comenzó a latirle el corazón con fuerza, tanta que temió que se le saliese del pecho.

—Como siempre, mi esposa tiene razón. Nuestros niños.

—Esperen un momento. —El pequeño hombre de cabeza rosada se acercó tambaleándose sobre la nieve—. Usted recibirá esto para que yo pueda marcharme a la posada más cercana, por Dios. No conozco a ese pobre diablo —añadió, señalando con el mentón en la dirección en que había huido Grattingly—, pero no cabe duda de que informaré al regente de la arrogancia con que ha intentado tratar a un conde y a su esposa.

—¿Un conde? —Joseph ladeó la cabeza y miró a Louisa, que parecía tan perpleja como él mismo.

—A usted, mi señor, lo nombro primer conde de Kesmore. Tenga. —Hamburg le entregó unos papeles a Joseph con impaciencia—. Y le dirá al regente que le di los documentos el día de Navidad con la debida pompa y circunstancia, o me encargaré personalmente de que termine en tantos comités como yo.

Joseph miró el pergamino que tenía en la mano.

—¿Un conde?

—Señor Hamburg, se lo agradezco —dijo la duquesa en voz baja y, por algún motivo, consiguió que el hombre sonriese de una rosada oreja a la otra.

Joseph le dio el pergamino a Louisa, que lo revisó rápidamente y alzó la cabeza sonriendo como si todos sus deseos de Navidad acabaran de cumplirse.

—No debes inquietarte por esto, esposo. Son unas meras líneas en una hoja de papel y probablemente unas tierras más, a las que darás buen uso. Deja que el regente diga lo que quiera. Tú siempre serás mi caballero navideño.

En los últimos meses, la salud de Joseph había mejorado. Su herida se había curado por completo y la maldita rodilla le había fallado por última vez en el invierno anterior. Ante toda la familia de su esposa, sus hijos y el representante del regente, le hizo una reverencia a su bella esposa y luego se arrodilló delante de ella.

Mientras descendía sin elegancia, oyó el resonar de los aplausos de manos enguantadas que llegaban desde todas las direcciones, casi como si su intención fuese ofrecerle un gran gesto romántico. Los niños gritaron, los hombres silbaron y la pequeña Fleur (¿de dónde había salido?) exclamó por encima de todo el jaleo:

—¡Oh, Manda, mira! Exactamente lo que queríamos para la Navidad, ¡un montón de amigos para jugar con nosotras!

Dos fornidos lacayos forcejeaban con Timothy Grattingly, que no dejaba de maldecir, para confinarlo en el aposento de los mozos de cuadra hasta que pudiesen encontrar al magistrado.

—¡Ya era hora! —masculló la duquesa, dirigiéndole a Louisa una protectora mirada maternal.

Ella no pudo sino devolverle la sonrisa a su madre y sonreírle a todo el mundo como una imbécil, embriagada de felicidad como estaba al descubrir que su esposo, sus hermanos y hasta sospechaba que sus padres habían estado protegiéndola incansablemente durante años y que aquellos niños, aquellos hermosos niños de ojos oscuros, contaban con la protección de sir Joseph.

—Levántate, caballero —le dijo, con una radiante sonrisa—, no sea que se te moje el pantalón y tu esposa te regañe delante de esta buena gente.

—No querríamos eso —dijo St. Just y ayudó a Joseph a ponerse en pie—. Esposa feliz, vida feliz.

—Esther, te aseguro que yo nunca le he enseñado semejante cosa al joven —

comentó el duque, pero tanto él como la duquesa sonreían.

—No, Percy, ese consejo se lo di yo.

Todas las damas se rieron a carcajadas de su réplica y Louisa se acurrucó junto a su esposo.

—¿Debemos entrar en la casa? Estoy segura de que un poco de comida y bebida os vendrá bien a todos, después de viajar desde Moreland hasta aquí.

Mientras Louisa esperaba que su familia se dirigiese a la casa delante de ella, Joseph le entregó, disimuladamente, una pequeña petaca plateada. Ésta tenía grabada una rosa en flor y la combinación perfecta para proporcionar calor y comodidad que ella hubiera pedido si su esposo no hubiese adivinado sus preferencias. Que Joseph la rodease con un brazo indicaba además, gracias a Dios y a todos los ángeles, que también comprendía sus otras necesidades.

De pie junto a él, contempló los copos de nieve que comenzaban a caer del cielo, y decidió que ninguna mujer había tenido nunca una Navidad mejor.

—Creía que jamás se marcharían. —Joseph cerró la puerta de la biblioteca, el único salón de la casa de Surrey lo bastante grande como para poder celebrar en él la espontánea fiesta de Navidad—. Esposa, ven aquí, por favor.

Louisa se dirigió a sus brazos, agradecida por el silencio, agradecida por su familia y agradecida, más allá de las palabras, por el hombre con el que se había casado.

—Te amo, lord Kesmore. Te quiero mucho, pero realmente tenemos que hablar.

La sostuvo entre sus brazos por un momento y luego Louisa notó que estrechaba su abrazo.

—Y, por Dios, lady Kesmore, yo te quiero a ti. Has estado magnífica, imponente. Casi me inspiras para escribir un maldito poema...

—Marido, me estás dejando sin aire. ¿Podemos sentarnos?

No la soltó, sino que la llevó del brazo hasta a un enorme sillón junto a la chimenea. Al lado del mismo había una enorme cesta de frutas, enviada por lord Lionel y su nueva esposa, lady Isobel Honiton.

Joseph se sentó.

—Este sillón aguanta ocho niños y un adulto. Celebramos un concurso la Navidad pasada.

Louisa se sentó en el regazo de su esposo y le pareció un excelente sitio.

—Creo que ya no soy capaz de contar hasta ocho —dijo ella, tratando de alisarse la falda—. Y es tu culpa. —Aunque, en realidad, le parecía maravilloso ser incapaz de contar y calcular por un tiempo. Besó a Joseph por haberle entregado otro regalo de Navidad más.

Él le acercó la cabeza a su hombro y le acarició el pelo, proporcionándole a Louisa una completa felicidad que no había sentido nunca antes de ese día, con excepción de un detalle.

—Es acerca de los poemas, Joseph. Mi hermano se equivoca.

—¡Avisa a *The Times*! El conde de Westhaven se ha equivocado. De haber sido cualquier otro, lo llamaríamos una absoluta fanfarronada, o tal vez hablaríamos de falsedad. Nunca digas que tu hermano mintió el día de Navidad.

Joseph la acariciaba con los labios, de una manera adorable y que tenía la deliberada intención de distraerla, así que pronunció las palabras con rapidez.

—No mintió, pero está equivocado. Aún falta un volumen de ese maldito libro. No tengo ni idea de dónde está, si no lo tiene Grattingly. Victor me desafió a averiguar si podría publicar mi manuscrito; nunca se me ocurrió que se pudiese tratar con la gente de la editorial exclusivamente por correo. Era demasiado ingenua para imaginar que publicar de manera anónima no me protegería, después de haber usado algunas de las mismas traducciones para Valentine y sus compañeros de Oxford. Lo siento. Victor estaba horrorizado cuando se dio cuenta de que había aceptado su reto.

Joseph continuó acariciándola.

—Tu hermano no debería haberte subestimado. Esas poesías son maravillosas, Louisa, y son la obra de una mujer tan inteligente como de buen corazón. ¿Por qué no pensabas que al menos algunos de los niños podrían ser mis hijos naturales?

A ella le resultó difícil seguir el cambio de tema, puesto que Joseph, además de acariciarle la barbilla con la nariz, también le acariciaba el pecho, rodeándoselo con la mano abierta y dejándola sin su capacidad de hablar.

—Estabas casado en aquel entonces y tú eres un hombre que respeta sus votos.

—¿Hasta los que pronuncié ante una esposa infiel? Dudo que la sociedad lo viera como tú. De hecho, sé que no lo harían.

—Cynthia tenía tu compasión. Tú no la habrías engañado porque fuese joven, solitaria y débil.

—Louisa Carrington, ¿qué haré con una condesa como tú?

—¿Bebés?

Su sonrisa fue tierna y radiante a la vez, una genuina sonrisa de la que Louisa nunca había sido testigo. Cuando creía que su esposo le metería una mano por el escote del vestido, en realidad se la llevó al bolsillo de su chaleco y sacó un pequeño volumen rojo.

—Tu hermano Bartholomew me pidió que te guardara esto cuando le dieron permiso en Portugal. Me dijo que si lo apostaba en algún juego de naipes de borrachos o si se lo robaba algún compañero de bebida, jamás se lo perdonaría.

Louisa lo cogió con sus trémulos dedos.

—¿Tú tenías el último volumen? Todo este tiempo ¿lo tenías tú? ¿Y era de Bart?— Estrechó el libro con fuerza contra su pecho y escondió la cara en el hombro de Joseph.

—Él lo había comprado sin darse cuenta de que era tuyo, pero uno de tus hermanos debió de habérselo dicho. Algunas de las notas en los márgenes son suyas, pero las demás son mías. Lo llevé encima a través de toda la Península, se lo leí a *Lady Opie* y no veo la hora de que llegue el momento en que te lo lea a ti. Eres brillante, Louisa Windham Carrington, y esos poemas también lo son.

Durante mucho tiempo, ella había considerado ese libro, esa evidencia impresa de su creatividad y aprendizaje, como una infamante y estúpida expresión de una buena educación y como un acto de rebeldía de una adolescente. Joseph no lo veía así y, aunque Louisa no podía estar por completo de acuerdo con su juicio (algunos de los poemas eran realmente vulgares), tampoco podía aferrarse a su propia idea anterior.

—Éste es mi regalo para ti —dijo él, quitándole el libro de las manos con suavidad—. Feliz Navidad, querida esposa.

La besó con una suavidad y una dulzura que no bastaban para iniciar algo,

pero tampoco para aplacar los impulsos que se acumulaban en el corazón de Louisa

—Joseph, no puedo... no puedo... —Suspiró—. No puedo quitarme este vestido lo bastante rápido. Quisiera hacerle el amor al conde de Kesmore.

—Y él quisiera hacerle el amor a la condesa de Kesmore, pero, Louisa, tengo una petición más que hacerte en estas fiestas.

Su voz no sonaba grave, ni tampoco juguetona. Ella lo miró.

—¿Está cerrada la puerta con llave? ¿Es ésa tu petición? Te has portado muy bien, después de todo, mi maravilloso caballero navideño, y una porción de budín de ciruela simplemente no es recompensa...

Joseph le cubrió los labios con un dedo.

—La puerta está cerrada con llave, pero lo que yo quiero es que vuelvas a publicar ese libro.

—¿Qué?

Louisa intentó apartarse, pero estar sentada en el regazo de un hombre fuerte (fuerte y determinado) no le daba mucha ventaja a una mujer que había bebido varias copas de ponche.

—Elimina lo verdaderamente subido de tono si quieres, pule el lenguaje erótico donde más te incomode, pero deja intactas todas las canciones de amor, los sonetos, las baladas y odas, Louisa. Son encantadores y, si por mí fuera, el mundo entero conocería tu talento. Ahora estás casada, ya no eres una niña prodigio en un aula y, en todo caso, tu madurez te permitirá embellecer aún más las versiones de esos poemas.

Ella abrió la boca para protestar pero la cerró en seguida.

Él tenía razón. No sólo era una mujer casada, sino que además era una mujer felizmente casada con un hombre que la quería, un hombre que no se estremecía ni desviaba la vista cuando ella le decía que lo quería.

Un hombre que estaba orgulloso de su esposa.

—Podría hacerlo. —No había sido su intención decirlo en voz alta.

—Y yo puedo ser conde, o así me lo asegura mi condesa. Es casi lo mismo; el asunto es poner las cosas en perspectiva y cultivar las relaciones adecuadas.

Louisa tuvo la sensación de que él quería que lo hiciera, que publicara el

libro, que reconociera su obra ante los ojos de toda la sociedad, y que asumiera su lugar entre los que tenían talento literario.

—Usaré un seudónimo —dijo, contenta con la idea de reelaborar los poemas y pulir la composición hasta que fuesen precisos, maravillosos y perfectos. Le hacía falta el goce de la creación, lo echaba de menos desesperadamente—. Trabajaré con una casa editorial de York, donde hay varias buenas, y lo haré todo por correspondencia, como la última vez. Tal vez funcione.

—Todo eso depende sólo de ti, pero como tu socio en esta y en varias empresas más, creo que deberías usar tu propio nombre, o la versión dedicada común en las publicaciones.

—Joseph, me halaga tanto que me apoyes en esto que no tengo palabras para agradecértelo. —«Halagar» ni siquiera comenzaba a expresar el alivio y la alegría que recorrían sus venas, pero la expresión de la cara de su esposo la obligó a guardar silencio.

Esbozaba una sonrisa, una traviesa sonrisa, hermosa y maliciosa... o, aún mejor, una auténtica sonrisa.

—Dedícamelo a mí, amor, y permite que te atribuyan todo el mérito que bien te has ganado. No apreciaban los talentos de Louisa Windham, pero mientras yo sea su caballero, apreciarán a la condesa de Kesmore.

Y así fue como, durante la siguiente temporada navideña, Louisa encontró bajo su almohada otro pequeño volumen encuadernado en cuero rojo, un hermoso libro lleno de encantadores versos, dedicado a un hombre maravilloso. Su esposo estaba tumbado a su lado, leyéndole las palabras de amor de sus poemas con aquella voz que a Louisa le encantaba... hasta que el bebé comenzó a lloriquear y todas las ideas poéticas —al menos la clase de poesía que se hallaba en aquel libro— tuvieron que postergarse por un tiempo.

Pero sólo por un tiempo.

# Nota de la autora

Una mañana, cuando Louisa pasea a caballo junto al lago Serpentine, en Hyde Park, Joseph recita el siguiente poema de William Wordsworth:

«Escrito en el puente de Westminster, 3 de septiembre de 1802»

Nada muestra la tierra más hermoso:
cegada estará el alma de quien pase
y no lo embargue vista tan excelsa.
La ciudad luce ahora, cual su veste,
la hermosura del alba; silenciosos,
buques y torres, cúpulas, teatros,
se abren a los campos y hasta el cielo.
Todo brilla y fulgura al aire puro,
y nunca el sol bañó con más belleza
en su prístina luz valle o roquedo.
¡Nunca vi ni sentí calma tan honda!
Deslizándose el río va a su antojo:
hasta las casas parece que sueñan
y el fuerte corazón duerme apacible.

(Traducción de Antonio Rivero Taravillo, *Fuego con nieve, http://fuegoconnieve.blogspot.com/2008/04/con-canaletto-y-wordsworth-morria-de.html)*

Presa de un sentimiento un tanto sombrío antes de la Navidad, Louisa recuerda mentalmente algunos versos de Blake acerca de los deshollinadores:

«El deshollinador»

Una cosa pequeña y negra entre la nieve,
gritando «¡deshollina!, ¡deshollina!», ¡con notas de infortunio!
«¿Dónde están tu padre y tu madre? ¿Lo dirás?»
«Ambos han ido a la iglesia a rezar.

Como yo era feliz sobre el brezal,
y sonreía entre la nieve del invierno,
me vistieron con las vestiduras de la muerte
y me enseñaron a cantar las notas del infortunio.

Y como soy feliz y bailo y canto,
ellos piensan que no me han hecho daño.
Y se han ido a alabar a Dios y su Sacerdote y al Rey,
Que hagan un cielo de nuestra miseria.»

(*Matrimonio del cielo y del infierno. Cantos de inocencia. Cantos de experiencia*, traducción de Soledad Capurro, Colección Visor de Poesía, Ediciones Continente, Buenos Aires, 2011)

La traducción del poema de Andrew Marvell es de Silvina Ocampo. *Poetas líricos ingleses*. Editorial Jackson, Buenos Aires, 1949.

La duquesa se refiere a lady Mary Wortley Montagu, una mujer adelantada a su tiempo en muchos aspectos, aunque quizá sea más recordada por traer, a su regreso de sus viajes a Constantinopla, la vacuna contra la viruela y por escribir

este poema:

«Entre tus sábanas»

Duermes profundamente entre tus sábanas
y ni siquiera sueñas con nuestra vigilia de amantes,
mientras susurro tu nombre la noche entera,
su dulce sonido quema cada uno de mis nervios
y mi imaginación me muestra todos tus encantos:
la cabellera de seda, los brazos de marfil,
el cuello torneado y el níveo seno que se eleva
y tantas otras bellezas que reposan
...entre tus sábanas.

Ah, Lindamira, si vieras cuánto amor, cuánta verdad,
cuánto rechazo al engaño hay en mi corazón,
las miradas más intensas no logran explicar
ese deseo ardiente, ese doloroso palpitar
que recorre mi sangre y mi alma
y que tú no puedes conocer ni yo revelar
porque toda metáfora lo empobrece
y que sólo, me repito, podría expresar
... entre tus sábanas.

(Traducción de Ernesto Montequin, inédita)

La noche que consuman sus votos matrimoniales, Joseph le recita a Louisa algunos versos del siguiente poema de John Wilmot, conde de Rochester:

«A su amada»

¿Por qué ocultas tu hermoso rostro? Oh, ¿por qué

con tu mano eclipsas los rayos vivificantes
que emanan del sol que hay en tus ojos?

Sin tu luz, ¿qué luz quedará para mí?
Eres mi vida, mi guía, mi luz está en ti;
amo, me muevo y gracias a tus rayos veo.

Eres mi vida y si te marcharas de mi lado
mil muertes cabrían en mi vida. Eres mi guía,
sin ti, amor, todo viaje se vuelve extravío.

Eres mi luz y sin la gloria de tu mirada
sobre mis ojos cae una noche eterna.
Mi amor, eres mi guía, mi vida, mi luz.

(Traducción de Ernesto Montequin, inédita)

El duque le lee el siguiente soneto de Shakespeare a su esposa y Joseph le cita algunos versos del mismo a Louisa un poco antes en la historia:

«Soneto LXXIII»

En mí contemplas ese mes en que de oro / las hojas, o ninguna, o pocas, pendulean / de ramas que tiritan con el frío, coro / ruinoso en que tardíos pájaros gorjean.

En mí tú ves aquella media luz del día / que por poniente deja apenas una huella, / hurtada poco a poco por la noche fría / que, otro yo de la muerte, todo en paz lo sella.

En mí tú ves como destellos de ese fuego / que en las cenizas de su juventud se acuesta, / como lecho de muerte en que a expirar va luego, / tragado por aquello que nutrió su fiesta.

Y esto que miras a tu amor lo hace más fuerte / para amar lo que no mucho tardará en perderte.

(Traducción de Agustín García Calvo, *Sonetos de amor* de William Shakespeare, Editorial Anagrama, Barcelona, 1992)

La primera vez que di con la cita de Eneas fue en la universidad: «*Fortran et haec olim meminisse iuvabit*». Esta arenga apareció en un venerable restaurante, cafería y bar (el lugar ha tenido muchas reencarnaciones), donde espero que todavía permanezca. El significado de la frase es: «Algún día, recordaremos incluso esto con una sonrisa».

Y por lo que respecta a Catulo... Mi querida hermana Gayle enseñó latín muchos años y, para cuando leáis esto, ya habrá avanzado mucho en sus estudios de doctorado en literatura comparada, con especialización en el universo de las lenguas clásicas. Ella me prestó bastantes de los poemas de Catulo traducidos como para que yo comprendiese por qué su obra no se puede enseñar antes de la universidad, al menos no en un contexto escolar. Calificarla de «pícara» no es una descripción suficiente.

Pero os aconsejo que leáis algunos de sus escritos más refinados y fervientes, y también apreciaréis —como Louisa— que su genio no sólo se limitaba a lo correcto y lo serio.

Espero que hayáis disfrutado de esta historia, yo he disfrutado mucho al escribirla, y os deseo a vosotras y a vuestros seres queridos la más feliz de las Navidades.

GRACE BURROWES

*Las hijas del duque. El caballero de lady Louisa*

Grace Burrowes

Título original: *Lady Louisa's Christmas Knight*

© de la ilustración de la portada, Shutterstock

© de la fotografía de la autora, archivo de la autora

© Grace Burrowes, 2012

© de la traducción, Ana Vargas, 2013

© Editorial Planeta, S. A., 2013

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

*Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.*

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2013

M/H L@S 2013 D

ISBN: 978-84-08-12099-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com